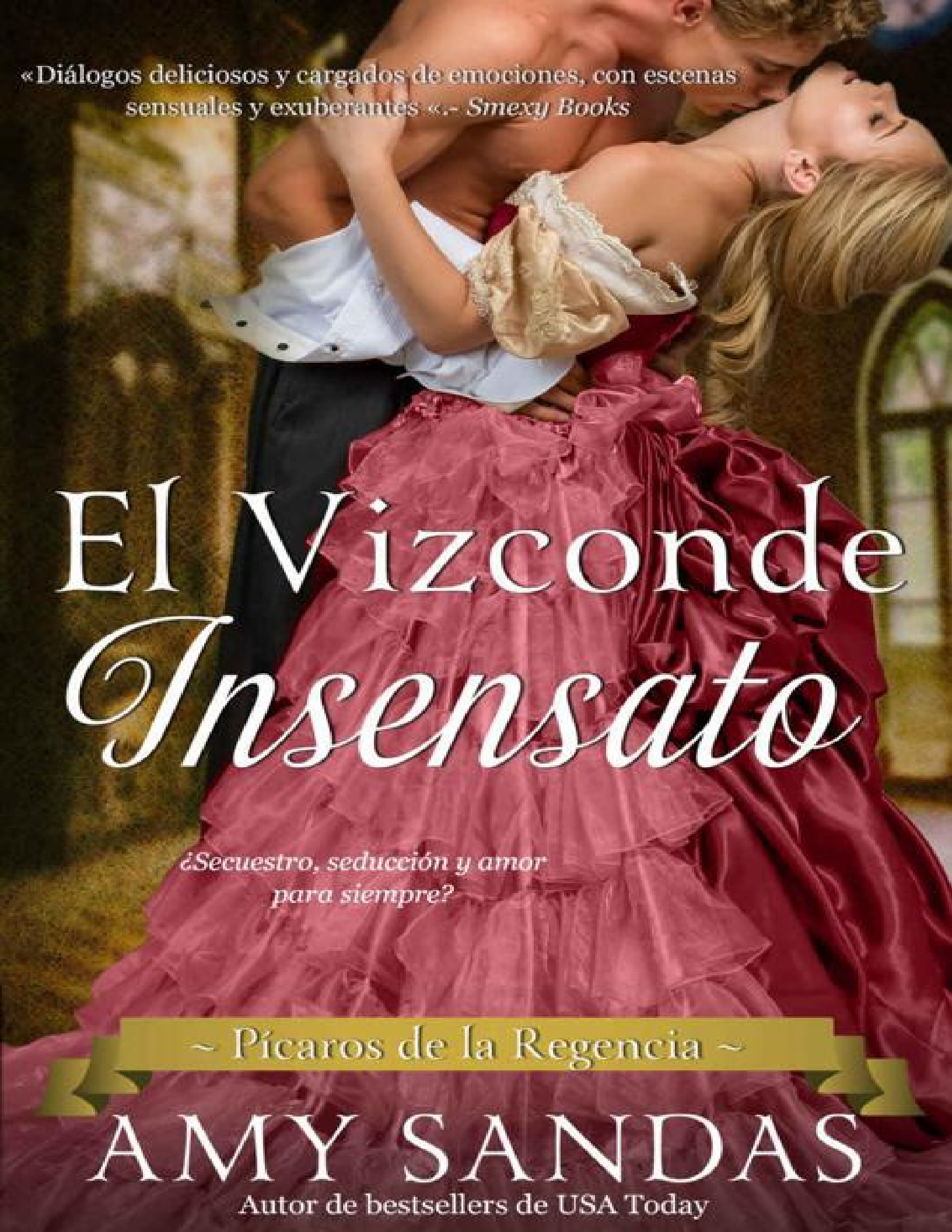




«Diálogos deliciosos y cargados de emociones, con escenas
sensuales y exuberantes».- *Smexy Books*

El Vizconde *Insensato*

*¿Secuestro, seducción y amor
para siempre?*

~ Pícaros de la Regencia ~

AMY SANDAS

Autor de bestsellers de USA Today

El Vizconde Insensato

Amy Sandas

Contenido

[El Vizconde Insensato](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

Dedicatoria

A mi marido, Shannon. Por todo lo que eres y todo lo que haces cada día. Esto nunca habría sido posible sin ti. Siempre serás mi héroe.

Capítulo 1

Inglaterra, 1822

No era frecuente que Leif Riley lograra pillar a alguien comportándose peor que él. La joven que estaba de pie, con la oreja pegada a la puerta del despacho privado del conde de Blackbourne, era evidentemente una dama de calidad, a pesar del hecho de que estuviera espiando. Escuchaba tan atentamente lo que sucedía en la habitación contigua, que no se había dado cuenta de que ya no estaba sola.

Aburrido y con su naturaleza traviesa a flor de piel, Leif decidió no alertarla de su presencia, al menos por el momento. No hizo ningún ruido mientras se acercaba al sofá mullido cerca de la chimenea al fondo de la sala y apoyaba su cadera en el brazo curvado. Su mirada evaluadora recorrió sin vergüenza alguna la esbelta figura de la desconocida. Era terriblemente menuda. Probablemente, la parte superior de su cabeza apenas llegaría a rozar la parte inferior de su barbilla. Leif podría haberla tomado por una niña, por lo delgada que era. Su espalda era fina y sus hombros estrechos, pero había una madurez innegable en la curva femenina de su cintura y cadera. Una masa de cabello pálido estaba torcido en lo alto de su cabeza en un grueso moño que parecía demasiado pesado para ser sostenido adecuadamente por su fino cuello. Los cabellos claros contenían un leve destello de fuego en su profundidad, sugiriendo una calidez interna que contrastaba de manera agradable con el tono frío y cremoso de su piel y la pureza virginal del blanco de su vestido. En ese momento, Leif entrecerró los ojos. Su ropa y sus adornos eran de la más alta calidad. El sencillo vestido de día no era ni de cerca tan sofisticado como lo que actualmente se estaba creando en París, pero estaba confeccionado con los mejores materiales disponibles. La pálida faja de color melocotón probablemente era seda india, y una mano maestra había bordado con delicadeza los detalles en las mangas y el dobladillo del vestido. Incluso los zapatos que asomaban por debajo del dobladillo ondulado estaban hechos de un cuero fino y suave.

Era parte del negocio de Leif fijarse en los detalles que denotaban la riqueza y posición de una mujer. Le surgía de manera automática, cuando se encontraba por primera vez con una mujer desconocida, juzgar rápidamente su valor financiero. Se había convertido en un acto subconsciente, realizado por necesidad y costumbre. La verdad sea dicha, detestaba la moda. Pero poder reconocer la calidad en los elementos del atuendo femenino le ahorra, a menudo, una gran pérdida de tiempo al evitar elegir una presa equivocada. En tanto ladeaba la cabeza para estudiar un poco más a la extraña joven, tuvo que admitir que esta vez en particular encontraba el acto de examinar los detalles de la apariencia de una dama sorprendentemente placentero, especialmente cuando comenzaba a considerar los elementos cuidadosamente ocultos bajo las capas de lujo.

Resistió el impulso de cambiar de posición cuando el inesperado peso de la excitación hizo que sus calzas resultaran incómodas. El rápido calor del deseo en su sangre fue una sorpresa, provocado por un catalizador tan nimio. Leif estaba lejos de ser un muchacho ingenuo al que el simple pensamiento de la anatomía privada de una mujer le hiciera retumbar la sangre en los oídos. Sus labios se torcieron con ironía. Parecía que incluso su gastada sensibilidad podía despertarse por el decadente acto de voyerismo. La pobre mujer no tenía idea de que la estaba observando, entre tanto él imaginaba los detalles sensuales de su cuerpo desnudo. De repente,

Leif deseó, con más fuerza de la que había sentido en una cantidad indecente de tiempo, que la desconocida se diera la vuelta. No siendo alguien que se quedase quieto esperando lo que quería, rompió el silencio de la sala.

—¿Están diciendo algo interesante?

Incluso pronunciadas en voz baja, sus palabras tuvieron un efecto dramático en la joven. Esta soltó un agudo jadeo de sorpresa y se giró rápidamente para enfrentarlo, apoyando la espalda contra la puerta a la que había estado pegada momentos antes. Sus ojos se abrieron de par en par por la alarma, y tomó una rápida bocanada de aire que pareció quedarse atrapada en sus pulmones. No era una belleza, al menos no en comparación con las elegantes damas que actualmente adornaban los salones de Londres. Su frente era algo alta, pero sus cejas arqueadas, la pequeña nariz respingona y el suave arco de sus labios le daban una atractiva apariencia de otro mundo. Incluso tenía una constelación de pecas pálidas esparcidas por el puente de su nariz y sobre los picos de sus delicados pómulos. No, no era un conjunto de rasgos que le ganarían fama como gran belleza, pero quizá algunos conseguirían ver más allá de la rareza de esos delicados detalles y apreciar su singularidad. Los ojos, se dio cuenta tardíamente, eran sin duda lo más inusual de su rostro. Un verde tan pálido y brillante que parecía iluminado desde dentro. Le recordaban al mar en esos raros días en que el brillo del sol borraba los azules más oscuros, dejando una pureza cristalina incomparable incluso con las gemas más preciosas.

Inquieto por la inclinación poética de sus pensamientos, Leif dejó que su mirada descendiera por debajo de su escote. Lo justo para notar que sus pechos tenían el potencial de rivalizar con la icónica perfección del busto de María Antonieta. Ensanchó su sonrisa hasta convertirla en una mueca de pícaro, y se sintió complacido al ver que los ojos color espuma de mar de ella titilaban en reacción. Disfrutando de la expresión atónita en su interesante rostro, decidió ver hasta dónde podía llevar el encuentro.

—¿Están diciendo algo interesante? —señaló repitiendo su pregunta, con un gesto de la cabeza hacia la puerta que estaba a espaldas de la joven. Esta última abrió su hermosa boca como si fuera a hablar. Cuando no salió ningún sonido, la cerró, tomó aire profundamente y lo intentó de nuevo. Esta vez, al no producirse ningún sonido, apretó los labios y lo miró con cautela. Un sutil ceño apareció entre sus cejas. Las mujeres que Leif conocía no habrían sido vistas muertas mostrando esa combinación tan ingenua de vergüenza y orgullo indefenso.

—No os preocupéis. No voy a delataros por portaros mal. A decir verdad, aprecio el mal comportamiento —sonrió ante la expresión precavida de ella—, especialmente en damas tan bellas.

—No —interrumpió ella abruptamente. Sus mejillas se sonrojaron de un intenso color rosa, y en lugar de restarle encanto, la hizo aún más adorable—. No entendéis. No es... no es lo que parece. —Había un hilo de tensión emocional en su voz. Tensión y un delicioso deje de acento irlandés que se desplegaba en una cadencia encantadora. Por su parte, Leif sintió el impulso de tranquilizarla, pero no era del tipo que ofrecía consuelo.

—¿No estabais escuchando atentamente tras esa puerta hace un momento? —Alzó una ceja con incredulidad.

La espalda rígida de la mujer se hundió levemente antes de volver a enderezarse. A continuación, hizo un gesto con su mano de finos dedos hacia la puerta a su espalda, con un elegante giro del codo.

—Bueno, obviamente estaba escuchando, pero no con mala intención, lo juro.

—¿Os dejasteis llevar por una curiosidad irresistible, entonces? —bromeó.

La mujer se humedeció los labios y sus ojos verde pálido se deslizaron hacia un lado, en

tanto intentaba encontrar una forma de responderle sin inculpinarse aún más.

—Seguro que están hablando de mí otra vez —ofreció con una sonrisa arrogante, que solía hacer que las mujeres soltaran risitas llenas de interés—. Podéis admitirlo. Soy un tema fascinante. Pero lo que sea que estén diciendo, sólo es la mitad de la verdad. De la mitad más escandalosa, no tienen ni idea. —Su encanto no tuvo ningún efecto en la muchacha, que frunció sus exuberantes labios con creciente inquietud y negó con la cabeza. Unos cuantos mechones de su cabello rubio-fresa se soltaron de su moño para rozar sus pálidas mejillas.

—No, no hablaban de vos —insistió ella con un tono distraído. Hizo una pausa para tomar aire rápidamente, y sus manos revolotearon antes de entrelazarlas y continuar en una apresurada ráfaga de palabras—. Ni siquiera sé quién sois. Están hablando de mí. De mi futuro. O, más bien, de si voy a tener la oportunidad de tener uno. —La suave textura femenina de su leve acento se deslizó sobre los sentidos de Leif como seda suave. Si fuera posible bañarse en la calidez de esos sonidos ondulantes, se habría desnudado allí mismo—. Claro —prosiguió, como si la ansiedad le aflojara la lengua—, no suelo escuchar conversaciones privadas de manera tan grosera. Ese tipo de comportamiento es simplemente imperdonable. Es solo que... la conversación que está teniendo lugar en esa habitación es infinitamente importante. Al menos para mí —añadió lentamente, mientras sus rasgos delicados se fruncían en una pequeña mueca de enfado, y ladeaba la cabeza para mirarlo con ojo crítico—. Pero a vos no os importa nada de eso, ¿verdad?

Leif parpadeó, sorprendido por su repentina percepción aguda. En realidad, solo había estado medio escuchando su torrente de palabras. ¿Por qué las mujeres siempre sentían la necesidad de explicarlo todo? Todo el tiempo que ella había estado hablando, su atención había quedado atrapada por el movimiento de sus labios, especialmente el inferior, lleno; por la encantadora nerviosidad de sus manos revoloteando, y por cómo, a pesar de su evidente inocencia y total falta de refinamiento social, o tal vez precisamente por eso, mantenía sus ojos verdes pálidos fijos en su rostro. Seguidamente, obligándose a recordar lo que ella había dicho, no vio razón para no responder con sinceridad.

—Tenéis razón. Vuestras explicaciones no me sirven de mucho. No estoy en posición de juzgar el comportamiento de nadie. He hecho cosas mucho peores que espiar en mi vida. —Cruzó los brazos sobre el pecho en una postura relajada—. Demonios, he hecho cosas peores ya esta misma mañana.

—Esta tarde —corrigió la joven irlandesa, claramente más cómoda tras haber encontrado su voz.

—Llevo apenas una hora fuera de la cama. Es de mañana para mí. —Leif sonrió y negó con la cabeza. No era la primera vez que lo corregían de esa manera.

—¿Y ya habíais hecho algo peor? —La mirada expresiva de ella se iluminó con sorpresa.

Leif se echó a reír ante la inocente curiosidad de su pregunta. No pudo evitarlo. La muchacha era tan refrescantemente... fresca.

—Irlandesa, no tenéis ni idea —murmuró con un tono sensual—. He cometido media docena de pecados en mi mente en los últimos quince minutos. —Mantuvo la voz baja, del modo en que las mujeres apreciaban a un nivel visceral. Años atrás, una mujer con la que tuvo una íntima relación le había dicho que podía alcanzar el clímax solo con el sonido de sus palabras susurradas. Aunque consiguió demostrar que su afirmación era cierta, Leif lo consideraba más una excepción. Eso no le impidió desarrollar un arsenal de variaciones vocales para otros fines: relajar, tranquilizar, provocar o persuadir.

La boca de ella se abrió ante su audaz insinuación, pero no se dejó ablandar por su tono. Quizá el truco no surtía efecto en oídos inocentes. Sus ojos impresionantemente claros lo

enfrentaron con más autocontrol del que él esperaba.

—Sois un sinvergüenza —afirmó con plena convicción.

—Entre otras cosas —respondió con un encogimiento de hombros despreocupado. Sonrió ante la expresión severa que endurecía sus dulces rasgos elfos. Esa dureza solo acentuaba su evidente vulnerabilidad. La expresión de su rostro era neutra y sus movimientos relajados en tanto alargaba el cuerpo y se levantaba del brazo del sofá donde había estado apoyado. Su aproximación fue lenta, cruzando la línea de la decencia, acortando la distancia entre ambos que un hombre con el más mínimo sentido de la cortesía habría mantenido. Enseguida, la postura esbelta de ella se tensó al sentirlo acercarse, y aunque fue sutil, Leif notó cómo presionaba su espalda con más firmeza contra la puerta, y la luz en sus ojos se volvía cautelosa. Pero no retrocedió, no se apartó. Eso le gustó.

La cautela no era su única reacción, notó él entre tanto se colocaba a su lado y apoyaba el hombro contra la sólida puerta de madera. Las pupilas de sus ojos se habían dilatado hasta que quedaba solo un estrecho anillo del suave verde cristalino rodeándolas. Sus labios estaban entreabiertos, y él podía escuchar el susurro de su respiración en tanto se deslizaba rápidamente entre sus dientes. Leif inhaló el aire que flotaba en el espacio entre ambos. Su fragancia personal empapó su cerebro y provocó un destello de oscuro deseo en la parte posterior de su cráneo. La sensación era placentera hasta casi rozar el malestar. Olía como un campo de flores silvestres tras una lluvia de verano. Dulcemente delicada, fresca y nítida, con una sutil nota de terrenal tentación. Enseguida, los labios de Leif se curvaron en una amarga sonrisa ante aquel pensamiento caprichoso. Las mujeres no olían a flores silvestres. Perfume francés caro, vino francés aún más caro, y casi siempre, tarde o temprano, sudor y sexo. Sin embargo, no a flores silvestres empapadas de lluvia.

Una sombra cayó sobre la brillante belleza de los ojos de la joven. Se mordió el labio inferior, lleno y suave, como si estuviera reprimiendo algo, y cuando habló, su voz sonaba fría y contenida.

—¿Os resulta esto divertido?

—¿Qué tipo de cosa? —Levantó una ceja ante su pregunta.

La joven irlandesa frunció sus finas cejas sobre su expresiva mirada y apretó los labios de una manera que debería haberle dado un aspecto agrio. Mas Leif observó la forma desaprobadora de su boca y sintió solo un intenso deseo de besarla. Desvió la vista de sus labios, pero quedó detenido por el destello de ira en su mirada. Estaba irritada con él.

Aquello, le sorprendió, tanto su molestia como el darse cuenta de que él la había provocado. No solía irritar a las mujeres, las encantaba. Y, normalmente, sin esfuerzo. Era apuesto, de una perversidad atractiva, y excepcionalmente hábil en todas las formas de seducción, desde las más dulces y suaves hasta las más oscuras y licenciosas. Sabía lo que hacía. Llevaba años jugando a este juego, y con mujeres mucho más experimentadas que esta pura joven irlandesa. No es que hubiera intentado seducirla, pero si lo hubiera hecho, debería haber sido fácil. Su juventud, su falta de sofisticación, su evidente inocencia y su ingenuidad. Debería haber sido receptiva, cálida, prácticamente cayendo en sus brazos a estas alturas.

—Esto —indicó con un gesto rápido de su mano delgada—, ser inapropiado, desestabilizarme para ver cómo reacciono. —La joven estaba demostrando ser inquietantemente perceptiva. Teniendo en cuenta que él a menudo utilizaba la manipulación y la distracción cuando trataba con el sexo femenino, una mujer perceptiva no era algo que le resultara grato.

—¿Es eso lo que estaba haciendo?

—Debéis tomarme por una mujer necia si creéis que no me he dado cuenta del destello de

burla en vuestra mirada o del desprecio que retuercen vuestros labios. —Le dedicó una pequeña mueca de desaprobación que decía más que mil palabras lo que pensaba de su evasiva.

—Ah, ¿lo visteis, eh? —Leif rio entonces y observó cómo su mueca se profundizaba. Demasiado perceptiva, para su gusto. Bajó la barbilla y ladeó la cabeza hacia ella como haría un amante, complacido al oír cómo ella inhalaba bruscamente—. Bueno, os aseguro que solo me burlo de mí mismo.

—Claro que sí. —Apretó sus labios. El sarcasmo en su voz era inconfundible. A continuación, se movió ligeramente y se apartó de la puerta a su espalda. Ese pequeño gesto agitó el aire lo justo para enviarle un toque de aroma a flores silvestres a sus fosas nasales dilatadas. Leif se tensó, pensando que ella podría alejarse. En lugar de eso, se giró para enfrentarlo de lleno. Sus posturas ahora estaban íntimamente alineadas, aunque aún les separaban unos centímetros. La sangre de Leif le pulsaba en las sienes. En ese momento, aquellos ojos claros y brillantes se encontraron con los suyos, directos e inquebrantables, llenos de acusación.

—Sé lo que sois.

—¿Ah, sí? —Leif arqueó una ceja. No podía ser tan perceptiva.

—Mi padre me advirtió sobre los mujeriegos y los sinvergüenzas que intentarían aprovecharse, pero no hacía falta. No tengo intención de dejar que mi buen juicio sea arrastrado por palabras falsas y miradas halagadoras. Esas cosas no tienen sustancia ni valor cuando realmente importan. —Habla con una convicción tan ferviente que revelaba su inocencia más que cualquier otra cosa, y Leif no pudo evitar provocarla un poco más.

—¿Tenéis experiencia con mujeriegos y sinvergüenzas, entonces?

—Claro que no. Y pienso mantenerlo así. No tengo ningún deseo de ser víctima de mentiras dulcemente dichas que me dejen arruinada y con el corazón roto. —Sus ojos se abrieron con sorpresa y un encantador rubor se extendió por sus mejillas.

—Bueno, yo no soy tan imprudente —replicó Leif con una sonrisa—. Nunca hago promesas que no sea capaz de cumplir, y nunca he dejado a una dama con el corazón roto. —No creyó necesario aclarar que las mujeres con las que había tenido relaciones íntimas tenían corazones demasiado sofisticados como para romperse.

La joven suspiró. Fue un sonido pesado que resonó desde un lugar mucho más profundo de lo que él imaginaba que podría existir en alguien tan ingenua.

—Ahí vais otra vez —murmuró—, seguís pensando que soy una tonta. —Inclinó la cabeza hacia un lado, mirándolo de nuevo de esa forma aguda que lo hacía preguntarse qué veía en él—. Sospecho que vuestro encanto os mete en muchos más problemas de los que os saca. A pesar de vuestra declaración de lo contrario, está claro que sois del tipo muy peligroso, o nunca os habríais acercado a una mujer completamente desconocida y os habríais comportado de una manera tan escandalosa.

Leif se sintió al mismo tiempo complacido y perturbado por su observación. Sonrió y se pasó los nudillos por debajo de la mandíbula mientras la miraba pensativo. Sus manos enguantadas estaban entrelazadas a la altura de la cintura, tan apretadas que el tejido blanco inmaculado estaba profundamente arrugado. ¿Una barrera contra él? ¿O una señal de que estaba reprimiendo algo?

—¿Escandalosa, decís?

—Definitivamente.

Leif se apartó de la puerta y enderezó su postura. Su imponente figura se cernía sobre la pequeña estatura de la joven. La posición le daba una vista agradable de su suavemente curvado escote y una clara ventaja física que no pasó desapercibida para la joven. Sus pestañas

revolotearon contra sus pálidas mejillas.

—Dejadme preguntaros algo, irlandesa. —Su voz bajó hasta convertirse en un murmullo íntimo—. Aunque no niego nada, si soy tan malo como afirmáis, ¿por qué os habéis dignado a conversar conmigo tanto tiempo?

Sus impresionantes ojos verde marino se alzaron para encontrarse con los de él, y tomó una rápida bocanada de aire, como si fuera a protestar ante su insinuación. Pero, tan rápido como comenzó, cerró la boca y entrecerró la mirada, como si estuviera reorganizando su respuesta. Leif sintió una punzada de arrepentimiento por no haber seguido su reacción inicial. Sospechaba que habría sido mucho más entretenida que lo que estaba por venir.

—Eso es un excelente punto —admitió—. Sin duda, lo más sensato es dar por concluida esta... inusual entrevista. —Inclinó la cabeza y lo observó con una mezcla de cautela y curiosidad en su mirada—. Supongo que no me queda más remedio que confiar en que no hablareis de mi indiscreción aquí.

—No hay de qué preocuparse, irlandesa. No soy de los que cuentan historias. Además —añadió con un gesto alegre de la cabeza en tanto ella se apartaba y comenzaba a cruzar la biblioteca—, no hemos intercambiado nombres. No tengo ni la menor idea de quién sois. —Por alguna razón, sus palabras la detuvieron. Se detuvo y miró por encima del hombro. En ese momento, una suave sonrisa se dibujó por sus labios llenos, como si acabara de descubrir un tesoro encantador que planeaba guardarse para sí misma.

—De nuevo, tenéis toda la razón —respondió tras un momento—, y es maravilloso, ¿verdad? —El tono alegre de placer en su voz era inconfundible, al igual que el ligero saltito que aligeraba sus pasos entre tanto salía de la habitación.

Leif observó el delicado balanceo de su trasero hasta que desapareció de su vista. El peculiar sonido de su voz revoloteaba en su mente como una mariposa atrapada, y el aroma de ella aún flotaba en el aire donde él seguía de pie. Le llevó otro momento liberarse del sensual hechizo en el que aquella mujer tan inusual lo había atrapado sin siquiera intentarlo. En ese momento, soltó una risa casi silenciosa. Una criatura extraña, sin duda, y una con la que esperaba encontrarse de nuevo. Sacudiéndose los últimos vestigios de distracción, se giró hacia la puerta a su lado y pegó la oreja a la superficie sólida de madera.

Capítulo 2

Abbigael Granger esperó hasta estar fuera de la vista de la biblioteca antes de correr a través del gran vestíbulo hacia la escalera principal. En su agitación, tomó un desvío equivocado al llegar a lo alto de las escaleras y tuvo que retroceder para encontrar el dormitorio al que le habían mostrado solo unas horas antes. Cerró la puerta tras de sí y giró el pestillo por seguridad. Luego se sintió tonta por hacerlo y volvió a desactivar el cerrojo. No solía estar tan alterada. Pero claro, nunca antes la habían pillado en una posición tan humillante. Sus mejillas ardían de vergüenza, y presionó las manos contra su rostro en tanto caminaba hacia la ventana. Escuchar a escondidas a sus anfitriones antes de que siquiera hubieran aceptado la petición de su padre. Qué estupidez.

Abbigael recorrió el pestillo de las ventanas y las abrió de par en par. El aire fresco del campo de Essex irrumpió en la habitación y enfrió el calor de sus mejillas. Las ventanas abiertas ofrecían una vista impresionante de los jardines cuidados de los Blackbourne, que aún no se habían despertado del todo tras el invierno. A lo lejos, un ligero destello plateado reflejando la luz de la tarde insinuaba la presencia de un arroyo de truchas. Abbigael debería haberse deleitado con la vista, pues le encantaba la pesca. Aunque, en ese momento, sus pensamientos no se ordenaban de manera habitual. La agradable escena ante ella se desvanecía para dar paso a la imagen de un pícaro sonriente con el cabello castaño claro ligeramente despeinado, ojos que no eran ni azules, ni verdes, ni avellana, sino una mezcla única de todos ellos, y una actitud demasiado audaz. Oh, Abbigael había conocido a hombres audaces antes. Algunos de los compinches políticos de su padre podrían aprender unas cuantas lecciones sobre contención social. Pero nunca antes había sido objeto de una atención tan... sugerente.

El atractivo hombre de la biblioteca tenía un exceso de encanto y no mostró ninguna reticencia moral mientras la provocaba para su propio entretenimiento. Sabía lo que hacía, eso estaba claro. Ningún caballero honorable le habría hablado de una manera tan descarada y sugestiva. Casi la había atrapado con el suave ritmo de sus palabras y lo que, al principio, ella pensó que podría ser un destello de genuina apreciación en su mirada. Por suerte, se había dado cuenta antes de hacer un ridículo aún mayor. El brillo dorado en sus ojos era más probablemente un reflejo de traviesa indiferencia y deliberada perversidad, y no de un interés sincero y honorable.

Se apartó de la ventana y cruzó la habitación hasta la enorme cama con dosel que dominaba el espacio. Levantó sus faldas para subirse al alto colchón y se estiró boca abajo, cruzando las manos bajo la barbilla. Quienquiera que fuese, Abbigael esperaba no tener que volver a verlo. No solo había sido testigo de su vergonzoso comportamiento, sino que también la había hecho sentir demasiado consciente de sí misma, de una manera decididamente incómoda. Hubo unos breves momentos en los que sintió como si se viera a sí misma a través de los ojos de él, y al hacerlo, había descubierto algo inesperado y extraño. Y no le gustaba en absoluto. Necesitaba que todos la vieran como a cualquier otra joven que buscaba un esposo digno. A sus veintiún años, ya iba a ser mayor que la mayoría de las otras muchachas. Sumado a eso, el hecho de que venía de Irlanda y no era una gran belleza, ya tenía suficientes obstáculos que superar. No necesitaba la carga añadida de ser vista como una rareza.

Un pensamiento luminoso destelló en su melancólico estado de ánimo y se incorporó de rodillas en el centro de la cama. El encuentro con el desconocido caballero había probado algo a

su favor. El hecho de que él, a pesar de ser un sinvergüenza, la hubiese considerado digna de un breve coqueteo le daba una esperanza inmensa de que su viaje a Inglaterra podría ser exitoso, después de todo. Lo que él había dicho justo antes de que ella se marchara era quizás su mayor ventaja. Nadie aquí la conocía. No obstante, no era ingenua.

Demasiadas personas conocían su pasado, y solo era cuestión de tiempo antes de que alguien recordara los chismes asociados a su nombre. Su padre, por muy poderoso que fuera en Dublín, no había podido frenar la ola de habladurías maliciosas que habían condenado sus posibilidades de matrimonio en Irlanda. Rezaba para que Londres estuviera lo suficientemente lejos de casa como para darle una oportunidad, porque una vez que salieran a la luz los rumores de su pasado, ni su enorme dote ni las conexiones políticas de su padre serían suficientes para atraer al esposo que anhelaba. De pronto, un golpe fuerte en la puerta la sacó de sus pensamientos.

—Señorita Granger, soy Anna Sinclair. ¿Puedo entrar?

Por el amor de Dios, era la mismísima condesa de Blackbourne. Esperaba que su padre subiera a decirle si debía quedarse en Inglaterra. No esperaba que la dama de la casa la buscara personalmente.

—Sí, por supuesto, mi señora. Adelante, por favor. —Abbigael se apresuró a colocarse mejor en el colchón, intentando adoptar una postura más decorosa. A continuación, la puerta se abrió al instante y la condesa entró en la habitación.

Lady Blackbourne era una mujer excepcionalmente hermosa. No llegaba a los treinta, alta, de cabello negro y ojos cálidos de color marrón. Desde el momento en que se la presentaron, *Abbigael* había sentido en ella una fuerza parecida a la de la naturaleza: implacable y decidida, pero suave y bondadosa en las maneras sutiles que importaban. Su padre le había advertido que la condesa era excéntrica, una noble que se dedicaba a los negocios como propietaria de un famoso establo de caballos de carreras pura sangre. Pero el esposo de la dama, el conde de Blackbourne, era un primo lejano y la mejor oportunidad de *Abbigael* para recibir una buena acogida en la sociedad londinense, si accedían a patrocinarla.

Sus mejillas volvieron a arder al recordar su deplorable comportamiento en la biblioteca. Se moriría de vergüenza si la gran dama descubría que había intentado escuchar lo que debía haber sido una entrevista privada entre los Blackbourne y su padre. Esperaba que el pícaro que había presenciado sus acciones fuera de fiar y no se dedicara a contar historias de lo que había visto.

Lady Blackbourne sonrió en tanto se acercaba, agitando una mano para que *Abbigael* no se moviera cuando esta intentaba deslizarse hacia el borde de la cama para ponerse de pie. La condesa avanzó y se sentó a su lado. *Abbigael* metió los pies bajo su falda e intentó enderezar su postura. Acomodándose con una gracia sin esfuerzo, *lady Blackbourne* se giró para mirarla con calidez en su sonrisa serena.

—Señorita Granger... ¿puedo llamaros *Abbigael*? —Al ver que *Abbigael* asentía en silencio, la sonrisa de la dama se amplió—. Excelente. Veréis que no soy muy buena con las formalidades.

Abbigael casi soltó un suspiro de alivio, pero se contuvo. La diferencia entre lo que ella y *Lady Blackbourne* consideraban «formal» podría ser abismal.

—Sí, mi señora.

—Decidme Anna, por favor, al menos cuando estemos solas. —Las elegantes cejas de la condesa se arquearon sobre unos ojos oscuros e inteligentes—. No acabo de acostumbrarme al «mi señora», y prefiero evitarlo siempre que sea posible.

Abbigael se sorprendió al ver que la condesa parecía genuinamente contraria a la formalidad

de su posición. Al parecer, la dama era excéntrica de formas más personales que simplemente por estar involucrada en los negocios. Aunque la franqueza de *lady* Blackbourne era, como mínimo, inusual, Abbigael agradecía la falta de rodeos.

—Por supuesto, como deseáis —respondió rápidamente, viendo que la condesa esperaba su reacción.

—Perfecto. —Con una sonrisa y un asentimiento, *lady* Blackbourne se acomodó mejor en la cama, levantando sus faldas para girarse y mirar a Abbigael más de frente—. Ahora que estamos en términos más cómodos, ¿deberíamos pasar al asunto de vuestra visita?

Abbigael parpadeó ante el abrupto cambio de tono y tema. Había una capa formidable de autoridad en la voz de la dama que resultaba tranquilizadora e intimidante a la vez. Abbigael se volvió inmediatamente cautelosa.

—Creo que mi padre tenía la intención de discutir eso con vos y lord Blackbourne personalmente —respondió Abbigael con cautela.

Sir Félix Granger habría sido muy prudente con lo que eligiera revelar a los Blackbourne. Siempre político, les daría solo la información necesaria para no ser acusado de ocultar nada, pero sin exponer tanto como para ahuyentarlos. La situación de Abbigael era delicada.

—Las conversaciones entre caballeros respetables en salas con paneles de madera rara vez llegan al fondo de un asunto. *Sir* Félix nos explicó a fondo la logística del tema. Entiendo que hay circunstancias de vuestro pasado que podrían dar lugar a rumores dañinos si surgieran. Sin embargo, necesito saber un poco más sobre vos, querida, si he de ayudaros. —*Lady* Blackbourne hizo un gesto despreocupado con la mano.

Abbigael se tensó. La dama parecía bastante amable, pero la experiencia le había enseñado a protegerse de las preguntas que profundizaban en su pasado personal. Cambiando de postura, notó que una de sus piernas se había quedado dormida al estar doblada bajo su cuerpo. Volvió a moverse, tratando de aliviar el dolor de las agujas en su pantorrilla y pie, y empezó a sentirse un poco nerviosa. Estaban sentadas en la cama como si fueran dos colegialas compartiendo confidencias, pero Abbigael era muy consciente de la vital importancia de esa conversación.

—Quizá mi padre no haya tenido la oportunidad de entrar en algunos detalles de mi pasado... —Miró a la gran dama sentada junto a ella y respiró hondo. No le quedaba más opción que confiar en la condesa.

—Querida —interrumpió la condesa, inclinándose hacia adelante y tomando las delgadas manos de Abbigael entre las suyas—, no os angustiéis. Vuestro padre nos contó todo lo que consideraba relevante para que aceptáramos patrocinar vuestra presentación en sociedad en Londres. —Sus cejas negras se fruncieron con severidad—. Para ser sincera, creo que se le ha dado demasiada importancia a una situación que quizá habría sido mejor manejada con empatía y comprensión. El duelo nos afecta a cada uno de manera diferente. Todo lo que podemos hacer es sobrellevarlo de la mejor forma posible. —La condesa le dio a Abbigael un suave apretón en las manos, y sus ojos se llenaron de calidez entre tanto continuaba—. Lamento profundamente que perdierais a vuestra madre a una edad tan delicada. Aunque el tiempo puede haber atenuado el dolor, sé que las heridas infligidas por algunas pérdidas nunca llegan a sanar del todo.

—Gracias, mi señora. —Abbigael la miró con una gratitud asombrada. Nunca nadie había abordado el tema con tanta franqueza y compasión.

—Por supuesto, trataremos los aspectos de vuestro pasado con discreción y cuidado. Aunque he aprendido por las malas que estas cosas a menudo se manejan mejor enfrentándolas de frente. La alta sociedad londinense puede ser terriblemente intolerante. —La condesa sonrió.

—Mi señora... —La esperanza floreció en el pecho apretado de Abbigael.

—Anna, por favor.

—Anna, ¿estáis diciendo que vos y lord Blackbourne habéis accedido a la petición de mi padre?

—Por supuesto.

Abbigael no se había dado cuenta de lo mucho que ansiaba esa respuesta hasta que casi se desmayó por la intensidad de su alivio. Apretó las manos de la condesa con más fuerza y se inclinó hacia adelante en una expresión sincera de gratitud.

—Gracias, mi... Anna. No tenéis idea de lo que esto significa para mí.

—Por eso vine a hablar con vos. Si voy a ayudaros, necesito saber qué es lo que queréis. —*Lady Blackbourne* sonrió ante el entusiasmo de Abbigael—. Un marido, sí, lo entiendo —dijo cuando Abbigael abrió la boca para responder—. Vuestro padre ha dejado claro que espera que encentréis un buen y adecuado matrimonio durante la temporada londinense. Pero yo quiero saber qué es lo que deseáis. ¿Qué anhela vuestro corazón por encima de todo? —Los oscuros ojos de *lady Blackbourne* buscaron su rostro en silencio y con compasión en tanto esperaba una respuesta.

Abbigael tuvo la nítida impresión de que esa mujer entendía lo que era habitar en pensamientos oscuros y albergar la esperanza de días más luminosos. La empatía en la mirada de la condesa disipó parte de la reticencia habitual de Abbigael. Luchaba por confiar en esa suave voz interior que la instaba a aceptar la amistad que *lady Blackbourne* le ofrecía. Era increíblemente tentador responder a la romántica pregunta contando los años de soledad que se habían alargado demasiado o el dolor que seguía presente cada día que respiraba. Mas la desconfianza y la traición habían sido demasiado frecuentes en su vida, así que Abbigael respondió con tanta honestidad como sentía seguro permitir.

—Quiero un hombre en quien pueda confiar. Un esposo estable y bondadoso. Y niños a quienes amar. —Se ruborizó al pronunciar lo último, temiendo haber revelado demasiado, pero se negó a apartar la vista de la mirada aguda de *lady Blackbourne*. No podía permitirse parecer menos que absolutamente resuelta en su empeño por conseguir lo que buscaba. Encontrarle un marido adecuado entre la aristocracia inglesa no iba a ser tarea fácil. Su padre insistía en una unión con alguien de la nobleza. A pesar de todo, tenía grandes ambiciones y solo aceptaría una alianza que fuera ventajosa tanto a nivel social como político. Al hablar de la estrategia con los Blackbourne, probablemente había hecho hincapié en la idea de mantener alejados a los candidatos que no tuvieran nada que ofrecer y solo se sintieran atraídos por su considerable dote. Desafortunadamente, su fortuna parecía ser la única fuerza suficiente para atraer una propuesta.

Abbigael esperó a que la condesa respondiera, sintiéndose más expuesta con cada segundo que la otra mujer contemplaba en silencio su respuesta. Finalmente, *lady Blackbourne* sonrió de una forma que transformó sus firmes rasgos en una expresión ligeramente melancólica.

—Entonces eso es lo que tendréis. Prometo hacer todo lo que esté en mi mano para ayudaros a alcanzar un objetivo tan digno.

—Y haré todo lo posible para asegurarme de que no os arrepintáis de vuestra decisión de ayudarme —respondió Abbigael con feroz determinación. No tenía intención de desperdiciar su última oportunidad para conseguir el futuro que anhelaba.

—Bueno, esperemos que vuestro compromiso venga acompañado de una buena dosis de resistencia. —La voz de la condesa tenía un tono de advertencia seria—. La vorágine social de Londres puede ser brutal, y la mayor parte del trabajo recaerá sobre vuestros hombros. El apellido Blackbourne os abrirá algunas puertas importantes, pero después de eso estarás bastante sola.

Abbigael asintió con comprensión, pero la advertencia no consiguió borrar la sonrisa que se extendía por sus labios.

—¡Excelente! —exclamó la condesa mientras se deslizaba hacia el borde de la cama—. Espero que estéis lo suficientemente cómoda para uniros a nosotros en la cena esta noche. Solo la familia, nada demasiado formal.

—Me encantaría. —Abbigael luchaba contra la curiosidad que le instaba a preguntar por el hombre de la biblioteca. Decidió que sería mejor anticipar otro encuentro con él en lugar de sorprenderse—. *Lady Blackbourne*, si me permitís preguntar, ¿estará vuestro otro invitado en la cena?

—Ah, ¿qué otro invitado? —La condesa frunció el ceño y la miró con curiosidad.

—Me encontré con un joven en la biblioteca. Me temo que no llegamos a intercambiar nombres. —Abbigael intentó responder con una despreocupación que no necesariamente sentía.

—¿Un joven? ¿Apuesto?

Abbigael asintió, intentando reprimir el calor que invadía sus mejillas. Si le quedaba alguna duda sobre la impropiedad de su encuentro con el misterioso desconocido, la vacilación de la condesa al responder confirmó que era un hombre al que debía evitar.

—Debe haber sido el barón Riley, aunque él aseguró que regresaría a Londres esta mañana.

Abbigael recordó la peculiar interpretación del caballero sobre la hora del día.

—¿Lord Riley os habló?

Abbigael percibió un leve matiz de preocupación en la pregunta de la condesa y notó cómo su ceño se fruncía aún más.

—Solo brevemente. —Entrar en detalles sobre su encuentro con el barón podría provocar más preguntas sobre su presencia en la biblioteca. Demasiado tarde se dio cuenta de que su curiosidad por lord Riley la había puesto en un aprieto.

—Breve es bueno —murmuró rápidamente la condesa. Luego, como si se diera cuenta del tono críptico de su respuesta, le dirigió a Abbigael una mirada directa y explicó—. Aunque es un viejo y querido amigo mío, las actividades sociales de lord Riley lo definen como un hombre que, ni por asomo, es una compañía adecuada para una joven en vuestra situación particular. ¿Lo entendéis?

—Creo que sí. —Abbigael asintió con solemnidad. No era menos de lo que sospechaba.

Lady Blackbourne la observó detenidamente un momento más. Lo suficiente como para que Abbigael sintiera el impulso de removerse en su asiento y desear haber guardado su curiosidad bajo llave. En definitiva, la condesa sonrió y se esforzó por adoptar un tono más ligero.

—Bueno, no hay motivo para que vuestros caminos se crucen una vez estemos en Londres, así que no hay de qué preocuparse.

Capítulo 3

La semana siguiente fue un torbellino de actividad. Abbigael permaneció con los Blackbourne en su finca de campo solo unos días más antes de que toda la casa comenzara a prepararse para el traslado a Londres. *Lady* Blackbourne insistió en que, al llegar a Londres, hiciesen algunas visitas a Bond Street. Abbigael y su padre habían comprado varios baúles llenos de vestidos, ropa interior y accesorios antes de salir de Dublín. Aun así, aparentemente, según los estándares londinenses, aún estaba bastante lejos de alcanzar el nivel de una debutante heredera.

El día antes de que estuvieran listos para dejar el campo, Abbigael estaba en su habitación guardando algunos de sus objetos personales más pequeños cuando su padre dio su característico golpe breve en la puerta. Apenas lo había visto desde que llegaron a Silverly. Tras escucharla darle permiso para entrar, él cruzó el umbral como siempre lo hacía, como si no estuviera seguro de lo que iba a encontrar. Abbigael casi sonrió al ver al imponente *sir* Félix Granger dar un paso vacilante dentro y cerrar la puerta tras él. Sus atentos ojos marrones recorrieron los detalles de la habitación. Se puso las manos a la espalda y echó los hombros hacia atrás, como si estuviera frente a la oposición en el Consejo Privado de Irlanda. En política, *sir* Félix era conocido por sus discursos apasionados y elocuentes y su firme defensa de los derechos de los irlandeses nativos. Sin embargo, cuando se trataba de su hija, casi se quedaba mudo, como si temiera decir lo equivocado y, por ello, optara por no decir nada.

Abbigael esperó a que su padre hablara. Raramente hacía algo sin un propósito específico, así que sabía que su visita no era para charlas triviales. Posteriormente, *sir* Félix cruzó la habitación para mirar por las ventanas, las cuales ella había abierto anteriormente para dejar entrar el aire campestre. En casa, en el condado de Donegal, solía mantener las ventanas abiertas hasta bien entrado el invierno, prefiriendo el frío del viento invernal al aire cargado de los espacios demasiado cerrados.

—Esta noche regreso a Dublín.

Abbigael parpadeó al ver la ancha espalda de su padre. ¿Esta noche? Sabía que él tenía compromisos profesionales que le impedirían participar en su debut en Londres, pero no había esperado que se marchara de Inglaterra tan pronto. Aunque le decepcionaba, no le sorprendía del todo su rápida partida. Desde la muerte de su madre, su pasión personal estaba firmemente atada a la política irlandesa. Asintió en silencio a sus espaldas, consciente de que él no apreciaría ninguna expresión de angustia. Girándose en la ventana, su padre la miró de frente. La tensión se marcaba alrededor de su boca y fruncía el centro de su frente.

—Estaréis en excelentes manos con el conde y la condesa de Blackbourne. Saben lo que hay que hacer y parecen estar dispuestos a hacerlo con amabilidad. Por mi parte, solo sería un estorbo y hay asuntos que requieren mi atención en Irlanda. Espero que prestéis atención a los consejos y directrices de *lady* Blackbourne. Pero seguid vuestro buen juicio —añadió rápidamente y luego vaciló, como si quisiera añadir algo más pero cambiara de opinión—. *Lady* Blackbourne es algo poco convencional. Un hecho que quizá juegue a vuestro favor. —Se acercó a Abbigael, que estaba junto a la pequeña mesa de tocador donde había dispuesto su modesta colección de joyas para el viaje a la ciudad. Desenlazó las manos de detrás de su espalda y las posó con firmeza sobre sus delgados hombros—. Lo haréis bien aquí, Abby. Lord Blackbourne ha accedido a enviarme un mensaje en cuanto recibáis una propuesta que consideréis aceptable.

Insisto en aprobar cualquier unión.

—Sí, padre. —Abbigael era consciente de que él al menos esperaba su acuerdo en ese punto. Como si tuviera el valor y el deseo de fugarse con algún caballero que no contara con su aprobación. Sonrió ante el pensamiento tan ridículo. Probablemente sería mucho más exigente que su cauteloso padre.

Al ver su sonrisa, *sir Félix* comenzó a devolverle el gesto, pero luego miró hacia un lado y su actitud cambió por completo en un instante. Sus manos se apartaron de sus hombros y dio un paso atrás. Abbigael observó cómo de repente encontraba razones para mirar a cualquier sitio excepto directamente a ella. Su columna se tensó tanto que sus músculos protestaron, pero mantuvo la barbilla en alto y se negó a bajar la mirada. No sabía qué había arruinado el breve momento en que había sentido que volvían a ser padre e hija, pero la distancia que él imponía entre ambos le resultaba ya familiar. Seguidamente, *sir Félix* cruzó la habitación hasta la puerta y se giró hacia ella justo cuando la abría.

—Lo haréis bien aquí, Abby —repitió, como si tratara de convencerse de ello. Sus ojos marrones recorrieron su rostro hasta las joyas que yacían junto a ella y volvieron a posarse en su cara—. Llamadme si me necesitáis —agregó, y luego se marchó.

Abbigael se quedó inmóvil, el sonido de la puerta resonando en su mente. Desde la muerte de su madre, hacía más de siete años, así habían sido las cosas con su padre. Fue, siendo así, cuando todo su mundo se hizo pedazos. Abbigael estaba sola cuando recibió la noticia de la muerte de su madre. Uno de los campesinos arrendatarios de su padre había llegado corriendo a la casa, gritando sobre un faetón volcado y la señora tendida en el camino. Su madre recorría aquel sendero todos los días. Llena de un miedo tan intenso que bloqueaba cualquier otro pensamiento, Abbigael comenzó a correr tan rápido como sus jóvenes piernas le permitían. Corrió con el corazón obstruyendo su respiración hasta que llegó a la curva en el camino y vio la figura vestida de azul pálido, inmóvil en la tierra.

En un instante, sintió como si el sol hubiera sido arrancado de su existencia. Desapareció en un parpadeo todo lo cálido, lo brillante, lo amoroso. Tenía trece años y había crecido tan unida a su madre como cualquier hija pudiera estarlo. No necesitaba que nadie le dijera que su madre estaba muerta. Lo supo en el segundo en que la vio tendida en el camino, quizá incluso antes. Y en ese momento, todo su mundo se convirtió en una oscuridad asfixiante que la envolvía desde todas direcciones y sofocaba cualquier recuerdo de alegría. Distanció su mente de la dolorosa realidad y perdió toda conexión con cualquier cosa que existiera más allá de la furia, el dolor y la pérdida, que extendieron su vida en una larga noche oscura.

Cuando Abbigael finalmente salió de su obnubilación llena de dolor, se dio cuenta de que su padre la había enviado a vivir con la familia de su madre, en el lejano norte. Al principio, sintió alivio, asumiendo que su padre volvería a buscarla en poco tiempo. Estar rodeada de personas que habían conocido tan bien a su madre le hacía sentir más conectada con su recuerdo. No obstante, no tardó en darse cuenta de que quienes la cuidaban mantenían cierta distancia y a menudo la miraban con temor, persiguiéndose al pasar junto a ella.

Tras un par de días, reunió el valor para preguntar a la tía de su madre, la señora que parecía la menos afectada por su presencia, por qué la trataban de forma tan extraña. Fue entonces cuando descubrió que, aunque en su interior había estado de luto en un vacío oscuro y silencioso, externamente había sido cualquier cosa menos eso. Su tía le contó cómo había gritado durante horas sin cesar tras ver el cuerpo sin vida de su madre. Grito hasta que el único sonido que salía de su garganta era un gemido ronco y desgarrado. Nadie había podido consolarla. Incluso su padre, al llegar a casa, solo se había encontrado con extremidades que se agitaban y gruñidos

furiosos. Después de semanas en las que seguía negándose a comer nada que no le dieran a la fuerza, no dormía más que en breves y agitados periodos y no hablaba con nadie, su padre la había enviado al norte.

La familia de su madre, aunque leal y compasiva con la hija de Mary Curran, era gente supersticiosa que creía que el día en que su madre murió, una parte del alma de Abbigail se fue con ella. No podían confiar del todo en la muchacha de ojos atormentados, que no habló durante meses. Creían que quien había residido tanto tiempo en semejante oscuridad seguramente conservaba algo de ella en su interior. Toda su vida, Abbigail había tenido una sensibilidad excepcional hacia los matices de las emociones e intenciones ajenas. Sabía cuándo alguien estaba molesto o incómodo, por mucho que intentara ocultarlo. Sentía el miedo, la emoción y la culpa de las personas como si fueran suyos. Su madre solía decirle que su capacidad de empatizar tan intensamente era un don que debía cultivar. Pero en el terrible periodo tras la muerte de su madre, rodeada de la tristeza y el temor de quienes estaban más cerca de ella, Abbigail solo deseaba huir de todo aquello.

Con el tiempo, Abbigail aprendió a mantener una mayor distancia emocional. Para salvarse, tuvo que apartar la parte de sí misma que sentía las cosas más profundamente. No podía bloquear del todo su intuición hacia los demás, pero al separar sus propias emociones, aprendió a no dejar que la afectaran tanto. Encerró su tristeza en lo más profundo y comenzó a recuperarse.

Día a día recuperaba un poco más de luz y, aunque no compartía las creencias de quienes la cuidaban, comprendía que el duelo la había transformado. Y cuando su padre vino a visitarla por primera vez, Abbigail vio la incertidumbre y el miedo en sus ojos y supo que no volvería a casa con él. Su padre la quería, pero no era un hombre emocional. Aunque nunca lo mostrara, Abbigail sabía que él también guardaba su luto, y comprendía con certeza instintiva que no era capaz de soportar el peso de su dolor además del suyo propio. Nunca hablaron de la muerte de su madre ni del colapso emocional de Abbigail. La muerte de su madre lo había cambiado también a él y, a medida que pasaba el tiempo, por su bien ella fingía estar contenta con sus visitas estacionales y sus conversaciones cautelosas.

Los escasos y fugaces momentos en que Abbigail recordaba lo unida que había estado con su padre eran más dolorosos, porque nunca duraban mucho. Miró hacia el tocador, preguntándose qué era esta vez lo que había hecho a su padre recordar los devastadores recuerdos del pasado. Cuando lo vio allí, entre sus perlas y su oro, sintió un nudo en el corazón y las lágrimas se agolparon tras sus ojos. El broche de su madre. Era una antigua y pesada pieza de plata que había pasado por docenas de generaciones en la familia materna. Diseñada con un intrincado nudo celta, con pequeñas esmeraldas y amatistas incrustadas entre las vueltas de la plata, era lo único que Abbigail poseía de su madre. Alzando el adorno de entre los otros objetos menos significativos, sostuvo su peso en ambas manos, lo acercó a su pecho, cerró los ojos y susurró una ferviente oración.

«Por favor, madre, ayúdame a encontrar la felicidad aquí para que padre también pueda hallar un poco de paz frente a las sombras oscuras del pasado. Os amo. Y os echo de menos».

Se quedó un momento en pie, deseando tener la fuerza y la terquedad de su madre. A continuación, abrió los ojos, colocó el broche medieval en la caja forrada de terciopelo y cerró la tapa. Se negó a permitir que el peso oscuro de la soledad ahogara la chispa de esperanza que se había encendido cuando los Blackbourne aceptaron patrocinar su temporada en Londres. Y cuando llegó la mañana en que toda la casa se disponía a cargar los carruajes y partir hacia la ciudad, Abbigail se despertó con una sensación de emoción y aventura que esperaba le ayudara a enfrentar los desafíos que seguramente le aguardaban.

El día de su partida de Essex amaneció brillante y soleado, y no fue ninguna sorpresa que *lady* Blackbourne, siendo la experimentada amazona que era, decidiera hacer el viaje a caballo hasta Londres. Lo que sí fue sorprendente fue ver a la dama saltar ágilmente a lomos de un enorme castrado ruano, vestida con un atuendo de montar que incluía unos pantalones similares a los que usaban los jóvenes. Abbigail apenas se recuperó de la sorpresa de ver a una dama vestida de tal manera cuando se dio cuenta de que no haría el viaje sola en el carruaje. Lord Blackbourne, en lugar de cabalgar junto a su esposa, había decidido con gusto viajar en el carruaje con Abbigail y su hijo de dos años, Brian. Todo esto sin la asistencia de una niñera ni de ningún otro criado para atender al pequeño.

Durante el breve tiempo que había pasado con los Blackbourne, Abbigail había comprendido que, por regla general, no solían hacer las cosas como la mayoría de las familias aristocráticas. A primera vista, el conde parecía un ejemplo perfecto de la aristocracia inglesa: un caballero seguro de sí mismo, con una vida desahogada y un aire de privilegio. Pero, bajo la superficie de sus refinadas maneras y su actitud despreocupada, su espíritu y su visión del mundo eran tan poco convencionales como los de su esposa. Y cuando se trataba de su hijo, ambos mostraban un interés personal inusual en su crianza. Hasta el punto de que el niño raramente estaba en la guardería y, con frecuencia, se le podía ver siguiendo los pasos de su madre en tanto ella realizaba sus tareas diarias o jugando tranquilamente en el despacho de su padre entre tanto él gestionaba las vastas propiedades de los Blackbourne. Aunque el trayecto de Essex a Londres no era largo, con un niño de dos años podía convertirse en una prueba extenuante. Sin embargo, el conde manejó cada queja, suspiro y protesta de su hijo con una serenidad firme y gentil, y aun así consiguió mantener una conversación amena y divertida con Abbigail.

Llegaron a Londres al ponerse el sol. El pequeño Brian acababa de quedarse dormido en brazos de su padre, y el conde se mostró contento de dejar que la conversación se desvaneciera en un silencio cómodo en tanto entraban en la ciudad. Abbigail contempló Londres por primera vez en silencio, con la mirada atenta. Estiró el cuello para observar por la ventanilla del carruaje las escenas de la ciudad que desfilaban ante ella y se permitió ser invadida por la emoción de la aventura que la esperaba. Aquí estaba su futuro. Era su última y mejor oportunidad para liberarse de las cadenas del pasado. Tenía la posibilidad de construirse a sí misma en cualquier imagen que deseara. No tenía por qué ser la hija solitaria del político ni la muchacha devastada por la repentina muerte de su madre. Podía ser brillante y encantadora. Alguien a quien la gente realmente quisiera conocer. *Encontraría* la manera de crear la vida que anhelaba. Una llena del calor, la luz y el amor que habían estado ausentes durante demasiado tiempo.

Capítulo 4

—¿Estáis bien, querida? Parecéis un poco pálida. —La pregunta venía de *lady* Blackbourne.

—Sí, estoy bien. Es solo que todo esto es un poco abrumador. —Abbigael asintió rápidamente y respiró hondo antes de girarse.

La condesa asintió y agitó una mano despreocupada hacia la multitud que llenaba el enorme salón de baile. Aunque el salón de los Carmichael era espacioso y estaba bien iluminado con modernas luces de gas, no lograba aliviar la atmósfera opresiva que causaban varios cientos de personas, prácticamente codo a codo.

—Supongo que puede serlo. Solo tenéis que recordar que toda esta gente tiene sus propias inseguridades molestas, sus motivaciones personales, y en la mayoría de los casos... pequeños secretos oscuros —añadió con un guiño pícaro—. A pesar de todo el boato y la arrogancia con los que a los miembros de la alta sociedad les gusta rodearse, no son diferentes a cualquier otro ser humano. Quizá solo están un poco más acostumbrados a ocultar su humanidad tras una fachada de riqueza y privilegio. —La condesa sonreía con una tranquila seguridad, pero Abbigael seguía sin estar convencida de que alguna de esas personas resplandecientes y hermosas a su alrededor se pareciera en absoluto a ella—. Ah —dijo *lady* Blackbourne, con una leve rigidez en los bordes de su amplia sonrisa mientras miraba hacia la multitud—, y aquí viene alguien que prueba exactamente mi punto. —Se inclinó y susurró con tono conspirativo—. Quizá el más arrogante de todos.

Abbigael se volvió para ver a un caballero elegantemente vestido acercándose a ellas. Era un hombre razonablemente atractivo, de unos treinta y tantos, con el cabello oscuro, ojos oscuros y una figura alta y de anchos hombros. Lo que le faltaba en belleza evidente lo compensaba con creces con un aire distinguido de refinada sofisticación. A pesar de que su chaqueta le quedaba impecable, sin una sola arruga, y su corbata estaba anudada con arte inmaculado, emanaba una cierta fuerza atlética en sus movimientos. Caminaba sin reconocer a la multitud que se apartaba para dejarle paso, y Abbigael sospechaba que su postura rígida y perfecta era tan natural para él como la leve expresión de aburrimiento que se dibujaba en su boca.

—Lord Rutherford, qué placer —saludó *lady* Blackbourne con un ligero toque de sarcasmo en la voz.

Abbigael dedujo que la condesa no sentía particular simpatía por lord Rutherford. Como ya había llegado a confiar en su opinión en la mayoría de los asuntos, Abbigael sintió una leve punzada de decepción. A pesar de que su imponente tamaño y porte aristocrático resultaban algo intimidantes, podría haberlo considerado un posible pretendiente.

—*Lady* Blackbourne —llamó el distinguido lord, inclinando ligeramente la cabeza y esbozando una sonrisa lo suficientemente cortés—. Estáis tan encantadora como siempre.

—Gracias, milord. Permitidme presentaros a la prima de lord Blackbourne, la señorita Granger. Ha venido desde Dublín para disfrutar de la temporada. —*Lady* Blackbourne se volvió hacia Abbigael para continuar la presentación.

—Señorita Granger, os presento al marqués de Rutherford, un viejo amigo de lord Blackbourne. En eventos tan concurridos como este, son prácticamente inseparables. Sospecho que se usan mutuamente como escudo para no tener que socializar con nadie más.

El distinguido lord ignoró el comentario de la condesa y ejecutó una reverencia perfectamente medida ante la inclinación de Abbigail.

—No dejéis que *lady* Blackbourne os engañe, señorita Granger. A ella le desagradan estas funciones sociales exageradas más que a su marido y a mí juntos.

—Puede ser —replicó la condesa—, pero aprecio su propósito... cuando me conviene —añadió algo molesta al ver cómo lord Rutherford arqueaba las cejas.

La expresión de aburrimiento del marqués se relajó ligeramente, y sus ojos oscuros destellaron con diversión. Fue un cambio muy sutil que Abbigail podría haber pasado por alto de no estar estudiándolo para distraerse de la intimidante multitud. A pesar del tono de animosidad subyacente en su intercambio, Abbigail tuvo la impresión de que había entre ellos un respeto reticente.

—Decidme, señorita Granger, ¿estáis disfrutando de vuestra visita a Londres?

—Sí, muchísimo. La ciudad es realmente algo especial. Espero tener la oportunidad de conocerla mucho más. —Abbigael estaba a mitad de su respuesta cuando la atención del imponente lord se desvió hacia algo detrás de su hombro. Para cuando terminó de hablar, una mueca de irritación de este se había asentado entre sus cejas. Su reacción se explicó en parte cuando escuchó a alguien acercarse a su grupo y una voz desenfadada sonó a sus espaldas.

—*Milady* Blackbourne y el indubitable lord Rutherford. Qué asombrosa suerte encontrarme con la mujer a quien más admiro en compañía de un caballero cuya única cualidad digna de elogio es el título con el que nació.

En cuanto escuchó su voz, Abbigail reconoció el cálido tono caramelizado del descarado pícaro, y un súbito y desesperado inmovilismo se apoderó de su cuerpo. No parecía capaz de moverse. Ni siquiera cuando él se colocó tan cerca de ella que sintió el roce de su abrigo contra sus hombros desnudos y notó cómo sus pies alteraban el vuelo de sus faldas. Percibió un aroma suave, demasiado sutil para definir sus notas, pero que le recordó aquel encuentro casual en su primer día en Silverly. Todo lo que pudo hacer fue concentrarse en mantener su respiración regular y en controlar el calor que se extendía por sus mejillas. Rogó que su color intenso pasara desapercibido bajo las brillantes luces del salón de baile. No era siquiera vergüenza lo que calentaba su piel y le hacía sentir como si acabara de correr dos veces la longitud del salón. No, el calor lo provocaba el sonido de su voz, el recuerdo fugaz de cómo la había mirado en el silencio de la biblioteca, la forma en que sus ojos interrogaban y su sonrisa se torcía con humor. Había deseado no volver a encontrarse con él porque sabía que sería así. Demasiada sensación. Demasiada intensidad. Todo lo que necesitaba evitar.

—¿Qué demonios hacéis aquí? —preguntó *lady* Blackbourne con tono agudo.

—Es una bienvenida encantadora. —La respuesta de lord Riley fue rápida y humorada, removiendo su aliento los pequeños mechones de cabello en la nuca de Abbigail. No parecía lo más mínimo molesto por la falta de entusiasmo de la condesa ante su presencia.

—Este baile está repleto de debutantes y cazadoras de maridos —interrumpió Rutherford—, no es precisamente vuestro entorno habitual, Riley. —Había una clara nota de condena en la voz del marqués que despertó la curiosidad de Abbigail.

—Ni el vuestro, viejo amigo —rebatía Riley, sonando más divertido que molesto ante la animosidad del otro hombre—. ¿O acaso habéis decidido honrar a una de las hijas de Terribury con una propuesta? Hay gemelas este año, ¿no?

Rutherford palideció, y Riley se rio de su consternación. El sonido profundo de su risa suavizó parte de la tensión en la rígida postura de Abbigail sin que ella pudiera evitarlo. Comenzaba a resultarle muy extraño estar ahí de pie, dándole la espalda al caballero detrás de

ella. Pero él no se movía para ponerse de frente, y ella seguía sin encontrar la voluntad para moverse tampoco. Prefería evitar mirarle en tanto sus sentidos seguían revueltos, y las reacciones de su cuerpo escapaban a su control.

—Caballeros —intervino *lady* Blackbourne. Había una nota de advertencia en su voz entre tanto daba un paso adelante con una sonrisa forzada—. Puede que ya haya gente mirando, y no permitiré que arruinéis las oportunidades de la señorita Granger antes de que apenas haya empezado.

—¿Eso podría pasar? —dijo Abbigael, alarmada.

—Es poco probable —le aseguró rápidamente la condesa, aunque el rastro de inquietud en su tono desmentía sus palabras.

Abbigael miró a su alrededor y notó que varios pares de ojos en las cercanías se habían fijado en su pequeño grupo con creciente curiosidad. No deseaba verse involucrada en ningún chisme negativo, ni siquiera en la periferia de una rivalidad masculina que nada tenía que ver con ella.

—¿Por qué no volvéis corriendo al grupo de sinvergüenzas al que llamáis amigos? —sugirió lord Rutherford con desprecio, como si no hubiera oído los comentarios que intercambiaban las mujeres.

—¿Cuánto tardan las damas hoy en día en empezar a bostezar en vuestra presencia? —contraatacó Riley.

—No tan rápido como pierden su dinero en la vuestra.

—Basta —interrumpió *lady* Blackbourne con un tono de mando discreto, entornando los ojos con la clase de impaciencia reservada para mujeres que sufren las excentricidades de hombres testarudos—. Leif, dejad de haceros el difícil y alejaos de la pobre señorita Granger. Hace demasiado calor aquí como para que la acoséis tan implacablemente. Y vos —agregó, lanzando una mirada severa a Rutherford—, manteneos al margen de esto.

—Por supuesto —afirmó el marqués con sorna—, aunque os dais cuenta de que mi presencia es probablemente lo único que salva a la joven de un escándalo.

—Quizá debería dar un paseo por el salón —sugirió Abbigael, deseando más que nada apartarse del pequeño drama que la rodeaba.

—Os acompañaré.

Abbigael se tensó ante la oferta de lord Riley. No deseaba ir a ningún sitio con aquel caballero libertino que alteraba sus sentidos con tanta facilidad. Mas su persistente cercanía había conseguido turbarla un poco y luchaba por encontrar una excusa razonable. Por suerte, no fue necesario.

—No, no lo haréis —intervino la condesa en un tono firme, haciendo luego una pausa para sonreírle a Abbigael de forma tranquilizadora—. Rutherford estaba exagerando, querida —insistió *lady* Blackbourne—. Yo soy más que suficiente como chaperona. Aunque ya os topasteis en Silverly, hagamos esta presentación oficial, ¿os parece?, para terminar con esto cuanto antes.

La condesa agitó la mano en un gesto de invitación al hombre que seguía de pie indecentemente cerca de Abbigael. Ese hombre que no había prestado la menor atención cuando la condesa le pidió que se apartara, y que incluso había soltado una pequeña risa ante la advertencia, de modo que Abbigael había sentido su diversión a través de la vibración de su cuerpo más que escucharla. Aquel hombre que hacía que Abbigael se sintiera más consciente de sí misma de lo que jamás había creído posible. Ese hombre ahora dio un paso adelante y se colocó frente a ella.

—Lord Riley, permitidme presentaros a la señorita Granger. Señorita Granger, os presento a

lord Riley, un amigo muy antiguo y a menudo exasperante.

Abbighael alzó la mirada y se encontró con el caleidoscopio de colores en sus ojos. Esta noche, no eran tan intensamente dorados como recordaba de la biblioteca. Quizá fuera la cruda iluminación del salón lo que resaltaba los destellos más profundos de azul y verde incrustados en el oro. Fuera lo que fuera, el efecto era hermoso y cautivador. Ningún hombre debería tener permitido ser tan atractivo.

Por alguna razón, encontrarse cara a cara con aquel hombre tenía un extraño efecto sobre su mente, y al igual que cuando se había girado en la biblioteca de los Blackbourne y lo había descubierto observándola, una vez más se quedó completamente sin palabras. Él arqueó una ceja con impúdica diversión, y los ángulos de su boca se curvaron en una sonrisa cautivadora. Abbighael comprendió, por su artera sonrisa, que lo hacía con toda intención. Sabía qué reacciones provocaría al acercarse a su pequeño grupo. Era probable incluso que supiera exactamente por qué ahora mismo ella no podía hacer otra cosa que mirarlo. La calidez de su mirada acarició su rostro y Abbighael sintió de nuevo esa sensación de que él la veía como nadie lo había hecho jamás. Un ligero escalofrío le recorrió la nuca, como una advertencia. La familia de su madre lo habría considerado un mal augurio. Abbighael lo llamaba intuición.

—Señorita Granger, un placer. —Su reverencia era a la vez elegante y masculina, y sus ojos brillaron con humor—. Por favor, decidme que no sois parte de la creciente masa de jovencitas en busca de marido.

Abbighael se sintió ofendida por la forma en que él la agrupaba junto a todas las jóvenes debutantes que revoloteaban por el salón con estrellas en los ojos. Aunque sí aspiraba a recibir una propuesta de matrimonio durante su estancia en Londres, su búsqueda de un esposo era demasiado importante para aceptar la ligereza con que él se refería a ella.

—¿Os desalentaría mi atención si os dijera que lo soy? —reconoció Abbighael con astucia. La irritación disipó cualquier resto de neblina en su mente.

—Definitivamente. —Riley soltó una carcajada—. También explica por qué soportaríais una conversación con ese aburrido remilgado —dijo, señalando a Rutherford con un movimiento de su cabeza—. Os ahorraría algunos problemas. He oído que no vale el esfuerzo —añadió luego en voz baja tras inclinarse hacia ella.

—Pobre diablo, no reconoce la respetabilidad cuando la tiene delante —murmuró Rutherford con falsa simpatía.

Lord Riley ignoró el comentario sin apartar la vista del rostro de Abbighael. Era uno de sus trucos, comprendió ella, hacer que una mujer sintiera que captaba toda su atención, como si nada ni nadie más importara. Era un buen truco, pensó en tanto luchaba por controlar su acelerado pulso.

—No tenéis por qué quedaros encadenada a estos dos, ¿sabéis? —la animó, con una chispa encendiéndose en su mirada multicolor—. Uníos a mí, y descubriréis la aventura que espera más allá del tedio de la sociedad educada.

—Leif... —advirtió la condesa.

Abbighael resistió el impulso de tensarse, ofendida. Estaba intentando escandalizarla, igual que en su primer encuentro, solo que esta vez había testigos. Al menos podía agradecer que solo la condesa y lord Rutherford estuvieran lo bastante cerca para escuchar aquella propuesta escandalosa. Aun así, lord Riley debía saber que no era tan fácil de manipular. La joven sonrió con brillo, complacida al ver que la chispa en sus ojos vacilaba con un toque de incertidumbre.

—Milord, vuestras sugerencias inapropiadas están completamente desperdiciadas conmigo. Estoy demasiado comprometida con mis objetivos como para dejarme distraer

momentáneamente por un pícaro descuidado.

—Bien dicho —apuntó Rutherford con aprobación.

Sin embargo, en lugar de tomárselo como un rechazo, como ella esperaba, su comentario pareció divertir a lord Riley. Su sonrisa se ensanchó y una risa baja vibró desde su pecho.

—Querida mía, sé con certeza que puedo hacer que cambiéis de opinión.

—¡Basta ya! —exclamó la condesa, con un toque de pánico en la voz.

—Un vals ha comenzado. Señorita Granger, ¿me concedéis este baile? —Al mismo tiempo, lord Rutherford dio un paso al frente.

Abbigael miró al marqués, sorprendida por la oferta. Pero se recuperó lo bastante rápido como para tomar el brazo que él le extendía.

—Por supuesto, milord —afirmó la irlandesa, y en un par de respiraciones él ya la había llevado al centro de la pista de baile con sus poderosos pasos. Lo único que pudo hacer fue seguirle sin tropezar.

Lord Rutherford la condujo en la danza con facilidad. Su agilidad atlética y su fuerza le daban una elegancia pulida a sus movimientos mientras los guiaba a través de los amplios pasos del vals.

—Debo deciros de inmediato que no estoy interesado en el matrimonio. —Tras apenas un par de giros, él carraspeó.

El comentario fue tan inesperado que Abbigael casi perdió el paso y habría pisado su pie de no ser por el control absoluto que él tenía sobre la danza y su rápida reacción. Ella le miró confundida, sintiendo un extraño impulso de reír. Ni siquiera se había molestado en mirarla en tanto hablaba. Su mirada seguía fija por encima de su cabeza.

—De acuerdo —convino finalmente, con la sensación de que debía decir algo para al menos reconocer su extraña declaración.

—Sé que mi declaración ha sido abrupta y no es mi intención ser insensible. Sin embargo, la honestidad es la mejor manera de evitar el fomento de esperanzas infructuosas. —Un músculo de su mandíbula se contrajo, y él la miró hacia abajo sin inclinar la cabeza. Su arrogancia era innegable, pero Abbigael también sintió con claridad que él realmente creía que estaba siendo considerado al emitir aquella advertencia matrimonial. Decidió que podía perdonarle su rudeza involuntaria. Un hombre de su calibre social sin duda tendría damas arrojándose a sus pies en una corriente incesante. Sin embargo, su afirmación suscitaba una pregunta en particular.

—Milord, si no deseabais alentar mi interés, ¿por qué os habéis molestado en pedirme este baile?

Lord Rutherford arqueó una ceja con aire altivo. Obviamente, no estaba acostumbrado a que cuestionaran sus motivos. En nada. Abbigael se dio cuenta, demasiado tarde, de que su pregunta podía considerarse insolente, pero él no parecía tener intención de ser su pretendiente, así que no había motivo para no ser tan directa como él.

—Señorita Granger, probablemente esté condenando a algún pobre hombre a la miseria en el futuro, pero dado que no seré yo, me siento en libertad de reconocer que en vos la impertinencia resulta bastante atractiva. Deberíais practicar ese atrevimiento al hablar más a menudo.

—Aprecio la licencia, milord —comentó Abbigael con una sonrisa—, pero no habéis respondido a mi pregunta.

—Muy cierto —admitió Rutherford, haciendo una pausa como si considerase su respuesta—. Os pedí este baile porque parecía que Riley iba a hacerlo.

Abbigael echó un vistazo al lugar donde *lady* Blackbourne estaba ahora acompañada por su

esposo y algunos caballeros mayores. Lord Riley había abandonado el grupo. Ignoró la punzada de decepción que sintió en el estómago y miró de nuevo a su compañero de baile.

—¿Queríais impedirselo porque no os agrada?

Rutherford volvió a mirarla. Esta vez, un pequeño ceño de consternación se formaba entre sus cejas. Realmente, el hombre no disfrutaba explicándose. Tras un momento suspiró, y por alguna razón decidió satisfacer su curiosidad.

—Lo hago porque me resulta divertido. —Su expresión debió de reflejar aún cierta confusión, porque él emitió un sonido que casi podría haber sido una breve risa—. Una maniobra mezquina, y debería avergonzarme de mí mismo. Pero la arrogancia engreída de ese bribón necesita ser confrontada de vez en cuando.

—Entiendo —dijo ella en voz baja, preguntándose si el elegante lord se daba cuenta de que acababa de ver su propia paja en el ojo ajeno. Tuvo que apartar la mirada para ocultar su diversión. Lord Rutherford la llevó en unos cuantos giros más antes de hablar de nuevo.

—Bailáis de forma encantadora, señorita Granger.

Abbigael parpadeó ante la descarada mentira. Era una bailarina torpe y poco inspirada.

—Pero, ahora que ya le he dejado claro mi punto a Riley, preferiría abandonar la pista. ¿Me permitís que os acompañe a la mesa de refrescos?

Abbigael se dio cuenta de que no tenía muchas opciones, ya que lord Rutherford giró y colocó su mano en su brazo en cuanto terminó de hablar. Antes de que pudiera responder, ya estaban a medio camino a través del salón de baile.

—No hay mucha gente que contradiga vuestros deseos, ¿verdad? —le preguntó, divertida.

—No. ¿Por qué deberían? —Rutherford mantuvo la mirada al frente y respondió sin el menor asomo de contrición.

Los refrescos se habían dispuesto en una sala aparte, justo al lado del salón de baile. Al acercarse a la entrada de las dobles puertas, resultaba evidente que atravesar la multitud que desbordaba el pequeño vestíbulo iba a ser complicado. Quizá fue la imponente anchura de hombros de Rutherford lo que les permitió atravesar el primer flujo de invitados, pero una vez dentro se encontraron con cientos de personas más y muy poco movimiento.

—¿Cómo es posible que todos decidan que necesitan un vaso de ponche al mismo tiempo? Hay por lo menos setenta y seis personas entre nosotros y la mesa de refrescos. —Rutherford frunció el ceño por encima de las cabezas de los presentes.

—¿Estáis seguro de que realmente hay refrescos en esta sala? Quizá hemos acabado en una especie de tumulto improvisado. No alcanzo a ver más de dos personas desde nuestra posición. —Abbigael sonrió ante su precisión numérica.

—Señorita Granger, existe una razonable preocupación de que podríais quedar aplastada en una multitud como esta. Tendré más éxito manejando esta tarea sin vos. Esperadme junto a la pared, al lado de esa puerta. Volveré en un santiamén. —Su acompañante la miró desde su imponente altura, y luego alzó la vista para observar la pared detrás de ella.

Sin esperar su consentimiento, se giró y, en cuestión de segundos, desapareció entre la multitud. Su diversión fue reemplazada por la exasperación ante el abandono tan poco ceremonioso. No le quedaba otra opción que girarse en la dirección que él había señalado y esperar haber encontrado el lugar adecuado para esperar su regreso.

Capítulo 5

Para una mujer tan menuda como Abbigail, abrirse paso en sentido contrario a una multitud sedienta no era tarea fácil. Recibió unos cuantos codazos y empujones en el hombro que casi la hicieron perder el equilibrio más de una vez antes de llegar a la zona ligeramente menos abarrotada junto a la pared. Temía haberse desorientado, pero encontró la puerta que lord Rutherford le había indicado. Una puerta, en todo caso, y la pared a su lado era fresca y sólida cuando apoyó su espalda contra ella. Seguidamente, soltó el profundo suspiro que había estado conteniendo. Fuera o no que lord Rutherford volviera a por ella, no pensaba moverse de aquella pared hasta que la multitud se despejara un poco. Apenas había terminado de exhalar cuando alguien se colocó frente a ella, rodeó su cintura con un brazo masculino y firme, y la apartó de un tirón como si no fuera más que una voluta de vapor arrastrada por el viento. Su sorpresa por el secuestro se convirtió rápidamente en una complicada sensación de emoción al mirar hacia arriba y reconocer las angulosas líneas del impresionante perfil de lord Riley.

—¿Qué estáis...? —balbuceó, confundida, justo cuando él la conducía a través de la puerta cercana hacia un estrecho pasillo en penumbra. La puerta se cerró firmemente tras ellos, dejándolos apartados de las miles de personas de la fiesta.

—Relajaos, irlandesa. Solo soy yo. —Habla en un susurro, y en la repentina oscuridad era su única referencia. Eso, y el hecho de que su brazo seguía alrededor de su cintura, pegándola con firmeza a su lado. Su pecho era sólido y cálido contra el suyo, sus hombros anchos bajo sus manos, y en el aire flotaba una sutil sugerencia de tabaco y cedro.

Se le encogieron los pulmones, pero no de miedo. Y su corazón comenzó a latir con fuerza y rapidez. «¿Relajarse? Qué sugerencia tan ridícula».

—Milord —empezó, poniendo una nota severa en su voz. Movié la mano de su hombro para presionarla contra su pecho entre tanto intentaba apartarse de él, pero no aflojó su agarre—. ¿Qué es exactamente lo que creéis que estáis haciendo?

—¿Exactamente?

Abbigael podía oír la sonrisa en su voz grave.

—Bueno, os he robado del brillante y resplandeciente baile para que podamos estar solos en un pasillo oscuro.

—¿Por qué? —Movié los pies y giró los hombros en otro intento por deshacerse de sus brazos, mas no consiguió nada.

—Las multitudes apretujadas pueden ser un terrible obstáculo para una conversación privada.

—No tenemos nada para decirnos en privado. Insisto en que me dejéis ir. —Empujó el brazo que le rodeaba la cintura.

—¿Por qué? —dijo, imitando a la perfección su tono cuando ella había hecho la misma pregunta segundos antes—. ¿Acaso esto os pone nerviosa? —Ajustó su postura, de modo que sus cuerpos se encontraron desde las rodillas hasta el pecho, en tanto subía el otro brazo para unirlo al primero rodeando su espalda. El corazón de Abbigail pareció descender hasta su estómago y luego regresar a su pecho. Diminutas estrellas centelleaban detrás de sus ojos, y se dio cuenta de que había dejado de respirar. Aspiró una bocanada de aire, y mientras sus pulmones se llenaban rápidamente, sus pechos se presionaron contra su torso y sus rodillas se debilitaron.

«¿Nerviosa? No. Desesperada».

—Debéis daros cuenta de lo inapropiado que es esto. —Las palabras salieron más cortantes de lo que esperaba, revelando su agitación física.

—Escandaloso, incluso —convino él con una nota traviesa.

—Definitivamente.

Riley deslizó una de sus manos por su espalda hasta su nuca y comenzó a acariciar la piel sensible con la punta de los dedos. La joven trató de ignorar los delicados estremecimientos que recorrían sus brazos.

—Por no mencionar que es un acto criminal y destructivo. No podéis simplemente raptar a una dama así. Alguien podría habernos visto —masculló, mordiéndose el labio inferior cuando él pasó el pulgar por un punto particularmente sensible detrás de su oreja—. En este mismo momento podrían estar corriendo rumores dañinos.

—No os preocupéis —le respondió en un susurro tranquilizador. Su cálido aliento acariciaba su sien—. Estoy muy bien entrenado en discreción cuando la necesito. Nadie nos vio.

—No podéis estar seguro de eso —refutó Abbigael sin mucha convicción.

No debería estar discutiendo con él, debería haberle pisado con fuerza o darle una bofetada. Pero en cuanto la idea apareció en su mente, se desvaneció de inmediato, reemplazada por otro exquisito estremecimiento cuando la caricia etérea de sus dedos recorrió la piel bajo su mandíbula.

—Simplemente deseo hablar.

—Entonces soltadme y daos un paso atrás.

—¿Qué? —Su sorpresa fue suficiente para fortalecer la determinación de Abbigael.

—Hablaré con vos, si me soltáis y dejáis de tocarme. —Silencio siguió a sus palabras, y luego él soltó una risa suave y profunda que reverberó por su cuerpo. El sonido era cálido, pesado y envolvente, y su corazón volvió a dar un salto que le robó el aliento.

—Me encantaría encontrar una razón para negaros eso, pero haces una petición justa. —Sus brazos se apartaron de ella y dio un paso atrás, colocándose a un lado. Con su pulso ya sin retumbar en sus oídos, pudo escuchar el zumbido amortiguado y las risas de la fiesta que continuaba en su ausencia. Sus ojos se habían acostumbrado un poco a la penumbra, y fue capaz de distinguir el contorno de su ancha figura apoyada contra la puerta que les separaba del salón de baile.

—Dije que hablaría con vos. No hace falta que bloqueéis la puerta.

—Un pequeño seguro —afirmó con tono pausado en tanto cruzaba los brazos sobre el pecho e inclinaba la cabeza. Le habría gustado poder ver sus ojos o algún detalle de su expresión que le diera una pista sobre sus pensamientos.

—Para todo el despliegue de encanto de un pícaro despreocupado, podéis ser bastante implacable, ¿verdad?

—Cuando se trata de algo que quiero. —Su respuesta fue en un tono bajo, cargado de insinuaciones íntimas que envolvieron los sentidos de Abbigael, haciéndola sentir tan desconcertada como cuando la había tenido entre sus brazos.

—¿Y qué es *exactamente* lo que queréis de mí? —En cuanto formuló la pregunta, comprendió el peligro implícito. Solo una cosa se le venía a la mente sobre lo que un hombre como lord Riley podría querer. Y sospechaba que él era muy bueno consiguiéndolo.

—Me tenéis intrigado.

—¿Por qué? —Su voz se volvió más insistente a medida que crecía su impaciencia. Al no recibir más respuesta que un encogimiento de hombros descuidado, continuó con un toque de

sarcasmo—. Es curioso que estéis dispuesto a arriesgar *mi* reputación para satisfacer *vuestra* curiosidad.

—Como os he dicho, sé muy bien cómo ser discreto. —Su voz era baja y tranquilizadora.

—Siendo así, ¿por qué *lady* Blackbourne estaría preocupada por nuestra asociación? De algún modo, vuestra reputación tiene tintes de villanía.

—Dije que era discreto. No puedo hacer nada si antiguas compañeras eligen alabar mis virtudes.

—¿Alabar o lanzar advertencias?

—Solo una inocente diferenciaría entre ambas. —Su risa fue profunda y rica.

Abbigael no había considerado su falta de experiencia social como un defecto tan evidente hasta ese mismo momento. Ojalá hubiera tenido más oportunidades para practicar el arte del coqueteo. Quizá entonces habría podido responder a su comentario con algún ingenioso reproche que lo pusiera en su sitio, o al menos dar la impresión de que no era tan ingenua como él parecía creer. Cambió el peso de un pie a otro entre tanto una inquietud la envolvía. Aquel hombre, pese a su tono despreocupado, no era alguien a quien tomarse a la ligera.

—Por el momento —agregó Riley cuando el silencio comenzó a alargarse demasiado—, solo siento curiosidad por vos.

—Eso no resulta precisamente tranquilizador. —Fue ese «por el momento» lo que le preocupó.

—No era mi intención que lo fuera. —El timbre de su voz se había profundizado aún más. El sonido se deslizaba como el calor suave que emana de una chimenea, provocando una sutil reacción en la superficie de su piel.

—Me pregunto —comenzó de nuevo en voz baja—, cuánto tiempo me llevaría demostrar que no sois la criatura dócil y mansa que intentáis ser.

La irlandesa se puso rígida. Una ráfaga de pánico le recorrió los nervios.

—No os expondría ante el mundo —aclaró como si percibiera su incomodidad. La calma la llevó a soltar el aliento que había estado conteniendo—. Solo ante mí.

Y el pánico regresó. Con unas pocas frases provocativas, aquel hombre había logrado hacerla girar en círculos. No podía ser a propósito. No era posible que él supiera cuánto esfuerzo invertía en mantener una apariencia de tranquila serenidad.

—No confiáis en mí, ¿verdad, irlandesa?

—No creo que deba responder a eso. —Abbigael lo miró en la penumbra, deseando una vez más que no estuviera tan oscuro para poder distinguir al menos los rasgos más básicos de su expresión.

—Está bien. La respuesta es bastante obvia. —Entonces lord Riley rio, y el sonido fue profundo y bajo, provocándole una nueva ola de calor cuando ya se sentía más que acalorada.

—¿Os estáis burlando de mí, lord Riley? La ligera arrogancia en el tono de Riley aumentó la sensación de que ella estaba fuera de su elemento. No le gustaba ser objeto de diversión de nadie.

—En absoluto. Me resultáis asombrosamente encantadora.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de vos. —Abbigael cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Ah, sí? —Su voz se alzó con interés—. ¿Queréis que os seduzca, irlandesa?

—¡No! —Si ya estaba teniendo una reacción tan visceral simplemente con sus impertinencias, no quería ni imaginar lo que le ocurriría si él intentara seducirla de verdad. A continuación, Riley se apartó de la puerta y dio un paso hasta colocarse frente a ella. Una ola de anticipación le recorrió el cuerpo desde la cabeza hasta los dedos de los pies. No retrocedió, ni

siquiera cuando él se acercó lo suficiente como para que pudiera sentir el calor de su cuerpo. Debería haber dado un paso atrás, mantener la distancia, resistir su avance. Pero sentía que su audacia le lanzaba un desafío, como si retroceder solo le diera a él más ventaja.

—No tenéis miedo de mí, ¿verdad? La vibración grave de su voz invadió la sangre de la joven, acelerando su pulso.

—No lo sé —contestó Abbigael con sinceridad. La tensión que le embargaba hacía que le resultara difícil hablar más allá de un susurro—. Siento que debería tenerlo.

—Mmm —respondió Riley, pensativo—, quizá. —Alzó la mano hacia su rostro y acarició la curva de su pómulo con el pulgar, en un roce tan ligero que le puso la piel de gallina. Enseguida, Abbigael atrapó su labio inferior entre los dientes para evitar que se le escapara un suspiro. No quería que él supiera cuán profundamente su tacto tambaleaba su compostura. Al menos, agradecía que en la penumbra del pasillo él no pudiera ver la expresión embelesada de su rostro.

—¿Cuál es vuestro nombre, señorita Granger? —Resbaló el dorso de los nudillos por el costado de su cuello.

—No estamos lo suficientemente familiarizados como para que podáis hacerme esa pregunta. —Abbigael frunció el ceño. Su pregunta la distrajo de las sensaciones que estaba provocando sobre su piel.

—Como deseáis. —Su risa fue un murmullo cálido y la diversión impregnaba su voz. Seguidamente, deslizó su cálida mano por la nuca de Abbigael, hundiendo suavemente los dedos en su cabello en tanto su palma se acomodaba en la base de su cráneo. Al mismo tiempo, rodeó la curva de su cintura hasta que sus dedos se extendieron ampliamente contra la parte baja de su espalda.

—¿Qué estáis haciendo? —jadeó ella. Su corazón se agitaba contra las costillas y el aliento se le quedaba atrapado en los pulmones, abrumada por una sensación de expectación tan aguda que resultaba casi dolorosa. El cuerpo de Riley era cálido pero firme contra el suyo, y Abbigael aplanó las manos sobre su pecho, intentando crear algo de distancia entre ambos.

—Irlandesa, voy a besarte ahora —anunció, con una promesa deliberada en su voz. Su boca estaba tan cerca que, al hablar, su aliento rozaba los mechones de cabello que caían sobre la sien de Abbigael. Escalofríos de sensibilidad recorrieron su piel y una sensación de nerviosa anticipación se desató en su vientre.

—No, no lo haréis...

Sus labios se cerraron sobre los de ella, interrumpiendo su protesta, como si hubiera estado esperando justo ese momento para encontrar sus labios. La atrajo aún más hacia la curva de su cuerpo, aprovechando la suave rendición que acompañaba su sorpresa. En ese breve y estremecedor instante en que sus labios la reclamaron, Abbigael comprendió que había estado anticipando este momento casi desde el primer segundo en que encontró su mirada inquisitiva en la biblioteca de Silverly. Aun así, nada era como había imaginado. Aunque la sostenía firmemente, su beso no era exigente. Su gentileza la sorprendió. Con suavidad, rozó sus labios de un lado a otro sobre los de ella, una fricción delicada que la tentaba a preguntarse cómo se sentiría tener sus labios presionados más intensamente contra los suyos. Levantó las manos hasta sus hombros y se puso de puntillas, buscando inconscientemente satisfacer la curiosidad que él había despertado. Y Riley cedió, rodeándola con más seguridad y aplastándola contra su pecho. Durante un segundo, perdió el aliento y un leve mareo la amenazó. Acto seguido, la presión placentera de sus labios sobre los de ella relajó la rigidez de su columna, y le pareció lo más natural abandonarse en sus brazos y dejar que el calor se extendiera por sus extremidades.

Cuando la punta de su lengua trazó la línea de sus labios, destellos flotaron detrás de sus ojos.

—Es demasiado —jadeó de pronto y giró la cabeza, rompiendo el beso.

—No es nada —balbuceó contra su sien, aunque el ritmo acelerado de su respiración probaba que no había salido ileso de aquel beso.

Abbigael no discutió. A pesar de saber que no debía hacerlo, se quedó en sus brazos un momento más. Simplemente no quería negar el placer de estar sostenida con tanta firmeza, de sentir el calor de su cuerpo, de experimentar esa íntima sensación de conexión, por inapropiado que fuera.

¿Acaso había pasado tanto tiempo desde que había conocido el consuelo que podía encontrarse en la cercanía de otro ser humano, que incluso el escandaloso abrazo de un granuja le parecía preferible a no tener nada? Un nudo de emoción le subió a la garganta y tragó con fuerza para deshacerlo. Las lágrimas le punzaban en los ojos y se tensó al enfrentar la dolorosa realidad. Por embriagador que fuera el momento, él tenía razón. El abrazo no significaba nada. Abbigael quería mucho más.

—Debéis soltarme.

—Irlandesa... —empezó tras soltarla con reticencia, pero Abbigael le interrumpió.

—No —susurró desesperadamente mientras daba un paso a su alrededor—. No me habléis más. No os acerquéis a mí, no reconozcáis mi existencia. Vos no sois lo que quiero. —Entonces encontró el picaporte de la puerta y la abrió lo justo para deslizarse al otro lado, hacia la luz fría y deslumbrante de más allá.

Capítulo 6

Leif Riley se giró boca abajo, apartando los cojines de brocado de seda y las colchas de terciopelo con borlas que cubrían la cama. Las sábanas de satén enfriaban su piel, y el aroma de la acompañante de la noche anterior aún se aferraba a la almohada bajo su cabeza. La dama era una vieja amiga, una joven viuda voraz, con suficiente riqueza para despreciar la necesidad de un protector regular. Y con suficiente apetito sexual para buscar a Leif de vez en cuando en busca de entretenimiento en la cama. Se movió de nuevo y sintió el agotamiento que pesaba en sus miembros. Frunció el ceño ante el nudo espeso de un dolor de cabeza detrás de sus ojos.

«Mucho entretenimiento en la cama. Y mucho champán».

Con todo el licor y vino que Leif había consumido en su vida, uno pensaría que llegaría un día en el que pudiera despertarse sin los terribles efectos secundarios de los excesos. Pero no, Leif estaba perpetuamente condenado a sufrir horribles resacas. Ciertas bebidas le resultaban más peligrosas que otras. Y, por mucho que le gustara por sus características ligeras y burbujeantes, el champán siempre se asentaba en su cráneo como una roca seca y palpitante al día siguiente. Debió estar excepcionalmente cansado, o completamente embriagado, para quedarse en esa habitación incluso después de que su invitada se marchara. Pensándolo bien, ni siquiera recordaba la salida de la dama.

Se dejó caer pesadamente sobre la espalda, colocando un antebrazo sobre sus ojos. No es que necesitara protegerse de ninguna luz intrusa. Había diseñado cuidadosamente la habitación para mantener a sus ocupantes en una ignorancia dichosa del paso del tiempo. Su gesto era más un intento de contener los pensamientos perturbadores que corrían sin control por su palpitante cabeza. Su vigésimo octavo cumpleaños se acercaba rápidamente, y se sentía viejo. No viejo en años, ni siquiera en cuanto a la resistencia y fortaleza de su cuerpo. Su sustento dependía de sus atributos físicos, y hacía lo necesario para mantener una musculatura limpia y bien definida. No, sentía su edad en su experiencia. En algunos aspectos, había vivido mucho más que un hombre tres veces mayor. Los años de disolución ética, libertinaje sexual e irreverencia social llevaban tiempo desgastando la estructura de su alma. Lo sabía y había estado ignorándolo.

Pero ahora, con el cuerpo agotado, el estruendo del exceso de alcohol nublándole el cerebro, y sin un solo recuerdo de la noche anterior que le hiciera pensar que todo valía la pena, Leif se preguntó si acaso la mortalidad misma imponía un límite a la cantidad de juerga y libertinaje que un hombre podía soportar. ¿Llegaría el día en que un hombre simplemente tuviera que parar? Gruñó con frustración y golpeó con el puño la mullida ropa de cama a su lado. ¿Existía realmente esa opción para él?

En un arranque de furia, Leif se levantó de la cama con un movimiento fluido y firme, aceptando la dolorosa punzada que atravesó su cráneo al hacerlo. Totalmente desnudo, abandonó el lujoso *boudoir* y recorrió el pasillo. No temía encontrarse con ningún criado. Apenas podía permitirse emplear a Langley, un mayordomo decrepito que raramente se alejaba de su habitación en la planta baja, cerca de la puerta principal, y una mujer que hacía de sirvienta, cocinera y ama de llaves a tiempo parcial, que solo venía por las tardes. Seguidamente, entró en el dormitorio al final del pasillo y notó la luz que se filtraba a través de las gruesas cortinas de la única ventana. Era pleno día.

Aquel era el dormitorio personal de Leif. Apenas más grande que un armario,

probablemente había sido destinado a un sirviente de alto rango, desde luego no al dueño de la casa. Leif lo había amueblado solo con lo imprescindible. Una cama estrecha apoyada contra la pared, vestida con sábanas blancas y una colcha gris perla sin ningún adorno adicional. Contra otra pared, había una silla, un armario y una cómoda con una jofaina para lavarse. Aparte de un espejo ovalado, la única decoración en las paredes era un viejo cuadro de la casa de la infancia de Leif. El marco estaba desgastado y marcado, y la superficie de la pintura cubierta por capas de polvo y suciedad, pero aquel cuadro tenía el honor de ser el punto focal de toda la habitación. Su humor se ensombreció y cruzó hasta la cómoda para mojarse la cara con agua fría de la jofaina. No sirvió para despejar la bruma de malestar de su mente. Con una creciente sensación de rendición, se dio la vuelta y fue a sentarse al borde de su cama, pensando en lo fácil que sería deslizarse de nuevo en la bienvenida inconsciencia de un sueño anestesiante.

Fue en ese momento cuando se fijó en algo extraño. Justo en el centro de la silla junto a su cama había un pequeño frasco verde de botica, del que brotaba un racimo de flores silvestres de tallos delgados. Leifladeó la cabeza y contempló la inesperada adición a su habitación con la mirada aún nublada.

No había tenido una ama de llaves que durara más de seis meses desde que se mudó a Londres hace poco más de ocho años. Cada una tenía sus razones para marcharse. Mas su actual ama de llaves, la señora Helmstead, llevaba con él casi un año. Leif sospechaba que esto se debía a que la vivaz anciana estaba, al menos, un poco chiflada. Era olvidadiza y peculiar, y a veces parecía creer que dirigía una gran finca de campo en lugar de ser una sirvienta a tiempo parcial en la casa de un soltero en la ciudad. No obstante, no parecía molestarle la vida personal de Leif, o tal vez nunca se daba cuenta. Siempre le dedicaba una amplia sonrisa cuando se cruzaban, y de vez en cuando le dejaba pequeñas sorpresas como esta. Leif tomó el frágil frasco de vidrio con una sonrisa resignada.

¿Dónde demonios habría encontrado la mujer aquellas flores? Estaban casi marchitas y, desde luego, no parecían del tipo que pudiera conseguirse en uno de los vendedores callejeros. Las pasó bajo su nariz y al instante pensó en una figura ligera de mujer, con un cabello de un rojizo suave, grandes ojos verde mar rodeados de pestañas oscuras, delicados rasgos de elfo y una boca rosada y carnosa que sabía a fresas y tenía el calor de un amanecer. Ahí estaba él, poniéndose poético de nuevo. La muchacha lo tenía embelesado, y el asombro de aquel único beso robado aún corría por su sangre.

Su inocente irlandesa era un cóctel de decadencia e inocencia más potente que cualquier licor. No recordaba la última vez que la pura fuerza de su deseo había surgido con tanta rapidez, y tan fácilmente. Con el primer roce suave de sus labios sobre los de ella, el placer le atravesó las venas como un rayo. Su ligera fragilidad y sus curvas delicadas, su calor y vitalidad intrínsecos, su respuesta tímida y el profundo sabor dulce de sus labios casi lo desarmaron por completo. Sin embargo, se había contenido. De algún modo, había resistido el feroz deseo de hundir la lengua entre sus labios y explorar el interior de su boca. Se había negado a sí mismo el placer de arrastrarle las faldas hasta las caderas para poder meter la mano entre la suave carne de sus muslos.

Aunque la fuerza de su reacción le había sobrevenido inesperadamente, para un hombre que había dominado el acto sexual como si fuera un arte, la pérdida de control habría sido inaceptable. De algún modo, había conseguido mantener el control sobre las pulsantes necesidades de su cuerpo y se había obligado a aceptar sólo un sorbo de la pasión que le habría encantado desatar más plenamente.

En toda su historia sexual, que comenzaba con la madre de un compañero de colegio que se

había encaprichado con él un día de fiesta, no había ni una sola virgen. Su pericia estaba firmemente asentada en complacer a mujeres de cierto grado de experiencia que conocían bien el sexo sólo por el placer. Mujeres que esperaban ser llevadas al límite en la búsqueda de mayores cotas de éxtasis. Una joven adecuada se moriría de asombro por las cosas que él desearía hacer en la cama, y él odiaría ver siquiera un destello de disgusto en aquellos ojos translúcidos en tanto buscaba su placer. No, era mejor que aceptara a ésta como fuera de los límites, pensó con una aguda punzada de arrepentimiento.

Leif dejó el jarrón en la silla y miró el reloj. Era más tarde de lo que pensaba. En lugar de arrastrar la bañera hasta su dormitorio y subir los cubos de agua por las escaleras de dos en dos, Leif prefería la opción que requería mucho menos esfuerzo. Pero si iba a lavarse, tenía que salir de la cocina antes de que llegara la señora Helmstead.

Dos horas después, Leif terminaba de anudar el intrincado *cravat* blanca alrededor de su cuello entre tanto la señora Helmstead cantaba un *limerick* terriblemente desafinado sobre un marinero con dos esposas, en tanto barría el pasillo superior. Su cabello estaba perfectamente despeinado al estilo de moda, y su rostro, recién afeitado, dejaba al descubierto las marcadas líneas de su mandíbula que muchas damas consideraban su mejor atributo después de sus ojos pícaros. Se inclinó hacia el espejo sobre su lavabo, frunciendo el ceño con concentración mientras ajustaba cuidadosamente el *cravat* para esconder los bordes deshilachados y disimular las partes gastadas.

Ahora que su cuerpo estaba limpio y su mente despejada, la sensación de malestar que le había molestado al despertar se había desvanecido casi por completo. Le esperaba una noche llena de actividades, y pensaba aprovecharla al máximo. *Lady Wharton* había dejado atrás su medio luto y llevaba algunas semanas enviando señales sutiles de que tal vez estuviera interesada en un poco de compañía masculina. Era hora de averiguar si la adinerada viuda estaba lista para un amante. Pero primero, tenía que pasar por su club a ver si podía entrar en una partida de cartas. Apenas tenía dinero en el bolsillo y no llegaría al final de la semana sin conseguir un poco de efectivo. Poco después, Leif salió de su casa de soltero, situada cerca de St. James, y comenzó a caminar con pasos largos y decididos. Estaba resuelto a evitar distracciones y a ocuparse de lo que tenía que hacer. No había lugar en su vida para una joven curiosa que olía a praderas frescas y sabía a fresas. Enseguida, aceleró el paso como si con ello pudiera dejar atrás los pensamientos intrusivos, pero estos persistían y se encontró preguntándose sobre las pecas que se esparcían suavemente por el puente de su nariz y sus delicados pómulos. ¿Se extenderían más allá de su escote? ¿A lo largo de su vientre o sobre la suave piel interna de sus muslos? Podía imaginarla desnuda con tanta facilidad, sus pálidos miembros extendidos sobre metros de terciopelo verde esmeralda, su cabello como una nube de fuego sutil alrededor de su cabeza y sus ojos mirándole con un calor y una anticipación profundos en su mirada.

Leif hundió las manos más profundamente en los bolsillos de su abrigo, intentando controlar el deseo que recorría su cuerpo. Uno de sus puños rompió la costura del bolsillo desgastado con un sonoro desgarró. Gruñó de frustración, provocando que una pareja que paseaba por la acera lo mirara con nerviosismo en tanto pasaban a su lado. Aceleró el paso, con la esperanza de que su club le ofreciera al menos un corderito vulnerable a esquilar. Su situación financiera volvía a tambalearse al borde de la desesperación.

Capítulo 7

Tras el baile de los Carmichael, docenas de tarjetas de visita e invitaciones a veladas y saraos llegaron a la casa de los Blackbourne. Después de dejar a lord Riley en el oscuro pasillo, Abbigail había seguido con la velada con un renovado sentido de propósito. Bailó, rio y encantó a todos los que se cruzaron en su camino. Había sido agotador, pero exitoso. Y desde entonces, Abbigail había salido casi todas las noches. Por fin comprendía por qué *lady* Blackbourne había insistido en hacerse con varios vestidos adicionales al llegar a la ciudad.

Esta noche, ella y la condesa asistían a otro baile, con el conde desempeñando gustosamente su papel de escolta. Era casi medianoche. Temprano, según los estándares londinenses. La temporada estaba a punto de alcanzar su apogeo, y cada anfitriona de Londres competía por organizar el evento que nadie quisiera perderse, así que este baile resultaba aún más grandioso y ostentoso que el anterior.

A los pocos minutos de su llegada, los pretendientes comenzaron a disputarse un lugar en el carnet de baile de Abbigail. Después de unas horas, varios caballeros prometedores se reunían a su alrededor cada vez que no estaba bailando. Abbigail debería sentirse encantada con el éxito de su debut en la sociedad londinense, pero no podía deshacerse de la inquietante percepción de que la atención era demasiado superficial. Le preocupaba que, después de un par de semanas, aún no hubiera logrado despertar un interés más concreto por parte de ninguno de esos jóvenes, más allá de la curiosidad y el coqueteo. Claro que su fortuna sin duda había atraído muchas miradas, pero quería creer que algunos de sus pretendientes podrían estar interesados en ella por algo más que su cuantiosa dote. Podía ser razonablemente encantadora cuando se lo proponía, al fin y al cabo, era hija de un político. Y estos aristócratas no parecían incomodarse ni por sus pecas ni por el ligero acento en su voz. De hecho, se había vuelto bastante popular. Mas no había encontrado a nadie que pareciera el partido que buscaba. Y eso la preocupaba.

Quizá había puesto sus expectativas demasiado altas al esperar una conexión sincera de amistad al menos, si no algo que involucrase sentimientos más románticos. ¿Había sido ingenua al pensar que podría encontrar el amor en los deslumbrantes salones de baile de Londres?

Incluso entre tanto reía, bailaba y participaba en las formas aceptables de conversación coqueta, sentía que caminaba sobre una fina capa de hielo que podría romperse bajo sus pies en cualquier momento. Intentaba convencerse de que no debía dejar que un miedo infundado nublara la realidad. Se decía que había ganado su libertad y que aquello era solo un atisbo de lo que su vida podía llegar a ser de ahora en adelante. Brillante, deslumbrante. Llena de alegría. Desgraciadamente, sus experiencias pasadas no fortalecían esa visión optimista. Sabía bien lo rápido que las cosas podían torcerse. Y esa noche no podía desprenderse de la sensación de que algo siniestro acechaba, esperando el momento de atacar. En medio de su éxito, en tanto giraba en los salones de baile e intercambiaba ingeniosos comentarios y sonrisas cálidas con solteros elegibles, sus oídos permanecían atentos al leve siseo de susurros venenosos. Y de vez en cuando, escaneaba el salón como si buscara a un enemigo al acecho.

Así que cuando vio a lord Atwood por primera vez, de pie con un grupo de jóvenes caballeros cerca de la pista de baile, no se sintió demasiado sorprendida. El presentimiento que había estado intentando reprimir ahora tenía una causa visible. Le habría encantado poder decir que se había olvidado del joven lord inglés que la había cortejado brevemente hacía casi dos

años. La verdad era que probablemente nunca podría olvidar su arrogante mueca y su mirada calculadora. Observó al hombre que, en su momento, se había esforzado por arruinarla. El hombre que no había permitido que los secretos de su pasado quedaran enterrados, sino que los había revivido una y otra vez en el molinillo de rumores hasta que nadie podía olvidar que la señorita Abbigail Granger, la superrica hija del imponente político, tenía un toque de locura en la sangre.

Lord Atwood lucía exactamente igual que la última vez que lo había visto en Dublín. Era la viva estampa de la elegancia masculina británica: piel pálida, cabello cuidadosamente despeinado, dedos largos y gráciles, y una perpetua expresión de desagrado, como si el mundo a su alrededor jamás estuviera a la altura de sus expectativas. Como si hubiera percibido su atención, lord Atwood dirigió la mirada en su dirección. Un brillo de reconocimiento destelló en sus ojos, y su altiva expresión se transformó en una de deleite malicioso. La recordaba perfectamente. La extraña aceptación que había sentido al verlo se convirtió en una parálisis helada, y solo un pensamiento se abrió paso en su mente. «Así es como se desmoronan finalmente mis sueños. Otra vez, en un salón abarrotado, frente a frente con ese hombre».

Un grupo de cuatro jóvenes pasó delante de Abbigail, interrumpiendo momentáneamente la línea de visión entre ella y su antiguo antagonista. Fue suficiente para impulsarla a actuar. Más tarde se reprocharía su cobardía, pero en ese momento, su único pensamiento era huir. Miró hacia *lady* Blackbourne y vio que estaba absorta en una conversación con algunos de sus conocidos del mundo de las carreras, sin haber notado nada extraño. Sin querer perder un segundo más, Abbigail se unió a las debutantes que reían, caminando lo bastante cerca como para parecer parte de su grupo, pero no tanto como para que sospecharan de su proximidad en el concurrido salón. Al principio pensó en escabullirse hacia el tocador, pero al darse cuenta de que las jóvenes también se dirigían hacia allí, aprovechó la primera oportunidad para cambiar de rumbo. Ya fuera de la vista de lord Atwood, se desvió en contra del flujo de invitados y continuó por el borde del salón de baile. Llegó por sorpresa al pequeño invernadero. De pronto, la pared a su lado se abrió.

Siguiendo su instinto y todavía movida por un toque de miedo que no había logrado disipar, entró y se vio al instante rodeada de frondosos helechos dispuestos a diferentes alturas, pequeños árboles frutales y exóticas plantas con flores. Las ventanas, alineadas desde el suelo hasta el techo a lo largo de una pared, dejaban filtrar la suave luz de la luna, la cual era la única iluminación en el lugar.

Abbigael avanzó con cautela, no tan ingenua como para no darse cuenta de que el pequeño invernadero sería el lugar perfecto para cualquiera que quisiera robarse unos minutos de intimidad. No tenía el menor deseo de encontrarse con una pareja acaramelada en un abrazo delicado. Por suprema suerte o intervención divina, la estancia estaba vacía. Y cuando Abbigail divisó una pequeña *chaise* con cojines, rodeada de frondosa vegetación, se apresuró hacia ella con alivio.

Desde su posición en la *chaise*, ni siquiera podía vislumbrar el salón de baile al otro lado. Estaba completamente oculta a la vista. Ahora, mientras nadie apareciese para interrumpirla, quizá lograra calmar su ansiedad. Solo sería un momento. Un instante para recobrar la compostura y sosegar los nervios que parecían querer arrastrarla de vuelta a recuerdos que no podía permitirse evocar. No ahora. Debía haber alguna forma de silenciar a lord Atwood antes de que tuviera la oportunidad de escupir sus rumores venenosos. Y claro que los escupiría; no tenía la menor duda de eso tras ver su expresión pérfida. Seguramente el conde y la condesa podrían ayudarla en ese aspecto. Su influencia social había sido parte de la razón por la cual su padre les

había pedido que la apadrinaran. Quizá este giro de los acontecimientos no significaba un desastre total, después de todo. A continuación, presionó un puño cerrado contra su pecho, intentando concentrarse en reducir el ritmo acelerado de sus temblorosos latidos. No debería haber huido tan precipitadamente. La autocrítica reemplazó al miedo paralizante que la había invadido al ver a lord Atwood. Si hubiera sido capaz de mantener la calma, habría comprendido que su mejor defensa habría sido alertar a *lady* Blackbourne de la posible amenaza. En su lugar, había huido como una tonta inútil.

—Hola, irlandesa.

Chispas de alarma recorrieron su mente. El saludo fue susurrado en un tono bajo y aterciopelado, proveniente de justo detrás de ella. Habría jurado que no había nadie allí cuando se acercó a la *chaise*. De todas las personas que podría haber encontrado en ese rincón privado lleno de follaje, lord Riley era, con mucho, el más peligroso. Aún más que el vengativo lord Atwood.

Los recuerdos de la noche en que él la besó llenaban su mente con detalles tentadores cada vez que cerraba los ojos para dormir. Con apenas esfuerzo, lord Riley se había colado en la imagen clara que Abbigail había trazado para su vida. Se había convertido en una sombra en la esquina de cada escena en su mente. Respiró hondo, tratando de ignorar el nervioso cosquilleo de aprensión en su estómago, y se giró para enfrentar a su involuntario torturador. Por su parte, él se encontraba a unos pasos, recostado contra la pared detrás de un gran helecho en maceta. Estaba en penumbra, pero su aspecto en ropa de gala, el cabello encantadoramente despeinado y su sonrisa tan perversa como siempre, le enviaron un escalofrío hasta los pies. Sostenía un cigarro encendido entre los dedos, llevándoselo a los labios para inhalar el humo de aroma profundo, luego inclinó la cabeza hacia atrás y exhaló en una larga bocanada, enviando un denso hilo de humo hacia el techo.

—No es propio fumar tabaco en presencia de una dama —le reprendió Abbigail, sonrojándose al instante, y maldiciendo en silencio el rubor que delataba su turbación.

Riley rio y se apartó de la pared. Alargó la mano y apagó el cigarro en la tierra de la maceta. Abbigail frunció el ceño ante su falta de respeto, y él se encogió de hombros en respuesta, claramente acostumbrado a ese tipo de desaprobación.

—No interrumpo una cita programada, ¿verdad?

Abbigael lo miró confundida por un momento antes de darse cuenta, horrorizada, de que él le estaba preguntando si esperaba a un amante.

—Claro que no. —Sus mejillas se encendieron aún más.

—Bien. Por lo tanto, no os molestará que os acompañe.

—Esperaba un momento a solas. —Una chispa de pánico se encendió en su interior. No podía permitirse distracciones.

Ignorando su protesta, Riley se acercó a la *chaise* y se sentó justo detrás de ella. Reclinado, acomodó su cuerpo delgado y musculoso a lo largo del mueble, subió una pierna flexionada sobre la *chaise* y se recostó contra el borde elevado. Su cadera rozó sus nalgas. Debería levantarse y marcharse. Era la única opción adecuada. Pero algo obstinado y contrario en su naturaleza la instaba a quedarse, a aceptar su desafío, porque eso era exactamente lo que él estaba haciendo. Miró hacia atrás, a través de los helechos y árboles frutales, hacia la luz resplandeciente del salón de baile. ¿Quedarse con el bribón o enfrentarse al demonio de su pasado? Lord Atwood podría amenazar su futuro, pero lord Riley amenazaba su misma esencia. En cuestión de un segundo, comprendió que no se iría a ninguna parte. Al menos, no todavía. Y cuando otro momento pasó y él seguía sin decir nada, ella se volvió para mirarlo en su posición

reclinada. La amplitud de sus hombros ocupaba toda la anchura de la elegante *chaise*. Tenía un brazo flexionado, con la mano apoyada bajo su cabeza. La otra descansaba ligeramente sobre su abdomen. Nunca antes se había dado cuenta de cuán íntimamente podían compartir dos personas un solo mueble. Cuando notó que él la observaba con una leve diversión en sus ojos cambiantes, la anticipación comenzó a mezclarse con la aprensión que ya se había instalado firmemente en su conciencia.

—Os dije que no os acercarais a mí.

—Teníais que saber que no iba a escucharos. —Sonrió y sus dedos se encogieron dentro de sus zapatillas de baile.

—¿Me habéis seguido? —Ella había tenido esa esperanza.

—Quizás me habéis seguido a mí. —La curva en la esquina de su boca delataba el humor que intentaba contener.

La joven emitió un leve bufido y entrecerró los ojos.

—¿Por qué estáis aquí, irlandesa? —Su incontrolable sonrisa se desató en respuesta a su irritación.

Abbigael frunció el ceño, pero antes de que pudiera responder, él levantó su enorme mano de donde reposaba en su abdomen y la agitó de forma indiferente.

—No me refiero aquí, en este encantador rincón de tranquilidad. Es fácil adivinar por qué podríais querer reclamar un momento de soledad de todo aquello —dijo, señalando de nuevo hacia el salón de baile, más allá del follaje que los rodeaba—. Me refiero a por qué estáis en Londres, exhibiéndooos en el mercado matrimonial.

Abbigael adoptó la actitud cansada de una institutriz intentando inculcar una lección importante en la cabeza obstinada de un alumno reticente.

—Estoy aquí, lord Riley, «exhibiéndome», como tan elegantemente habéis dicho, con la esperanza de recibir una oferta de matrimonio de un hombre digno.

—Pensaba que teníais más sentido común. —Su sonrisa se torció en algo que parecía más bien una mueca.

—¿Más sentido que buscar un matrimonio adecuado? —Intentó mantener una postura de decorosa modestia, una tarea complicada cuando la cálida intensidad de su mirada, tan íntimamente dirigida hacia ella, amenazaba con quebrar su firme resolución.

—Más sentido que buscar realización de una manera tan convencional —respondió con soltura—. Hay formas mucho más satisfactorias de involucrarse con un hombre que *casándose* con él.

—Más escandalosas, queréis decir.

Riley sonrió. Sin arrepentimiento alguno. En ese momento, el corazón de la joven dio un salto. Un salto salvaje.

—Decidme que aún estáis a tiempo de cambiar vuestro rumbo. Ninguno de esos patanes atolondrados os ha hecho una oferta aún, ¿verdad?

—No. No lo han hecho. —Abbigael apartó la vista de su rostro burlón, recordando el motivo por el que había huido del salón de baile.

Lord Riley se giró sobre un costado, curvando su torso en un arco íntimo. Se apoyó en un codo hasta que su rostro quedó al mismo nivel que el de ella, a solo unos centímetros de distancia. Lo observó con cautela, pero no se apartó ni se levantó. Su expresión, sorprendentemente, era sincera.

—¿Qué os preocupa, irlandesa?

Debería haber negado cualquier angustia. Debería haber desestimado su pregunta con un

comentario indiferente, pero había algo reconfortante en el calor de su presencia, que la envolvía. Cerca, pero sin tocarla. No sabía cómo era posible sentir un impulso instintivo de confiar en un hombre que, racionalmente, no era digno de tal sentimiento. No obstante, en ese momento, confiaba en él. Quizás, como alguien que también era juzgado con dureza, no sería tan severo en su juicio sobre ella.

—Un caballero, alguien a quien conocí en Dublín. —Su respuesta, cuando habló, fue muy suave, aunque no temía que alguien la escuchara.

—¿Un antiguo pretendiente? —Riley arqueó una ceja.

Ella dudó, presionando la yema de los dedos contra su sien y agachando la cabeza. ¿Qué importaba lo que le contara a este hombre? Su pasado no se podía cambiar. No había vergüenza en la verdad. Alzó el mentón y se encontró con la mirada curiosa de Riley.

—Al principio mostró algo de interés, pero luego descubrió algo sobre mí, sobre mi pasado. Supongo que, por un sentido irracional de traición, se sintió justificado para difundir ciertos detalles, claro que, con algunas exageraciones dramáticas, a todo el que estuviera dispuesto a escucharle. En efecto, arruinó mis posibilidades de recibir una oferta honorable en Irlanda. —Terminó su explicación y esperó a que él respondiera, preparándose para preguntas sobre qué era lo que aquel hombre había descubierto de ella.

Riley permaneció en silencio mucho más tiempo del que ella esperaba, observando su rostro con esos ojos cambiantes. Las chispas danzantes de azul y verde, que brillaban cálidamente en sus iris castaños, empezaron a hipnotizar a Abbigail, sumiéndola en una calma de aceptación. La irlandesa comenzó a sentir cosas que sabía que no debía sentir. Una relajación interna cuando debería mostrarse precavida y distante. Sensaciones de aguda consciencia se despertaron en áreas de su cuerpo que no habían reaccionado de esa forma hasta que conoció a este hombre.

—¿Es tan importante para vos? ¿Esta búsqueda de un marido? —Al cabo de un rato, élladeó la cabeza y entrecerró los ojos, como si intentara verla con mayor claridad.

Abbigael vaciló. La afirmación se atascó en su garganta, que se sentía cada vez más apretada. Algo que tiraba desde lo más profundo de su corazón le dificultaba responder. No pudo reprimir el suspiro que se le escapó del pecho.

—Sí, lo es.

—Me casaré con vos, irlandesa. —Riley esbozó una media sonrisa que le hizo desear tocar ese pliegue en la comisura de sus labios, aunque solo fuera un segundo. Su oferta fue pronunciada con tal generosidad descuidada que Abbigail no la tomó en serio ni por un momento. Su sonrisa fue involuntaria, y cuando él pasó la mano sobre su regazo para levantar una de las suyas, ella lo permitió sin resistencia alguna.

—Sería un marido terrible, probablemente el peor que haya existido, pero nunca os aburriríais. —La curva de su boca se volvió diabólica y su voz adoptó un tono desenfadado.

—Hay cosas que me asustan mucho más que el aburrimiento —replicó Abbigail. Desesperadamente intentaba ignorar los delicados escalofríos que recorrían su piel en respuesta a su tono insinuante, a su abrumadora cercanía y a la calidez de su mano sosteniendo la suya, que parecía extenderse por todo su cuerpo.

—¿Cómo qué? —Retazos de luz de luna se filtraban entre las hojas, dibujando sombras sobre los contornos afilados de su rostro, acentuando la línea firme de su mandíbula, la noble longitud de su nariz, la amplitud masculina de su frente. Era asombrosamente atractivo. Y era plenamente consciente de ello.

Una muchacha inexperta podría quedar atrapada en su mirada atenta. Abbigail se resistía a apartar la vista por temor a perder alguna revelación profunda en el remolino de colores de sus

ojos. Su mente se estaba ablandando, al igual que la curva de su espalda. Se sentía inclinándose hacia él, disfrutando la caricia de su pulgar presionando la carne de su palma. Él la miraba intensamente, esperando algo. Ah, sí, le había hecho una pregunta. ¿Qué temía más que el aburrimiento?

—La soledad —susurró.

Las pupilas de Riley se dilataron. La joven se sorprendió, pero su mente parecía incapaz de asirse a un pensamiento claro en ese momento. Sus pulmones se sentían pesados y rígidos.

—No estáis sola ahora mismo.

Abbigael reprimió un leve escalofrío. Le encantaba el sonido de su voz cuando la bajaba así. Se enroscaba a su alrededor como una serpiente de seda, tentando y susurrando una verdad personal que había enterrado hacía mucho tiempo. Tanto como anhelaba la sencilla y apacible alegría de una familia amorosa, una parte de ella se sentía innegablemente atraída por las emociones más intensas que llevaba dentro. Emociones que constantemente reprimía por temor a perder el control. Casi todo en este hombre llamaba a esa parte de ella.

—No vais a besarme de nuevo —murmuró con temblorosa convicción.

—¿No? —Los labios de él se curvaron ligeramente.

—No —contestó, esta vez con más seguridad—. Porque, aunque no sois lo que quiero, sé que yo tampoco soy en absoluto lo que queréis.

—Dudo que tengáis idea alguna de lo que quiero, irlandesa. —Una arrogancia cansada flotaba sobre el tono profundo y sensual de su voz. Había algo más también, algo que pedía ser definido.

Abbigael se giró para enfrentarse a él por completo. Intentó no pensar demasiado en el cálido cosquilleo que le recorría el vientre al sentir su costado contra el pecho de él. Alzó la mano hacia un lado de su rostro. Era un gesto atrevido, pero a esas alturas a Abbigael ya no le importaba la corrección. Riley se quedó inmóvil ante el contacto inesperado, y Abbigael casi sonrió al pensar que quizá había logrado sorprenderlo, aunque fuera solo un poco. La sombra de barba a lo largo de su mandíbula era áspera bajo su mano. Disfrutó de la inesperada humanidad de esa textura. No un dios ni un príncipe de los cuentos. Él bajó los párpados, tal vez para proteger sus pensamientos. Pero ese gesto dio a su expresión un aire marcadamente seductor, y la sangre de Abbigael aceleró su pulso. A pesar de la reacción distraída de su cuerpo, se concentró en su rostro. Había algo que necesitaba entender, algo fuera de lugar en las líneas cansadas que definían sus facciones. Las finas arrugas entre sus cejas eran demasiado profundas para un hombre de su edad. Impulsivamente, extendió el pulgar y lo presionó suavemente contra el centro de su labio inferior. Había demasiada tensión allí. Al sentir el toque de su pulgar contra sus labios, él aspiró bruscamente, audiblemente. Abbigael levantó la mirada para encontrar sus ojos. Los tonos de sus iris brillaban con una intensidad absorbente. Ella inhaló despacio, llenando sus pulmones con calma. Luego habló, dejando que las palabras cayeran suavemente de sus labios, incluso antes de haberlas pensado del todo.

—Sospecho que deseáis mucho más de lo que dejáis entrever. —Observó cómo las chispas de azul y verde se desvanecían en el brillo dorado de sus ojos—. Me pregunto si vuestro rechazo a complacer al mundo no es más que una forma de ocultar que no podéis complaceros a vos mismo —añadió en voz baja, atrapada por la intensidad de su mirada. Enseguida, su rostro se ensombreció a medida que ella hablaba y sintió el músculo de su mandíbula tensarse bajo su mano. Abbigael temió haberle enfadado con su especulación imprudente.

—Oh, sé muy bien cómo complacerme a mí mismo. —Por tanto, él sonrió. Una sonrisa amplia y temeraria que disipó de golpe la suave bruma de intimidad emocional que había

nublado su percepción. Seguidamente, la rodeó por la cintura con el brazo, atrayéndola contra su pecho en tanto se reclinaba hacia atrás. Dejó caer la otra mano sobre la curva exterior de su cadera, presionando los dedos con posesividad sobre su carne sensible. El súbito contacto provocó una explosión de chispas en los nervios de la irlandesa. Un calor punzante le atravesó el centro.

—Dejadme ir —exhaló Abbigail en un comando apenas audible.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Porque alguien se acerca, y no querríais que os vieran conmigo así.

Las fosas nasales de Riley se ensancharon y tensó los brazos a su alrededor por un instante. Mas entonces debió de oír también los pasos que se aproximaban cada vez más. La soltó y se levantó en un movimiento fluido, casi animal, que le daba un aire de depredador incluso entre tanto se retiraba. Abbigail lo siguió con la mirada en tanto él se deslizaba de nuevo hacia las sombras profundas detrás de los helechos.

—Esto no termina aquí, irlandesa. —Luego se giró y desapareció, sus palabras pesadas hundiéndose en su piel, que se enfriaba rápidamente.

Abbigael se puso de pie y se alejó de la *chaise* con las piernas temblorosas. Se las arregló para mantener una densa pared de follaje entre ella y quienquiera que hubiese entrado en la glorieta; así, aunque notaran su presencia, no podrían identificarla. Una vez de vuelta en el salón de baile, se dejó llevar por el flujo de los invitados y avanzó bordeando la pista de baile. Echó abajo cualquier pensamiento sobre lo que acababa de suceder entre ella y lord Riley. Tendría tiempo para pensar en ello más tarde.

Para cuando llegó junto a *lady* Blackbourne, las emociones desbordantes provocadas por su encuentro con lord Riley estaban guardadas con seguridad tras una fachada calmada e impenetrable. La condesa seguía en el mismo sitio en el que la había dejado, enfrascada en un debate con sus amigos de las carreras. Abbigail aguardó a su lado, conteniendo la impaciencia que vibraba en sus nervios. Extendió su atención hacia el salón, buscando alguna señal de lord Atwood. Estaba atenta a cualquier sonido de su nombre susurrado con veneno y su mirada se encontraba con la de todos, buscando ese destello de lástima espantosa o curiosidad morbosa. Sin embargo, o bien el chisme no se había extendido tan rápido como esperaba, o lord Atwood había ocultado su lengua bífida y mantenido la boca cerrada. Si ese era el caso, solo podía significar que tenía otros planes para ella.

Un escalofrío de aprensión recorrió su columna. Un hombre como él, que disfrutaba con el efecto que causaba y vivía para el drama social, no sería capaz de guardarse una información tan jugosa durante mucho tiempo. Pasaron unos eternos momentos antes de que los amigos de *lady* Blackbourne se marcharan y ella se girara hacia Abbigail.

—Señorita Granger —empezó la condesa, pero se detuvo, quizá notando la tensión en el rostro de Abbigail que ella no lograba del todo disimular. La dama bajó la voz—. ¿Qué ocurre?

—Me temo que se avecina un desastre.

—¿Damos un paseo? Es más fácil evitar los oídos indiscretos si no permanecemos en un mismo lugar. Venid, querida —dijo la condesa amablemente tras fruncir el ceño con preocupación. Mientras giraba y enlazaba su brazo con el de Abbigail, comenzó a guiarla en un paseo alrededor de la pista de baile—. Contadme qué os ha alterado.

Capítulo 8

Aunque a Abbigail le habría encantado retirarse de vuelta a la casa, tras escuchar sobre la amenaza inminente, la condesa insistió en que permanecieran en la fiesta hasta que los últimos invitados se marcharan. Abbigail tuvo que admitir que era lo mejor. Si se habían iniciado rumores, huir solo confirmaría su veracidad. Así que pasó las siguientes horas concentrándose en mostrarse radiante y encantadora. No volvió a ver a lord Atwood y parecía que había abandonado el baile. Después de un rato, también concedió que él no había revelado los detalles de su pasado a ninguno de los invitados presentes esa noche. Por supuesto, eso no eliminaba la amenaza que se cernía sobre ella; tan solo la posponía. Con los Blackbourne de su lado, albergaba la esperanza de poder escapar de una ruina total. Aun así, al final de la noche, Abbigail estaba exhausta tras horas intentando contener la ansiedad que retumbaba en sus nervios ya alterados.

Después del baile, *lady* Blackbourne se sentó tranquilamente a su lado en el carruaje de regreso a casa, y lord Blackbourne descansaba en el asiento opuesto, con los ojos cerrados. La condesa había informado a su esposo de las preocupaciones de Abbigail, y el conde le aseguró que podrían manejar cualquier ardid que lord Atwood pudiera urdir. Abbigail intentó creerle, pero incluso su padre había sido incapaz de frenar la marea de especulaciones y rumores una vez que habían comenzado.

La amenaza de escándalo había logrado mantener los pensamientos sobre lord Riley fuera de la mente de Abbigail durante el resto de la noche. Es decir, hasta que estuvo instalada en la oscura y balanceante tranquilidad del carruaje. El silencio cavernoso de la noche, cuando una no se hallaba en medio de las luces, risas y música de un gran baile, era casi inquietante en contraste. Incluso los ruidos comunes de las calles de Londres parecían provenir de una especie de niebla silenciosa.

Ante la ausencia de distracciones inmediatas, no pudo evitar que el sinvergüenza invadiera su consciencia. Este se acomodó con esa sonrisa descarada y puso los pies en alto sobre los suaves rincones acolchados de su mente, y ella estaba demasiado exhausta para detenerle. Las palabras que él le había dicho durante sus tres breves encuentros se deslizaron por su memoria como serpentinillas de humo suave y sinuoso. Burlonas, calmantes, curiosas, atrevidas y sensuales. Estaba tan absorta en sus pensamientos que *lady* Blackbourne tuvo que colocarle una mano en el brazo para avisarle de que habían llegado a la casa. Abbigail murmuró una disculpa en tanto tomaba la mano que le ofrecían y bajaba del carruaje. Siguió a los Blackbourne dentro de la casa con los pies doloridos tras las horas de baile que había soportado aquella noche, acumuladas sobre las noches anteriores. Ansiaba deslizarse bajo las sábanas de su cama y recrearse en su sueño de un hogar lleno del amor de su propia familia. Hijos a los que hacer cosquillas, provocar y colmar de besos. Un marido que fuera compañero y apoyo, alguien que estuviera a su lado sin importar las dificultades que pudieran surgir. Un hombre que la amara y comprendiera. Las visiones de un futuro así siempre habían logrado calmar su mente cuando estaba preocupada. Pero esta vez temía que su pequeña y modesta fantasía se estuviera alejando cada vez más.

—*Lady* Blackbourne... —Estaban de pie en el gran vestíbulo de la casa, habiéndose ya desprendido de sus abrigos y sombreros. La condesa estaba conversando en voz baja con su marido y se giró ante la llamada de Abbigail. Sus finas cejas negras se alzaron en señal de

pregunta—. *Lady Blackbourne* —repitió Abbigail, entrelazando los dedos detrás de su espalda—. ¿Podría tener unas palabras a solas con vos antes de que os retiréis? No os quitaré mucho tiempo.

—Por supuesto. —La dama se giró hacia el conde y se inclinó para darle un beso en la mejilla. Permanecieron juntos un momento más de lo necesario y él le susurró algo al oído. Los labios de ella dibujaron una sonrisa secreta cuando se separaron.

—Buenas noches, señorita Granger. —El conde le dirigió a Abbigail una mirada amable antes de encaminarse hacia las escaleras.

—Buenas noches, milord.

—Subiré en un momento —afirmó suavemente la condesa antes de volverse hacia Abbigail—. ¿Por qué no vamos a mi estudio? Allí estaremos más cómodas. —A continuación, la guio hasta el pequeño estudio al fondo de la casa. Una tenue luz brillaba en la chimenea y *lady Blackbourne* avivó las brasas hasta que el fuego cobró vida nuevamente.

—Venid, sentaos —dijo, señalando las mullidas sillas dispuestas frente al fuego—. ¿Os apetece algo de beber? ¿Un poco de clarete?

—No, gracias.

Una vez sentadas, ambas mujeres se observaron. Una, menuda, pálida y visiblemente incómoda. La otra, de cabellos oscuros, hermosa y mirándola con una curiosidad serena. Finalmente, *lady Blackbourne* se inclinó hacia delante, y sus ojos, llenos de compasión y amabilidad, se posaron en Abbigail.

—¿Seguís preocupada por lord Atwood? Por cualquier lío que quiera causar, no estáis sola. El conde y yo no os vamos a abandonar.

—Gracias, *milady*, vuestras palabras me tranquilizan mucho. —Abbigael reprimió el impulso nervioso de removerse en su asiento—. Aunque hay algo más de lo que quiero hablar con vos.

—Bueno, ¿qué es, querida? —Sonrió la condesa y la miró con cierta sorpresa—. A veces lo mejor es empezar a hablar, y el resto se acomoda solo.

—¿Cuál es la naturaleza de vuestra relación con lord Riley? —Tan pronto como las palabras salieron de su boca, Abbigail sintió el rubor arder en sus mejillas al darse cuenta de lo acusatorio que sonaba—. Lo que quiero decir es... ¿cuánto le conocéis?

Lady Blackbourne se enderezó en su silla y luego se recostó contra el respaldo. Levantó una mano para alisar su perfectamente elegante peinado y miró a Abbigail como si le hubiera brotado una segunda cabeza. Por la reacción de la condesa, cualquiera diría que Abbigail acababa de preguntarle si el mismísimo rey de Inglaterra estaba disponible para matrimonio.

Por todos los cielos, ¿era posible que *lady Blackbourne* y lord Riley estuvieran relacionados de manera íntima? No, imposible. Abbigail nunca había visto una pareja tan profundamente dedicada el uno al otro como el conde y la condesa. Pero sin duda había algo en su pregunta que incomodaba a la dama.

—Vaya, por Dios —masculló *lady Blackbourne* para sí. Después se levantó, fue al aparador y se sirvió una copa de clarete. Se giró para mirar a Abbigail con expresión pensativa, bebió un sorbo, dejó la copa y regresó a su asiento. Sus ojos eran afilados y directos, aunque no faltos de amabilidad—. Abbigail, ¿ha cambiado en algo vuestra determinación hacia el objetivo de casaros?

—No. Por supuesto que no. —Abbigael negó con la cabeza, concisamente.

—Siendo así debo sugeriros que apartéis cualquier pensamiento sobre lord Riley tan lejos como os sea posible.

—Ese es precisamente mi problema. He intentado hacerlo, pero sin el menor éxito. —Dudó, temiendo que su pregunta pudiera resultar intrusiva, pero decidió que, ya que había abierto el tema, no había vuelta atrás—. En el baile de la semana pasada, parecíais tener motivos muy concretos para recomendarme que me mantuviese alejada de él. Quizá, si me ilustraseis un poco sobre vuestras preocupaciones, podría convencer a mi conciencia de rechazar cualquier pensamiento sobre él.

—No sé cuánto ayudará esto, pero me caéis bien, Abbigail, y odiaría que vuestro corazón quedase atrapado por un hombre que no mereciese vuestros tiernos sentimientos. Os cuento esto precisamente porque no quiero que sufráis. —*Lady Blackbourne* balbuceó algo en tanto presionaba sus dedos contra el centro de la frente. La mirada que le dirigió a Abbigail, que permanecía con el rostro tenso, estaba cargada de inquietud.

—Mi señora, no desearía que traicionase vuestra amistad con lord Riley. Comprendo si preferís no hablar de él conmigo.

—No os preocupéis. Leif sería el primero en admitir sus propios defectos, y gran parte de lo que os voy a contar es de dominio público. —La condesa esbozó una sonrisa que tenía un matiz de tristeza. Seguidamente, se detuvo como si intentara encontrar el mejor modo de empezar, luego sonrió, casi con una disculpa en la mirada—. Le conozco desde que éramos niños, y durante toda nuestra larga amistad siempre ha sido un seductor excepcional. En un niño era adorable e inofensivo. Mas como adulto, usa ese encanto y esa cara esculpida para manipular a las mujeres en beneficio propio. Explota una debilidad presente en casi todos los corazones femeninos: la necesidad de sentirse deseada, el deseo de sentirse necesaria.

La descripción era bastante acertada, pero algo en Abbigail rechazaba la idea de que la única motivación de lord Riley pudiera ser tan superficial. Ella había visto esa desesperación sombría en sus ojos. Algo poderoso le impulsaba a comportarse como lo hacía.

—¿Es un mujeriego?

—Bueno, es un poco peor que eso, querida. Sus mujeres a veces son viudas, a veces casadas, pero *siempre* muy, muy ricas. —*Lady Blackbourne* frunció el ceño, revelando su reticencia a ofrecer una aclaración.

La comprensión atravesó la mente de Abbigail con una velocidad abrumadora, quemándole las puntas de las orejas y provocándole una presión pesada en el pecho. Miró a *lady Blackbourne* con los ojos abiertos de par en par por el asombro.

—¿Es un...?

—Creo que él usa el término «amante profesional». —La condesa sonrió con resignación.

—Pero es un noble. —Abbigael luchó por asimilar la inesperada información en su mente. Aunque sabía que debía ser cierto, aún se resistía a asumir por completo lo que acababa de oír.

—Cierto. El padre de Leif es el vizconde Neville. Su linaje se remonta hasta Guillermo el Conquistador. Durante algunos siglos, disfrutaron del favor real, hasta la época de la reina Isabel, cuando las cosas tomaron un giro drástico. Al parecer, uno de los antepasados de Leif ofendió a la reina y la familia Neville nunca se recuperó. Para cuando Leif nació, las grandes propiedades de los Neville no eran más que un castillo en ruinas situado en una extensa y costosa parcela de tierra. La infancia de Leif fue desolada y solitaria. Su madre... —la condesa hizo una pausa buscando las palabras adecuadas y tamborileando con sus elegantes dedos sobre el brazo de la silla—, bueno, ella no estaba, y su padre era bastante inútil. Leif fue dejado al cuidado de los sirvientes durante meses entre tanto su padre se entregaba a placeres disolutos en la ciudad. Creo que algunos de los sirvientes intentaron compensar la falta de amor en la vida de Leif consintiéndole en exceso cuando era niño. Estoy segura de que así aprendió que podía obtener lo

que quería mostrando esa sonrisa traviesa suya. —*Lady Blackbourne* se detuvo de golpe y miró de reojo a *Abbigael*, como si de pronto se hubiera dado cuenta de que quizá había dicho demasiado.

—No es que eso justifique su comportamiento actual. Hay muchas familias empobrecidas de linaje noble en el mundo de hoy que siguen existiendo con honor a pesar de las circunstancias adversas.

—Sin embargo, lord Riley no es una de ellas —comentó *Abbigael*.

—Correcto. Por mucho que adore a ese insensato desorientado, su camino elegido es algo que no logro comprender. Ha sido un amigo leal en tiempos muy difíciles. Sé que tiene corazón, es solo que... creo que no sabe qué hacer con él —añadió, fijando su mirada profunda en *Abbigael*—. A pesar de su atractivo de granuja, su interés es muy calculado. No coquetea sin razón ni se entrega sin esperar algo a cambio. Os imploro, por vuestro propio bien, que no penséis más en lord Riley. Él puede robar fácilmente vuestro corazón, pero no lo valorará.

—Gracias, *milady*, sé que es vuestro amigo y aprecio vuestra honestidad. —El estómago de *Abbigael* dio un leve vuelco.

—Sois una joven práctica e inteligente, *Abbigael*. Estoy segura de que esta atracción pasará rápidamente y podréis volver a centraros en lo que realmente importa. —Alzó una mano de forma elegante y la agitó en el aire, como espantando a una mosca—. Además, Leif no tiene absolutamente ningún interés en las muchachas jóvenes y solteras. Vos misma inocencia le disuadirá de mostraros atención.

Casi una hora después, *Abbigael* yacía despierta en su cama, sin lograr conciliar el sueño. Gran parte de lo que *lady Blackbourne* le había contado sobre lord Riley la inquietaba. Era casi inconcebible que un caballero eligiera intercambiar su compañía íntima por compensación económica. Aunque, pensándolo bien, las mujeres lo hacían constantemente. Las amantes eran un elemento aceptado, e incluso esperado, entre la nobleza, siempre que fueran discretas. Que un hombre pudiera participar en esa misma práctica no debería resultarle tan chocante. *Abbigael* no era ingenua, y algunas de sus propias experiencias le habían mostrado hasta dónde podía llegar una persona si se daban las circunstancias adecuadas. Se preguntó cuál podría ser la motivación de lord Riley. Incluso sabiendo la verdad completa sobre él, tan inquietante como era, no le inquietaba tanto como la última afirmación de *lady Blackbourne*. Porque el maldito barón Riley, seductor, manipulador, mujeriego, ya había mostrado un interés desmesurado en *Abbigael*.

Capítulo 9

Lo encontró en su club. Leif llevaba cinco horas jugando a las cartas y, finalmente, parecía que la suerte empezaba a inclinarse a su favor. La mano que acababan de repartirle era tan fuerte que, incluso con una estrategia mediocre, había muy pocas posibilidades de perder. Echó un vistazo a los otros jugadores en la mesa, intentando discernir, por sus gestos o maneras, si había algún otro contendiente serio para el bote. Con las mujeres era capaz de ver a través de ellas al instante: saber exactamente qué querían, qué necesitaban, qué las sorprendía o las provocaba. Pero Leif era horrible interpretando a otros hombres. Sus oponentes bien podrían estar sujetando cartas maestras, por lo que mostraban en sus expresiones. A continuación, eligió una carta y la lanzó sobre la mesa.

Leif se había ganado una reputación de temerario en el juego. Como confiaba únicamente en sus instintos, sus jugadas eran arriesgadas e impredecibles. A veces le salía bien, otras no. Esta noche, esperaba desesperadamente que fuera lo primero. Ganó esa baza, pero decidió cambiar de táctica en la siguiente ronda, jugando alto para ver qué lograba hacer salir de sus rivales. No era una jugada típica en esa fase del juego, y oyó más de un gruñido alrededor de la mesa. Le encantaba desconcertar a los jugadores serios con algo inesperado; le daba un toque interesante a la partida. Posteriormente, Leif desvió la mirada de la mesa en tanto los otros jugadores contemplaban sus estrategias y vio un movimiento al otro lado de la sala. Un hombrecillo de edad indeterminada, vestido con el uniforme negro y estoico de un secretario municipal de la ciudad, intentaba pasar entre los dos grandes porteros que custodiaban la entrada con tanta insistencia que estaba atrayendo la atención de todos los socios del club. El pequeño funcionario municipal era el señor Lawrence Charles, y en cuanto lo vio, Leif supo a qué había ido. Sus manos se tensaron en torno a las cartas, doblándolas lentamente por la mitad, mientras todos sus pensamientos sobre la partida se ahogaban en el retumbante estruendo de su cerebro. Una mezcla lenta de helado pavor y asfixiante anticipación reemplazó la sangre en sus venas al observar cómo la escena se intensificaba. El secretario municipal insistía en voz alta en que le permitieran la entrada al club privado a pesar de no tener una membresía. Aunque sabía que el hombre estaba allí para verle, Leif no se movió de su asiento para asistirlo. Una parte retorcida y maliciosa de su naturaleza, aquella que más se parecía a la de su padre, quería ver hasta dónde llegaría Charles con tal de pasar a los guardias. Leif conocía suficientemente bien al funcionario como para saber que haría todo lo que fuera necesario para cumplir lo que el vizconde Neville le exigiera.

Después de unos minutos, Charles dejó de forcejear con los hombres, mucho más corpulentos que él. Empezó a gesticular con sus manos delgadas y femeninas y a mover sus labios gruesos en lo que debía ser un discurso convincente, ya que los lacayos se quedaron inmóviles y lanzaron miradas inquietas en dirección a Leif. Las normas del club eran tan estrictas como las de la mayoría; nadie debía entrar si no era miembro. Sin embargo, había algunas excepciones raras. La muerte era una de ellas. Leif se tensó hasta el punto de que los músculos de su espalda se quejaron, pero no permitió que se reflejara la más mínima tensión en su rostro ni en su postura.

El lacayo acompañó al intruso, bajo las miradas abiertamente curiosas de los otros socios del club, hasta la mesa de cartas donde Leif esperaba. El señor Charles hizo una rígida reverencia

y, al enderezarse, sus pequeños ojos se encontraron con los de Leif, mostrando abiertamente su desprecio y desdén. El pequeño secretario municipal siempre había sido infinitamente leal al padre de Leif, aunque Leif no lograba imaginarse por qué, ya que el vizconde lo trataba como a un roedor al que dar una patada, salvo cuando Charles estaba comprometido en alguna tarea oscura en nombre del vizconde.

—Lord Riley —bufó el hombre—, el vizconde Neville requiere de vuestra presencia. —Considerando el modo en que le había hablado, Leif dedujo que su padre aún no estaba muerto. Lanzó una mirada rápida del funcionario a sus cartas.

—¿Puede esperar a que termine esta mano? —dijo con desgano—. Aquí tengo una buena mano.

—¡Vamos, lord Riley! —exclamó lord Balcon, uno de los jugadores que se encontraba en la mesa—. Me imagino que un asunto familiar debería ser prioritario.

Leif le lanzó una mirada rápida y despectiva al hombre de semblante sombrío sentado frente a él. Evidentemente, lord Balcon no estaba bien familiarizado con su padre. Entonces Riley sonrió y dejó sus cartas arrugadas sobre la mesa en tanto se levantaba. Quizá lo mejor sería acabar con aquella fea escena cuanto antes, aunque no le hacía mucha gracia la idea de soportar las «perlas de sabiduría» que su padre tuviese reservadas para él a esas alturas. Con un gesto de la mano, se dirigió al recadero de su padre con una mueca.

—Id delante, Charles.

No habían pasado ni veinte minutos cuando Leif cruzaba la puerta de la casa de su padre. Habían pasado casi seis años desde la última vez que pisó aquel lugar. Seis años desde la última vez que había hablado cara a cara con su padre. En su último encuentro, el vizconde había declarado furioso que no quería volver a verle a menos que uno de los dos estuviera en su lecho de muerte. Para Leif, aquellas palabras habían significado una liberación. Para su padre, evidentemente, habían sido tomadas al pie de la letra.

Leif siguió a Charles a través de la casa en penumbra y subió las escaleras. El hedor nauseabundo de medicinas se mezclaba con el olor rancio de alcohol. No había nadie más. Ni sirvientes, ni seres queridos. Leif se preguntó si Charles se habría convertido también en el cuidador de su padre. No le habría sorprendido; aquel hombrecillo siempre estaba desesperado por la aprobación del vizconde, dispuesto a hacer lo que fuese necesario para mantenerse en las buenas gracias del viejo reprobado. A mitad del pasillo superior, Charles se detuvo e hizo un gesto dramático con el brazo para indicar una puerta cerrada.

—Vuestro padre os espera en su cámara, mi señor —informó, mirando a Leif con la cabeza ligeramente inclinada en un gesto de deferencia, aunque el odio frío en sus pequeños ojos negros desmentía la postura sumisa. La animosidad del vizconde hacia su único hijo se había contagiado a su leal sirviente hacía ya mucho tiempo. Leif no dijo nada entre tanto empujaba la puerta y entraba. La habitación estaba mucho mejor iluminada que el resto de la casa, y una hoguera rugía en la chimenea. El vizconde siempre se aseguraba de su propia comodidad, independientemente de los medios o la necesidad.

—¿Leif? ¿Sois vos? Acercaos, muchacho desagradecido, ¡moveos de una vez!

Incluso al borde de la muerte, la voz del vizconde conservaba una nota de desprecio. Leif aún no podía verle, oculto tras las cortinas que rodeaban el lecho. Avanzó un poco más dentro de la habitación. El calor que emanaba de la chimenea hacía que la ropa se le pegase y se sintiese pesada y engorrosa, y se preguntó si acaso no habría entrado en el mismo infierno. Se detuvo al lado de la gran cama con dosel, donde las cortinas estaban descorridas. Un pesado sentido de inevitabilidad ahogaba las emociones que esperaba sentir en ese momento. No había alivio, ni

tristeza o arrepentimiento. Ni siquiera un atisbo de expectación por lo que su futuro pronto le depararía. Sólo estaba el oscuro peso de la muerte inminente. No importaba que fuera su padre quien estuviese acercándose al final. Leif sentía su propia mortalidad como la llegada lenta e implacable de la noche.

El vizconde Neville yacía incorporado sobre un montón de almohadas. Las mantas envolvían un cuerpo encogido y frágil. Su cabello negro había crecido y colgaba en mechones lacios a los lados de su rostro hasta los hombros. Su piel tenía un tono verdoso debido a un hígado agonizante, y había llagas abiertas en su rostro y manos, probablemente signos de una enfermedad contraída en alguno de los burdeles de mala muerte que el vizconde tanto disfrutaba frecuentar. Leif notó la peculiar justicia de que su padre agonizara debido a los mismos vicios que habían consumido su vida.

—Más cerca, maldita sea. No os veo.

Leif dio un paso hasta situarse al borde de la cama. Sus brazos colgaban pesadamente a los lados. El fuego tras él quemaba su espalda. Miró a su padre con muda antipatía.

—¡Eh! Os parecéis más que nunca a vuestra fulana madre. Maldita sea esa ingrata por no dejarme nada de mí en vos. —El anciano le miró con una mirada filosa, no menos cruel a pesar de su debilidad.

Leif se tensó, pero era un discurso ya familiar. Sólo deseaba que fuese completamente cierto; había demasiado de su padre repetido en la negrura sin alma de su corazón.

—Por lo que he oído, no os ha ido mal. Os dedicáis a satisfacer las voraces demandas sexuales de vuestras mujeres. Tenéis el talento de vuestra madre para la prostitución.

—¿Por qué me habéis llamado? —Leif apretó la mandíbula y cerró los puños a los lados.

—¿Impaciente por libraros de mí? ¿Ansioso por poner vuestras manos sobre vuestra herencia? —La voz del vizconde se alzó con cada palabra hasta el final, que se quebró en un violento ataque de tos. Levantó una mano y se llevó un pañuelo a la boca. El trozo de tela blanca estaba manchado de marrón y negro rojizo, con sangre seca y reciente.

Leif no intentó ayudarle. Cualquier asistencia sería rechazada y solo enfurecería más a su padre. Así que esperó hasta que la tos cesó y el vizconde le miró de nuevo, con ojos cargados de odio.

—Habéis estado aguardando este día conteniendo la respiración, ¿verdad?

Leif no lo negó.

—Pronto, todo lo que ha pasado de generación en generación desde la época del Conquistador será vuestro, hijo mío.

Leif ignoró el modo en que su padre escupió las últimas palabras. Al vizconde siempre le había encantado insinuar que Leif no era realmente su hijo y, por lo tanto, no era un heredero legítimo del legado de los Neville. Por mucho que Leif hubiese querido creer lo contrario, era un hecho indiscutible que él era hijo del vizconde.

—¿Es por eso que enviasteis a Charles a buscarme? ¿Habéis encontrado finalmente la forma de evitar que lo reciba?

—Todo lo contrario, muchacho. Os lo dejo todo con gusto. —La sonrisa del vizconde era una mueca deformada en sus labios—. Es exactamente lo que el hijo de una ramera merece. Dunwood Park es un yermo —jadeó—. Nada puede crecer allí. La tierra es estéril. Los inquilinos que no han huido son unos desgraciados inútiles. El castillo es un montón de piedras a punto de caerse. —Se detuvo para toser con dureza, y cuando logró hablar de nuevo, su voz sonaba áspera y débil, aunque no había perdido ni una pizca de odio—. Y las arcas, hijo mío, llevan mucho tiempo vacías. Todo lo que heredareis de mí es una montaña de escombros y una deuda

insalvable. Solo lamento que vuestra querida madre no esté aquí para ver los frutos de su traición infiel. —Por tanto, el vizconde comenzó a reír. La risa ronca y odiosa le arañaba los nervios a Leif, erizándole el vello de la nuca.

No esperaba menos de su padre. Y ahora que, por fin, lo había dicho, sintió una especie de alivio. Al menos, todo sería suyo finalmente. El legado de los Neville podría ser restaurado, tenía que serlo. Era el objetivo por el que Leif había trabajado con una tenacidad implacable durante los últimos diez años. Leif sostuvo la mirada vidriosa de su padre y solo vio a un ser humano destruido, consumido por el odio hasta los últimos momentos de su vida. Intentó, en ese momento, sentir algún tipo de lástima por él y por el estado trágico al que se había reducido. Pero, por mucho que buscara dentro de sí, no quedaba compasión para el hombre que no había hecho otra cosa que escupirle palabras envenenadas toda su vida. Poco después, el vizconde tomó un aliento jadeante; el dolor de ese esfuerzo retorció aún más sus facciones, y su cuerpo se tensó, debilitado por la extenuación física. Mas estaba decidido a decir una última cosa.

—He maldecido... el día de vuestro nacimiento, muchacho. Y ahora... también lo haréis.

Leif rio. Fue un sonido seco, y el gesto le provocó una molestia áspera en los músculos de la garganta. Sacudió la cabeza.

—Llegáis tarde. Lamento mi propia existencia todos los días que respiro. Convertirme en el amo de Dunwood Park será mi redención.

—¡Ja! Que la maldición os traiga toda la destrucción que me trajo a mí. —El vizconde le miró con una intención malvada.

—La maldición no es más que una excusa creada por hombres incapaces de asumir la responsabilidad de sus fracasos. Vos mismo trajisteis vuestra destrucción.

—Y vos haréis lo mismo, muchacho. La maldición es real... y os arrastrará por el infierno el resto de vuestra vida podrida. —La risa del vizconde se mezcló con una serie de jadeos y toses rasposas. Sus palabras se desmoronaron en un violento ataque de tos que hizo que Charles irrumpiera en la habitación. Fue directamente al lado del anciano y le rodeó los hombros con un brazo para darle apoyo en tanto la tos sacudía su frágil cuerpo. A continuación, Leif se dio la vuelta y salió.

Al amanecer del día siguiente, un mensajero llegó a la casa de Leif. Abrió la puerta él mismo. No se había acostado, sino que había pasado la noche desparramado en una silla, bebiendo lentamente una botella de ginebra. Cuando escuchó el golpe en la puerta justo cuando la tenue luz gris del amanecer empezaba a disipar la densa oscuridad que lo envolvía, Leif sintió la oleada de triunfo que había estado esperando. Finalmente, todo le pertenecía ahora.

Capítulo 10

—Señor Neville, no tiene absolutamente nada. —El rostro ajado del viejo notario permanecía inexpresivo. Sin embargo, el de Leif, no. Este último sentía la frustración latente en cada contracción de los músculos de su mandíbula, en cada furiosa arruga de su ceño. Le dolían los ojos tras pasar tres horas revisando libros de cuentas, escrituras y documentos, buscando algo que sencillamente no estaba allí.

—Permitidme corregir eso —añadió el notario mientras empujaba un último libro sobre el escritorio hacia Leif—, tenéis exactamente doscientas hectáreas de tierra arruinada en el norte de Sussex, todo lo que quedó asegurado por unos antepasados lejanos que comprendían el deber de preservar un legado como el que una vez honró vuestra familia. —Leif apretó los labios, a punto de gruñir ante el juicio implícito en las palabras del hombre, aunque no podía contradecirlo. Sabía lo miserablemente que sus antecesores recientes habían tratado las otrora admiradas propiedades de los Neville—. La casa, antaño una mansión majestuosa y opulenta, se está desmoronando; solo una quinta parte de ella es siquiera ligeramente habitable, y, por supuesto, poseéis todo lo que la estructura pueda contener. Por ahora —agregó solemnemente—, solo quedan unas pocas familias cultivando la tierra y algunas más viviendo en la pequeña aldea. Todos ellos son ahora vuestra responsabilidad. Además, vuestro padre y vuestro abuelo antes que él lograron acumular una deuda prácticamente insuperable.

—Pero tengo dinero —insistió Leif, empujando su propio libro de cuentas hacia el notario—. ¿Qué pasa con mis fondos personales?

—En la mayoría de los casos, los fondos que ha traído consigo habrían sido suficientes para saldar una gran parte de la deuda o, al menos, para mejorar la situación actual en Dunwood Park, de modo que se pudiera obtener alguna ganancia. —El notario sacudió la cabeza, y sus mejillas colgantes se agitaron bajo su barbilla. Sus ojos enrojecidos se encontraron con los de Leif sobre el sucio escritorio cubierto de documentos y libros—. No obstante, en su caso, mi señor Neville, ha habido generaciones de vizcondes antes de vos que se han empeñado en arruinar la hacienda. Vuestro padre literalmente devastó su herencia hasta que no quedó nada más que arruinar. No sé qué más deciros, mi señor. —El notario comenzó a recoger los papeles y apilar los libros.

Leif lo detuvo colocando una mano pesada sobre el mar de documentos. Sus dientes le dolían al darse cuenta de cuán perfectamente su padre había conseguido quebrarlo al fin. Con cada poro de su cuerpo exudando desesperación, sostuvo la mirada cansada del notario.

—Decidme cómo puedo rectificar esto —gruñó Leif con la garganta tensa—. Tiene que haber algo que pueda hacer.

El notario sacudió sus caídas mejillas, visiblemente impaciente.

—No estáis casado —indicó el anciano como si la respuesta fuera obvia—. Encontrad una heredera, lord Neville. —El notario se levantó con sus piernas rechonchas y señaló la puerta del oscuro despacho—. Ahora, si no hay nada más, tengo intención de irme a cenar. Os sugiero que hagáis lo mismo.

Por el contrario, Leif no se fue a casa. Sus aposentos en Londres nunca habían sido un hogar para él. Eran solo un medio para alcanzar el fin que buscaba. El único hogar que había tenido, el lugar que amaba más que cualquier otra cosa en su vida, era Dunwood Park. El desprecio hacia sí mismo lo envolvía en tanto caminaba entre la niebla gris y húmeda que cubría

las calles. Sin ver la ciudad a su alrededor, sin importarle a dónde se dirigía.

Todo, todos esos años de merodear -su padre había tenido razón en eso al menos- habían sido en vano. La fortuna que había amasado a base de escatimar en cada gasto necesario para mantener la fachada de un encantador desvergonzado con un apetito insaciable, cada moneda que había exprimido de su vida diaria y ahorrado no era nada. Era una gota en el océano comparado con lo que necesitaba. Leif encogió los hombros y metió los puños en los bolsillos de su abrigo, maldiciendo en voz baja al descubrir de nuevo el agujero en el forro.

¿Casarse con una heredera? ¡Ja! Solo conocía a una mujer soltera de esa descripción y no había ninguna posibilidad de que lo considerara. Por no mencionar que Anna lo mataría si siquiera mencionase la idea.

Al final de la calle, unos gritos de jolgorio levantaron su mirada del empedrado bajo sus pies. Un grupo de jóvenes alborotadores salió de uno de los sólidos edificios de ladrillo que bordeaban la avenida. Probablemente un burdel o una sala de baile, considerando la zona. Reconocía a cada uno de los jóvenes lores, muchachos recién salidos de la universidad, cada uno de ellos heredero de una gran finca y una fortuna asegurada. Sin más preocupaciones que decidir adónde irían después para gastar sus generosas mesadas en un flujo interminable de vino y mujeres. Los odiaba a primera vista. El sentimiento no era mutuo. Uno de los jóvenes lo vio acercarse y dio una palmada en la espalda a un par de amigos para llamar su atención.

—¡Vaya, maldita sea, es lord Riley! —exclamó con entusiasmo.

—Lord Neville ahora, zoquete —le corrigió uno de sus compañeros con desdén—. ¿No habéis oído que el viejo vizconde ha estirado la pata?

—Buenas noches, caballeros —respondió Leif, con desgano, deseando que aquellos idiotas se dispersaran y se llevaran con ellos su ingenuidad borracha y boquiabierta.

El que había gritado dio un paso al frente. Era el hijo mayor de un duque, destinado a heredar una fortuna inmensa. Leif sintió unas irresistibles ganas de darle un puñetazo en la cara.

—¿Dónde vais esta noche, Neville? —preguntó el muchacho, con una curiosidad expectante y embotada.

—¿Por qué nos importa? —interrumpió uno de los jóvenes del fondo del grupo, con tono malhumorado—. Vámonos ya.

—Nos importa, maldito idiota, porque este hombre es una leyenda. Lo sabríais si escucharais de vez en cuando en lugar de soltar siempre esa boca inútil. Foley, os exijo que mantengáis vuestra lengua ignorante bien sujeta durante el resto de la noche. —El hijo del duque lanzó una mirada de disculpa a Leif antes de gruñir por encima del hombro. Algunos de los hombres se rieron de la reprimenda y Leif empezaba a aburrirse.

—Caballeros, si me disculpáis. Me espera una noche de larga y profunda contemplación —comenzó a rodear al grupo, pero se detuvo en seco cuando otro impertinente se le plantó delante, bloqueándole el paso. Observó el rostro sonrojado del hombre con una ceja alzada y un gesto de impaciencia.

—Uníos a nosotros un rato, ¿sí? Vamos a la taberna Red Lion. Tenemos una sala privada reservada. Mucho mejor que cualquier tipo de contemplación, si me preguntáis a mí.

Leif se sorprendió a sí mismo considerando la invitación. Quizá eso era lo que necesitaba esa noche. Una distracción. De hecho, la idea de borrarse de la cabeza hasta mañana, cuando pudiera pensar en qué hacer con el resto de su vida arruinada, parecía lo más adecuado. Unos tragos fuertes y compañía sin sentido encajaban perfectamente.

—Está bien, colegas —dijo con sequedad—, pero espero que haya varias botellas de buen licor cuando lleguemos.

—¡Maldita sea, excelente! —exclamó el hijo del duque con una amplia sonrisa, dándole a Leif una palmada en la espalda.

Capítulo 11

—¿Por qué iba ese hombre a decir tales exageraciones infames? Seguro que nadie le creerá. ¿Qué puede ganar con todo esto? —*Lady Blackbourne* estaba furiosa; sus faldas restallaban con cada enérgico paso entre tanto recorría su estudio.

Abbigael no tenía respuesta. Aparentemente, tras dejar el baile de los Carmichael hacía casi una semana, Atwood había llevado su pérfida lengua justo donde causaría el mayor daño. Pasó de un club de caballeros a otro, propagando la historia de una joven con impulsos violentos y trastornados, encerrada durante años por su propio padre, y ahora suelta por Londres bajo el disfraz de una inocente debutante. Era el desastre de su debut en Dublín una vez más. Solo que esta vez era peor, porque él la retrataba como una persona maliciosa y deliberadamente engañosa. Era horrible, y su exageración sobre su pasado resultaba terriblemente eficaz. A la gente le encantaba creer en historias fantásticas.

—Debemos cumplir con todas las invitaciones que hemos aceptado, como si no ocurriera nada —había insistido la condesa—. La única manera de combatir ese tipo de chismorreos es ignorarlos.

Al parecer, el plan funcionaba bien. Nadie les cerraba la puerta en la cara. Nadie gritaba ni la señalaba como un monstruo. Pero hasta ahí llegaba la disposición de la gente por no ofender a los Blackbourne. Porque, aunque la mayoría mantenía un barniz de cortesía, había un innegable trasfondo que no estaba presente antes de los rumores. Y lo más revelador de todo era que los caballeros que habían mostrado interés en Abbigael en eventos anteriores ahora se mantenían a una distancia social más prudente. No eran exactamente crueles, pero tampoco mostraban lealtad permaneciendo a su lado a pesar de los rumores que circulaban. Todo le resultaba demasiado familiar. Un infierno que volvía a su vida. Y, como la vez anterior, Abbigael se sentía impotente para defenderse. Porque parte de lo que se decía era verdad. No estaba loca, pero una parte de ella se había perdido tras la muerte de su madre. ¿Cómo podía explicar el dolor desgarrador que había experimentado durante aquellos meses sin sonar un poco desequilibrada? ¿Cómo podía negar la decisión de su propio padre de enviarla al norte? La condesa le aseguraba que aún podía tener éxito en sus propósitos, a pesar de las habladurías dañinas.

—No todo el mundo está preocupado con especulaciones tan dramáticas. Calculo que al menos deben quedar unos cuantos con algo de sentido común en la élite social. Vuestro aplomo y encanto hablarán por sí solos.

—Espero que tengáis razón —rebatía Abbigael, aunque no estaba convencida. La superstición y el miedo eran poderosos motivadores. Incluso si había quienes no creían en las acusaciones de locura, ¿qué caballero querría involucrarse con una mujer envuelta en semejante manto de escándalo y dudas? Siguió el consejo de la condesa y asistió a cada evento con esperanza y una sonrisa. Nunca les faltaban invitaciones, ya que los amigos de los Blackbourne brindaban su apoyo tácito. Ya fuera por lealtad al conde o por consideración hacia su situación, lord Rutherford también aportaba su influencia social a su causa. Siempre hacía un punto de saludarla con cortesía e iniciar una conversación en cada evento. Abbigael sabía que el gesto era intencionado y lo valoraba aún más, dado que Rutherford apenas parecía ser consciente del impacto que causaba.

Aquella noche asistían a otro baile abarrotado. Esta vez, el evento lo organizaban los

Terribury, una familia aristocrática con nada menos que siete hijas que casar. *Lady Terribury* lo había hecho de maravilla hasta ahora y solo le quedaban tres, aunque el desafío actual era una pareja de gemelas que, según todos los comentarios, estaban perfectamente sincronizadas en todos los sentidos. *Lady Terribury* había adquirido mucha astucia con los exitosos debuts de sus primeras cuatro hijas. Su lista de invitados garantizaba que los caballeros superaran en número a las damas presentes, de manera que sus hijas tuvieran la menor competencia posible. La diferencia en el número de invitados también aseguraba que ninguna dama se quedara sin un compañero de baile dispuesto. Aquella velada prometía ser un auténtico tesoro de hombres casaderos, con una amplia gama de atributos e intereses.

Esa noche, Abbigael prestó especial atención a su apariencia. Eligió su vestido favorito, uno de seda azul pálido con una capa de encaje irlandés de la más fina calidad. Su doncella recogió su cabello en un romántico recogido de suaves rizos entrelazados con una cinta azul a juego. Frente al espejo de su tocador, momentos antes de salir de casa, se miró detenidamente. Nunca se había visto tan elegante. Mientras mantuviera la mirada por debajo de la barbilla, casi podía convencerse de que podría enfrentar los rumores sobre su pasado con dignidad y aplomo. Pero justo cuando estaba a punto de girarse, cometió el error de mirar hacia arriba, encontrando su propia mirada en el cristal reflejante, y allí estaban la duda, el miedo y el orgullo obstinado que sabía que siempre le acompañaban. Porque ella conocía la verdad. Había llegado a Londres con el plan de asegurar un esposo antes de que su pasado la alcanzase. Tenía la firme intención de ocultar los hechos de lo que había padecido tras la muerte de su madre. Y en ese sentido, era tan engañosa como lord Atwood afirmaba. Y, sinceramente, no sentía remordimiento alguno. ¿No merecía ella encontrar la felicidad? ¿Debería la devastación de una pérdida que había destrozado el corazón de una joven sensible perseguirla para siempre?

El carruaje de los Blackbourn los llevó a Terribury House, y cuando el conde las escoltó hasta la puerta de la imponente y resplandeciente mansión, Abbigael sintió una sensación de inquietud. Sabía que lord Rutherford no asistiría. La condesa había comentado algo sobre que él era demasiado cobarde para entrar en el corazón de la caza. Saber que tenía una baza menos de su lado la hizo sentirse aún más aprensiva. A juzgar por la fila de carruajes en la calle y la multitud evidente a través de las ventanas iluminadas de la casa, el baile prometía ser un evento abarrotado. Abbigael deseó poder albergar la esperanza de pasar algo desapercibida entre la multitud de invitados, pero sabía que tal cosa era improbable. Tan pronto como entraron en el salón de baile, fue obvio que la batalla ya estaba perdida.

El cambio que se apoderó de la sala al anunciar su llegada fue rápido y absoluto. Una tensión penetrante cayó sobre el grupo más cercano a ellos. Las mujeres estiraron el cuello para observarla con una curiosidad desdeñosa. Los caballeros que apenas una semana antes la miraban con interés y admiración hicieron un esfuerzo considerable por evitar su mirada. Abbigael sólo pudo quedarse allí, clavada en el suelo, en tanto la noticia de su llegada se extendía y todo el abarrotado salón parecía girarse para mirarla como si fuese alguna extraña atracción de feria. Y allí, observándola a través de la multitud con una sonrisa de desprecio alegre en sus finos labios, se encontraba lord Atwood. Al parecer, había decidido que sus rumores anteriores no habían causado suficiente daño. Por alguna razón, estaba empeñado en arruinarla, y los maliciosos comentarios que había esparcido esta noche finalmente habían surtido efecto. Todo había terminado. Su última esperanza había llegado a un final brutal y definitivo. Ahora que todo estaba consumado, Abbigael se sentía extrañamente entumecida. Lord Blackbourn se movió a su lado y le tomó el codo con una mano suave.

—¿Deseáis quedaros?

Abbigael meditó sus palabras, pronunciadas con su habitual tono de tranquila fortaleza y sutil comprensión. No había expectativa alguna en su voz y no necesitaba mirarle para saber que él permanecía erguido a su lado, ofreciéndole apoyo silencioso y firme frente a las miradas escrutadoras de quienes los rodeaban. La joven se giró para mirar a la condesa y vio en sus oscuros ojos el pesar y la empatía. Aquella dama consideraría esto como un fracaso personal, y a Abbigael le dolía saber que la bondad de la condesa había sido arrastrada hasta un final tan desastroso.

—Me encantaría insistir en que nos quedemos y mostrarles a estos imbéciles que no tenéis nada de lo que avergonzaros, pero quizá lo mejor sea retirarnos por ahora. Es completamente vuestra decisión, querida. —Al cruzar sus miradas, la condesa sonrió. La sensación de entumecimiento de Abbigael se disipó, dejando paso a un profundo pesar.

Los Blackbourne permanecerían a su lado sin importar cuán catastrófica se volviera su situación, y parecía que las cosas no mejorarían hiciese lo que hiciese o con quien contase como aliado. Lord Atwood estaba decidido a arruinarla y no quería arrastrar a los Blackbourne consigo.

—Ha sido una semana muy difícil, mi señora. Quizá lo mejor sería retirarse temprano. —Forzó una sonrisa en sus labios.

—Por supuesto. Podremos hablar de todo con más claridad tras una noche de buen descanso.

Abbigael asintió. Estaba tomando la decisión correcta. Dándose la vuelta, lord Blackbourne le ofreció el brazo y escoltó a las damas fuera del salón de baile antes de que sus anfitriones tuvieran siquiera oportunidad de saludarles.

De regreso en la casa, *lady* Blackbourne le aseguró una vez más que no todo estaba perdido. Su sonrisa fue alentadora, pero no logró ocultar la preocupación y la frustración que se le habían instalado entre las cejas. Quizá notando el peso en la expresión de Abbigael, le ofreció enviarle una suave poción para dormir que le ayudase a encontrar descanso.

—Todo irá mejor mañana. Es asombroso lo que un nuevo día puede hacer para levantar el ánimo y fortalecer la determinación.

—Gracias, mi señora. Espero que sepáis cuánto aprecio lo que vos y el conde habéis hecho por mí.

—No penséis en eso. Descansad y hablaremos mañana.

Una vez fuera de la vista de sus anfitriones, Abbigael se dirigió a su habitación con paso pesado, permitiendo que la desesperanza se extendiera desde su corazón hasta inundarle las extremidades. Había estado resistiéndose a reconocer completamente el fracaso durante días, pero ya no podía contenerlo más. Estaba agotada y con el corazón destrozado.

Al llegar a la privacidad de su dormitorio, Abbigael se dejó caer sobre la cama y cerró los ojos, permitiéndose, aunque fuera solo por un breve instante, ser superada por la angustia que amenazaba con consumirla. El peso oscuro del dolor era arrollador, y lo que más la asustaba era lo familiar que le resultaba esa sensación, así que rápidamente frenó sus emociones. No podía permitirse perderse en la desesperanza que sentía. Sabía bien que esos sentimientos solo la llevarían a más miseria. Se levantó de la cama y se cambió del vestido de noche a un camisón y una bata. Quitó las horquillas y cintas de su cabello y desenredó su melena con un cepillo. A continuación, se puso manos a la obra recogiendo sus pertenencias, que durante los días de su estancia se habían ido dispersando por toda la habitación. La distracción del trabajo manual era un alivio bienvenido. Guardó sus joyas y cintas de cabello en pequeñas cajas, tomándose un largo momento para acariciar con la yema de los dedos el broche de su madre. Después, continuó

con sus libros y lencería personal, deteniéndose solo cuando una doncella llamó a la puerta con el somnífero que la condesa le había prometido. Abbigael dejó la bebida sobre su escritorio y echó un vistazo a su alrededor. Los artículos más grandes tendrían que esperar hasta la mañana, cuando pudiera pedir el equipaje. Ese sería el momento adecuado para anunciar su intención de regresar a Irlanda. Se imaginó que la noticia sería una decepción para *lady* Blackbourne, y para su padre.

Se dejó caer en la pequeña silla del escritorio y se cubrió el rostro con las manos. Sus hombros se desplomaron entre tanto pensaba en tener que decirle a su padre que había vuelto a fallar. La decepción de él sería profunda. No es que creyera que él quisiera deshacerse de ella exactamente, pero sí deseaba verla establecida. Hasta que tuviese su propia familia, seguiría siendo su responsabilidad, y su padre nunca había terminado de comprender qué hacer con esa situación. Abbigael tomó una respiración profunda para calmarse, cuadró los hombros y trató de imaginar su regreso a la familia de su madre en el norte. Podría vivir allí como la pariente extraña, la muchacha triste sin madre y con solo media alma. A pesar de su recelo, creía que ellos habrían llegado a aceptarla. Quizá podría encontrar algo de plenitud en esas circunstancias si se esforzaba lo suficiente. O tal vez podría quedarse en la finca de campo de su padre en Wexford, aunque no le agradaría estar allí cuando él tuviese que recibir a sus contactos políticos durante los meses de verano.

De cualquier manera, no necesitaba un esposo. Estaría bien sin alguien con quien charlar durante la cena, sin alguien con quien pasear en los días soleados. Y tampoco necesitaba hijos para ser feliz. Manos pequeñas tirando de sus faldas, bracitos regordetes levantándose en busca de un abrazo. No, no necesitaba esas cosas... simplemente las anhelaba con cada respiración y con cada latido de su corazón. Abbigael apretó los dientes, tratando de alejar el ángulo oscuro que tomaban sus pensamientos. No quería detenerse en el dolor que este fracaso le traería. No deseaba imaginar los hijos que no tendría ni las interminables noches de soledad que se extendían frente a ella. Ahora mismo, solo quería escapar de todo aquello y entregarse al dulce olvido del sueño. Levantó el mentón, apartó el cabello de su rostro y se giró en la silla hacia el escritorio. El somnífero de la condesa esperaba pacientemente así que Abbigael alzó el vaso y bebió el jarabe espeso. Un sueño profundo y sin sueños sería un cambio bienvenido tras las noches de inquietud que había soportado desde la llegada de lord Atwood a la ciudad. Se acurrucó en la cama, subiendo las suaves sábanas de algodón hasta la barbilla, se acomodó contra las almohadas y cerró los ojos.

Inmediatamente, la imagen de un rostro atractivo y sonriente y unos ojos brillantes con travesura vino a su mente, y sintió un leve pellizco de arrepentimiento en el estómago. Al instante, espantó la imagen de su mente. No pasó mucho tiempo antes de que la joven se sumiera suavemente en el oscuro olvido que tanto ansiaba. Cayó en un sueño tan profundo y constante que ni siquiera se inmutó cuando la puerta de su dormitorio se abrió y un caballero entró tambaleándose, silencioso a pesar de su torpeza ebria. Cuando encontró sus medias desechadas y, torpemente, ató sus tobillos y luego sus muñecas, Abbigael murmuró suavemente, mas no se despertó. Y cuando el caballero la levantó en brazos y la llevó triunfante a través de la casa dormida hasta el carruaje que esperaba en la calle, ella se acomodó, apoyando la mejilla contra su hombro, y suspiró.

Capítulo 12

Abbigael no quería despertarse todavía. El somnífero había funcionado de maravilla, y sentía como si hubiese dormido durante días y pudiese dormir unos cuantos más. Pero la luz de la mañana insistía, colándose tras sus párpados cerrados. Un nuevo día había llegado. Casi soltó un gemido. Un nuevo día para afrontar el desastre en el que se habían convertido sus planes. Hoy se marcharía. Había mucho que hacer y ningún motivo para retrasarlo. Flexionó los dedos de los pies y comenzó a estirar los músculos de las extremidades para reactivarlos. Solo que no pudo moverlos, al menos no de la manera en que quería. Movi6 primero una pierna, luego la otra. Estaban fuertemente atadas.

El aliento se le qued6 atrapado en un repentino estallido de alarma. Abrió los ojos de golpe y se encontró mirando un techo que no reconocía. Trat6 de incorporarse, pero no pudo colocar los codos para empujarse hacia arriba. Las muñecas también estaban atadas. Pánico y confusión lucharon por dominarla en tanto intentaba librarse del último rastro de su aturrido sueño.

¿Era esto una pesadilla? Sentía la garganta seca y un nudo hinchado que amenazaba con estallarle en un grito o con hacerla llorar, y los labios se le tensaban, rígidos. Un sonido ahogado de desesperación qued6 atrapado en su garganta, y el débil gemido se perdi6, absorbido en su mayor parte por la mordaza que le cubría la boca. La habían secuestrado. Increíble. Imposible. Tenía que ser una pesadilla. Abbigael cerr6 los ojos y, en silencio, con voz firme, se orden6 a sí misma despertar. «Ahora». Abrió los ojos de nuevo, pero aún solo vio el sencillo techo enyesado con una larga grieta que iba desde una esquina casi hasta el centro del plano perfectamente cuadrado. El corazón le latía desbocado de puro terror. Esto no podía estar sucediendo. Intent6 forzar su mente a regresar a la noche anterior, pero todo era una negrura densa, un vacío pesado. La poción que había tomado la había hecho dormir de un tirón hasta perderse su propio secuestro.

El pánico se apretaba en su pecho y su mente luchaba por asimilar la realidad de lo que estaba pasando. Aguz6 el oído en busca de algùn sonido reconocible, mas no logr6 distinguir nada concreto. Su mirada se movió de un lado a otro, tratando de encontrar respuestas en su visión periférica. No veía a nadie ni oía nada, salvo el flujo de su propia respiración a través de las aletas de la nariz. Debía de estar sola. Si alguien estuviera en la habitación con ella, habría notado sus movimientos y la habría interpelado. ¿No? Su captor debía estar fuera de la habitación, o, más probable aún, ella se encontraba bien encerrada bajo llave.

Las lágrimas le ardían detrás de los párpados, y apart6 el miedo que crecía dentro de sí obligándose a respirar largo y lentamente por la nariz. Debían de haberla llevado para pedir un rescate. Había oído hablar de situaciones así. Y un rescate significaba que no le harían daño. Al menos, no algo grave. Se concentr6 en respirar profundamente, y mientras lo hacía, un aroma vagamente familiar invadi6 su consciencia: cedro y tabaco.

«Lord Riley. O, esperad, ¿lord Neville ahora, no?» Record6 haber oído al conde y a la condesa hablar de la muerte del viejo vizconde justo el día anterior. ¿O había sido hacía dos días? No estaba segura. El somnífero había embotado su mente terriblemente. Se dio un sacudón mental. No podía permitirse distracciones. Tenía que encontrar la forma de liberarse. Aprovechando la posibilidad de estar sola en la habitación, rod6 cuidadosamente de lado en la cama y, de inmediato, se qued6 helada al encontrarse con la mirada del mismo hombre al que

había intentado desterrar de sus pensamientos.

Leif estaba hundido en una pequeña silla de madera colocada de cara a ella, a menos de treinta centímetros de distancia de la cama. Tenía las piernas dobladas y abiertas, apoyadas con firmeza, y los codos descansaban en los estrechos reposabrazos. Sus manos colgaban laxas sobre sus muslos y sus ojos estaban fijos en su rostro. El ya frenético corazón de Abbigail dio un salto en sus costillas al recorrerle los nervios una muy distinta clase de consciencia. Él la observaba bajo los párpados entrecerrados, y una barba incipiente ensombrecía su boca seria. Tenía el cabello revuelto, la ropa hecha un desastre y carecía de corbata. Aún desaliñado, resultaba terriblemente atractivo.

El primer pensamiento fugaz de Abbigail al verle fue de alivio: pensó que había sido rescatada. Aunque enseguida le invadió una rápida claridad al darse cuenta de que él la había estado observando en silencio durante algún tiempo, presenciando su regreso a la consciencia y la creciente comprensión de su situación. Había visto su miedo y su pánico crecer y no había hecho nada para detenerlos. Si lord Neville no era el héroe de esta historia, entonces era el villano. Y, obviamente, estaba loco.

El miedo y el pánico se tornaron al instante en una furia ardiente y abrasadora. Los músculos de sus extremidades se tensaron dolorosamente, y sus pulmones sintieron de pronto un deseo casi imposible de contener: soltar un torrente de reprimendas iracundas. Riley la observaba con tanta intensidad que no pudo pasar por alto el cambio en sus emociones. La expresión plana en su rostro se tensó hasta que sus labios se curvaron en algo parecido a una sonrisa. Mas el resultado fue hueco.

—Buenos días, irlandesa —dijo en un tono bajo y áspero.

Su respuesta no fue ni de lejos tan agradable. Las palabras que brotaron de su garganta en una ola de justa indignación se vieron eficazmente ahogadas por la mordaza aún ajustada entre sus dientes. Terminó su breve arrebató con un gruñido de frustración y una mirada feroz dirigida al hombre que tenía el poder de liberarla.

¿Y por qué no lo hacía? Era un noble, un amigo cercano de los Blackbourne. ¿Qué motivo podría tener para mantenerla en este estado? Su confusión era casi tan intensa como su enojo frustrado, y para evitar el miedo y la incertidumbre que le asediaban en los bordes de su mente, se aferró a la rabia. Eso, al menos, le daba una sensación de fortaleza en su impotente posición. Esperó a que él dijera o hiciera algo, lanzándole una mirada desafiante en un tenso silencio.

Después de unos largos momentos, murmuró una maldición entre dientes y se incorporó, inclinándose hacia adelante en la silla y apoyando los codos en sus rodillas abiertas. Su rostro, tan atractivo, se acercó lo suficiente como para que Abbigail sintiera el aire de su suspiro agitando los mechones sueltos de su cabello a la altura de la sien. La joven se sintió especialmente vulnerable en su posición atada sobre la estrecha cama. No podía creerse que él fuese capaz de hacerle daño, pero cuando sus miradas se cruzaron notó una oscuridad en sus ojos que antes no había percibido. Parecía agotado y cansado, como si hubiera sostenido una sonrisa durante tanto tiempo que ya no le quedaran fuerzas para mantenerla. Carraspeó y levantó una mano para frotarse la mandíbula con los nudillos, recorriendo la sombra de barba que le cubría. Su mirada se resbaló lentamente por el cuerpo de Abbigail en tanto ella yacía medio acurrucada de lado. Su camisón largo cubría casi toda su piel desnuda, pero el tejido era tan fino que apenas ofrecía una leve barrera entre su cuerpo y la mirada insistente de él. Abbigail permaneció quieta bajo su escrutinio hasta que sus ojos volvieron a encontrarse con los de ella.

—Parece que nos he metido a ambos en un buen aprieto.

Abbigael arqueó las cejas con brusquedad y el borde de su boca se curvó ligeramente.

—Sí, veo que ya os habéis dado cuenta de eso.

Siendo así, él se deslizó hacia adelante en la silla hasta que sus rodillas chocaron contra el costado de la cama. Su expresión resultaba difícil de descifrar, pero Abbigael percibió en él una determinación nueva, una que no había notado en sus interacciones anteriores. Algo había cambiado en él. Y eso la inquietaba. Cuando se inclinó hacia ella, sus anchos hombros bloquearon la tenue luz que entraba por la pequeña ventana detrás de él, y su cálido aliento bañó la piel de su cuello entre tanto el aroma masculino a cedro llenaba sus fosas nasales. Sus ojos no se apartaban de los suyos, y el estómago de Abbigael se contrajo. Un suave y ahogado gemido escapó involuntariamente de su garganta.

—No os preocupéis, irlandesa —murmuró en voz baja—. Solo voy a incorporaros. —Extendió sus brazos hacia ella, levantando con suavidad sus hombros, y luego arrastró una mano hacia el lateral de sus rodillas, girándola para dejar sus piernas colgando del borde de la cama. Con un movimiento rápido y hábil, la dejó sentada frente a él. Sus piernas quedaron entre las rodillas de Riley, y sus manos atadas descansaron en su regazo. No sentía miedo. Ni siquiera enfado ya. Por lo que él había dicho hasta ahora, ella tenía la impresión de que, de algún modo, iba a arreglar las cosas. Tenía que hacerlo.

Allí estaba, en su camisón, descalza, el cabello revuelto cayendo por su espalda, y él, con un aspecto descuidado y peligrosamente atractivo. Jamás había estado en una situación tan vulnerable e íntima con un hombre. Y con este hombre, en particular, el efecto sobre sus sentidos era casi devastador, por no hablar de cómo hacía añicos su capacidad de pensar con claridad. No, no tenía miedo. Sentía casi terror. Pero un terror deliciosamente enigmático que no se atrevía a analizar. Así que se quedó allí, esperando. Esperando a ver qué haría con ella, con la respiración contenida, el corazón retumbando con fuerza contra sus costillas y los músculos tensos por la anticipación.

—Voy a soltaros los pies. ¿Prometéis no darme una patada? —Apoyó las manos en el colchón, a ambos lados de sus rodillas, y los músculos de sus muslos se contrajeron.

Ella dudó. Había una nota de diversión en su voz, como si le tentara la idea de bromear en un momento así. ¿Bromear? El hombre no tenía vergüenza, y Abbigael seguía confusa. Quería culpar su falta de entendimiento a los efectos residuales del somnífero, aunque temía que fuera él mismo quien la hacía sentir como si el mundo estuviera patas arriba.

Finalmente, al ver que Leif seguía observándola con tanta intensidad, y porque realmente deseaba librarse de las ataduras, asintió. El lord la miró con precaución en tanto colocaba sus manos sobre sus rodillas y luego las deslizó lentamente por la parte exterior de sus pantorrillas. La joven sospechó que él pensaba que, moviéndose despacio, evitaría asustarla, pero la sensación de sus manos recorriendo toda la longitud de sus piernas despertó nuevos sentimientos en sus entumecidos miembros.

Y entonces ocurrió. Un súbito destello de luz apareció en las sombras de sus ojos. Lo vio justo antes de que él bajara la mirada hacia sus pies, pero ese breve destello de vida y color le provocó un delicioso hormigueo en la sangre. Apretó los dientes para contener el sonido de angustia que subía desde su garganta. No entendía qué estaba ocurriendo, pero sabía que no quería que él se diera cuenta de cuánto la afectaba.

Las manos de Riley siguieron las curvas de sus pantorrillas hasta llegar a sus tobillos. Luego, Riley se echó hacia atrás en la silla y levantó las piernas de la irlandesa para apoyarlas sobre sus muslos. Abbigael sintió el calor firme del músculo bajo sus pies y un rubor se extendió por sus mejillas y bajó hasta su cuello.

Afortunadamente, él mantenía la mirada baja y no notó su reacción. Temiendo que levantara

la vista y que ella pudiera encontrarse accidentalmente con su mirada, Abbigael también bajó los ojos. Sin embargo, ver sus pies sostenidos con tanto cuidado en sus grandes manos trajo otro indeseado rubor a su piel. Seguidamente, Leif subió el borde de su camisa hasta las rodillas y Abbigael vio que tenía una de sus propias medias atada alrededor de los tobillos. Fijando la mirada en su tarea, él deshizo el nudo, desenrolló la prenda de seda y la dejó caer al suelo a su lado. Con las almohadillas anchas de sus pulgares, frotó suavemente sus tobillos donde había estado la atadura, y aunque sabía que debía retirar sus pies, no lo hizo simplemente porque la sensación era demasiado placentera. La presión calmante de sus dedos obraba maravillas en su piel desnuda, aliviando la incomodidad que le había dejado la media enrollada. Un momento después, arrastró el pulgar por la parte inferior de su pie y su pierna dio un pequeño salto involuntario. Siempre había sido horriblemente sensible a las cosquillas en los pies. Como si no hubiera notado su tensión repentina, él hizo otro ligero recorrido por la piel suave de su arco. Abbigael protestó enérgicamente tras la mordaza y retiró los pies. Riley inclinó la cabeza para esconder su expresión, pero no lo bastante rápido como para que ella no viera el movimiento de sus labios. Lo había hecho a propósito. Ese hombre no tenía vergüenza, *definitivamente*.

Abbigael entrecerró los ojos y trató de afianzar su determinación. De nada le servía caer bajo el hechizo de su experto tacto y sus modales burlones. Enderezó su postura, que se había relajado mientras él masajeaba sus pies y tobillos, y levantó las manos de su regazo, ofreciéndoselas con expectación.

—¿No me atacaréis?

Ella lo miró con frialdad, dejando que su irritación se reflejara en sus ojos. Por muy suaves que fueran sus dedos o por mucho que su sonrisa contenida pudiera cautivarla, la había secuestrado. Soltarla no compensaría del todo aquello, pero al menos sería un comienzo. Él inclinó la cabeza y la miró de reojo.

—Sé que no lo merezco, pero mi instinto de supervivencia me exige pedirlos que prometáis no agarrar algún objeto pesado para golpearme en la cabeza.

Abbigael rodó los ojos y dejó escapar una respuesta cortante tras la mordaza.

—Aceptaré eso. —Una sonrisa inadecuada amenazó con romper su expresión solemne, pero asintió en tanto alcanzaba sus manos.

Este nudo estaba mucho más apretado y mal hecho. Le costó un poco desatarlo, pero, tras algunos improprios murmurados, logró aflojarlo. Abbigael retiró las manos de inmediato, temiendo que él aprovechara la oportunidad para volver a suavizarla con alguna atención delicada. Comenzó a frotarse las muñecas enrojecidas por las marcas de la media firmemente atada, flexionando los dedos entumecidos para recuperar la circulación. Cuando el lord levantó las manos hacia su mordaza, Abbigael se tensó y se echó hacia atrás, observándolo con recelo. Enseguida, Leif la miró con una mezcla de determinación tranquila y una leve diversión, y alzó un dedo, haciéndole un gesto para que se acercara.

—Acercaos —le ordenó suavemente—. Vuestros dedos están demasiado rígidos para soltar el nudo de la mordaza.

Abbigael flexionó los dedos y sintió el cosquilleo de la circulación regresando. Tenía razón. Aunque sus dedos lograran moverse adecuadamente, sus hombros estaban doloridos de haber dormido en la misma posición toda la noche y apenas podía levantar los brazos, mucho menos llegar a la parte trasera de su cabeza.

—Confiad en mí, irlandesa. —Sus labios se torcieron en una sonrisa sarcástica—. Tengo algo de experiencia con los efectos de las ataduras.

Le miró con un ceño de confusión y tozuda resistencia. ¿Y qué demonios se suponía que

significaba eso?

Por la expresión de su rostro, Abbigael dedujo que se trataba de algo de naturaleza... libertina. Notó un extraño nudo en la parte baja de su abdomen al imaginar si él mismo había estado atado alguna vez o si había atado a otras mujeres. Ninguno de los pensamientos le resultó especialmente agradable en ese momento. Su risa baja sonó áspera, casi forzada, y Abbigael no estaba segura de si se reía de sí mismo o de la evidente incomodidad que ella no lograba ocultar.

—Vamos, acercaos. —Volvió a hacerle un gesto para que se acercara.

Sin otra opción si quería liberarse completamente cuanto antes, Abbigael suspiró y se inclinó hacia él, bajando la mirada a su regazo.

En silencio, él alzó las manos hacia el pañuelo atado alrededor de su boca. El nudo era aún más firme que el de sus muñecas, y algunos mechones finos de su cabello se habían enredado en la tela. Leif no tenía prisa y evitaba tirar con demasiada fuerza, pero el cuero cabelludo de Abbigael era terriblemente sensible y, más de una vez, le brotaron lágrimas cuando él liberaba mechones atrapados.

Los momentos de dolor le sirvieron como distracción del caos que la proximidad del lord generaba en su conciencia. Quizá, si cerraba los ojos, podría convencer a su mente de que la situación no era tan íntima. Pero al hacerlo, los demás sentidos parecían intensificarse. Su esencia masculina la envolvía, el calor de su cuerpo parecía alcanzarla, y de algún modo se descubrió respirando al mismo ritmo pausado y constante que él. Una vez que el nudo estuvo lo suficientemente suelto como para levantar la mordaza por encima de su cabeza, la dejó caer al suelo junto a las medias que había usado para atarla. A continuación, Abbigael se enderezó y lo miró directamente a los ojos. No estaba segura de qué decir ahora que podía hablar libremente. Se humedeció los labios secos e intentó ordenar sus pensamientos dispersos en una idea coherente. Leif le devolvió la mirada con una expresión inescrutable en los ojos y una ligera curva en sus labios, como si incluso en esta situación le costara tomar las cosas en serio. Se deslizó hacia atrás en la pequeña silla de madera hasta quedar nuevamente recostado contra el respaldo, con los codos apoyados en los estrechos brazos de la silla.

—Bien, irlandesa, soltadlo todo.

Capítulo 13

Abbigael respiró lentamente. Luego, otra vez. Abrió la boca para hablar. Y volvió a cerrarla. Lord Neville levantó las cejas. Quizás fue la diversión en su rostro, o tal vez la tensión, la confusión y el extraño revuelo de sensaciones que habían invadido la mañana y que finalmente se fundieron en una reacción abrumadora. No sabía qué fue exactamente lo que rompió su silencio, pero cualquiera que fuera el detonante, Abbigail supo de repente exactamente qué decir.

—¿Estáis loco? —preguntó bruscamente, con la garganta aún áspera y seca tras haber estado amordazada. Notaba cómo el acento se acentuaba en sus palabras, pero no se molestó en suavizar su pronunciación—. ¿Qué demonios se os ha pasado por la cabeza para sacarme de mi cama y llevarme a quién sabe dónde? ¿Es que habéis perdido el juicio?

—Probablemente hace tiempo —reconoció con una indiferencia despectiva, y continuó antes de que ella pudiera interrumpirlo—. Debería aclarar ahora que no puedo responder adecuadamente a ninguna pregunta específica sobre nuestra situación actual, ya que mi memoria de los últimos días es, en el mejor de los casos, confusa y en el peor, completamente aniquilada.

—Estuvisteis borracho —le acusó.

—Casi todos los días.

—¿Tenéis idea de lo aterrador que es despertarse en un lugar extraño sin recordar cómo llegaste allí? —Abbigael ignoró su respuesta insolente.

—En realidad, yo...

—¿O lo que se siente al despertarse después de haber dormido toda la noche con las muñecas y los tobillos atados?

—De hecho, yo...

La mirada de la joven destelló con un brillo furioso entre tanto le lanzaba una mirada fulminante que esperaba le hiciera entender cuánto le molestaban sus interrupciones. Leif, sabiamente, cerró la boca.

—¡¿Cómo os atrevéis?! —gritó finalmente—. ¿Cómo os atrevéis a tratarme con tal desprecio? No puedo entender la causa ni el motivo que os ha llevado a hacer esto, pero no pienso tolerarlo. —Retorció las manos en su regazo. Era demasiado. Los últimos días viendo cómo sus sueños se desmoronaban en medio de susurros dañinos, despertarse como víctima de un secuestro y la constante y sutil oleada de sensaciones que se desencadenaban simplemente por estar en presencia del hombre frente a ella... era más de lo que podía soportar.

Cada músculo de su cuerpo se sentía tenso y tirante. Su pulso latía rápidamente en sus oídos. El temor inicial, que se había convertido en una desconcertada cautela desde que despertó, seguía acumulándose y empezaba a hacerle temblar por dentro. Sentía la oleada de sus propias emociones confusas y trataba desesperadamente de contenerla. La presión interna alcanzaba un punto crítico y temía que en cualquier momento rompería a llorar o gritaría de frustración.

—Irlande... —comenzó Leif en un tono tranquilizador.

Los nervios destrozados de Abbigail se tensaron ante el sonido de esa única palabra murmurada con suavidad. Sus ojos abiertos se encontraron con la profunda intensidad de los suyos y una chispa de algo brillante atravesó el caos de su angustia. Su estómago dio un vuelco salvaje y el pánico comenzó a colarse por los bordes de su conciencia.

—¡No, no, no! No me *llaméis* así. —Alzó las manos como si quisiera mantenerlo a raya, aunque él no se había movido ni un centímetro hacia ella—. No quiero oír vuestras dulces palabras. Gotean de una lengua bífida. Sois todo un demonio, llevándome como habéis hecho, apareciéndoos en mi cama, amordazándome y atándome como a un pavo, casi asustándome hasta quitarme la vida. Pensé... pensé que vos... —Las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta. No iba a admitir que había llegado a pensar que él pudiera sentir algo verdadero por ella. Por supuesto que no lo hacía. ¿Por qué iba a ser él diferente de los demás?

Su pausa de angustia pareció empujarlo a actuar, ya que Leif se enderezó desde su despreocupado desparpajo y se inclinó hacia adelante, tomando su rostro entre sus cálidas manos. La alarma de Abbigael fue instantánea, pero en lugar de resistirse a su contacto, se quedó inmóvil bajo sus manos. La expresión de Leif era suplicante, como si quisiera decir algo, pero no encontrara las palabras. No, tenía que estar equivocada. Los hombres como él no rogaban por nada. En cambio, no había absolutamente ningún error en el fuego complicado que brillaba en las profundidades de sus ojos. Era un reflejo perfecto de las llamas innombradas que ardían dentro de ella, llamas que habían estado avivándose desde que ese hombre se le acercó por primera vez con su sonrisa perversa y su mirada cansada.

En el segundo siguiente, antes de que Abbigael tuviese oportunidad de formar un solo pensamiento, él la atrajo hacia sí y reclamó su boca con la suya. El mundo giró vertiginosamente fuera de su eje en tanto una sensación embriagadora se expandía desde su pecho, recorriéndole cada miembro rígido. Había pasión, fuego y necesidad en aquel beso, y el cuerpo de Abbigael respondió con toda su intensidad. Cada célula, cada nervio y cada fibra de sus músculos despertaron a la vida. La cálida y sólida impresión de su boca sobre la de ella apartó cualquier pensamiento de su mente. Leif deslizó una mano en su cabello, a la altura de la nuca, ejerciendo solo la presión necesaria para mantenerla en su sitio. Acto seguido, rodeó su espalda alta con el brazo y, en un movimiento fluido, la alzó un poco más sobre la cama mientras se levantaba y se inclinaba sobre ella. Sin romper el contacto entre sus labios, bajó su cuerpo, apoyándose parcialmente sobre ella en el estrecho lecho.

Su peso era celestial. Su cuerpo, cálido y sólido, la cubría parcialmente, y su boca, firme y ardiente, la hacía olvidar todo. Abbigael resbaló sus manos a los costados de él, extendiendo los dedos para sentir las costillas bajo la fina tela de su camisa y los músculos tensos que recorrían su torso hasta la espalda. Se sentía tan fuerte... tan varonil. Sentir aquel cuerpo presionado contra el suyo la embriagaba. No sabía exactamente cómo había pasado de reprenderle a estar tendida bajo él, casi sin aliento por la maravillosa sensación que el lord le provocaba, pero no podía negar lo perfectamente adecuado que se sentía estar ahí, en ese momento. De repente, Leif inclinó su boca sobre la suya, y el sutil deslizamiento de sus labios le provocó un cosquilleo que recorrió sus extremidades. Ya la había besado antes, pero aquello no se parecía en nada al primer beso. Este llevaba una urgencia profunda. Lo sentía en ella misma. Y lo sentía en la tensión de su cuerpo, apretado contra el suyo. A continuación, giró la cabeza para encajar sus labios con más precisión, y Abbigael elevó el mentón, buscando lo mismo. Un suave sonido de aprecio escapó de la garganta del lord. Sus labios se entreabrieron, y rozó el centro de su labio inferior con la punta de la lengua. Abbigael se quedó sin aliento ante esa delicada sensación, y él aprovechó sus labios entreabiertos para deslizar su lengua entre sus dientes. Cada músculo de su cuerpo se deshizo en rendición. Su sabor era cálido, sensual, oscuro y peligroso. Abbigael pensó que podría morir de la oleada de calor que invadía su cuerpo como respuesta a aquel apasionado asalto. Sin embargo, sería una muerte que anhelaba. Rodeó su espalda con los brazos y arqueó su cuerpo hacia su pecho. Sus senos se sentían pesados, y un dulce y profundo vacío había comenzado a

crecer en su vientre; lo único que deseaba era sentirlo contra ella. Fuerte... sólido... estable... y ardiente.

Leif deslizó su muslo entre los suyos y bajó la mano hasta la curva de sus caderas, atrayéndola más completamente hacia su cuerpo. Sintiendo la presión dura de su muslo, que se acomodaba deliciosamente contra ella, Abbigail experimentó un latido profundo y vibrante en su vientre y en la cálida carne entre sus piernas. Las llamas en su interior se intensificaron, al igual que la delicada y apremiante tensión. El movimiento de sus labios, sus dientes y su lengua se tornó más exigente, y Abbigail respondió solo por instinto. Lo besó con una pasión que quizá le habría asustado si hubiera tenido la lucidez de pensarlo. Apretó sus manos en el tejido de su camisa y arqueó su cuerpo hacia el lord, tratando de aliviar el vacío que la consumía por dentro.

Un gruñido grave salió de su garganta y la presionó contra el colchón, siguiéndola hasta cubrirla por completo, sus caderas encajando entre sus muslos abiertos. La rígida presión de su erección contra su carne sensible provocó una oleada de sensaciones en una zona ya cálida y palpitante. Abbigail jadeó y mordió ligeramente la plenitud de su labio inferior. Fue un breve desliz, pero provocó que él emitiera otro gruñido profundo en tanto volvía a reclamar su boca en un beso hondo y abierto que parecía tirar de lo más profundo de su alma. Deslizándolo la mano a lo largo de su muslo, Riley tiró con impaciencia de la ligera tela de algodón que cubría sus piernas desnudas hasta que logró subirla a la altura de sus caderas.

Una ráfaga de aire frío recorrió sus piernas y Abbigail se tensó; en un instante fugaz de lucidez comprendió lo que estaba a punto de ocurrir. Y lo deseaba. Deseaba aquello con cada fibra de lo que era. Cada herida pasada, cada anhelo solitario, cada temor y deseo de algo más, cada sueño perdido parecían ahora irrelevantes entre tanto se entregaba a la pasión y al anhelo que sentía por este hombre. Sabía que sería efímero. Sabía que habría consecuencias. Mas no le importaba. Lo necesitaba. Lo necesitaba a él.

Leif cubrió su pecho con su mano grande, moldeando suavemente su contorno. Arrastró pesadamente sus labios por la línea de su cuello, dejando un rastro húmedo de calor con su lengua, y Abbigail soltó un jadeo, arqueándose bajo su cuerpo. Moviéndose suavemente sus manos bajo su camisa para acariciar los largos músculos de su espalda, y un gemido de placer escapó de su garganta al sentir la suave calidez de su piel desnuda bajo sus palmas. Cuando su boca descendió sobre su pecho, rozando el centro a través del fino tejido de su camisón, nuevas chispas de sensación se expandieron desde el contacto, intensificando el dulce dolor que sentía en su vientre. Ya no tenía pensamientos conscientes sobre nada. Ni siquiera cuando él llevó una mano entre sus muslos para desabrochar la parte delantera de sus pantalones. Sintió el suave roce del lord en la entrada de su cuerpo, pero se negaba a reconocer algo más allá de las sensaciones que la atravesaban. Leif levantó la cabeza y, por un segundo sorprendente, sus miradas se encontraron.

Abbigael contuvo la respiración ante lo que vio en sus ojos, y por ese instante sintió el corazón pesado, a punto de estallar. Jamás había visto una necesidad tan descarnada en otra persona. No era solo un poderoso deseo lo que reflejaban sus ojos, aunque aquello también estaba allí. En el oscuro centro de sus ojos, rodeado por matices de color que cambiaban y se profundizaban, la joven irlandesa pudo ver una oscuridad enterrada en lo más profundo de su alma. Una oscuridad que ansiaba la luz con una desesperación casi dolorosa.

Antes de que pudiera detenerse a reflexionar sobre aquella revelación, él tomó su boca en otro beso que encendió nuevas olas de deseo en su cuerpo, llevándola a un frenesí. Cuando sintió la primera entrada de su cuerpo en el suyo, un calor húmedo inundó su carne más íntima. Recibió la presión palpitante, inclinando las caderas para recibir más de él. Su gemido torturado le indicó

que estaba haciendo lo correcto, y respondió besándolo con más fervor, tratando de expresarle sin palabras lo que anhelaba. Ella rodeó su espalda con los brazos y dobló las rodillas, empujando los pies contra el colchón y levantando las caderas. Lo quería ahora. No quería esperar ni un momento más para conocerlo de esta manera. El anhelo en su cuerpo lo exigía. Riley pasó una mano bajo sus caderas para sujetarla, inclinándola para recibirlo. Y luego, en tanto hundía su lengua en su boca, se lanzó hacia adelante en su cuerpo, atravesando la barrera virginal hasta hundirse por completo en ella.

Abbigael rompió el beso y jadeó para tomar aire. Sabía que habría dolor. Una vez había escuchado a dos de sus primas casadas hablar de ello y comprendía que este momento era algo que debía esperarse, aunque, aun así, la sorprendió. El ardor profundo e intenso le dejó claro que este momento la había cambiado para siempre. Al principio, el dolor de su posesión bloqueó todo lo demás, pero poco a poco empezaron a volver otras sensaciones.

Sujetándole las caderas firmemente, él se retiró lentamente de su cuerpo, mas no del todo, solo lo suficiente para disfrutar del suave deslizamiento de su longitud en su carne sensible. Seguidamente, volvió a avanzar, reclamándola por completo. Colocó un brazo bajo sus delicados hombros y la sujetó, mientras su boca presionaba cálidamente la curva de su cuello y sus caderas se movían con un ritmo experto entre sus muslos. Avanzando, para luego retirarse con suavidad. Ella se sintió curiosamente segura y liberada en sus brazos, como si al sostenerla, él le estuviera otorgando libertad. El ardor en su interior comenzó a desvanecerse, y Abbigael sintió cómo regresaba el anhelo que tanto la había tentado antes. Solo que ahora ese vacío se había convertido en una exigencia creciente en su cuerpo. Movié las manos arriba y abajo por los músculos tensos de su espalda, disfrutando del contacto con su piel cubierta de sudor. Giró la cabeza, buscando su boca, y el lord la recibió con labios, lengua y dientes. La tentaba, la urgía, la animaba a seguirlo.

Cada embestida deliberada le arrancaba un placer más profundo a sus nervios sensibilizados, construyendo sobre cada sensación anterior. Se sentía rodeada por él, enloquecida por la pasión entre ellos, y deseaba llegar más alto. Necesitaba alcanzar el pico que presagiaba. Como si hubiera escuchado su súplica silenciosa, su urgencia aumentó y su posesión se hizo más intensa. Abbigael estaba preparada para ello. Se entregó a la fuerza de la pasión que amenazaba con arrastrarla. Levantó las rodillas a ambos lados de sus caderas y presionó las palmas contra la curva baja de la espalda de Leif, justo por encima del arco tenso de sus glúteos.

Algo se acercaba, lo intuía. Se arqueó y se tensó, atrayéndolo hacia sí en tanto lanzaba desesperados toques de su lengua en su boca. La mano de él, colocada bajo sus caderas, se tensó, y sus dedos se hundieron en la suave carne. Con un gemido profundo y gutural, el lord le alzó las caderas para acompasar la creciente intensidad de sus embestidas. El nuevo ángulo despertó una oleada de nuevas sensaciones. De los labios de Abbigael escaparon jadeos cortos y entrecortados, y cada músculo se le tensó en anticipación. Por tanto, de repente, llegó. Una explosión de consciencia que comenzó con un sobrecogedor pulso de placer profundo en el lugar donde sus cuerpos se unían y se extendió en oleadas multiplicadas, vibrando en su vientre y sus pechos y recorriendo con escalofríos sus extremidades. Abbigael sintió que su alma se elevaba de una manera que la hizo preguntarse, en un rincón remoto de su mente, si no habría tocado un pequeño trozo de cielo. Fue apenas consciente del momento en que él dio una última embestida profunda en su núcleo palpitante y su cuerpo entero se tensó sobre ella, emitiendo un sonido ahogado que se le quedó atrapado en la garganta. Y luego el peso total del lord se desplomó sobre ella, sus respiraciones rápidas siendo el único sonido que rompía el silencio de la habitación. Abbigael se deleitó en el surrealista final de la experiencia más asombrosa que había

conocido. Observaba en silencio cómo su corazón latía pesadamente contra el suyo y cómo su virilidad se ablandaba dentro de ella. Se preguntó si él era siquiera consciente de que besaba despreocupadamente el lado de su cuello, provocando escalofríos sobre la superficie de su piel, ahora enfriándose.

No tenía intención de preguntárselo. No quería que nada interrumpiera la placentera niebla en la que ambos parecían contentos de descansar. Pero tenía que acabar. Y cuando Leif finalmente se apartó, ella cerró los ojos y mordió su labio, intentando contener el doloroso deseo de protesta que surgía de su pecho. No estaba lista para la realidad. No estaba lista para que él la dejara. El lord levantó su torso, y pudo sentir su mirada recorriendo su rostro. Sin embargo, mantuvo los ojos cerrados. Luego, él inclinó la cabeza y tomó su boca en un beso profundo y apasionado que calentó su sangre y le provocó una punzada dolorosa en el corazón. Justo cuando pensaba que tal vez volvería a comenzar todo de nuevo, Leif liberó sus labios y se apartó, dejándola sola y expuesta en la estrecha cama. Agradeció que tuviera la delicadeza de bajar el borde de su camisón sobre sus piernas antes de que escuchara sus pasos alejarse.

En cuanto Leif retiró su calor, la dicha comenzó a desvanecerse lentamente de sus temblorosos miembros. Aun así, temía que quizás nunca recuperaría completamente su equilibrio. Intentó hacer lo que siempre hacía cuando se sentía sobrepasada. Se replegó en sí misma, detrás de un velo de falsa imperturbabilidad. Había perfeccionado esa estrategia años atrás, cuando comprendió que incluso la más leve muestra de angustia emocional era recibida con desconfianza y temor.

La explosión de temperamento que había precedido a la sensual posesión de Leif había sido su primera muestra de emoción pura desde los tiempos posteriores a la muerte de su madre. Había sido sorprendentemente liberador. Y lo que vino después... bueno, todavía no encontraba una palabra adecuada para definirlo. Cuando sintió que había conseguido recuperar cierto control sobre sí misma, se giró de lado, dobló las rodillas frente a ella y abrió los ojos.

Leif estaba frente a una palangana de agua colocada sobre un pequeño mueble en la esquina de la habitación. Se había quitado la camisa y estaba mojándose las manos y salpicándose la cara. Abbigael se ruborizó, dándose cuenta de que él ni siquiera se había molestado en quitarse el resto de la ropa, ni siquiera los zapatos, antes de... antes de...

«Santo cielo». Ni siquiera podía obligarse a pensar en la palabra. Quizá porque no era tan ingenua como para no comprender que no había habido amor involucrado en lo que acababa de suceder. Curiosamente, le parecía bien. Medio esperaba sentirse abrumada por la vergüenza o el arrepentimiento ahora que la niebla de la pasión comenzaba a disiparse. Pero no sentía nada de eso y no deseaba preguntarse el porqué.

Perdida en sus pensamientos, no tuvo oportunidad de apartar la mirada cuando Leif terminó de asearse y se giró para mirarla. Se negó a bajar la vista hacia donde él se estaba abrochando los pantalones, aunque eso significaba que tenía que enfrentarse a su mirada. Una elección que probablemente resultaría mucho más perjudicial para su estado de ánimo. Porque lo que vio allí fue mucho más perturbador.

El profundo anhelo y deseo ardiente habían sido reemplazados por una expresión plana y pasiva que no dejaba entrever nada de sus pensamientos. No era exactamente una mirada fría, pero para Abbigael fue como si un cálido fuego se hubiera apagado de repente. Se incorporó hasta sentarse, recogiendo las piernas y los pies desnudos bajo el borde de su camisón, entrelazando las manos y apoyándolas en su regazo. Se encerró en sí misma, en esa compostura silenciosa que tantas veces le había servido en el pasado.

—Os dejaré un momento a solas para que podáis asearos —dijo lord Riley con un tono

neutro. Sus palabras hicieron que ella notara la humedad pegajosa entre sus piernas y su rubor se intensificó, pero no inclinó el mentón ni apartó la vista.

—¿Pensáis regresar? —Su columna se mantenía rígida y su voz no temblaba. No era momento para rodeos.

—Volveré. No voy lejos.

Abbigael asintió. Comprendía la implicación: si intentaba salir de la habitación en su ausencia, no llegaría muy lejos. No había necesidad de advertírselo; no pensaba salir de todos modos. No cuando aún no tenía idea de dónde estaban y no llevaba más que su camisón como única protección ante miradas curiosas.

Aparentemente satisfecho con la señal de aquiescencia de la joven, Leif se puso de nuevo la camisa que había dejado tirada, tomó su abrigo de la silla al pasar y caminó hacia la puerta. Un momento después, sin otra palabra entre ellos, la puerta se cerró tras él con un suave sonido.

Capítulo 14

Con cada paso que Leif daba al bajar la estrecha escalera oscura de la posada, una palabra se repetía una y otra vez en su mente palpitante. «Mierda, mierda, mierda...» ¿Qué demonios había hecho? Le había robado la inocencia a una joven, eso es lo que había hecho, mas no a una mujer cualquiera, sino mas bien a una mujer apasionada, de fuego, que lo sorprendía a cada momento. Aún podía saborear la dulzura de su boca y oler el fresco aroma de su piel. La esencia misma de ella parecía aferrarse a él con una persistencia implacable. No había forma de escapar de las consecuencias de sus actos. Ni siquiera había usado protección alguna para evitar una posible concepción. El hecho de haber olvidado algo tan básico era asombroso en sus implicaciones. Se pasó las manos temblorosas por el cabello.

Dios santo, estaba temblando. Y no solo eran sus manos. Sentía como si su ser entero hubiera sido sacudido. No recordaba la última vez que había sentido un deseo tan puro. En el instante en que la tuvo en sus brazos y sintió la respuesta en su cuerpo, lo había dominado una necesidad tan profunda que casi había perdido el control. No, no casi, lo había perdido por completo.

El estómago de Leif se retorció ante la realización. Era una mezcla incómoda de lujuria egoísta y culpa que no lograba asentarse en su interior. Sabía que debería sentirse como un miserable sinvergüenza por aprovecharse de su inocencia. Debería odiarse a sí mismo por tomar todo lo que ella, sin saberlo, le ofrecía. Pero no podía.

El acto físico se había convertido en muchas cosas para él a lo largo de los años, pero no podía recordar haber sentido jamás la intensidad de las sensaciones que ella había despertado en él sin esfuerzo alguno. Nunca había conocido a una mujer que se entregara tan completamente a la embriaguez de la necesidad física. Su cuerpo latía con el recuerdo de su respiración entrecortada, su delgado cuerpo arqueado y su demanda ingenua. La vívida memoria de esos largos, exquisitos minutos permanecería con él indefinidamente. Ningún hombre podía experimentar una expresión de deseo tan pura sin quedar marcado para siempre. Leif se había creído ya insensible ante tales ideas, pero era innegable que acababa de suceder algo extraordinario. «¿Y ahora qué?» Ni siquiera sabía en qué lugar del mundo estaban. No en Londres, eso al menos había podido determinar al mirar por la pequeña ventana de la habitación y ver campos ondulantes en tonos apagados de verde y marrón.

El retumbar del dolor de cabeza con el que se había despertado volvió a taladrarle el cráneo entre tanto intentaba por centésima vez recordar qué los había llevado hasta ese lugar con su fresca irlandesa amordazada y atada. Despertar aquella mañana le había supuesto un esfuerzo tremendo. Había tenido que abrirse paso a través de múltiples capas pesadas de inconsciencia, y cuanto más avanzaba, más deseaba quedarse en ese aturdido estupor. Su cerebro latía contra el cráneo con la fuerza de mil tambores y su estómago giraba como el contenido de un barco en plena tormenta. Había gemido solo de pensar en soportar otra resaca tortuosa.

El placentero vacío de la inconsciencia lo llamaba como una amante insaciable. En cambio, no había podido ignorar una persistente sensación de urgencia que se estiraba desde los rincones más lejanos de su mente. Era como si un largo y afilado palo le estuviera pinchando desde la oscuridad, empujándole a recordar algo. Algo imperativo que debía atender. Solo que no tenía ni idea de qué podía ser. Su memoria era como un vasto lienzo en blanco, barrido y limpiado por un

exceso de licor. Y el esfuerzo de recordar cualquier cosa provocaba un dolor tan agudo en su cabeza que hacía que el estómago se le revolviera.

En el momento que intentó estirar los músculos rígidos de sus miembros, notó el peso de otro cuerpo a su lado. Nada inusual en sí mismo. Desde luego, no era la primera mañana que despertaba con una horrible resaca y un desconocido a su lado. Pero algo, escondido en la niebla de su mente, le advertía que aquella situación era más de lo que aparentaba. A pesar del agudo dolor en su cabeza, había luchado aún más para alcanzar la conciencia. Una extraña sensación de pánico comenzó a invadirle. Se incorporó hasta quedar sentado y dejó caer la cabeza entre sus manos, que parecían soportar más peso que todo su cuerpo junto. Entreabrió los ojos y observó a su alrededor, reconociendo sus desconocidos alrededores bajo la luz tenue de una mañana nublada. Giró la cabeza con cuidado para no hacer más daño a su cerebro empapado de alcohol y miró hacia la cama junto a él.

«¡Maldita sea!» Había exclamado, saltando de pie solo para caer casi de rodillas por el renovado golpeteo en su cráneo. Luchaba por comprender la visión nebulosa que tenía delante. La señorita Granger, la mujer que había estado rondando el borde de sus sueños durante las últimas dos semanas, yacía encorvada de lado, vestida con un camisón blanco muy modesto, su pecho subiendo y bajando con la respiración tranquila de quien duerme profundamente. Tragó saliva en tanto su mirada empañada repasaba con rapidez otros detalles de su apariencia. Su hermoso cabello rubio rojizo pálido caía en un desordenado halo sobre sus hombros, sujeto por un paño blanco atado torpemente alrededor de su boca a modo de mordaza. El paño tenía un aire sospechosamente similar a una corbata. Leif se llevó una mano a la garganta y tragó con dificultad al descubrir que carecía de cualquier atisbo de una corbata. Sus manos descansaban frente a ella, juntas y atadas a la altura de las muñecas con lo que parecía una media de dama. Leif bajó la vista hacia sus pies y vio el extremo de la media que hacía juego asomando bajo el dobladillo de su camisón. Seguidamente, retrocedió tambaleándose y cayó casi de espaldas en la silla colocada cerca de la cama. Y allí se quedó hasta que la señorita finalmente comenzó a salir de su profundo sueño. Le hizo falta más fuerza de voluntad de la que sabía que poseía para quedarse inmóvil cuando ella despertó y sus ojos finalmente se posaron en él.

Al llegar al final de la escalera, el estrecho pasillo se abría a una sala común bastante amplia, vacía excepto por un hombre de cabellos canosos cargando una caja sobre su ancho hombro. Este se detuvo al ver a Leif y bajó la caja de su hombro para dejarla sobre la barra estrecha que separaba la sala común de la cocina que había detrás.

—Buenos días, milord —saludó el hombre con una amplia sonrisa.

—Buenos días —respondió Leif vagamente, frotándose la frente en un intento de despejar el dolor de cabeza que le distraía. Le estaba resultando endiabladamente difícil juntar sus pensamientos.

—¿Hay algo que pueda traeros? —preguntó el hombre, que debía ser el posadero.

—¿Tenéis *whisky*? —Leif lo miró fijamente por un momento.

El hombre asintió con entusiasmo y metió la mano en la caja que acababa de cargar, sacando una botella de *whisky* escocés. La dejó sobre la barra y, tras agacharse, sacó dos vasos pequeños, algo rallados, pero limpios. Leif se acercó a la barra justo cuando el hombre terminaba de verter un poco de aquel licor reconfortante en los vasos. Empujó uno hacia Leif y, con la sonrisa aún más amplia, alzó el otro en señal de brindis.

—Nunca ha de decirse que un hombre deba beber solo en el local de John Donnelly —dijo, inclinando el vaso y apurando su contenido.

Leif lo imitó, y el fuego reconfortante del *whisky* escocés le aportó una claridad fugaz y

penetrante. Donnelly le sirvió otro vaso y dejó la botella sobre la barra.

—Os dejo la botella, por si os place.

—Gracias —murmuró Leif, apenas notando cuando el hombre cargó de nuevo la caja sobre el hombro y la llevó a la trastienda, dejándolo solo otra vez por el momento. Acto seguido, removió el vaso y miró distraído el líquido ámbar. Quizás si empezaba por lo último que recordaba... El estómago se le encogió dolorosamente al recordar la devastadora visita a la oficina del abogado. ¿Fue ayer por la tarde? No, el día anterior.

Entonces se había topado con un grupo de jóvenes lores entusiastas, quienes parecían haberse tomado como misión arrastrarle de un bar a otro, recorriendo cada una de sus tabernas y salas de baile favoritas. En su estilo habitual, él había estado más que dispuesto a cambiar su vida miserable por una noche de bebida interminable, mozas dispuestas y diversión sin propósito. Recordaba vagamente haber despertado en el suelo de una posada en las afueras de Whitehorse, con una mujer desnuda acurrucada a cada lado para resguardarse del frío. Los cuerpos ebrios de sus compañeros y media docena de prostitutas estaban esparcidos por el resto de la habitación en posiciones poco decorosas. Había pensado en levantar su trasero e irse a casa, pero el hijo de un duque se había despertado y le había metido otra bebida en la mano.

El estómago de Leif se revolvió ante el borroso recuerdo. Habían pasado todo el día siguiente en la misma juerga borracha. Había bebido tanto que era un milagro que siguiera vivo. Pero nada de eso explicaba cómo había llegado a secuestrar a la señorita Granger y llevarla a ese lugar olvidado de Dios. ¿Qué en el nombre del diablo y su padre le había impulsado a hacer eso? El asco hacia sí mismo casi lo abrumó, y se bebió el segundo vaso de *whisky* de un trago. Pero cuando alargó la mano hacia la botella para llenarlo por tercera vez, se detuvo. Embriagarse quizá aliviaría el apretón en su estómago y el dolor en su cabeza, pero no resolvería la situación en la que se encontraba.

Se apartó de la barra y salió rápidamente hacia la puerta principal, desesperado por una buena dosis de aire fresco. Siguió un camino bien marcado desde la posada hasta el sendero que pasaba frente a esta. Se dirigió hacia el camino, y al ver únicamente la carretera rural frente a él, alargó la zancada. El ritmo constante de sus pasos le ayudaba a encontrar algo de enfoque mental, algo que necesitaba urgentemente en ese momento.

Tener tantas preguntas sin respuestas frustraba a Leif enormemente. El agujero que él mismo había cavado se hacía cada vez más amplio y profundo. Posteriormente, metió las manos en los bolsillos de su abrigo y se topó con algo inesperado. Sus pasos se ralentizaron hasta detenerse mientras extraía lentamente un pequeño pero pesado saco de monedas. Probó su peso en la palma, esperando que no tuviera que añadir el robo a la lista de pecados de los últimos días.

Leif miró fijamente el saco marrón en tanto lo lanzaba al aire y lo atrapaba hábilmente en la palma de su mano. El tintineo de las monedas le devolvió a una escena nublada de alcohol alrededor de una mesa de faro. Volvió a lanzar el saco. El borde agudo de su dolor de cabeza le presionó las sienes entre tanto un recuerdo se desprendía del sedimento empapado de su cerebro. Había habido una apuesta. Un desafío para un borracho. Leif cerró el puño alrededor de la bolsa de monedas. Un pequeño préstamo para ayudarlo en su tarea. De pronto, un destello de pánico ardiente recorrió su cuerpo. «Mierda».

De un momento a otro supo sin lugar a dudas hacia dónde se dirigían. Se giró sobre sus talones y se encaminó de vuelta hacia la posada, buscando un edificio pequeño que sirviera de establo para los viajeros de paso. Al verlo justo más allá de la posada, se dirigió hacia allí con paso firme.

Poco más de una hora después, subió nuevamente por la estrecha escalera, temiendo la escena que se desarrollaría al llegar arriba. Él y la irlandesa eran los únicos huéspedes y los pisos

superiores estaban en completo silencio en tanto avanzaba por el pasillo hacia su habitación. Algo bueno, suponía, que nadie pudiera oír el estallido de su temperamento. A continuación, abrió la puerta sin llamar. Era una habitación pequeña, y sólo le llevó un momento encontrarla frente a la única ventana. Las estrechas ventanas estaban completamente abiertas a pesar del frío húmedo que impregnaba el aire, y ella estaba allí, mirando fijamente hacia el exterior. La camisola blanca caía alrededor de su cuerpo esbelto, ocultando sus curvas femeninas, sin revelar en absoluto el calor de su piel bajo la tela. Qué hombros tan finos y delicados tenía y, sin embargo, nunca daba la impresión de fragilidad. Había logrado recoger su cabello, y éste caía en pesadas ondas de seda por su espalda, los extremos rizándose suavemente contra el contorno de sus nalgas. Al sobresaltarse por su entrada, se giró para enfrentarlo, con la barbilla tensa y sus pálidos ojos brillando mientras lo miraban con aprensión. De no ser porque aún sentía el placentero eco del placer reciente, jamás habría adivinado que hacía tan poco ella había gemido de éxtasis bajo él. La muchacha tenía un increíble autocontrol.

La miró, reviviendo ávidamente la sensación de sus pechos contra él, el calor de su piel bajo sus manos, el sabor embriagador de su boca, la forma en que todo su cuerpo temblaba en sus brazos al alcanzar el clímax. No ocultó sus pensamientos de ella, y pronto fue recompensado con un rubor de consciencia en sus mejillas y un destello de calor en sus hermosos ojos. Leif sonrió.

Fue una manipulación barata, pero estaba encantado de que ella pudiera ser devuelta tan fácilmente a su placer. Era justo, considerando que él no había podido sacudirse el tirón de deseo que le llevaba a querer conocerla de nuevo. Le sorprendía que pudiera desearla tanto, tan pronto después de haber calmado el dolor punzante de su lujuria. Se tomó un momento para deleitarse en el profundo anhelo de su cuerpo, algo que había empezado a pensar que quizá nunca volvería a sentir con tal intensidad. Su reacción física chocaba con la culpa que se le había instalado sobre los hombros al darse cuenta de la magnitud de su falta contra la joven. No solo había tomado su inocencia, sino que, para bien o para mal, también había asegurado su futuro.

—¿Estáis pensando en saltar? —preguntó, asintiendo de manera casual hacia la ventana abierta.

—No seáis ridículo. He sobrevivido a demasiadas cosas como para considerar matarme ahora. Además, la caída es demasiado alta para que sea segura. Probablemente me rompería las piernas al aterrizar y entonces estaría aún más a vuestra merced.

—Bueno es saber que lo habéis pensado todo. —Con tuvo una sonrisa, avanzando para dejar el paquete que llevaba sobre los pies de la cama.

—Sí, bueno —replicó ella con rigidez—, he determinado que no me habéis dejado muchas opciones.

—Quizá menos de las que imagináis. —Leif no pudo evitar que una sonrisa irónica se dibujara en sus labios.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Venid, sentaos. No os va a gustar lo que tengo que contaros. —Suspiró. No había forma de evitar las palabras que tenía que decir. Señaló la cama.

Los ojos de la muchacha se volvieron cautelosos en tanto alternaba la mirada entre su mano extendida y la cama junto a él. Leif esperó, sabiendo que ella vendría. No tenía otra opción. Después de un breve instante de vacilación, la señorita Granger cruzó la habitación e ignoró su mano para sentarse en la silla de madera en su lugar. Se instaló inmóvil en el borde del asiento. Por su parte, el lord se sentó en la cama frente a ella y se obligó a quedarse inmóvil bajo su intensa mirada, aunque sus nervios empezaban a hormiguear con una extraña anticipación. Su mirada era como una marea suave pero insistente, arrastrándole mar adentro. El estómago de

Leif se encogió con un toque de náusea, y resistió el impulso de apartar la vista. Sentía lo mismo que cuando la encontró en el invernadero, como si ella estuviera buscando más allá de las fachadas para ver lo que había detrás. No le preocupaba que pudiera ver algo; estaba bien entrenado en ocultar sus pensamientos internos, las partes más vulnerables a los juicios. Pero aun así, se sentía inquietantemente expuesto bajo su escrutinio. No podía decir si ella se había dado por satisfecha con su observación o si simplemente había decidido rendirse. Seguidamente, se incorporó de nuevo en su asiento, enderezando la espalda con determinación. Levantando ambas manos, alisó los suaves rizos sueltos de su cara y torció el largo de su cabello antes de dejarlo caer por su espalda. Mostrando una paciencia asombrosa, la joven irlandesa le miró en silencio. El lord aclaró su garganta. La incomodidad se asentó pesadamente en su estómago y sintió la garganta más seca de lo que creía posible.

—He descubierto dónde estamos y hacia dónde nos dirigimos.

Un fino mechón de cabello cayó sobre la mejilla de la señorita Granger y levantó la mano para colocarlo tras la oreja. Sus delgados dedos temblaban entre tanto lo hacía, y aunque su mirada era directa y sin miedo, se mordía el labio inferior. No estaba tan serena como intentaba aparentar.

—Estamos bastante al norte de Londres.

—¿Cuán al norte?

—A solo un día y una noche de Gretna Green.

Abbigael dio un respingo como si la hubieran pinchado en las costillas y sus ojos se abrieron de par en par, mirándole con cautela y escepticismo.

—Perdonad, pero me ha parecido oír que habéis dicho Gretna Green, como en Escocia.

—Así es.

—¿No es ese el lugar famoso por las bodas a escondidas?

—Parece que estabais tan desesperada por tenerme como marido que no podíais esperar a tomar la ruta tradicional. —Leifladeó la cabeza y esbozó una sonrisa burlona. Esperaba al menos un atisbo de sonrisa, pero ella solo le miró como si acabara de afirmar ser el rey de Inglaterra.

—No hay nada en este mundo que me vaya a convencer de casarme con vos. —Su mandíbula cayó, abierta, luego volvió a cerrarse de golpe. Tomó aire profundamente para calmarse, y cuando habló, lo hizo despacio, como si quisiera que sus palabras fueran claramente comprendidas.

—Nada —repitió Leif, alzando las cejas. No pudo evitar lanzar una mirada de soslayo hacia la cama en la que se habían acostado juntos. ¿Intentaría ella negar que él había sido el primero en tomar su doncellez?

La muchacha captó su leve gesto y, aunque se sonrojó, no apartó la vista. Su irlandesa jamás apartaba la mirada. Leif estaba empezando a darse cuenta de que ella prefería enfrentar las cosas directamente. Era un rasgo inesperado en una mujer tan joven. Lo apreciaba, aunque no estaba seguro de confiar completamente en esa calma aparente. Sabía que sus pasiones eran profundas y poderosas, y el hecho de que lograra controlar semejante tormenta demostraba que lo que mostraba en el exterior podía estar ocultando un sinfín de emociones en ebullición. Se había propuesto conocer muy bien a muchas mujeres diferentes: sus sueños, sus miedos, sus anhelos y lo que aborrecían. Había pasado años perfeccionando el arte de captar con rapidez y precisión las debilidades y fortalezas de una mujer. Pero la joven frente a él era una mezcla de elementos femeninos como ninguno que hubiera encontrado antes.

—Nos vamos a casar —insistió, intentando imprimir en su voz una gran dosis de calma y seguridad—. Y si podéis mantener vuestra justa ira un poco más, os explicaré por qué, en este

punto, realmente no tenemos mucha opción. —Sabía que aquello era como pinchar a un león, mas no pudo resistirse a la oportunidad de provocarla. Enseguida, se recostó sobre la cama, apoyándose en ambas manos extendidas, en tanto su expresión se tornaba deliberadamente sugestiva—. Aunque si deseáis liberar vuestra furia, lo entiendo perfectamente y estaré más que dispuesto a ayudarlos a redirigir vuestras pasiones hacia un objetivo más placentero.

—Os sorprendería saber cuánto placer puedo sacar de desatar mi ira, milord. —A pesar de su evidente incomodidad, ella apretó la mandíbula y le sostuvo la mirada. Su rápida y astuta respuesta le sorprendió, y no dudó de la veracidad de sus palabras. Su voz aún arrastraba el sonido de su acento, aunque ya no tan marcado como antes. Sí, seguía enfadada, pero las llamas iniciales de furia se habían reducido a un resplandor incandescente.

De nuevo notó el control que ejercía sobre sus emociones. Tras haber experimentado lo intensamente que podía arder su pasión, tanto en furia como en deseo, le asombraba que consiguiera contenerlas en absoluto. Se sorprendió al sentir un anhelo rápido y voraz por poner a prueba la resolución interna de ella. No ahora, respecto al asunto de su secuestro. Más tarde. En su cama. Su pequeño cuerpo extendido, abierto y vulnerable ante él, temblando en resistencia a las suaves caricias de sus labios, lengua y dedos, mientras buscaba la clave para desbloquear su autocontrol. Necesitaba tomarse más tiempo con ella, entregarse por completo a desatar toda la fuerza de la pasión que ella luchaba por retener. Dios, la deseaba de nuevo.

—¿Vuestra explicación? —Su severo recordatorio lo devolvió a la cuestión más importante, aunque decididamente menos placentera, que tenía entre manos, y abandonó con pesar su fantasía para retomarla en otro momento.

Sin embargo, el persistente latido de la necesidad no se calmaba tan fácilmente. Se inclinó hacia adelante, apoyando los antebrazos en sus rodillas abiertas. La nueva posición le ofrecía algo de alivio a la presión palpitante en su entrepierna, pero también le acercaba más a ella. Necesitaba que viera la sinceridad en su expresión. La joven tenía que sentir la verdad de lo que estaba a punto de contarle.

—Mis acciones de anoche fueron conocidas por otros. Compañeros y nobles. Hombres que difundirán la noticia de vuestro secuestro solo por diversión. —Más temprano, cuando fue a los establos, había encontrado su carruaje y cochero, que le habían prestado por cortesía del hijo de un duque. Recordaba que ese en particular había sido bastante entusiasta en su parte para ayudar a Leif a ganar la apuesta. Descubrir el carruaje y al cochero había revelado toda una serie de problemas. Los sirvientes personales hablaban. Y Leif estaba casi seguro de que no había sido discreto en la ejecución del secuestro de la señorita Granger. Cómo había logrado llevarlo a cabo en el estado en que debía de estar, era un misterio.

—Si estuviéramos más cerca de Londres, tal vez habríamos tenido una oportunidad de devolverlos a Blackbourne y elaborar una historia para explicar vuestra ausencia, al menos para que el escándalo fuera menor. Tal como están las cosas, ya hemos viajado demasiado lejos de la ciudad. A estas alturas, todo Londres probablemente sepa de vuestro secuestro. Y al estar yo involucrado... bueno, se harán ciertas suposiciones.

—¿Suposiciones de actividades como las que ocurrieron en esa cama? —espetó ella entre dientes apretados, señalando con una mano delgada y temblorosa—. ¿Ese era vuestro plan? ¿Arruinarme para que no tuviera otra opción?

—No —respondió en voz baja. Sostuvo su mirada furiosa, sin esperar que ella le creyera—. Lo que ocurrió entre nosotros aquí fue completamente inesperado y no premeditado. Y no me disculpo por ello.

Capítulo 15

Abbigael estaba en estado de conmoción. Eso debía de ser lo que hacía que sus nervios vibraran con una aguda sensibilidad y que su estómago revoloteara con una mezcla de miedo y expectativa. Era la consternación lo que hacía que le temblasen las rodillas y el corazón le latiera más rápido. Desde luego, no tenía nada que ver con el hombre que la miraba con un calor aún latente en su mirada. Lo observó, buscando señales de engaño. Si él le estaba mintiendo, era muy bueno en ello. No confiaba en lord. Ni siquiera un poco. Parecía que gran parte de su memoria había regresado. En cambio, Leif no se había molestado en explicar por qué la había llevado, aparte de para conducirla a una fuga matrimonial. ¿Qué podría llevar a un hombre a tomar semejante decisión? A un caballero, además. Bueno, a un noble, en todo caso. Frunció los ojos al mirar al hombre sentado frente a ella, intentando descifrar lo que podía ocultarse detrás de sus motivaciones. Inesperado. No premeditado. No eran las palabras que ella habría elegido para describir lo que había experimentado. Jamás había esperado que existiera tal riqueza de sensaciones, y, sin embargo, él había evocado el placer de su cuerpo con tanta facilidad. Con apenas esfuerzo.

Quizá eso era lo que la tenía tan confundida. Que Leif le hubiera dado semejante placer como si fuera la cosa más natural del mundo. Natural para él. Aunque no en absoluto para ella.

—¿Por qué queréis casaros conmigo?

—Pensaba que acabo de explicar... —Bajó las cejas sobre los ojos. La única señal de que empezaba a impacientarse.

—No. —La voz de Abbigael sonó firme, intentando disimular cómo sus emociones erráticas habían convertido sus nervios en un completo desastre—. Me refiero a, ¿por qué así? ¿Por qué el secuestro? ¿Por qué yo?

Los ojos del lord se oscurecieron y levantó la mano para frotarse los nudillos contra la barba incipiente que le crecía a lo largo de la mandíbula.

—Necesito una heredera —reconoció con franqueza.

—Eso es dolorosamente directo. —Abbigael exhaló de golpe, sin poder respirar bien.

—No os culpo por desconfiar, pero os juro que nunca os mentiré. Necesito dinero. Mucho dinero. No puedo deciros con exactitud cómo llegué a raptaros de vuestra cama —se inclinó hacia adelante y su voz se volvió más ronca—, pero sé que involucró una cantidad obscena de alcohol combinada con la desesperación imprudente de un hombre que no tiene nada que perder. Me gustaría poder asegurar que, sin estar tan borracho, jamás habría recurrido al secuestro. —Siendo así, se encogió de hombros y su expresión se transformó en esa sonrisa despreocupada que siempre lograba hacerle tambalear el corazón—. En aras de la total honestidad, puede que esto hubiera acabado así de todas formas.

Abbigael percibió la sinceridad en su declaración. Su tono no contenía disculpas, pero, enterrado en el ritmo de sus palabras, había un murmullo de desesperación que lo había llevado a colarse en su habitación en plena noche.

Eso fue lo que la conmovió. Porque, después de todo lo sucedido en Londres, después de haber creído sus sueños fuera de su alcance, podía entender tal motivación. Podía negarse a casarse con él. Podía regresar a Ulster, a la tierra de la familia de su madre, y seguir viviendo su vida como una paria... incomprensida... no deseada... sola. El instinto de luchar le recorrió el

cuerpo. No estaba dispuesta a aceptar ese destino.

—Quiero tener hijos. —Aparte de un ligero ensanchamiento de sus ojos, él aceptó su declaración con una calma asombrosa. Enseguida, aclaró su garganta—. Hijos. Por supuesto.

—Me casaré con vos. —Las palabras se escaparon de sus labios sin que las hubiera pensado siquiera. La joven notó la incomodidad en su voz. La notó y la entendió. Al principio, no estaba segura de haberlas dicho en voz alta, pero él asintió bruscamente y se puso en pie.

—He hecho los arreglos para continuar nuestro viaje y he conseguido ropa limpia para vos. —Señaló el pequeño paquete envuelto a los pies de la cama en tanto pasaba junto a ella de lado—. Os esperaré abajo. Aún nos queda un largo camino y me gustaría que llegáramos antes del amanecer.

Las siguientes horas pasaron en una serie de paradas en posadas y paisajes cada vez más rurales. Los tramos entre cada pueblo se hacían más largos, y el camino se volvía cada vez más accidentado y estrecho con cada hora que pasaba. Abbigael detestaba absolutamente los largos viajes en carruaje. Los estrechos espacios que limitaban de forma tan efectiva cualquier tipo de movimiento cómodo o de estiramiento adecuado de las piernas, junto con la total falta de distracciones para hacer que los minutos y las horas pasaran más rápido, le sacaban de quicio. Claro, los viajes largos podían hacerse más llevaderos con el acompañante adecuado. Por desgracia, en cuanto se acomodaron en sus asientos y arrancaron desde la posada, Leif estiró las piernas, cruzó los tobillos, dobló los brazos sobre el pecho y se quedó dormido. Sin dirigirle ni una palabra. Ni siquiera una mirada, de hecho.

Abbigael luchó contra la irritación que sentía, pues aquello le parecía, básicamente, un desaire, y trató de acomodarse para el viaje que les esperaba. Se removió en su asiento, intentando hallar una postura cómoda con el exceso de tela de la falda amontonado alrededor de sus caderas. El vestido que él le había conseguido era de una talla claramente pensada para una mujer con medidas bastante más generosas. Agradecía que al menos los zapatos le quedaran bien y que las faldas le cubrieran las piernas, los pies y todo. También tenía un chal de lana gruesa para envolver sus hombros y protegerse del frío de la mañana, que no terminaba de disiparse ni siquiera bien entrada la tarde.

No tardó en estar enormemente agradecida de que el carruaje estuviera tan bien equipado, pues los baches y desniveles la lanzaban ocasionalmente de un lado a otro de su asiento acolchado y, en una ocasión, casi hasta el suelo. Al cabo de un rato, descubrió una forma de acomodarse en la esquina del asiento, sentándose de lado en el banco y apoyando la espalda en la esquina entre tanto presionaba los pies contra la pared opuesta. Desde luego, no era una postura muy decorosa, pero no parecía que hubiese nadie lo suficientemente consciente como para preocuparse por su falta de recato. Esperaba que, tras la primera parada para cambiar de caballos y estirar las piernas, ella y Leif pudieran tener la oportunidad de hablar un poco sobre lo que ocurriría cuando volvieran a Londres. En cambio, el lord no tenía intención de perder tiempo sentado en el pequeño comedor rústico de la posada, y, tras terminar el almuerzo que intentaron disfrutar entre sacudidas en el carruaje, se limpió la boca y volvió de inmediato a su sueño.

De esta manera, Abbigael pasó el primer tramo del viaje mirando por la ventana. Pero sólo se puede admirar un tiempo un paisaje de bosques, colinas y valles antes de que todos empiecen a parecer iguales. Entonces, ya no le quedó nada con lo que distraerse, y empezó a preguntarse si no habría perdido completamente la razón. Se estremeció, de frío e incertidumbre.

Leif había dicho que estaba arruinada. ¿Era verdad o sólo una maniobra para manipularla y hacer que accediera a casarse con él de buena gana? Al fin y al cabo, ese era su talento: la manipulación, la seducción. Lo había admitido abiertamente. Sería una insensatez por su parte

pensar que sus acciones eran algo más que maniobras bien calculadas para conseguir exactamente lo que él quería. ¿Cómo podía siquiera plantearse a un hombre, así como esposo? Giró la cabeza y lo observó detenidamente.

La postura de Riley era tan casual y relajada. Llevaba la camisa abierta en el cuello y el abrigo desabrochado. Los brazos descansaban cómodamente sobre su abdomen y su barbilla caía hacia el pecho, de modo que no podía verle bien el rostro. Parecía casi un caballero ocioso que, tras un paseo, hubiera decidido tumbarse bajo un árbol y echarse una siesta. Era posible, suponía, que un hombre como él no le diera mucha importancia a secuestrar a una joven y llevársela con la intención de casarse. Aunque dudaba que ese fuera el caso. Además, había algo en su actitud que le daba la impresión de que no estaba tan relajado como aparentaba. Había tensión en sus anchos hombros, incluso con lo encorvados que estaban, y los músculos de sus muslos parecían tensos también. Como si estuviera preparándose. Seguidamente, entrecerró los ojos y se inclinó hacia adelante tanto como pudo sin caerse de su asiento. ¿Estaba realmente dormido?

—Cuidado, irlandesa. Un bache más y saldréis volando.

Abbigael se echó hacia atrás de golpe, casi dándose en la cabeza contra el marco de la puerta en el intento. El grito que se le quedó atascado en la garganta ante sus palabras, dichas en voz baja, acabó en una rápida tos ahogada.

—Estáis despierto. —Detestaba cómo siempre acababa diciendo lo obvio cuando no se le ocurría nada mejor que decir.

Leif se movió, incorporándose hasta quedar en una postura más erguida. Mantuvo las piernas estiradas delante de sí, aunque ahora algo más separadas. La falda prestada de Abbigael quedaba extendida sobre la parte superior de una de sus botas.

—Dudo que alguien pudiera dormir con suspiros tan profundos y desgarradores llenando el carruaje cada pocos minutos. —Levantó apenas el mentón y la miró desde debajo de las cejas—. Para ser una mujer de tamaño minúsculo, hacéis un ruido terrible.

—Yo no estaba... —Abbigael frunció el ceño.

¿Suspirando? ¿Había estado suspirando? Probablemente sí.

Alzó el mentón y le devolvió la mirada, desafiándole a reprenderla por despertarlo. Pero vio el destello de humor en sus labios y supo que le estaba tomando el cabello. Lo hacía a menudo. Para su propia sorpresa, a ella le gustaba. Enseguida, su ceño se desvaneció al darse cuenta de que, al fin, tenía lo que quería: alguien con quien hablar. Aunque el tema seguramente le causaría ansiedad y dudas sobre su propia cordura, al menos era algo para distraerse de la tediosa monotonía del viaje. Giró en su asiento para enfrentarse a él directamente, apoyando los pies en el suelo junto a su pie izquierdo. Se tomó un momento extra para alisar los pliegues del vestido azul de algodón sobre sus muslos.

—Decidme —comenzó, en un tono ligero y conversacional—, ¿habéis dormido en algún momento del viaje o habéis fingido todo el tiempo?

—Yo nunca dije que estaba durmiendo. Simplemente asumiste que lo estaba.

—¿Estabais tan desesperado por evitar mi compañía? —Su mandíbula se abrió antes de que recordara cerrarla de inmediato. No había esperado una admisión tan franca.

Lord Riley hizo una pausa antes de responder, y en tanto esperaba, los nervios en su piel comenzaron a hormigear. Era la intensidad de su mirada lo que le hacía eso. A veces la miraba como si sus miedos y debilidades estuvieran expuestos ante él, como un banquete.

—Pensé que querríais algo de tiempo lejos de mí. —Finalmente, habló, y su voz era suave y baja, de esa manera que infiltraba hasta el mismo flujo de su sangre.

—No quiero. —Su respiración se volvió superficial, y un aleteo nervioso se desató en su

estómago.

Al principio, la expresión del hombre no cambió. Luego sonrió, y el efecto fue devastador.

—Ahora sois lord Neville, ¿no es así? —Abbigael buscó algo que decir. Se excusó mentalmente en el largo trayecto para justificar su deseo desesperado de compañía y conversación. La sonrisa de Leif se volvió rígida, ante la cual ella supuso que se debía al dolor —. Aceptad mi pésame, por favor. La muerte de un padre puede ser bastante... devastadora.

—No en este caso. —Su voz era a la vez hueca y afilada, lo que provocó un escalofrío que recorrió la nuca de Abbigael—. No malgastéis un sentimiento tan dulce.

—No le teníais ningún cariño a vuestro padre. —De nuevo, diciendo lo obvio, y enseguida deseó haberse quedado callada y haber dejado pasar el tema.

—Ni de lejos. Diría casi que éramos enemigos mortales. —Leif rio levemente y se pasó la mano por el cabello ya despeinado. La expresión en su rostro era tan oscura y sombría que apenas parecía el mismo encantador y canalla que había llegado a conocer. Estaba claro que apenas le conocía a un nivel superficial. Detrás de su sonrisa despreocupada se ocultaba una tormenta negra y turbulenta. ¿Cuántos otros habrían tenido la oportunidad de ver más allá de esa fachada?

Imaginaba que no muchos. Su padre, de alguna forma, había creado esa tormenta en su alma. Estaba convencida de ello.

—¿Lo matasteis? —No estaba del todo segura de dónde había salido esa pregunta. Una vez dichas las palabras, contuvo la respiración, aterrada de cómo respondería él. Y no tanto por la respuesta misma como por cómo reaccionaría ella al escucharla.

—¿Creéis que soy un asesino? —La miró con un destello de sorpresa en los ojos. Rápidamente, la sombra de odio se desvaneció, dejándole con una expresión casi perpleja.

—Creo que, si voy a casarme con vos, debería saber de lo que sois capaz —respondió en voz baja, se encogió de hombros y se negó a apartar la mirada de sus ojos inquisitivos, aunque aún sentía la intensidad de sus sentimientos hacia su padre flotando en el ambiente.

Una parte de ella se avergonzaba de no haber condenado la idea desde el principio. Otra parte entendía que cualquiera podría verse llevado a hacer cualquier cosa con la motivación adecuada. Esa parte solo sentía compasión.

—No lo maté —afirmó con tono cortante, negando con la cabeza para luego apartar la mirada—. Aun así, lo mejor sería que nunca volvierais a mencionarlo.

—Por supuesto.

Siguieron largos momentos de silencio mientras Abbigael buscaba algún tema ligero y agradable que pudiera disipar el peso que se había instalado en el ambiente. Sentía su distanciamiento ahora más que cuando creía que estaba dormido. Se había instalado a su alrededor una atmósfera de incomodidad, y sabía que ella misma la había provocado con sus preguntas imprudentes. Era una conversadora pésima. Ojalá hubiera tenido más oportunidades para perfeccionar el arte de la charla trivial. Inevitablemente, cuando más importaba, acababa diciendo lo incorrecto. Al quedarse el lord en silencio de nuevo, ella se quedó una vez más sin nada más que hacer que analizar sus propios pensamientos, y no estaba segura de entender lo que estaba descubriendo.

Unas horas después, el carruaje rodó hasta el patio de las caballerizas de una posada considerablemente más grande y moderna que las que habían pasado antes. La noche había caído hacía rato, y un gruñido en el estómago de Abbigael le hizo desear que pudieran entrar y quedarse un rato, lo suficiente para calentarse junto al fuego, tal vez, y disfrutar de una buena comida en un lugar bien iluminado sin el constante vaivén bajo sus pies. Por el contrario, Leif

disipó rápidamente esa fantasía.

—Si necesitáis usar las comodidades, ahora es el momento. Preguntaré si pueden envolvernos algo de comida. —El carruaje se detuvo y él empujó la puerta para abrirla. Ya estaba a mitad de camino hacia el suelo cuando ella consiguió responder.

—¿No nos vamos a quedar? —No se molestó en ocultar la decepción en su voz.

—Esto no es un paseo de placer. —Se volvió. Sus amplios hombros ocupaban todo el espacio del pequeño umbral. Con la luz de la posada detrás, no podía verle la cara, pero sí escuchar la tensión en su tono.

Capítulo 16

—Irlandesa.

Una mano cálida se posó en el hombro de la joven. Era lo primero que sentía de calor en horas, por lo que se giró, rozando su mejilla contra esa calidez antes de que la mano se apartara.

—Irlandesa, despertad.

La voz se había vuelto más insistente. En realidad, impaciente. Abbigael frunció el ceño sin abrir los ojos. Estaba agotada y dolorida. Desgraciadamente, la especie de semisueño en el que había estado sumida las últimas horas, luchando constantemente contra el vaivén del carruaje, intentando mantenerse caliente bajo las mantas que había encontrado debajo del asiento, no había hecho mucho para aliviar el dolor en su espalda y miembros, ni la ansiedad en su pecho. Comparado con la vigilia completa, prefería con mucho ese incómodo y desprovisto de sueños semisueño.

Se acurrucó más bajo la manta de lana y trató de darle la espalda a la voz. Pero una palmada rápida en su trasero la despertó al instante. Soltó un pequeño grito agudo y se incorporó de golpe. Miró por encima del hombro con los ojos entrecerrados y vio a Leif acomodado en el asiento frente a ella, como si no acabara de tocarla de una forma tan poco digna.

—Buenos días. Ya hemos llegado. —Su amplia sonrisa dejó ver un conjunto de dientes perfectos, y un escalofrío nervioso le recorrió la piel, despertándola por completo.

Como si fuera una señal, el carruaje giró para salir del camino. Abbigael se retorció en el asiento, intentando enderezarse para mirar por la pequeña ventana. Se inclinó hacia adelante, sin importarle que su cabello suelto y enmarañado cayera sobre su hombro y barriera el suelo del carruaje. Todavía estaba oscuro, pero logró distinguir las siluetas sombrías de varios edificios pequeños, acurrucados unos junto a otros. No veía mucho movimiento en el exterior, pero el mundo parecía estar en el borde de algo. Pronto amanecería. Seguidamente, tomó aire y se giró hacia Leif, olvidando en ese instante lo que había pensado decir. Estaba tan cerca de ella, más cerca de lo que había estado desde que despertaron en la posada. Prácticamente se inclinaba sobre su regazo, su cabello caía de forma íntima sobre sus muslos, y si él quisiera, solo tendría que levantar la mano un poco para rozar la curva de sus costillas. O su pecho. En la penumbra, sus ojos parecían iluminados por una llama dorada y cálida. No se movió ni un ápice de su postura relajada, pero su presencia irradiaba una disposición palpable. Como si solo necesitara una pequeña provocación para entrar en acción.

Tras horas de incertidumbre, incomodidad y el creciente miedo de que la pasión que él había mostrado no fuera más que una astuta manipulación, el calor de su atención se deslizó por su piel como una brisa cálida y se expandió por su sangre. Su mirada, casual pero carnal, atravesó su centro como un rayo. La reacción de Abbigael fue profunda e inmediata. Recordó el peso del lord entre sus muslos, los suspiros entrecortados de su propia respiración contra su hombro y el embriagador sabor de su beso. Un deseo feroz y desesperado la llenó. Era un sentimiento tan profundo y punzante como cualquier emoción, y Abbigael temió su intensidad. No podía ser bueno para una persona desear algo con tanta fuerza. Bajó la mirada, rompiendo la conexión, y se apartó de la ventana para acomodarse de nuevo en su asiento. Todo había durado menos de un segundo, pero sentiría los efectos de esa conexión visceral durante horas.

Cuando el carruaje se detuvo, Leif empujó la puerta y saltó al suelo sin esperar a que el

cochero le ayudara. Luego se volvió y le ofreció la mano a Abbigael, quien ocultó sus sentimientos con un esfuerzo extremo, pero al alzar la vista para encontrarse con la suya, se preguntó si había valido la pena. Una chispa de inteligencia calculada brillaba intensamente en la profundidad color avellana de sus ojos, y una sonrisa le curvaba los labios. Ella sintió como si él estuviera leyéndole los pensamientos, como si sus cuidadosas defensas fueran inútiles y él supiera exactamente el deseo que había despertado en ella.

—Venid. —Era solo una palabra, pero pronunciada con una seguridad tan prometedora que Abbigael se derritió por dentro. Sin nada más que hacer, colocó su mano en la suya y no pudo evitar notar el cosquilleo de consciencia que se extendió desde donde su palma descansaba en la de él al bajar al suelo frente a la pequeña posada.

La posada era pintoresca, con varios edificios pequeños extendiéndose a ambos lados, creando casi un patio frente a la entrada principal. A través de las dos ventanas del edificio principal, podía ver una leve luz, probablemente el resplandor de una vela solitaria, dejada encendida para viajeros cansados. Miró a su alrededor. Un amanecer gris y brumoso empezaba a asomar en el horizonte oriental. Si miraba lo suficientemente fijamente, apenas lograba distinguir las formas negras de edificios sombreados que bordeaban el camino contra el cielo oscuro. Un perro ladró en algún lugar a lo lejos, y una ráfaga de viento helado levantó el polvo a su alrededor, colándose bajo el dobladillo de su falda y enredando su cabello sobre los hombros. La joven se estremeció y rodeó su cintura con los brazos.

—¿Vemos si hay alguien por aquí? —Con la mano apoyada en su espalda baja, Leif señaló la posada con un leve gesto de cabeza.

Abbigael apartó de su cara algunos mechones rebeldes y le miró de reojo. El lord parecía cansado, y la sonrisa que asomaba entre sus labios atractivos no se reflejaba en la profundidad de sus ojos. Pronto se convertiría en su esposo. ¿Y entonces, qué?

Por alguna razón, sus pensamientos no lograban ir más allá de esa pregunta. Era como si estuviera a punto de dar un paso hacia lo desconocido, una sensación entre emocionante y aterradora que, de algún modo, la hacía sentirse más viva. ¿Sentiría lo mismo si se casara de una forma convencional, con un hombre de su elección? No lo creía, pero al mismo tiempo, algo en este momento le parecía correcto, como si así fuera como debía suceder desde el principio. El aire del norte de repente ya no le pareció tan frío, y la luz a través de las ventanas de la posada la llamaba con un encanto tranquilo.

—Sí, entremos. —Una sonrisa surgió de forma espontánea en sus labios.

Cruzaron el patio uno al lado del otro, con su mano siempre posada en la base de su espalda. Se preguntó con ironía si él pensaba que intentaría huir. Podría tranquilizarle, pero, en el fondo, le gustaba sentir su fuerza y calidez a su lado y la presión de su mano guiándola en la curva de su columna. Acto seguido, atravesaron el umbral hacia la sala común de la posada, y Leif cerró la puerta tras ellos. Las brasas en la chimenea lanzaban un resplandor tenue que daba al lugar un aire acogedor, aunque estuviera vacío. Varias mesas y sillas estaban dispuestas frente al fuego, y una sólida barra de madera se extendía desde el centro de la pared del fondo. En la esquina más alejada de la chimenea había una escalera que llevaba al segundo piso. Todo estaba impecable, como si acabaran de limpiarlo. Sobre la barra descansaba un gran cartel de madera con un aviso pintado en letra negra y firme: «*Tocad la campana para habitación, comida o matrimonio*». Bajo el cartel, en letras finas, se encontraba una lista de precios para servicios que iban desde una ración de pastel de carne hasta un paquete completo de boda, que incluía una ceremonia de quince minutos, flores y un anillo para la novia, dos canciones para animar el espíritu, un certificado para oficializar la unión y una habitación para consumir el matrimonio. Tras leer el

cartel y la lista de servicios y precios, Abbigael sintió una extraña chispa de diversión. Miró a Leif, preguntándose si él también habría notado aquel curioso anuncio, y le vio sonriéndole ampliamente.

—¿Os da la sensación de que hemos encontrado el sitio perfecto?

—Yo diría que no cabe duda.

Leif avanzó y cogió la campana de bronce junto al cartel, dándole unos buenos toques. El sonido reverberó por la austera sala y actuó como un catalizador, provocando una serie de ruidos que irrumpieron en la tranquila quietud de la mañana. En la habitación tras la barra, se escucharon inmediatamente unos pasos torpes y el crujir de las cuerdas de una cama, seguido de unas toses ahogadas y murmullos. Al mismo tiempo, se oyó un fuerte golpe en el piso de arriba, como si alguien se hubiera caído de la cama. Desde el cuarto detrás de la barra llegó el sonido de algo metálico al chocar contra el suelo de madera, una maldición ahogada, seguida del destello de una luz y pasos pesados. La luz de un pequeño farol se expandió hacia la sala común. Lo sostenía un hombre corpulento, de pecho ancho y brazos robustos.

—¡Buenos días, bienvenidos! —exclamó el posadero, con una sonrisa que dividía en dos su rostro redondo y rojizo. Sus ojos azul brillante centelleaban bajo unas espesas cejas grises, y su cabello, del mismo tono acerado, estaba partido al centro de su frente ancha y arrugada y recogido en una coleta, a la antigua usanza—. ¿En qué puedo servirlos en esta fina y hermosa mañana? —Dejó el farol sobre la barra y lanzó una mirada entre Leif y Abbigael, al tiempo que su ojo alerta examinaba todos los detalles de su aspecto. Abbigael tuvo la impresión de que no se le escapaba nada: ni las sombras de cansancio que probablemente llevaban ambos en el rostro, ni el vestido holgado que ella llevaba, ni el cabello suelto, ni el aspecto cada vez más desaliñado de Leif, ni el dedo desnudo de Abbigael, sin anillo. La señorita Granger no habría creído posible que la sonrisa del posadero pudiera ensancharse aún más, pero lo hizo al finalizar su evaluación.

—Una habitación, por favor. Y un hombre que oficie los ritos matrimoniales —dijo Leif dando un paso al frente, declarando la intención sin rodeos, como un simple hecho.

—¿Y cuál de las dos cosas os gustaría primero, milord? —Abbigael sabía que no debería molestarle algo tan insignificante, pero lo cierto es que le molestó. Juntó las manos y se balanceó de un pie al otro.

Leif miró por encima del hombro hacia ella. Podía ver la impaciencia que le fruncía el ceño y tensaba la línea sensual de sus labios. Pero cuando atrapó su mirada, una sonrisa torcida suavizó su expresión y se volvió hacia el posadero.

—Primero la habitación, para que mi prometida pueda arreglarse, y el matrimonio después, sin demora.

—Habéis llegado al sitio perfecto, milord. Mi Mirren aquí llevará a la joven a una habitación con el fuego ya encendido. Enseguida, una joven apareció silenciosamente desde las sombras tras el hombro del posadero. Su cabello cobrizo estaba recogido de forma apresurada sobre la cabeza y el sueño aún nublaba sus ojos, pero sonreía con una expresión amplia, igual a la del posadero, en tanto hacía una rápida y encantadora reverencia.

—Tendré nuestra capilla lista para recibirlos en menos de veinte minutos. ¿Habéis traído algún testigo?

—Uno —contestó Leif—. Nuestro cochero puede actuar como testigo.

—Bien, siendo así, mi Mirren puede ser la segunda. Por una pequeña tarifa, claro.

—Por supuesto.

—Venid, señorita —invitó Mirren dulcemente—, os llevaré arriba.

Mientras Abbigael seguía a la hija del posadero por la estrecha escalera, se dio cuenta de

que debería haber pedido una comida antes de casarse. Se moría de hambre. Aunque, por otro lado, con el nerviosismo que sentía revolviéndole el estómago, tal vez sería mejor esperar a comer hasta que las nupcias se dieran por hechas y ya estuviera casada. «La esposa de Leif». Tropezó hacia adelante al engancharse la punta del zapato en el borde del último escalón, distraída por sus pensamientos.

—¿Os sentís bien, señorita? —Mirren se giró.

—Sí, disculpad. Parece que los últimos días me han dejado un poco... confundida.

Una ligera subestimación, se dio cuenta Abbigail, al notar cómo el acento irlandés se colaba inadvertidamente en su habla.

—Aquí tenéis, señorita. —Se detuvieron frente a una puerta abierta y Mirren le hizo un gesto para que entrara.

Abbigael le dedicó una sonrisa de agradecimiento al cruzar el umbral hacia una habitación pequeña, pero muy acogedora. Le recordaba a las habitaciones de la cabaña norteña de su tía, llena de lo esencial para vivir y unos cuantos toques reconfortantes: sábanas blancas y limpias en la cama, un cojín bordado en la silla de madera junto al fuego, y una vieja taza de cerveza agrietada con un ramillete de flores silvestres.

—Os traeré un poco de agua para lavaros y un jabón que hice yo misma. ¿Hay algo más que pueda hacer por vos?

—Gracias, Mirren. Creo que no, nada más. —Abbigael, desde el centro de la habitación, le dedicó una sonrisa agradecida a la joven, quien se había molestado en añadir esos pequeños detalles personales. La muchacha hizo una reverencia y salió de la habitación. La puerta se cerró con un suave sonido, dejándola en un instante de tranquila privacidad.

Se acercó a la pequeña ventana junto a la chimenea de piedra y apoyó la frente en el frío cristal. El gris que había visto en el horizonte se había aclarado a un precioso tono lavanda que bañaba los edificios cercanos en una especie de bruma onírica. Sentía que podría dormir durante días. Tal vez ya estaba durmiendo, y todo esto era simplemente un sueño muy extraño: el secuestro, la seducción, el matrimonio. ¿Había sido realmente solo dos días atrás cuando se estaba preparando para regresar a Irlanda? Y ahora aquí estaba, en Gretna Green, a punto de casarse, con un libertino profesional. Increíble. Cerró los ojos y suspiró largamente. ¿Insistiría él en consumir el matrimonio justo después de la ceremonia? Para entonces ya sería media mañana. ¿O esperaría hasta que se retiraran esa noche? Sentía el aire frío que se colaba por los bordes de la ventana, a pesar del calor del fuego cercano. Pero el calor que recorría su sangre procedía de una fuente interna, encendida por la expectativa de su noche de bodas. Toda novia debería ser tan afortunada de conocer el placer que le aguardaba en el lecho, pero intuía que la experiencia que había tenido con Leif no era lo común. Sabía lo suficiente como para saber que no todos los hombres eran tan atentos ni tan hábiles.

Un suave toque sonó en la puerta. Abbigail abrió los ojos de golpe, como si hubiera despertado de un sueño, y se volvió justo cuando Mirren entraba en la habitación. Llevaba un pequeño bulto en una mano y una jarra de agua humeante en la otra.

—Perdón, señorita. —Cruzó el corto espacio hasta el lavabo sobre un pedestal estrecho y vertió el agua en el cuenco. Desenvolvió el bulto para revelar un paño suave y un trozo de jabón de color crema, que dejó cuidadosamente en la silla junto al lavabo. Satisfecha de haber terminado la tarea, Mirren se incorporó y se limpió las manos en el delantal que llevaba sobre el vestido. La sonrisa de la muchacha estaba llena de amabilidad y empatía, emociones que Abbigail no había visto demasiado en su vida—. ¿La habitación es de su agrado, señorita?

—Sí, es perfecta. —Abbigael le devolvió la sonrisa a pesar del cansancio y se quitó el chal

de lana de los hombros. Los ojos de la joven se detuvieron brevemente en la cintura fruncida del vestido, visiblemente grande.

—¿Necesitáis ayuda para lavaros? ¿O queréis que os traiga algo de comer?

—No. Gracias. Creo que esperaré para comer hasta después de la ceremonia.

—Por supuesto. Tendremos algo caliente listo para vos. —Mirren se dirigió a la puerta, pero se detuvo antes de salir—. Señorita, perdonadme si soy indiscreta, pero si me permitís ser tan osada como para hablar con franqueza... Conozco a muchas parejas que pasan por este pueblo, y en los que me cruzo, suelo percibir algo de ellos. —Negó con la cabeza y se encogió de hombros—. No sé cómo explicarlo, pero puedo ver que os sentís un poco como si os hubieran quitado la tierra de debajo de los pies.

—Sois muy perspicaz.

—Mi padre lo llamaría de otra forma y me advierte que me ocupe de mis propios asuntos, que tengo bastante que hacer sin meterme en los asuntos de los huéspedes. Aunque a veces no puedo evitarlo, y presiento que vos también tenéis un poco de ese don.

—Está bien, Mirren. —Abbigael se encontró con la mirada de la muchacha, sorprendida, y sintió un eco de afinidad en la superficie de su interacción. La muchacha comprendía.

—Eso es lo que trato de deciros. He tenido una corazonada sobre vos y vuestro hombre. Era evidente desde el primer momento en que os vi. Las corrientes entre vosotros son más profundas de lo que cualquiera de los dos percibe. Esta unión tiene el potencial de ser algo grande.

Mientras la muchacha daba voz a sus percepciones, un extraño cosquilleo se extendió hasta las puntas de los dedos de Abbigael, como si estuviera al borde de un precipicio aterrador. Las palabras resonaban en cada célula de su cuerpo, confirmando algo que Abbigael había intuido desde el principio. ¿Acaso no sentía esa misma corriente cada vez que miraba a los ojos de Leif, cada vez que sus dedos rozaban su piel?

—Perdonadme, señorita. No debería haber dicho nada. Os avisaré cuando mi padre esté listo para recibirlos. —Posteriormente, la muchacha salió de la habitación antes de que Abbigael pudiera recuperar la voz para responderle.

Capítulo 17

Treinta y cinco minutos después, Abbigail estaba limpia y de nuevo vestida con el holgado vestido. Pasó casi diez minutos a solas intentando anudar su cinturón de forma que disimulara el exceso de tela alrededor de la cintura. Mirren le prestó un cepillo de madera y le proporcionó algunas horquillas, así que al menos logró dar algo de orden a su cabello, aunque habría dado lo que fuera por una buena bañera en la que enjabonarse el cabello y sumergir la cabeza para librarse por completo de los días de viaje. No había tiempo para eso ahora.

Durante todo el rato que estuvo arreglándose, una voz en su mente la instaba a darse prisa. Quizás la impaciencia de Leif se le había contagiado finalmente, porque no podía quitarse de encima la sensación de que debía hacer lo que debía hacerse cuanto antes o no hacerlo en absoluto. Y quería hacerlo. Quizá de forma insensata. No podía acusar a nadie y decir que desconocía en lo que se estaba metiendo al casarse con lord Neville. Era un mujeriego sin remordimientos, un manipulador consumado y un cazafortunas declarado. Se casaba con ella únicamente por su dinero. No era el hombre que había imaginado para ella misma. No era noble, ni estable, ni especialmente bondadoso. Era su último recurso, una bendita oportunidad para escapar de la vida que sabía que le esperaba en casa. Él podía darle hijos, un hogar propio, una nueva vida. Con él, no podía esperar la compañía íntima que ansiaba, pero sí podía esperar pasión. Era suficiente. Era mejor que la alternativa. Haría que funcionara.

Se alisó el cabello para asegurarse de que no se le hubiera escapado ningún mechón, echó el chal de lana sobre el brazo y salió de la pequeña habitación para bajar al salón común. Por un segundo, deseó tener un espejo para revisar su aspecto, pero luego pensó que era mejor no hacerlo; no podía imaginar que tuviera otro aspecto que el de agotada y desaliñada. A continuación, al pie de las escaleras, se detuvo. La sala común, suavemente iluminada por la tenue luz del amanecer que entraba por las ventanas, seguía vacía y en un silencio casi inquietante. Abbigail dio unos pasos dentro de la habitación, sin estar segura de si debía esperar allí, salir fuera a buscar a Leif o dirigirse a la capilla por su cuenta. Antes de que tuviera que decidir, la puerta principal se abrió de golpe y Leif entró con paso relajado, luciendo fresco y peligrosamente apuesto en la habitación blanqueada.

A todas luces, él también se había arreglado. Llevaba el pañuelo en el cuello perfectamente ajustado, la camisa y el abrigo bien abrochados, y el cabello peinado a la última moda. Su mandíbula estaba recién afeitada, y Abbigail se permitió un toque de nostálgico pesar. La barba incipiente le había dado un aire de rudeza que equilibraba la perfección abrumadora de su rostro. La vio enseguida, allí plantada como una tonta en el centro de la sala. Su sonrisa fue rápida, y alzó una mano en un gesto silencioso para que se acercara. Algo retorció el estómago de la joven, haciéndola sentir extrañamente inquieta y eufórica a la vez. Cruzó hacia él, intentando no moverse demasiado, no tropezarse, ni dar muestra alguna de su nerviosismo. En el instante en que colocó su mano suavemente en la suya, él le envolvió los dedos con un agarre firme y la acercó con suavidad. Ella no se resistió, ni siquiera cuando la atrajo hacia su costado y bajó la cabeza hasta que sus labios quedaron justo sobre el borde de su oreja. Sintió el calor de su cuerpo, percibió el aroma masculino de su piel, oyó el ligero susurro de su respiración y temió por la firmeza de sus piernas.

—¿Preparada para esto, irlandesa?

La señorita Granger alzó la vista desde los pliegues impecables de su pañuelo, pasando por la línea recién afeitada de su mandíbula. En cuanto llegó a sus ojos, vio un destello de anticipación que la dejó sin aliento.

—Lo estoy. —Asintió en silencio varias veces antes de contestar.

—Siendo así, vamos —respondió el lord, girándose y tirando de ella hacia la puerta para salir al aire brumoso de la mañana. Sus pasos eran largos y le resultaba difícil seguirle el ritmo, pero el agarre de su mano era firme. Habían cruzado casi todo el patio frente a la posada cuando ella consiguió reunir sus pensamientos lo suficiente como para hablar.

—Necesito decirles algo. Algo importante.

—Puede esperar —rebatía por encima del hombro, sin detenerse en tanto seguían avanzando hacia uno de los edificios pequeños al lado de la posada.

—No puede esperar. Hay algo que debo decirles. —Abbigail se armó de valor y le respondió con firmeza a su espalda ancha.

—Habla después. Os lo prometo. —Esta vez, ni siquiera se molestó en girar la cabeza para hablarle.

Abbigail se inclinó hacia un lado para mirar más allá de su hombro entre tanto se acercaban a las puertas abiertas del pequeño edificio. Pudo vislumbrar brevemente la cálida luz de las velas, a Mirren y al cochero, ambos de pie a cada lado de un altar improvisado, detrás del cual estaba el robusto posadero. Ni siquiera podía creer que aún no supiera el nombre del hombre. Una repentina oleada de fuerza interior la recorrió, y consiguió armarse de la suficiente resistencia como para tirar hacia atrás justo antes de llegar al escalón elevado. Se giró hacia un lado y se apoyó contra la pared exterior del edificio. Como él no le había soltado la mano, Leif la siguió en su cambio de dirección. Estaban ahora cara a cara, pie con pie, justo al lado de la puerta que los conduciría a su nuevo futuro. Ambos respiraban con rapidez tras la caminata, y sus pechos subían y bajaban visiblemente. Lord Riley la miraba hacia abajo con una pequeña arruga de impaciencia en el ceño, a la que ella empezaba a acostumbrarse.

—¿Ocurre algo?

—Sí. No. —Abbigail se mordió el labio. No estaba manejando aquello muy bien. ¿Cómo se empieza cuando se necesita confesar el secreto más oscuro?

—Milord...

—Leif.

—Leif, antes... antes de que pueda casarme con vos, necesito contarte algo sobre mí. —Frunció el ceño ante su interrupción, luego suspiró.

—Seguro que puede esperar a más tarde —le dirigió una sonrisa persuasiva e hizo un gesto hacia la puerta—. Nos están esperando.

—No, no puede esperar. Lo que tengo que decirte es de suma importancia.

—Vamos, irlandesa. ¿No creéis que estáis siendo un poco dramática? —Él soltó una risa.

Abbigail no había golpeado el suelo con el pie en un gesto de frustración desde que era una niña pequeña, no más alta que el chaleco de su padre, pero en ese momento tuvo que luchar contra el impulso de hacerlo. No le hacía ninguna gracia que él se tomara a la ligera un asunto que la había atormentado durante años.

—La gente cree que estoy loca.

Los ojos del lord se abrieron de par en par, y aquella arruga impaciente de su ceño subió significativamente, delatando su sorpresa. Abbigail se mordió el labio. No había querido decirlo de forma tan directa, pero la actitud de él la había alterado.

—¿Disculpa? —Su voz sonó algo ahogada.

Al menos ahora tenía toda su atención. En ese momento, la señorita Granger cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la pared. Quizás le sería más fácil confesarlo si no tuviera que enfrentarse a su mirada inquisitiva.

—Mi madre murió de forma bastante trágica cuando yo era pequeña, y durante un tiempo, creo que de verdad perdí un poco la cordura. No recuerdo mucho de aquella época —tragó con fuerza al notar el nudo que le subía por la garganta—, salvo la aterradora soledad.

—Y vuestro padre os envió al aislamiento, donde los rumores sobre vuestra locura persistieron y volvieron para atormentaros cuando debutaste en Dublín.

Abbigael volvió en sí de golpe, abriendo los ojos para mirarle con una mezcla de sorpresa y confusión. Ese tono ahogado no había sido una reacción de conmoción en absoluto, sino de diversión apenas contenida.

—¿Cómo lo sabíais?

—Querida, la triste historia ha sido contada por todo Londres. Uno tendría que estar metido bajo una piedra para no haberla oído. —Sonrió y tomó su otra mano entre las suyas.

—Estoy real e increíblemente encantada de que encontréis tan divertido este asunto. —Intentó apartar las manos de las suyas.

—Tranquila, irlandesa. No me divierte en absoluto vuestro sufrimiento. Solo el hecho de que creyerais tan importante contármelo antes de la boda. ¿Pensabais que me haría cambiar de idea?

—Bueno, pensé que debía decíroslo porque... sí, creí que podría haceros cambiar de opinión. Todos los demás huyeron en cuanto se enfrentaron a la posibilidad de casarse con una loca. Nadie quiere introducir intencionadamente la locura en la familia, ¿sabéis?

Leif sonrió y llevó las manos de la joven hasta su pecho, aplanando sus palmas contra la pared dura de sus músculos. Las mantuvo allí un momento, atrapadas contra él. Seguidamente, levantó las manos y enmarcó suavemente su rostro, mirándola con una intensidad inusualmente solemne en sus ojos multicolores.

—¿Estáis loca, Abbigael Granger?

—No, no lo estoy. —Le sostuvo la mirada, sintiendo el latido de su corazón bajo sus manos, en tanto algo profundo despertaba en su vientre.

—Entonces no tenemos nada de qué preocuparnos. Además, aunque estuvierais un poco loca, eso al menos garantizaría que la vida nunca se volviese demasiado aburrida. —Su ancha sonrisa rompió la solemnidad del momento que acababan de compartir. Sus ojos brillaron con el toque de picardía y desparpajo que siempre esperaba de él.

—La gente seguirá hablando, ¿sabéis? Muchos pensarán lo peor de mí. —Abbigael le lanzó su ceño más feroz ante aquella obvia burla.

—Ya piensan lo peor de mí. Seremos la pareja perfecta. —Se giró y acomodó su mano en el pliegue de su codo—. ¿Vamos? ¿O tenéis más confesiones cobardes que hacer? —Señaló la puerta con un leve gesto de la cabeza.

—No, creo que el resto puede quedarse como sorpresa para más tarde. —Abbigael fingió pensar un momento.

—Excelente. Me encantan las sorpresas. —Leif soltó una carcajada.

La ceremonia terminó en menos de quince minutos. Leif repitió los votos con una sonrisa pícaro y un tono de irreverencia sutil que Abbigael esperaba que solo ella pudiera detectar. Y cuando fue su turno de hablar, se sintió satisfecha al descubrir que su voz era clara y firme. Mientras el posadero hablaba de la promesa del matrimonio, Abbigael fue alcanzada por la realidad del momento. Estaba uniendo su vida a la del hombre a su lado sin la presencia ni la

bendición de su padre. Sin ninguna seguridad sobre lo que el futuro le deparaba. Una oleada de vértigo le recorrió el cuerpo. Los bordes de su visión se volvieron borrosos y se balanceó ligeramente sobre sus pies.

El brazo fuerte de Leif se resbaló a su alrededor y la atrajo hacia él, girándose para mirarla de frente. La solidez de su cuerpo la estabilizó. Luego, con su otra mano, le levantó la barbilla. En ese momento, al encontrarse con sus ojos, un rayo de calor le atravesó el centro como si le grabara el alma. Su respiración se detuvo y sus huesos se derritieron. Fue instantáneo y absoluto. El beso cálido que él presionó sobre sus labios selló sus votos y sus destinos. Y entonces la ceremonia terminó. Ahora era la vizcondesa de Neville. La esposa de Leif.

Los documentos fueron firmados. Las grandes manos del posadero golpearon la espalda de Leif y Mirren la abrazó rápidamente. Después, todo el grupo de la boda, si es que podía llamarse así, salió de la capilla y se dirigió de nuevo a la posada.

Abbigael y Leif caminaban uno al lado del otro, siguiendo a los demás. Estaba decidida a no mirar a su nuevo esposo, temiendo que él pudiera ver en sus ojos lo que ella no lograba disimular por completo. Nunca se había considerado alguien con deseos tan intensos, pero, ahora que la ceremonia había concluido, lo único en lo que podía pensar era en la noche de bodas. ¿La llevaría a la habitación de inmediato? Una imagen de ambos, desnudos en una estrecha cama en plena luz del día, cruzó su mente, y un escalofrío de anticipación le recorrió la piel.

—¿Tenéis frío?

—No. No, estoy bien. —No estaba bien. En realidad, tenía demasiado calor.

Ya casi estaban en la posada, solo unos pasos más y cruzarían la puerta. La creciente expectativa le hacía hormiguitar los nervios y sentir un torrente en su sangre. Sus rodillas empezaban a sentirse débiles, y estaba tremendamente tentada de lanzar una rápida mirada a Leif. Ahora él era su esposo. Y ella su esposa. O lo sería una vez consumado el matrimonio. «Dios mío». ¿Por qué no podía apartar esos pensamientos de su cabeza? Debería sentir al menos una pizca de modestia y recato ante lo que estaba por venir. ¿No era eso lo propio de una novia sonrojada? Leif la tomó del codo al cruzar el umbral de la posada. Ese contacto casual casi hizo que su alma abandonara su cuerpo. Si Leif notó su extraño comportamiento, decidió no mencionarlo.

—Antes me he tomado la libertad de encargarme de una comida —le informó—. Mientras coméis, yo me ocuparé de añadir algunas comodidades al carruaje para el trayecto de vuelta a Londres.

—¿Qué? ¿Nos vamos ya? —Abbigael olvidó su propósito de evitar su mirada y se volvió hacia él, sorprendida.

—Debemos regresar cuanto antes. Hay mucho que hacer, y los Blackbourne estarán preocupados por vos.

—Sí. Solo pensé... —su voz se desvaneció.

¿Cómo admitirle a su esposo que estaba esperando acostarse con él? Menuda tontería. Tal vez esas cosas no se hacían a plena luz del día. Tendría que esperar hasta la noche. Ya no iban con tanta prisa como para no poder detenerse en una posada y pasar allí la noche.

—¿Pensasteis qué? —Leif inclinó la barbilla y pareció buscar su mirada.

¿Vio preocupación en sus ojos? ¿Divertimiento? ¿Curiosidad? No podía decirlo. Sus emociones estaban bien ocultas, y sus propios sentimientos, en pleno caos, confundían su percepción.

—Nada. Tenéis razón. No hay forma de saber qué historias se habrán esparcido por el pueblo. Lo mejor es volver y tomar las riendas del escándalo lo antes posible.

—Cierto. Bueno, comed cuanto queráis. Llevaremos un cesto para el camino, pero dudo que sea tan satisfactorio como lo que podréis disfrutar esta mañana.

—¿No vais a comer? —Intentó mantener un tono ligero, lo justo para que no pareciera que le importaba realmente su respuesta. La verdad era que se sentía tremendamente dividida. Por un lado, ansiaba unos momentos a solas para poner en orden sus pensamientos desbocados y calmar sus nervios. Pero, por otro, deseaba su compañía, aunque solo fuera para compartir juntos el desayuno. No solía ser indecisa. ¿Desde cuándo se había convertido en una tonta de remate?

—Ya he comido antes. Voy a encargarme de que todo esté listo para el viaje. Salid al carruaje cuando terminéis.

Abbigael observó su ancha espalda en tanto él se alejaba con paso rápido y decidido. Su mirada permaneció fija en el umbral varios minutos después de que él hubiera pasado por la puerta y desaparecido fuera. Luchaba por encontrar una explicación a su transformación de canalla burlón a caballero formal y distante. ¿Era posible que no fuera la única que se sintiera intrínsecamente transformada por la ceremonia que los había unido?

Capítulo 18

Abbigael caminaba de un lado a otro en la pequeña habitación, sus pies descalzos deslizándose suavemente sobre la alfombra de lana. Se había cambiado y ahora llevaba puesto el camisón, con el cabello cayendo libremente sobre su espalda. Lo había cepillado hasta que los mechones claros reflejaban destellos dorados a la luz de las velas. No había reloj en la habitación, pero su sentido del tiempo le decía que ya habían pasado unas horas desde que empezara a inquietarse. Horas de caminar de un lado a otro, deteniéndose de vez en cuando para mirar el cielo negro y estrellado desde la ventana, y luego retomando su paseo. Horas escuchando cómo el ruido en la sala común aumentaba a medida que los clientes disfrutaban de la noche, y luego disminuía poco a poco hasta que solo se oía algún grito masculino ocasional y el sonido esporádico de una silla pesada arrastrándose por el suelo de madera. Habían llegado a la posada entrada ya la noche. Era evidente que Leif habría preferido continuar el viaje, pero el estado de agotamiento del cochero y de los caballos, sin mencionar el de su esposa, debió de hacerlo cambiar de opinión. La pequeña posada rural estaba bien iluminada y llena a su capacidad para esa noche.

Al entrar en la sala común, Abbigael y Leif tuvieron que esquivar a una familia de cuatro niños pequeños que se iban retirando de la mesa del comedor y subían las escaleras camino de sus camas. El bebé más pequeño estaba acurrucado en el pecho cansado de su madre, con sus largas pestañas pálidas rozando sus mejillas redondeadas y la boca entreabierta en pleno sueño. Abbigael sintió una suave punzada en el vientre. Al otro lado de la sala, un trío de jóvenes se desplomaba de cualquier manera alrededor de una mesa en la esquina, con grandes jarras de cerveza en las manos. Parecía que estaban bien encaminados hacia el olvido del resto de la noche.

Leif condujo a Abbigael hasta una mesa cerca de las escaleras y luego fue a gestionar una habitación y algo de comida. Posteriormente, comieron sus empanadas de carne en relativo silencio. Leif había mantenido una actitud de distracción durante todo el día. Una vez más, Abbigael soportó el largo trayecto sin un compañero de conversación dispuesto. Se le ocurrió el obligarle a hablar con ella, pero no tenía muy claro cómo lograrlo. Sus intentos típicos de conversación se encontraban rápidamente con respuestas cortas y monótonas que solo conseguían aumentar su irritación. Finalmente, se rindió y recurrió a la rutina que había adoptado durante el viaje hacia el norte: girarse en el asiento y fijar la vista en la ventana. Pensó que era eso o ponerse a buscar en el carruaje algo que lanzarle a su flamante esposo.

Después del viaje en silencio y de la comida igualmente silenciosa, Leif murmuró algo sobre tener que revisar el carruaje y los caballos, y que ella podía subir a la habitación, que él iría en cuanto terminara con sus tareas. Eso había sido al menos... Abbigael detuvo su paso para calcular cuánto tiempo había pasado... unas cuatro horas. Lo que significaba que ya debía de ser más de las dos de la madrugada. Miró la puerta cerrada de su habitación, sintiéndose abatida. Había dicho que subiría, ¿no? Al fin y al cabo, era su noche de bodas. Se sentó en el borde de la cama. Era una cama sorprendentemente grande para las proporciones relativamente pequeñas del resto de la posada. Incluso el posadero y su esposa eran de complexión menuda. ¿Dónde estaba él? Bajó la vista hacia sus manos, que descansaban inmóviles sobre los pliegues inmaculadamente blancos de su camisón. Sus dedos estaban desnudos. Sin anillo. En ese

momento, no había nada en ella que le hiciera sentir ni un ápice como esposa. Sus dedos se cerraron hacia sus palmas hasta formar puños apretados. Esta no era la forma en que pensaba empezar su matrimonio. Sola en su habitación, esperando con una mezcla de impotencia y ansiedad a un esposo que tal vez nunca llegara. Quería una relación de pareja, una unión de deseos y anhelos compartidos, de compromiso y entendimiento. No iba a quedarse sentada esperando a descubrir qué quería él de ella. Iba a buscarlo y a decirle lo que *ella* quería. Lo quería a él. Seguidamente, Abbigail se puso de pie y se dirigió decidida hacia la silla donde estaba su chal. Lo envolvió alrededor de sus hombros, cubriéndose desde el cuello hasta las rodillas. No había tiempo para vestirse.

Salió de su habitación, avanzando con paso firme por el corto pasillo, descalza, y descendió las estrechas escaleras con la cabeza bien alta. Al llegar abajo, se detuvo, su avance frenado por el sonido cálido y aterciopelado de la inconfundible risa de Leif. Era un sonido que había encendido su sangre en muchas ocasiones, pero esta vez le provocó un helado nudo de temor en el corazón. Apretó los dedos en el tejido de su chal entre tanto forzaba un paso más, luego otro, hasta que pudo asomarse desde la esquina. Lo vio enseguida, sentado entre el grupo de jóvenes que había notado a su llegada. Los caballeros, que ya llevaban horas disfrutando de la cerveza, ahora se tambaleaban en sus asientos, inclinando peligrosamente la cabeza hacia sus jarras. Gritaban unos sobre otros en una charla bulliciosa. Mas Leif no se tambaleaba ni se inclinaba. Este permanecía firme y seguro, aunque visiblemente relajado, quizás por la voluptuosa camarera que se sentaba cómodamente sobre sus fuertes muslos, con la gran mano del lord en la curva de su cadera. La descarada mujer se apoyaba contra el pecho de Leif, con sus pechos casi bajo su barbilla, en tanto le susurraba algo al oído. Los labios de la camarera rozaban con suavidad el contorno de su oreja mientras hablaba. Abbigail sintió náuseas. Retrocediendo hacia la esquina, fuera de su vista, apoyó la espalda contra la pared y respiró lenta y profundamente para calmar la intensa sensación de malestar que le revolvía el estómago.

Estúpida, estúpida muchacha. ¿Qué había esperado? Ese hombre era lo que era. Un mujeriego, un seductor, un sinvergüenza. Lo sabía desde el principio. ¿Acaso no se había advertido contra él desde el primer día? ¿Por qué esperaba que el matrimonio cambiara a un hombre así? Desde el principio él le había dicho que necesitaba su dinero, no a ella. Claramente, tenía una fila de mujeres deseando conseguir un lugar en su regazo y en su cama. De alguna forma, consiguió regresar a su habitación, aunque no recordaba haber subido los escalones ni haber cerrado la puerta tras de sí. Allí de pie, miró la cama con una mirada fría y dura. La cama en la que había imaginado su noche de bodas. Ahora, esta burlaba, vacía y fría. Nada en el mundo la convencería de meterse entre esas sábanas y quedarse quieta esperando a que su esposo acudiera a ella después de su escapada romántica.

Dándose la vuelta con un movimiento brusco, lejos de la vista de aquella ofensiva pieza de mobiliario, Abbigail se quitó el chal de los hombros y se despojó del camisón de un tirón hasta quedarse desnuda en el centro de la habitación. Aunque una ligera capa de escarcha cubría la ventana, no sentía frío. En cambio, sentía el calor de una ira indignada y una feroz decepción. Agarró el vestido prestado con los dedos tensos y se lo echó por la cabeza, casi agradecida por el dolor en el cuero cabelludo en cuanto un botón se enganchó en su cabello. Tras ajustar el vestido, se trenzó rápidamente el cabello en una larga trenza y reunió sus pocas pertenencias. Tuvo que detenerse un instante al darse cuenta de que tendría que atravesar la sala común sin ser vista para poder llegar a las caballerizas. Al final, fue sorprendentemente fácil. Una rápida ojeada al ruidoso grupo de hombres le confirmó que todos estaban enfrascados en un acalorado debate sobre si las botas Wellington eran tan prácticas como elegantes. La camarera no estaba a la vista,

pero Abbigael no dudaba ni un segundo de que volvería. Se cubrió la cabeza con el chal, ocultando parcialmente su rostro, y, tras asegurarse con una rápida mirada de que Leif seguía ocupado, cruzó la sala y salió por la puerta. No soltó el aire que había contenido hasta que estuvo fuera, segura de que nadie había notado su momentánea incursión ni su posterior huida.

Leif miró hacia las escaleras por centésima vez. El dolor en la ingle volvía a hacerse presente. Debería simplemente subir. Quería hacerlo. Desesperadamente. Pero algo lo retenía. Una extraña y tensa sensación en el pecho que se contraía cada vez que pensaba en su esposa. Se la imaginaba acurrucada en el centro de la cama, cálida, contenta, y ajena a los pensamientos lascivos que lo habían consumido durante los últimos dos días. Desde el momento en que se convirtió en su esposa y comprendió que ella le pertenecía de la forma más elemental y primitiva, había tenido que hacer un enorme esfuerzo para no cargarla sobre el hombro y llevarla a la cama para entregarse a un desenfreno salvaje y completo. Imaginaba mil formas de reclamar su cuerpo y hacerla gozar. Se le ocurrían cosas que jamás había pensado hacer con nadie más. Parte de él quería sorprenderla y asustarla con su ansia sensual. Quería despojarla de su inocencia, arrastrarla con él a profundidades carnales desconocidas, hasta que todo lo que ella supiera de sexo y pasión fuera lo que él le hubiera enseñado.

La única forma en que había conseguido mantener sus manos codiciosas alejadas de ella durante el trayecto en el carruaje fue ignorándola por completo. Pero al cerrar los ojos para bloquear la tentadora imagen que ella ofrecía, acurrucada en el asiento opuesto, invitó a su imaginación a crear toda clase de imágenes perversas de su nueva esposa. La pobre muchacha no merecía semejante trato, ni siquiera si los actos lujuriosos que él imaginaba permanecían confinados en su mente. «Por ahora». Había esperado ahogar su deseo en cerveza de pueblo y perderse en distracciones masculinas familiares. En cambio, el entretenimiento elegido resultó insulso y ni de lejos consiguió alejar sus pensamientos de la mujer que descansaba arriba, en la planta superior. La bebida no era tan reconfortante como esperaba, y los compañeros con los que había decidido compartirla no eran ni remotamente ingeniosos. De hecho, cuanto más sorbos daba a su cerveza y más se obligaba a reír con aquel trío de individuos insoportables, más deseaba deslizarse en la cama junto a ella y aplacar el fuego que le quemaba la sangre. Eso le aterraba, realmente le aterraba, la intensidad de la necesidad que sentía por aquella muchacha menuda. Había esperado que, tras poseerla una vez, su deseo se viera saciado. Imaginaba que su ansia se debía a la novedad que ella representaba. Una pura inocente. Furiosa y vulnerable. Dependiente de él. Se había equivocado por completo. Por tanto, si era cuestión de novedad, esta no se había desvanecido aún. De hecho, su necesidad de ella parecía crecer exponencialmente con cada hora que pasaba.

Una carcajada estruendosa estalló en la mesa. Sus compañeros estaban tan borrachos que probablemente acabarían roncando sobre sus almohadas en poco tiempo. Leif miró hacia las escaleras otra vez. El sudor brotó en su frente, y se pasó la mano por el cabello. Si no se sintiera tan miserable, se estaría riendo de sí mismo. ¿Quién habría pensado que podría verse tan derrotado por una mujer tan pequeña? Negó con la cabeza, sintiendo cómo la banda invisible en su pecho se tensaba aún más. La pobre muchacha *realmente* no se merecía a alguien como él.

—¿Qué os pasa, cariño? No parece que podáis mantener la mente en el presente.

Leif dibujó una sonrisa despreocupada en sus labios. Era un gesto ensayado, una muestra de encanto inconsciente que había usado tantas veces que le salía de manera automática. La camarera no había sido precisamente sutil en cuanto a quién deseaba entregarle sus favores esa noche. Se había arrojado a su regazo tantas veces que sospechaba que sus muslos estarían doloridos al día siguiente. El suave trasero acolchado de la muchacha no compensaba su total

falta de gracia.

—Os prometo, cariño, que mis pensamientos no tienen nada de interés para vos.

—Dudo mucho eso. —La camarera se encogió de hombros, redondeados, y su generoso escote estuvo a punto de escaparse del corsé.

—Sois lo bastante lista como para saber ya que esta noche no estoy en disposición de aceptar nada. —Leif sonrió ante su persistencia.

—No me gusta rendirme ante lo que quiero. —Su puchero fue casi encantador.

—A mí tampoco, cariño. —Leif se apartó de la mesa y se levantó. Inclinandose en un saludo alegre hacia la camarera y luego asintió hacia los otros caballeros—. Es hora de retirarme. Os deseo buenas noches y os ofrezco mis condolencias por la horrenda mañana que probablemente todos compartáis. —Su partida fue recibida con algunas protestas sinceras, aunque torpes, pero le alegró ver que la camarera giraba su atención hacia un caballero que parecía conservar aún algo de lucidez.

A continuación, subió las escaleras. Todo estaba oscuro, casi completamente a oscuras en esa hora previa al amanecer, y agradeció la falta de luz, que le obligaba a centrarse en no chocar de frente contra una pared. Aun así, en tanto se acercaba a su destino, no pudo evitar que los recuerdos viscerales de irlandesa comenzaran a invadir su mente. El susurro sensual de sus suspiros. El aroma a flores silvestres de su piel. Imágenes de su figura arqueándose de placer, sus brazos buscándole, sus piernas rodeando sus caderas. El suave verde mar de sus ojos volviéndose oscuros y turbulentos con el deseo. Los detalles le asaltaban uno tras otro, hasta que todos sus sentidos quedaron inundados con ella. Cuando alargó la mano para girar el pomo de la puerta de su habitación, se dio cuenta de que su mano estaba temblando. ¿Qué demonios le había hecho ella? Ignorando aquella perturbadora muestra de debilidad, empujó la puerta y entró en la habitación, cerrándola con cuidado tras él. La habitación estaba a oscuras, pero sus ojos ya se habían adaptado. No había lugar a dudas sobre lo que veía, o más bien, lo que no veía. La opresión en su pecho se intensificó sin piedad y le cortó la respiración. La irlandesa se había ido.

Capítulo 19

Abbigael bajó del carruaje con cautela, pisando la acera frente a la mansión de los Blackbourne. Miró a su alrededor, esperando a medias que su repentina aparición provocara algún tipo de pandemonio en el vecindario. «La heredera perdida ha regresado». Aunque luciendo desaliñada y agotada, con su vestido prestado cubierto de polvo del camino y aterrorizada por lo que la esperaba tras las puertas dobles que tenía frente a ella. Sin embargo, la calle estaba tranquila. Nadie la miraba ni señalaba en su dirección. Ningún agente de Bow Street salía de las sombras para bombardearla con preguntas. Era como si nunca se hubiera ido, como si la vida en Londres hubiera seguido su curso sin la más mínima alteración visible. El concepto la irritaba.

Para ella, los últimos dos días habían sido un incómodo ejercicio de autoevaluación. La ansiedad que la había acompañado era opresiva, pues no dejaba de imaginar que su marido podría alcanzarla en cualquier momento. Podría estar tan solo un par de horas detrás de ella. Si él hubiera estado decidido, podría haber recuperado ese tiempo fácilmente durante las paradas que ella había hecho por el camino. Por otro lado, no había forma de saber cuánto tiempo habría tardado en darse cuenta de que se había marchado. Si había encontrado otro lugar donde pasar la noche, quizá había dormido hasta bien entrada la mañana siguiente. Podría estar hasta medio día por detrás, y eso solo si sentía la necesidad de seguirla de inmediato. Con la misma facilidad podría haber decidido tomarse su tiempo para perseguir a su esposa fugitiva.

Las múltiples posibilidades sobre cuándo y cómo volvería a verle mantuvieron a Abbigael especulando y preocupándose durante todo el viaje de regreso. Por supuesto, el lord exigiría una explicación sobre por qué había huido y le había dejado abandonado en la pequeña posada de carretera. Y ella tendría que enfrentarse a él, mirarle a los ojos, a la intensidad que siempre parecía arremolinarse en su mirada, y admitir... ¿qué? Que había estado enfadada y herida por su abandono conyugal. Que había estado abrumada por la decepción y el arrepentimiento. Que había actuado como una niña inmadura y solo había pensado en vengarse de su indiferencia cruel. Se sentía como una mocosa malcriada. Una mujer madura y razonable no huía al primer signo de adversidad.

Cuadrando los hombros, se giró hacia el cochero, le agradeció por haberla escoltado hasta casa y luego subió las escaleras hacia la puerta principal. Resolvería qué hacer con su marido más tarde. Ahora mismo, necesitaba asegurar a los Blackbourne que estaba de vuelta en Londres sana y salva, y luego encontrar la forma de informarles de su matrimonio. Se obligó a no moverse nerviosamente entre tanto esperaba que alguien respondiera a su llamada. El noble mayordomo, Hastings, ni siquiera pestañeó cuando abrió la puerta y se encontró con su apariencia menos que impecable. Simplemente dio un paso al lado y asintió para que entrara.

—*Lady Neville*. Su llegada ha sido muy esperada. Les aguardan en el salón.

Con sus primeras palabras, el estómago de Abbigael se desplomó hasta los pies y luego rebotó de vuelta al pecho. La había llamado *lady Neville*. Miró al mayordomo, incrédula. ¿Cómo podía saber él de su nuevo título?

—Adelante, mi señora. Están ansiosos por saber cómo se encuentra. —Los rasgos rígidos y curtidos de Hastings se suavizaron ligeramente.

Su mirada se dirigió hacia la puerta abierta del salón. Sin que lo decidiera conscientemente,

sus pies la llevaron por el pasillo en esa dirección. Había esperado sorpresa ante su regreso. Al menos, había anticipado tener que explicar lo sucedido y que se había casado con Leif. Pero la evidencia de que, de algún modo, los Blackbourne ya sabían de su cambio de circunstancias la desconcertó y llenó de una inquietante sensación de aprensión. Al llegar al salón, se detuvo en el umbral.

Lady Blackbourne paseaba de un lado a otro frente a la chimenea, con todo el cuerpo tenso por la obvia agitación. El conde estaba sentado en una esquina del sofá, con una muñeca colgando sobre el brazo curvado del mueble y la otra mano apoyada con la palma hacia abajo junto a él. Su postura habría parecido inofensiva si no fuera por la mirada intensa que dirigía hacia el hombre sentado en la silla frente a él.

Incapaz de resistirse a mirarlo por más tiempo, Abbigael dirigió su mirada hacia su marido. Estaba acomodado con una despreocupación evidente en el mullido sillón, como si se hubiera dejado caer en él sin molestarse en ajustarse para mayor comodidad. Una pierna colgaba por encima del brazo del sillón, su cabeza descansaba contra la esquina del respaldo alto y sus ojos estaban cerrados, como si estuviera dormido. Lucía terriblemente apuesto, y Abbigael sintió un nudo en la garganta, hinchado por la punzante decepción que la había llevado a huir de él en su noche de bodas.

—¡Abbigael! —La condesa finalmente se dio cuenta de su presencia en el umbral. Desde el borde de su visión, Abbigael vio cómo esta daba unos pasos apresurados hacia ella antes de detenerse bruscamente. Al mismo tiempo, el conde se levantó rápidamente de su asiento. La preocupación de los Blackbourne era evidente, y Abbigael sintió cómo el calor de la vergüenza le subía a las mejillas, pero no logró apartar los ojos del único hombre al que no esperaba encontrar allí. La reacción de él ante la exclamación de *lady* Blackbourne probó que no estaba dormido en absoluto. Abbigael observó cómo abría los ojos lentamente. Su mirada atenta recorrió su figura de pies a cabeza en tanto ella permanecía rígida en el umbral, y luego esbozó una sonrisa cargada de aplomo perezoso. Los dedos de Abbigael se curvaron dentro de sus zapatos.

—Hola, irlandesa —dijo lentamente—. Me alegra ver que habéis llegado entera.

Los días de viaje, ansiedad y anticipación la habían dejado físicamente y emocionalmente agotada. Sin embargo, al escuchar su tono casual y sus palabras burlonas, Abbigael sintió de repente una oleada de energía. Sin dirigir una sola mirada a los demás ocupantes de la habitación, la joven giró sobre sus talones y salió a grandes zancadas cruzando el pasillo. Hastings se apresuró a abrirle la puerta antes de que ella llegara, y Abbigael salió decidida al exterior y bajó las escaleras. El carruaje prestado ya no estaba, así que, sin otra opción, se giró y comenzó a caminar por la acera. No sabía dónde iba. No le importaba que, una vez más, estuviera huyendo de una situación que no sabía cómo manejar. Quizás era hora de aceptar simplemente que era una cobarde de pacotilla. Sus manos se cerraron en puños a ambos lados cuando escuchó pasos corriendo hacia ella desde atrás.

—Iris, esperad. —Leif cerró su mano alrededor de su brazo y ella se detuvo, aunque estaba a punto de llegar al límite en el que resistirse físicamente, allí mismo en la acera, le habría parecido una opción viable. Aunque no estaba lejos.

La flamante señora Neville se giró para enfrentarse a su marido, alzando la barbilla e intentando reunir cualquier pizca de dignidad que pudiera quedarle. Una tarea que se volvió más difícil cuando notó que él debía haber llegado a Londres horas antes. Estaba fresco, confiado, con ropa limpia. Se había lavado y afeitado. Podía oler el jabón de sándalo que probablemente había usado. Por un contraste cruel, ella se sintió aún más desaliñada y patética.

—¿Cómo habéis llegado tan rápido? —Sus palabras sonaron irritadas, incluso a sus propios oídos.

—¿Por qué me dejasteis? —Leif seguía sujetándola por el brazo, pero ante su pregunta, la soltó lentamente y dio un paso atrás. Bajó la barbilla, y sus ojos avellana la miraron fijamente, sin pestañear.

Abbigael se mordió el labio, reacia a responder. Y él no parecía más inclinado a contestar su pregunta.

—No parecéis contenta de verme —comentó con tono impasible después de un momento de prolongado silencio, mientras él esperaba una respuesta que no llegaba y Abbigail permanecía firme en su negativa a dar explicaciones.

—Estoy humillada —soltó de repente, con una franqueza que los sorprendió a ambos.

Levantó las cejas, desconcertado.

—¿Perdón? —Levantó las cejas, desconcertado. Lo dijo como si fuera una pregunta, como si al pronunciarlo dudara de que fuera la respuesta adecuada.

—No. Lo siento yo. —Abbigael suspiró y sus hombros cayeron, derrotados.

Lord Riley la miró de reojo, pero no la interrumpió.

—No debería haberme escapado. Fue algo imprudente, tonto, infantil. —Echó un vistazo hacia la mansión—. Oh, lo que deben estar pensando de mí —murmuró.

—No os preocupéis por los Blackbourne. Les conté los puntos importantes de nuestra pequeña escapada. En cuanto a explicar cómo nos separamos, les dije que todo fue un malentendido. —Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba, y pasó una mano por su cabello, despeinándolo de una forma que lo hacía parecer juvenil y que a Abbigail le hizo perder el equilibrio emocional—. Teniendo en cuenta mi propia confusión, un malentendido parece estar tan cerca de la verdad como cualquier otra cosa. No están del todo convencidos de que no fuisteis coaccionada para ir a Gretna Green bajo amenaza de violencia o alguna advertencia ruin. Podéis decidir vos misma si queréis disuadirlos de esa idea. Sin embargo, creen que ahora estamos legalmente casados.

—El matrimonio no se consumó. —Unos ojos claros, verde mar, se encontraron con unos profundos, color avellana. Sus palabras lo sobresaltaron, y a ella también. Acto seguido, observó cómo su marido tragaba visiblemente, y una expresión extraña se asentó en su rostro. Parecía como si fuera a atragantarse.

—Yo no... —Se detuvo, carraspeó y volvió a empezar—. No les dije eso.

Pasaron unos segundos de silencio llenos de una tensión extraña y nueva, que no era del todo desagradable. Ella no había querido decir eso. Y la forma en que lo había dicho... Sonaba terriblemente similar a una acusación. Ojalá pudiera retirarlo. Abbigail apartó la mirada y trató de distraer la creciente incomodidad observando a un niño empujando un carrito de vendedor al otro lado de la calle y a una pareja mayor caminando del brazo un poco más adelante.

—¿Por eso os fuisteis? —La pregunta de Leif fue susurrada, con un claro matiz de incredulidad.

Volvió a mirarlo y vio cómo el brillo de la comprensión comenzaba a iluminar su rostro. Se mordió el labio, en tanto la vergüenza le encendía las mejillas. Leif tosió y luego balbuceó. Seguidamente, estalló en una carcajada tan intensa que le salieron lágrimas de los ojos. Se reía tanto que tuvo que doblarse y apoyarse en las rodillas para no caerse al suelo.

Abbigael se quedó congelada en su sitio durante un momento, observando su incontrolable hilaridad, considerando seriamente plantar la bota contra su atractivo trasero para ayudarlo a encontrarse con el suelo. Seguro que estaría más cómodo rodando por la hierba, visto lo mucho

que le costaba mantenerse en pie. En lugar de eso, giró sobre sus talones y marchó de vuelta hacia la mansión Blackbourne. No obstante, no quería volver a entrar por la puerta principal y causar otra escena, así que, al llegar al camino que conducía a las caballerizas detrás de la casa, giró bruscamente y continuó hacia el patio adoquinado. Le llevó unos momentos a Leif alcanzarla, todavía jadeando por las carcajadas que seguían sacudiéndole el pecho. Ella estaba decidida a ignorarle, aunque anticipó que él le pondría la mano en el brazo para frenarla. Lo que no esperaba, sin embargo, era que la alzara completamente del suelo. Enseguida, se aferró a su cuello y miró al suelo con pánico entre tanto sus largas zancadas los llevaban a ambos hacia las caballerizas.

—¿Qué estáis haciendo?

—Estáis enfadada conmigo —respondió a modo de explicación. Una amplia sonrisa dividió sus labios, mostrando sus dientes blancos—. Necesitamos arreglar eso.

—No me gusta que os riais de mí. —Si bien descubrió que le gustaba, y mucho, que él la llevase en brazos, le daba una excusa maravillosa e inesperada para aferrarse con fuerza a sus anchos hombros.

Al entrar en las sombras de las caballerizas, Leif caminó hacia una gran caja de almacenamiento y se sentó, acomodándola en su regazo. Enlazó los brazos alrededor de sus caderas, manteniéndola en su sitio.

—Cariño, os juro que no me estaba riendo de vos. Fue solo el impacto de darme cuenta de lo idiota que he sido. Debería haber entendido antes que no sois tan diferente de las mujeres que he conocido. —La miró con una expresión sincera, aunque todavía divertida.

—¿Os referís a la camarera que calentó vuestro regazo la última vez? —Abbigael se tensó y entrecerró los ojos.

—¿La camarera de la posada? —Alzó las cejas.

Abbigael apretó los dientes. Leif suspiró y la atrajo un poco más hacia él.

—No pasó nada con ella. Ella lo ofreció. Yo lo rechacé.

—¿Y se supone que debo creerlos?

—Sí, deberíais. Cuando os dije que siempre sería honesto con vos, lo decía en serio.

Abbigael no sabía explicar cómo, pero sentía la verdad en sus palabras. Una tenue sensación de alivio comenzó a envolver su corazón.

—Puede que eso sea cierto —replicó—, pero alguien debería haberos explicado que no es prudente colocar a vuestra esposa en la misma categoría que a vuestras mujeres anteriores.

El lord se rio, y Abbigael sintió el retumbar de su risa donde su costado estaba apoyado contra su pecho. Leif bajó la barbilla hasta que su rostro quedó a escasos centímetros de la suya. Por su parte, la joven irlandesa notó el calor de su aliento contra su mejilla y su atención se desvió automáticamente hacia sus labios bien formados.

—Creedme, irlandesa, llegareis a apreciar mi experiencia previa —afirmó con una voz suavemente desafiante—. Aunque, para que quede claro, nunca cometería el error de pensar que os parecéis a ellas en la mayoría de los aspectos. Sin embargo, en ciertas cosas, quizá no seáis tan distintas. —Su voz bajó a un tono que fluyó sobre su piel como miel fundida—. Todas las mujeres desean pasión, ya sea una cortesana escarlata o una virgen impoluta.

—O una novia tocada una vez —susurró.

—Exacto. Parece que tenéis algunas cosas que enseñarme, irlandesa. Hasta ahora no he hecho bien este nuevo papel. —Sus ojos ardieron, y movió su mano posesivamente sobre la curva de su cadera.

—Ya me advertiste que serías un marido terrible —masculló Abbigael, incapaz de apartar la

vista de sus labios.

—Lo hice. En cambio, todavía tengo la intención de compensarlo. Esta noche iremos a los Jardines de Vauxhall.

—A partir de ahora, prometo ser un alumno muy dispuesto. —Bajó la cabeza y sus labios alcanzaron los de su esposa. El beso fue dulce y atento. En cuanto empezó a faltarle el aire, él se apartó apenas un centímetro. Levantándose de repente, la colocó de pie, sosteniendo su cintura entre las manos en tanto ella se tambaleaba un momento antes de recuperar el equilibrio. Tan pronto como lo hizo, Leif la soltó y dio un paso atrás.

—Volveré a por vos esta noche. A las siete. Preparaos. —Entonces, con un guiño y una sonrisa desenfadada, se dio la vuelta y se marchó.

Capítulo 20

Abbigael estaba asombrada por la aglomeración de carruajes en la calle mientras se acercaban a los Jardines de Vauxhall. Era una noche cálida, lo que probablemente contribuía a atraer a una multitud tan numerosa. También había oído al conde comentar que el concierto, con nuevas obras compuestas por alguien cuyo nombre Abbigail no reconocía, se esperaba que tuviera una acogida excepcional. Una sensación de entusiasmo creció en su pecho en tanto contemplaba la velada que le esperaba. Estaba desesperadamente necesitada de una distracción agradable.

Más temprano ese día, cuando finalmente reunió el valor para enfrentarse a sus anfitriones, Abbigail descubrió que la condesa había decidido culparse a sí misma por la situación actual de Abbigail, dado que Leif era su amigo personal. Parecía pensar que debería haber sido capaz de frustrar los planes diabólicos de él, aunque Abbigail le aseguró que no había forma de que nadie pudiera haber anticipado los eventos que llevaron a la fuga. El conde, por su parte, se ofreció a ayudar a Abbigail a obtener una anulación. En cambio, esta le dijo que le haría saber si sentía la necesidad de recurrir a semejante solución. Costó un esfuerzo significativo, pero Abbigail finalmente logró convencerlos a ambos de que, aunque el viaje a Gretna Green no había comenzado como una idea suya, para cuando llegaron, estaba completamente de acuerdo con la fuga.

En general, la conversación fue bastante bien, hasta el momento en que la condesa se volvió hacia ella con una expresión que revelaba su renuencia a decir lo que estaba a punto de decir.

—Abbigael, querida, tuvimos que notificar a vuestro padre sobre lo ocurrido.

—¿Mi padre? —El corazón de Abbigail se paralizó de súbito por el pánico. Había evitado deliberadamente pensar en lo que su padre podría opinar de su matrimonio. Había esperado tener tiempo de sobra para encontrar la forma adecuada de informarle de la situación.

—Para seros sincera, probablemente estaría aquí ahora si no me hubiera demorado en enviarle el mensaje una vez que descubrimos que estabais con lord Neville. —Un ceño oscureció el elegante rostro de la condesa—. Esperaba que ese hombre estúpido recapacitara y os devolviera sana y salva, pero cuando quedó claro que eso no iba a suceder, no tuvimos más remedio que enviar una carta a *sir* Félix.

—Lo entiendo —respondió Abbigail, aunque deseaba que pudiera haberse pospuesto. La implicación de su padre era inevitable—. ¿Ha enviado alguna respuesta?

—Recibimos su respuesta esta misma mañana. Estará en la ciudad dentro de dos días.

No era mucho tiempo para idear cómo convencer a su padre de aceptar a un descarado cazafortunas como yerno. Era un asunto que tendría que afrontar, pero por esta noche, Abbigail se prometió a sí misma dejar de lado las preocupaciones que aún flotaban en torno a su matrimonio y simplemente disfrutar. Le sorprendía lo emocionada que estaba ante la perspectiva de pasar la velada en los renombrados jardines de recreo.

Avanzando en el lento flujo de carruajes, finalmente llegaron a la entrada principal de los Jardines. Leif salió del carruaje prestado y se giró para ayudar a Abbigail a bajar. La sonrisa que le dedicó entre tanto tomaba su mano y la ayudaba a tocar el suelo estaba llena de un encanto masculino y una pizca de travesura pícaramente provocadora. Ni siquiera tuvo que decir nada. Su mirada arqueada le dejó claro que el granuja burlón había vuelto con toda su fuerza.

Una sonrisa curvó los labios de Abbigail antes de que pudiera detenerla. Algo en ese momento le llenó de una sensación de aventura inminente. Sentía que estaba al borde de algo espectacular y estaba más que lista para descubrir qué le deparaba esta nueva vida como *lady* Neville. Ya era hora de experimentar algunas noches frívolas. Lanzó una mirada disimulada hacia Leif. Y quién mejor para explorarlas que un maestro del entretenimiento sensual. Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando su marido le colocó la mano en el pliegue de su brazo y avanzaron juntos a través de la entrada arqueada.

La multitud fluía a su alrededor en grupos de distintos tamaños y a diferentes ritmos. Risas y una alegre sensación de júbilo impregnaban el aire. Los Jardines de Vauxhall era uno de los pocos lugares sociales que atraía y fomentaba la asistencia de personas de todas las clases. La entrada era asequible, y los administradores se enorgullecían de ofrecer una variada programación musical, menús de cena envidiables y un sinfín de espectáculos para deslumbrar y maravillar a los visitantes año tras año. Algunos decían que los Jardines habían pasado su época de esplendor, pero al observar las multitudes que los rodeaban, Abbigail no podía imaginar que esas personas estuvieran en lo cierto.

Continuaron por el camino de grava adentrándose más en el jardín, donde empezó a escuchar las notas suaves y melodiosas de la música que se entrelazaban con el aire, deslizándose entre los imponentes olmos.

—¿El concierto ya ha empezado?

—No os preocupéis —dijo él, sonriendo—, esta noche habrá mucho que disfrutar.

La anticipación hacía más ligeros sus pasos en tanto Abbigail se relajaba y se permitía sumergirse en la vibrante atmósfera de los jardines rebosantes de vida. Pasearon sin prisa aparente por llegar al Edificio de la Orquesta, lo que permitió a Abbigail experimentar la magia del lugar, donde cada giro revelaba nuevas maravillas: murales pintados tan hermosos que parecían reales desde la distancia, pabellones caprichosos, un obelisco gótico y varias esculturas.

Por el camino, Leif intercalaba comentarios, a veces ofreciendo una interesante explicación histórica, otras deleitándose en detalles de una anécdota divertida. Parecía que había protagonizado más de una travesura en los jardines con sus amigos, y muchas de sus historias hicieron que Abbigail se riese de las bromas y peripecias de jóvenes indisciplinados.

Desafortunadamente, al doblar la esquina de una rotonda pintada con motivos exóticos, estuvieron a punto de chocar con un pequeño grupo formado por dos parejas. De repente, Abbigail se encontró cara a cara y demasiado cerca del mismísimo lord Atwood. Su buen humor se torció bruscamente hacia el desaliento, y su mano se aferró con fuerza al brazo de Leif al ver cómo el rostro del chismoso lord se iluminaba con una expresión de pérfida satisfacción.

—Ah, ¡qué maravilla! —exclamó Atwood, guiando a su pequeño grupo hacia adelante con un gesto dramático de la mano—. Es precisamente la dama de la que acabo de hablaros.

El acompañante masculino de Atwood soltó una risita mientras observaba a Abbigail con una mirada descaradamente lasciva, y las dos mujeres cuchicheaban entre ellas detrás de sus guantes. El propio Atwood sonreía como un lobo hambriento que había identificado a su presa.

—Debo decir —añadió, dirigiéndose a Abbigail con tono mordaz—, que estoy sorprendido de veros en la sociedad decente, dadas las escandalosas habladurías que se han propagado por toda la ciudad.

El calor de la humillación inundó el rostro de Abbigail, y su lengua se sintió atada en un nudo en tanto intentaba pensar en una respuesta adecuada.

—¿Y quién se supone que sois? —La voz de Leif era jovial y animada, de un modo que Abbigail supo al instante que era falso. Retiró la mano de Abbigail de su brazo y dio un paso

adelante como si fuera a presentarse.

—Lord Geoffrey Atwood, por si necesitáis saberlo. —Atwood se giró, y aunque era fácilmente ocho centímetros más bajo, de algún modo logró mirar por encima de su nariz aguileña a Leif.

—¡Por supuesto! —entonó Leif con una amplia sonrisa—. Sois el asno de turno que no parece entender que un caballero no difunde mentiras. —Hizo una pausa, mirando más allá del hombro de Atwood—. Tened cuidado con lo que decís o hacéis cerca de este, damas. Es probable que lo sepa todo Londres por la mañana. Eso sí, con unos cuantos adornos elegidos con esmero, para hacer que la historia valga la pena, ¿eh, Atwood?

—Cada palabra que he dicho sobre ella es absolutamente cierta. Está tan loca como... —Atwood balbuceó indignado.

Nadie sabría cómo iba a terminar la frase porque el puño de Leif apareció de la nada y empujó sus palabras maliciosas de vuelta a su garganta. Una de las mujeres lanzó un chillido cuando Atwood cayó al suelo por la fuerza del golpe, pero nadie se apresuró a defenderlo. Como verdaderos amigos, sus compañeros retrocedieron, dejándolo a su suerte.

Abbigael permaneció atónita detrás del hombro de Leif. No podía negar lo gratificante que era ver a lord Atwood derribado de un solo golpe. Se merecía mucho más que el dolor de mandíbula que probablemente sufriría. Pero la humillación de su posición actual, sentado en el suelo con las piernas extendidas y una expresión de incredulidad, quizás fuera suficiente para saciar su sed de venganza.

—¿Cómo os atrevéis a agredir a un noble? —Atwood se incorporó, frotándose la mandíbula. La mirada que dirigió a Leif ocultaba un rastro evidente de cautela.

—No hay nada noble en vos, Atwood. Y me atreveré a mucho más si escucho siquiera el más leve susurro del nombre de mi esposa en vuestros labios en el futuro. —Leif soltó una carcajada. Siendo así, sonrió y dio un paso al frente, extendiéndole la mano a Atwood, que se sobresaltó ante el movimiento, como si temiera recibir otro golpe—. ¿Estamos de acuerdo? —El otro hombre dudó.

Abbigael pudo ver su desconcierto ante el extraño cambio de Leif, que pasó de pendenciero a caballero, y notó cómo el brillo de malicia volvía a sus ojos entre tanto respondía.

—¿Con alguien como vos? —se burló Atwood con una risa desdeñosa—. No sois mejor que la loca, ¿verdad? Yo diría que hay que estar igual de loco para cargar con ella.

Leif giró la cabeza hacia Abbigael, quien seguía atónita por el desarrollo de la confrontación. Jamás habría imaginado que Leif reaccionara de una manera tan física.

—Una locura que disfruto enormemente, os lo aseguro —respondió el lord, dirigiendo sus palabras a Abbigael. La calidez y la confianza que fluían de su mirada hicieron que un torrente de alegría burbujeara dentro de ella hasta que no pudo evitar la sonrisa que se dibujó en sus labios. Enseguida, Leif le devolvió la sonrisa antes de girarse de nuevo hacia Atwood—. A partir de este momento, no sabéis absolutamente nada sobre mi esposa. Ni siquiera habéis oído hablar de ella, ¿entendido? Si llego a descubrir lo contrario, empezareis a escuchar ciertas informaciones poco halagüeñas sobre vos circulando por la ciudad.

—¿Difundiríais mentiras sobre mí? —Atwood abrió la boca, boqueando incrédulo, en tanto sus ojos diminutos se agrandaban de asombro. Ni siquiera parecía darse cuenta de la irónica justicia del comentario.

—Terrible, lo sé —rebatió Leif con desgana, alargando las palabras con fingido aburrimiento—. Ahora, aunque ha sido un placer conoceros, Atwood, debemos seguir nuestro camino. Pensad cuidadosamente en lo que os he dicho y recuerda que tengo muchos amigos en

los círculos que frecuentáis. —Con una última sonrisa encantadora, se giró hacia Abbigael y le ofreció el brazo. Ella colocó su mano en el pliegue de su codo al tiempo que él miraba al cielo—. Está empezando a oscurecer. Vamos.

Por primera vez desde que se encontraron con lord Atwood, Abbigael miró a su alrededor y se dio cuenta de que una pequeña pero atenta multitud había presenciado el intercambio. Supuso que la mayoría no habría oído lo que se dijo, pero sin duda habría especulaciones. Sus mejillas se tiñeron de rubor y mantuvo la mirada fija al frente en tanto avanzaban casualmente entre los testigos. Parecía estar destinada a ser el tema de chismes y rumores. Quizá incluso más ahora que se había vinculado a Leif. Suspiró. Tendría que acostumbrarse a ser un poco notoria.

Tras unos pocos minutos caminando junto a Leif en un silencio introspectivo, Abbigael se dio cuenta de que ya no se dirigían hacia el sonido de la música, sino que se estaban alejando de este.

—Estoy bastante segura de que el concierto está en esa dirección.

—No hemos venido por el concierto.

—Oh. —La confusión y la decepción se mezclaron en su voz.

—Podréis escuchar la música desde prácticamente cualquier parte del parque.

Mientras hablaba, Leif los condujo fuera del camino principal por el que transitaban, adentrándolos en un sendero profundamente sombreado. Los árboles que bordeaban el sendero formaban un frondoso dosel por encima, bloqueando la tenue luz de los últimos rayos del sol. La luz del crepúsculo menguante hacía que las figuras de otras parejas caminando por el sendero parecieran vagas y lejanas. Mientras paseaban, Abbigael comenzó a oír a los pájaros nocturnos despertando en las copas de los árboles. Sus cantos se mezclaban con la suave melodía de la orquesta distante, creando un efecto de lo más romántico.

—Sabéis —dijo, pensativa—, la noche del rapto, ya había renunciado a encontrar marido. Me estaba preparando para regresar a Irlanda.

—¿A buscar un buen granjero con quien casaros?

—Si pudiera ser tan afortunada. —El orgullo se alzó de forma rígida al detectar el humor en su voz, pero lo reprimió rápidamente—. Aunque tampoco tenía muchas esperanzas en eso. Incluso si encontraba a un hombre que me aceptara, mi padre es una figura muy respetada y conocida en Irlanda. Su reputación le es muy querida. No aceptaría fácilmente un matrimonio que considerase inadecuado. —Miró a Leif, intentando captar su reacción, preguntándose si había comprendido que su dote aún no estaba asegurada.

—Mmm —farfulló Leif con lentitud, al tiempo que levantaba la vista hacia los árboles y se pasaba los nudillos por la mandíbula—. Sólo puedo imaginar lo que pensará de mí entonces.

—Podría negarse a liberar mi dote. —Abbigael se giró hacia él con toda seriedad. Necesitaba que comprendiera que aún quedaban obstáculos que superar.

—Podría —asintió Leif tras encontrar su mirada, su expresión inusualmente estoica, y luego volvió a mirar al frente con tranquila confianza—, pero no lo hará.

Abbigael estuvo a punto de creerle. Moviéndose junto a ella, Leif ajustó su brazo para enlazarlo más firmemente con el de ella, hasta que quedó cálidamente acomodada contra su costado. Cuando habló, Abbigael sintió la vibración de sus palabras trasladarse de su cuerpo al de ella.

—No estaréis enfadada conmigo por golpear a ese bastardo, ¿verdad?

Abbigael bajó la vista y quedó fascinada al observar cómo las faldas de su vestido fluían en un ritmo acompasado contra las piernas de su marido, en tanto sus pasos se sincronizaban. La imagen le llenó de una sensación de confort y de que todo estaba en su sitio.

—Debería estarlo, pero no consigo encontrar la motivación adecuada.

—Desearía entender por qué se tomó tantas molestias para arruinarme. ¿Qué podría haber ganado con ello? —Leif soltó una carcajada—. Algunas personas nacen con la maldad en la sangre. Encuentran un retorcido placer en causar sufrimiento ajeno.

La joven le lanzó una mirada de soslayo, observando su perfil. Leif mantenía los ojos fijos al frente, lo que le impedía leer su expresión, pero podía sentir la tensión en los músculos de su brazo bajo su mano.

—¿Conoces a alguien así?

—Mi padre. —La respuesta fue pronunciada entre dientes apretados—. Aunque era muy pequeño, recuerdo el tormento que infligía a mi madre. Ella eligió huir antes que soportar más de su vil trato.

—¿Os abandonó? —Abbigael estaba incrédula ante la idea de que una madre pudiera abandonar a su hijo.

—No tenía elección. Mi padre no habría permitido que se marchara lejos con su único heredero. —La amargura y el dolor pesaban en su voz. Abbigael estaba segura de que Leif habría preferido marcharse con ella.

—¿Dónde está ella ahora?

—Muerta.

—Lo siento. —Su corazón se encogió por él.

—No lo sintáis, irlandesa. No tiene sentido lamentar algo que ya quedó en el pasado. Y en cuanto a Atwood, no quiero que os preocupéis más por él. Ya no tiene poder alguno sobre la dirección de vuestra vida. —Se encogió de hombros ante su simpatía y esbozó una media sonrisa.

Tenía razón. La influencia de lord Atwood era cosa del pasado. La de Leif, sin embargo, acababa de empezar.

—¿Y no os preocupa en absoluto la naturaleza de todas las cosas que se dicen de mí? —Tuvo que preguntar—. ¿No os inquieta que no todo sea exageración, sino que algunas puedan ser verdades?

—No, no me preocupa.

El tono de su respuesta estaba tan lleno de tranquila convicción que Abbigael no pudo hacer otra cosa que creerle. Sin embargo, en lugar de tranquilizarla, la falta de interés de Leif la inquietó.

—¿No deseáis que os explique los acontecimientos del pasado que dieron lugar a las especulaciones sobre mi cordura?

—No es necesario —respondió Leif con ligereza.

Qué complaciente era.

Abbigael miraba al frente, sintiendo cómo la tensión se acumulaba a lo largo de su espalda. Había algo en la actitud de Leif hacia todo el asunto que la irritaba. ¿Es que no entendía la importancia del tema? ¿Nada le importaba en tanto obtuviera su fortuna?

Tras un par de momentos de silencio, entre tanto sus pasos crujían suavemente sobre el sendero de grava, Leif se detuvo y la giró para que lo enfrentara. Levantó las manos hacia sus hombros, sujetándola suavemente para mantenerla en su lugar.

—Estáis molesta conmigo. —Sonrió—. ¿Qué puedo hacer para convenceros de que no hay razón para estarlo?

—Me parece simplemente que un hombre razonable querría algún tipo de garantía sobre la estabilidad mental de su esposa. —Decidió ser completamente honesta.

Leif soltó una carcajada y deslizó sus manos arriba y abajo por la longitud de los brazos su esposa, provocando una fina capa de sensibilidad en la superficie de su piel. Su expresión se suavizó en tanto inclinaba la cabeza más cerca de la de ella.

—Cariño, sé todo lo que necesito saber cuando miro esos ojos vuestros tan cristalinos. No estáis loca, ni lo has estado nunca. Tenéis pasiones que corren muy profundas detrás de esa pequeña fachada de corrección que presentas al mundo. Si a veces esas pasiones se desbordan, solo espero estar ahí para aprovechar los beneficios.

Le llevó un momento a Abbigael entender a qué se refería. Cuando lo hizo, el calor y la anticipación se apoderaron rápidamente de ella.

—Quiero que me prometáis algo. —Tomando su rostro entre las manos, inclinó su cabeza hacia atrás para encontrarse con su mirada.

Había algo en su forma de mirarla, cuando su actitud burlona se desvanecía y se tornaba tan sincero como nadie que ella hubiera conocido jamás. Era como si estuviera intentando comunicarse con una parte más profunda de su ser, más allá de la superficie de su interacción. Y ella reaccionó de forma natural, sintiendo una especie de tormenta de viento en el centro de su ser.

—Quiero que me prometáis que dejarás esas viejas preocupaciones donde pertenecen. Ahora somos vos y yo. Yo no os juzgo por vuestro pasado, y defenderé contra cualquiera que lo haga. No quiero que reprimáis ninguna parte de vuestra naturaleza por miedo a la censura. Como mi esposa, sois libre de pensar, sentir y comportaros como deseéis. ¿Lo prometéis?

Abbigael asintió, ligeramente aturdida por su declaración. Por tanto, él sonrió y la atrajo hacia sí.

Las rodillas de Abbigael flaquearon mientras tropezaba hacia adelante, pero él la sostuvo con firmeza hasta tenerla completamente pegada a él, de pecho a rodilla, con las manos enlazadas a la altura de la base de su espalda. Incluso en la atmósfera cada vez más oscura, podía distinguir el brillo de deseo en su mirada. Su estómago dio un delicado vuelco. Podría tan fácilmente ahogarse en el anhelo de aquel hombre. Lo sabía, y aunque la intensidad de su necesidad por él le asustaba un poco, en ese momento no podía obligarse a preocuparse.

—Una promesa como esta merece ser sellada con un beso, ¿no creéis?

La anticipación de sentir sus labios sobre los suyos de nuevo transformó sus extremidades en miel derretida y lanzó a sus nervios a un frenesí de sensibilidad.

—Sí, por favor.

No había planeado expresar semejante súplica entrecortada; las palabras se escaparon sin permiso de su mente debilitada. En cambio, pareció complacerle, porque murmuró algo en voz baja, casi ininteligible, antes de inclinarse y besar sus labios.

Capítulo 21

Cada vez que sus labios se encontraban con los de él, Abbigael sentía una abrumadora sensación de perfección que, por un momento, envolvía todo su mundo en calor y luz. Y luego, cada sensación se replegaba hacia dentro, hasta que nada más existía, y todo lo que sabía era el delicado detalle de cómo la firme superficie de sus labios rozaba los suyos, cómo su corazón latía constante y fuerte contra su pecho, cómo se sentía segura y protegida en el círculo de sus brazos, cómo sus dedos hormigueaban con el deseo de tocar su piel cálida. Nunca se había sentido más ella misma que en esos momentos. Quizás por eso sus inhibiciones se deslizaban tan fácilmente, tan rápidamente, como si nunca hubieran estado ahí. Tenía sentido que se sintiera así, que deseara más. Era bueno -más que bueno- que deseara a su marido y se deleitara en la forma en que él la hacía sentir. Se alzó de puntillas y levantó los brazos para rodear su cuello.

El lord resbaló su lengua contra sus labios, y ella los entreabrió de inmediato, anticipando su posesión arrolladora. No la decepcionó. Reclamó el cálido interior de su boca y la instó a unirse al juego de su lengua. Su sabor masculino, el desliz sensual, el aliento caliente, nublaban su mente con anhelo. Un dolor empezó bajo en su cuerpo y se expandió con cada movimiento de su lengua y cada mordisco tentador de sus dientes. Leif extendió las manos contra su parte baja de la espalda y luego las deslizó hacia los lados para agarrar sus caderas. Sus dedos flexionaban y soltaban sobre las curvas de sus nalgas, como si estuviera debatiendo hasta dónde llegar. Temerosa de que él se detuviera, Abbigael cambió la posición de sus brazos y resbaló los dedos en el fresco y sedoso cabello en la nuca de su cuello. Se permitió ser arrastrada por el rápido flujo de su deseo en tanto le devolvía el beso, saboreándolo, respirando profundamente su aroma, su fuerza masculina, su necesidad. Su cuerpo hormigueaba con un extraño y perverso poder al sentir cómo él se tensaba en reacción a su beso.

Levantándola con una firmeza carente de delicadeza, Leif sujetó sus nalgas y la atrajo contra su erección. Un profundo gemido de placer resonó en su pecho, intensificando el anhelo que ardía en el centro de Abbigael hasta convertirlo en un pulso insistente. Capturó su boca en otro beso arrollador que hizo que su cabeza girase en mil direcciones. Su cuerpo se alargó y se tensó, deseando fusionarse con el de su marido.

—Venid —jadeó tras apartarse—. No podemos quedarnos aquí.

—¿Por qué? —Abbigael tiró del cabello en su nuca, intentando atraer de nuevo su boca hacia la suya.

—Mirad a vuestro alrededor, cariño —replicó con una ligera sonrisa en la voz, susurrando contra la curva sensible de su oreja—, están encendiendo las luces. En un momento, este camino estará completamente iluminado.

Abbigael obligó a sus pesados párpados a abrirse. La niebla de la pasión aún nublaban sus sentidos, pero pudo distinguir las llamas doradas de las linternas encendiéndose en los jardines que los rodeaban. Las luces avanzaban hacia su posición.

—Por aquí. —Leif pasó un brazo alrededor de su cintura y la condujo fuera del sendero de grava hacia los oscuros árboles que flanqueaban el camino. La guio hasta que la densidad del bosque bloqueó la mayor parte de la luz procedente de las recién iluminadas partes del jardín. La música del concierto apenas lograba penetrar el espesor del silencio que los envolvía, aunque las voces de los pájaros nocturnos seguían cantando entre las ramas, y Abbigael creyó oír los

susurros lejanos de otros amantes escondidos entre el follaje entre tanto pasaban.

—¿Adónde vamos?

—Confiad en mí. No nos perderemos.

—¿Habéis explorado estos bosques antes? —Una nota de irritación se coló en su voz. No había querido sonar tan petulante. Momentos antes, el deseo ardiente la había llenado de vitalidad y excitación. Mas el abrupto freno de sus pasiones la dejó con la piel tirante y la respiración superficial, como si un monstruo terrible se agitase en su vientre, desesperado por liberarse.

—Esa es una pregunta que prefiero no responder.

—Una elección sabia.

Leif rio entre dientes, lo que hizo que Abbigael deseara, aunque fuera por un instante fugaz, darle una buena patada en la rodilla.

«Qué irracionalmente insensato». Sus pensamientos y emociones estaban terriblemente desordenados, y no dudaba en culparle exclusivamente a él. Si no la hubiese besado, no estaría sumida en aquel embrollo mental. Si no la hubiese llevado por el infame Sendero de los Enamorados, no estaría deseando que se encontraran en un lugar mucho más privado. Si no la hubiese secuestrado, no sabría del placer profundo y abrumador que se desata cuando se rinde a su liderazgo sensual.

—Ah —exhaló Leif—, sabía que estaba escondido por aquí.

Abbigael apenas alcanzó a distinguir un banco de piedra corto, con un respaldo bajo y curvado, antes de que su brazo se ajustara alrededor de su cintura y la atrajera con destreza contra su cuerpo. Con un movimiento fluido, pasó el otro brazo por detrás de sus rodillas y la levantó del suelo. Su jadeo de sorpresa quedó ahogado por su boca, y el beso avivó de inmediato todo el deseo que hervía bajo la superficie de su compostura. Un pequeño gemido de alivio escapó de lo más profundo de su garganta. Lord Neville la acomodó en el banco, manteniéndola envuelta en el círculo de sus brazos hasta que estuvo cobijada en su regazo. En ese instante, la besó. La besó hasta la joven que perdió la noción de sí misma y solo quedó espacio para el placer que temía que, de alguna manera, pudiera escapársele antes de llegar a alcanzarlo plenamente. Ese miedo irracional la llevó a aferrarse a él con más fuerza, devolviendo sus besos con igual pasión, en tanto se movía inquieta en su regazo. Podía sentir la evidencia de su excitación contra su cadera, y aunque le agradaba saber que no estaba sola en su deseo, aquel conocimiento no bastaba. Sus manos exploraron la superficie de su pecho, ansiando tocar su piel desnuda. La impaciencia la invadió y tiró de su cuello. Enseguida, dejó escapar un suspiro que mezclaba alivio con una anticipación que le robaba el aliento.

El aire fresco acarició sus pantorrillas cubiertas por las medias, enviando un escalofrío de sensibilidad que recorrió todo su cuerpo. Cuando el dobladillo de sus faldas ondeó contra la parte alta de sus muslos, él rodeó con su mano su pierna cubierta de seda, justo por encima de la rodilla. Sus dedos rozaron la piel oculta allí mientras levantaba su pierna para colocar su pie sobre el banco. La nueva posición separó sus piernas, dejando su intimidad casi al descubierto, protegida únicamente por la caída de sus faldas.

Lejos de sentirse vulnerable, Abbigael se sentía profundamente estimulada por la sensación de estar expuesta y abierta a su tacto. Los músculos de su zona lumbar se tensaron y su cuerpo se arqueó en los brazos de Leif. Su cadera presionó con urgencia contra su erección, y llevó sus labios a su garganta. El sabor salado de su piel y el pulso acelerado bajo su lengua la emocionaron profundamente. Abrió la boca y atrapó su piel entre los dientes, tirando con suavidad. Escuchó el sonido de su inhalación brusca y comprendió que, lejos de hacerle daño, su

acción le había proporcionado placer. Repitió el gesto, esta vez calmando el lugar con su lengua después de morder atrevidamente con los dientes. Leif gruñó entonces, clavando los dedos dolorosamente en su muslo y bajando la cabeza hasta que sus labios rozaron su oreja.

—Amenazáis mi control, querida. —Su lengua cálida y aterciopelada salió para jugar con el punto sensible justo debajo de su oreja.

Abbigael contuvo el aliento, y los músculos de sus piernas se tensaron. Un escalofrío la recorrió cuando la mano de Leif subió por su muslo, alcanzando la cálida piel desnuda más allá del borde de su media. Aunque no se detuvo allí. En el siguiente y devastador instante, el lord deslizó las yemas de los dedos con habilidad por los húmedos pliegues entre sus piernas. Todo el cuerpo de la joven se sacudió en respuesta. No podía permitir que hiciera aquello. No allí. Un pensamiento racional intentó irrumpir en su mente, pero Abbigail lo apartó de un empujón. Su tacto era magia, y su necesidad demasiado intensa. Seguidamente, apoyó el pie contra el banco e intentó empujarse contra su mano, arqueando su cuerpo en su regazo, moviendo las caderas con una sensualidad desesperada.

—Ah —exhaló Leif con un placer crudo—, lo deseáis, ¿verdad?

No pudo responderle. Envuelta en aquella marea de sensaciones, llevó la mano a su antebrazo al tiempo que el lord exploraba el espacio entre sus piernas. Sus caderas se movieron de nuevo, buscando un alivio para el vacío que sentía en lo más profundo. Sabía que solo él podía llenarlo.

—Dios, parecéis miel derretida —murmuró al explorar sus dedos la entrada de su cuerpo. La yema de su pulgar comenzó a trazar lentos círculos sobre el hinchado botón de su clítoris. Una vez. Dos veces. Y, al tercer círculo, arrastró dos dedos con suavidad en su interior.

Abbigael gimió. Sus músculos internos se contrajeron alrededor de la intrusión. Su carne palpitaba contra sus dedos de una manera profundamente deliciosa, aliviando ligeramente el anhelo que la consumía, pero no era suficiente. Sus piernas comenzaron a temblar. Leif levantó la mano de la curva baja de su espalda para sujetarle la nuca y giró su rostro hacia él. Ella lo miró a través de la bruma de su deseo. Sus ojos brillaban con un fuego dorado, y sintió cómo algo tiraba de su pecho.

—Me desmoronáis —susurró contra sus labios jadeantes y retiró los dedos de su calor.

Abbigael dejó escapar un gemido de suave protesta, aferrándose a su brazo y clavando las uñas en la tela de su chaqueta.

—No voy a dejaros —balbuceó. En un movimiento ágil, la sujetó por las caderas y la giró hacia él, colocándole las piernas para que quedara a horcajadas sobre su regazo, sus rodillas enmarcando sus caderas.

Con fascinación, Abbigail observó la tensión endureciendo sus rasgos, haciéndole parecer aún más apuesto. Con los dientes apretados, Leif volvió a tomar sus caderas y la atrajo hacia sí hasta que su húmeda calidez descansó perfectamente contra la firmeza ardiente de su erección. El contacto directo de su carne sensible con la longitud sedosa de su marido envió escalofríos de debilidad por todo su cuerpo. Se aferró con fuerza a sus hombros, deseándole con un hambre que la hacía arder por dentro. Al cambiar impacientemente de peso, se sintió satisfecha al escuchar el gruñido áspero que escapó de su garganta.

—No creo que pueda esperar ni un segundo más —dijo con una voz aterciopelada, tensa y contenida.

—¿Podemos... así? —susurró Abbigail humedeciendo sus labios.

Riley levantó sus caderas y ella sintió la punta de su erección en su entrada por un breve momento antes de que la guiara hacia abajo. El ajuste era apretado, pero cálido y resbaladizo.

Sus miradas se encontraron entre las sombras de la noche en tanto su cuerpo, lentamente, muy lentamente, lo recibía por completo. Una vez que la llenó completamente, ambos soltaron un aliento: el de ella ligero y tembloroso, el de él áspero y profundo. Sosteniendo su mirada, aflojó el agarre sobre sus caderas y deslizó las manos por la estrecha curva de su cintura, subiendo por su caja torácica, que se expandía y contraía con cada respiración, hasta que sus palmas abarcaron las suaves curvas de sus pechos. Seguidamente, el lord apartó los bordes de la corta capa que llevaba sobre los hombros y rozó ligeramente con las uñas romas la piel que bordeaba el escote de su corpiño, provocándole estremecimientos que recorrían todo su cuerpo.

Con un movimiento rápido, tiró del corpiño hacia abajo, dejando ambos pechos al descubierto, y se inclinó hacia delante para presionar los labios entre ellos. Girando la cabeza primero hacia un lado y luego hacia el otro, se aseguró de repartir la misma atención a cada uno de los suaves montículos, hasta que cada succión de su boca en los pezones enviaba un latigazo de placer directo hasta su vientre, allí donde ambos estaban unidos. Aunque permanecía inmóvil dentro de ella, Abbigail podía sentir el latido constante de su miembro, que se hacía más fuerte con cada segundo. La sensación era asombrosa, descarada y profundamente erótica. Pero quería más.

Abbigael movió las caderas, provocando un deslizamiento delicioso de su cuerpo dentro del suyo. Jadeó y arqueó el cuerpo de forma instintiva, creando otro suave vaivén en su interior. Leif soltó su pecho con un gemido que sonaba a partes iguales a alivio y desesperación, envolviéndola con sus brazos y atrayéndola hacia él entre tanto movía sus caderas bajo ella. El ritmo era lento, las embestidas superficiales pero decadentes. El placer crecía de forma constante, fuerte, consumiéndola por completo. Por un momento, Abbigail estaba deleitándose con la riqueza de sensaciones que se filtraban por cada rincón de su cuerpo, y al siguiente, el placer alcanzó un clímax y se liberó con una intensidad silenciosa que se expandió hacia afuera en espirales centelleantes, como si girara por un universo de estrellas que estallaban.

Al cabo de unos instantes, el canto de los pájaros nocturnos en el dosel de árboles sobre ellos devolvió a Abbigail a la realidad, recordándole dónde estaban. Lamentó la intrusión de la realidad, pero no podía ignorarla. Un profundo rubor de calor se extendió por su piel al darse cuenta de la absoluta temeridad de lo que acababan de hacer. Se tensó y miró a su alrededor, pero el bosque seguía tranquilo y oscuro, como si los mantuviera en un mundo apartado, solo para ellos. Solo las tenues melodías de la orquesta, en la distancia, confirmaban que seguían formando parte de algo más grande. Leif soltó una risa gutural, claramente divertido por su repentina preocupación por su entorno.

Abbigael le miró de nuevo, y él aprovechó rápidamente para sujetar su rostro entre las manos y atraerla hacia un beso profundo y delicioso. Aunque ella había estado a punto de soltar algún comentario sobre lo inapropiado de su diversión y la necesidad de recomponerse antes de que alguien los sorprendiera, las palabras de reprimenda volaron de su mente en cuanto su lengua rozó sus labios hinchados.

—Había planeado compartir una cena encantadora en un pabellón privado. Pretendía cautivaros con mi ingenioso parloteo y alimentarte con mis propias manos. Mi intención era seduciros con buen vino y exquisitas delicias culinarias —relató ligeramente Leif y se apartó en cuanto ella volvió a estar completamente rendida entre sus brazos. Por tanto, sonrió, esa sonrisa a medio camino entre lo travieso y lo infantil que siempre dejaba a Abbigail sin aliento y con la cabeza dando vueltas—. Pero ahora, lo único que quiero es llevaros a casa, desnudaros por completo y terminar de consumir este matrimonio de manera más adecuada. Os dejo la decisión, mi encantadora esposa irlandesa. Estoy conteniendo la respiración en anticipación de vuestra

respuesta.

—Llévame a casa. —Abbigael no necesitó ni un instante para sopesar sus opciones.

—Como deseáis. —Levantó delicadamente el corpiño de su vestido, cubriendo sus pechos en tanto depositaba suaves besos en la curva superior de cada uno. A continuación, sacó un pañuelo de su bolsillo y limpió con cuidado la humedad entre sus piernas. Fue atento, minucioso y discreto. La joven esposa se sintió agradecida cuando él la ayudó a ponerse de pie, sosteniéndola mientras sus debilitadas piernas recuperaban la fuerza.

Caminaron de vuelta por el bosque y luego a lo largo del Sendero de los Enamorados con las manos entrelazadas. El trayecto transcurrió en un silencioso halo de sensaciones que se desvanecían poco a poco. Abbigael aún sentía el pulso de placer entre sus piernas, el tamborileo de su corazón y el cálido rubor que se extendía por su piel. Ella se sentía... apreciada y valorada de una manera que nunca habría imaginado. Había en su interior una nueva sensación de poder personal y un deleite íntimo que suponían una auténtica revelación. La sensación era tan maravillosa que no podía ni siquiera invocar una pizca de vergüenza o incomodidad por haber sucumbido a los placeres del amor en un lugar tan público. Lejos de sentirse escandalizada por su comportamiento desinhibido, Abbigael se sentía emocionada por la liberación que suponía un acto tan hedonista. No se dio cuenta de que una sonrisa tonta se había extendido por sus labios hasta que Leif la miró y sonrió a su vez.

—¿Qué pensamientos bailan ahora mismo en esa mente tan aguda que tenéis?

—Jamás habría pensado que sería capaz de ser tan descarada.

—Yo lo sabía desde el principio. —Leif rio y levantó sus manos entrelazadas para presionar un beso en sus nudillos.

—¿Ah, sí? ¿Y exactamente qué visteis en mi manera de ser que delatase un secreto tan bien guardado del cual ni siquiera yo era consciente? —Abbigael dirigió una mirada escéptica a su marido.

—Vuestra manera de ser es impecable —le aseguró con una sonrisa apenas contenida que le iluminaba el rostro con deleite—. Aunque no fue ahí donde vislumbré por primera vez la malicia que lleváis dentro.

—¿Dónde entonces?

—Lo vi en una multitud de pequeños detalles. —Se detuvo y se giró para enfrentarla. Sus ojos recorrieron sus rasgos con atención.

—¿Qué queréis decir? —Abbigael le miró con un toque de fascinación.

—Estaba en la magia etérea de vuestros ojos de hada. —Leif pasó su pulgar suavemente por el arco de su ceja. Acto seguido, rozó con su índice el centro de su labio inferior—. Y en la forma en que vuestros labios se entreabrían con anticipación cuando os hablaba, en cómo vuestra voz ocultaba las palabras que desearíais poder decir. Lo vi en la energía apenas contenida en los movimientos despreocupados de vuestras manos y en la forzada serenidad de vuestro caminar. Estabais destinada a mucho más de lo que las restricciones que os imponían podían permitir. Y ahora estáis liberada —concluyó con una sonrisa confiada.

—¿De verdad estoy liberada? —Abbigael se asombró de su perspicacia.

—Solo vos podéis saber la respuesta a eso, irlandesa.

Capítulo 22

El carruaje les llevó hasta la puerta principal de la casa de Leif en Londres. El paseo de regreso por los jardines y el trayecto en el carruaje a través de las calles de la ciudad les devolvieron una apariencia de compostura a ambos. No obstante, no era más que una fachada. La tensión sexual flotaba en el aire, espesa y tangible como la niebla londinense. Leif observaba a Abbigael. Esta seguía siendo un enigma para él. Su pasión era innegable y explosiva. No muy distinta de su temperamento, una vez encendida no se apagaba con facilidad. La primera vez, en la posada, había quedado grabada en su memoria, y desde ese momento no había podido evitar repasar aquella escena una docena de veces en su cabeza. Le frustraba no poder identificar exactamente qué era lo que le fascinaba tanto de ella, qué le tenía endurecido y ardiendo de deseo con solo pensar en su esposa. No había planeado volver a tomarla en los jardines, pero una vez su esposa se había entregado al beso, le había resultado imposible negar la necesidad que percibía en ella, igual que le era imposible ignorar la suya propia.

La estudiaba en tanto permanecía sentada con tanta calma frente a él. No había hablado mucho desde que abandonaron el Sendero de los Enamorados, y el lord se preguntaba en qué estaría pensando. Pero más específicamente, se preguntaba qué hacer a continuación. Era su esposa. Había sido virgen antes de que él la tocara. Sabía que esas cosas debían significar algo, pero cada vez que la tenía arqueándose y gimiendo en sus brazos, se olvidaba de todo aquello y solo quería dejarse llevar por el ardiente deseo que le consumía por dentro. ¿No existía algún tipo de código de conducta entre marido y mujer? ¿No era por eso que tantos hombres buscaban placer en brazos de amantes y cortesanas? Tenía que estar rompiendo todas las normas con Abbigael. Era evidente porque, con toda seguridad, ningún esposo decente le haría el amor a su mujer en pleno Sendero de los Enamorados. Que rompiera las reglas no era una sorpresa. Lo que le sorprendía era que su pequeña esposa irlandesa no parecía importarle lo más mínimo.

—¿Entramos? —preguntó cuando él siguió sentado y mirándola, incluso después de que el carruaje se hubiese detenido. Sus ojos brillaban claros incluso en la oscuridad, y Leif sintió el cosquilleo de una corriente eléctrica fluyendo entre ellos.

—Por supuesto. —Su miembro dio un pulso de vida, apremiándole a actuar. Seguidamente, abrió la puerta y saltó al pavimento, girándose de inmediato para ayudarla a bajar. Dios, no creía haber anticipado una noche con tantas ganas en toda su vida.

Mientras Abbigael pisaba el suelo junto a su marido, este tomó su mano, la giró suavemente y bajó la cabeza para depositar un firme beso en el centro de su palma. Luego se volvió y la condujo hacia la puerta Dentro, la casa estaba inquietantemente silenciosa. Langley hacía tiempo que se había retirado a dormir y apenas unas pocas velas iluminaban el amplio vestíbulo. Leif no había tenido fondos para instalar las luces de gas que muchos empezaban a usar, aunque le gustaba el resplandor sutil de la luz de las velas. Se volvió hacia Abbigael y, sin decir una palabra, le ayudó a quitarse la capa y la dejó sobre la pequeña mesa. Su pulso palpitante era visible en la base de su esbelto cuello, sus hombros tensos denotaban una contención casi sin aliento, y su mirada se desvió a su boca en tanto mordía suavemente su labio inferior. Leif tragó saliva, intentando ralentizar el ritmo frenético de su sangre. Tenía toda la intención de hacer que esa noche fuese tan larga y memorable como fuera posible. Su libido no podía adelantarse a los acontecimientos.

Como si su única intención fuese desafiar su control, Abbigael sonrió de una manera sutilmente secreta y femenina entre tanto daba un paso hacia él. Colocando su mano sobre el pecho de Leif, levantó la cabeza y la mirada en sus ojos hizo que su corazón se detuviera. Entonces se puso de puntillas y presionó sus cálidos y dulces labios contra los suyos. El corazón del lord retomó la carrera con un sobresalto galopante. Incluso después de toda la intimidad física que ya habían compartido, o quizá precisamente por ello, ese simple e inocente gesto despertó su lujuria como si fuese un muchacho en pleno primer enamoramiento. Las preciosas pestañas de Abbigael sombrearon el brillo de deseo que ardía en sus ojos.

—Llevadme arriba —susurró.

—Como deseéis —contestó sintiendo una punzada de deseo que le atravesó como un rayo desde el pecho hasta la entrepierna, preguntándose cómo podía sonar tan tranquilo cuando su cuerpo temblaba bajo el peso del hambre que lo dominaba. Le cogió la mano y la condujo hacia las escaleras, resistiendo apenas el impulso de subir de dos en dos en su prisa por llevarla a la cama. Creyó escuchar una suave risita de ella, pero no estaba seguro de que sus oídos la hubiesen captado correctamente con el rugido nebuloso que llenaba su mente.

Al llegar al descansillo del segundo piso, giró automáticamente a la izquierda. Entró en el dormitorio, cerró la puerta tras ellos y soltó su mano para encender el fuego en la chimenea. En cuestión de minutos, la estancia quedó iluminada con un resplandor cálido y anaranjado, y el calor comenzó a extenderse como un abrazo. En cuanto se enderezó, se volvió hacia su esposa, pero todos los músculos de su cuerpo se tensaron en una alarmante rigidez. La joven permanecía donde él la había dejado, justo en el umbral de la puerta. Sus manos estaban entrelazadas frente a ella en tanto escaneaba los detalles de la habitación con ojos amplios y asombrados. Cuando su mirada se detuvo en el diván bajo, cubierto con un montón de cojines de satén, seda y terciopelo, que hacía de pieza central de la estancia, el estómago de Leif se contrajo dolorosamente. Pudo ver la mezcla de asombro, la súbita comprensión que se encendía en sus ojos perspicaces y, finalmente, el profundo rubor escarlata de la conmoción y la conciencia de algo que ya no podía ignorar. «¡Soy un maldito idiota!» Cualquier hombre que tuviese más cerebro que una piedra sabía que no debía llevar a su inocente esposa a una habitación donde había pasado años entreteniendo a sus amantes. Acto seguido, abrió la boca para decir algo y casi se atragantó con el aire que inspiró involuntariamente. ¿Qué podía decir?

Tras un número indeterminado de largos y exasperantes minutos, su esposa fijó su mirada cristalina en él. Orgullosa y directa, a pesar de la evidente incomodidad que reflejaban sus gestos.

—¿Es aquí donde dormís? —preguntó con un tono que provocó un leve movimiento nervioso en su ojo derecho.

—No. —Su mandíbula estaba tensa.

La señora Neville barrió la habitación con otro vistazo. Leif permaneció rígido e inmóvil, resistiendo la tentación de cambiar el peso de un pie al otro. Se sentía como un colegial sorprendido masturbándose en el cuarto de baño.

—¿Hay otra habitación?

Obligándose a reaccionar, Leif cruzó la estancia hasta llegar a la puerta y la abrió de par en par. En silencio, la joven salió al pasillo delante de su marido. Mientras avanzaban, libró una rápida batalla interna sobre si debía empezar a revisar cada una de las demás habitaciones para ver si alguna era habitable o, directamente, llevarla al único otro cuarto que había usado desde que compró la casa hacía ocho años. Decidió que no podía empeorar más de lo que ya lo había hecho esa noche, así que la condujo hasta su austero dormitorio, cerca de la escalera del servicio,

al final del pasillo. Empujó la puerta para abrirla y, con una inclinación de cabeza, hizo un gesto grandilocuente y lleno de autocompasión, señalando el interior para que ella pasara. Sin mirarle, Abbigail cruzó el umbral. Enseguida, Leif entró detrás de ella, se apoyó contra la pared junto a la puerta abierta y cruzó los brazos sobre el pecho. No veía razón alguna para cerrar la puerta cuando estaba convencido de que volverían a salir en un minuto. La noche iba claramente encaminada al desastre.

«Podríais haber planeado esto mucho mejor», se reprendió en silencio. ¿Dónde estaba ahora el gran seductor?

Abbigael recorrió la habitación con la mirada, igual que había hecho con la anterior. Esta vez, sin embargo, Leif no podía ver su expresión. No necesitaba seguir su mirada para saber lo que veía: un cuarto reducido a lo esencial, iluminado únicamente por las brasas del fuego que la señora Hempstead debió haber encendido antes de dejarlo apagarse.

Con los ojos entrecerrados, Leif contempló la curva delgada de su espalda y sus caderas con un deseo voraz. Quería desesperadamente arrancarle las capas de ropa y sentir cada línea, cada curva y cada pliegue con la superficie desnuda de su palma. Quería besar cada rincón sombreado y saborear el almizcle de su placer. Su erección se endureció dolorosamente ante esos pensamientos, y tuvo que cambiar ligeramente de posición contra la pared. Fue en ese instante cuando ella se giró para mirarle. Por una vez, no pudo descifrar la expresión en su rostro. El lord trató de aparentar calma, indiferencia, incluso desinterés. Mas cada músculo de su cuerpo estaba completamente tenso, y su pecho estaba tan oprimido que respirar le causaba una punzada perceptible.

—La otra habitación —comenzó la señora Neville en un tono suave, haciendo una pausa para pasar la lengua por sus labios—. ¿Es ahí donde lleváis a vuestras mujeres?

—Tengo un pasado. No lo voy a negar. —Leif deseó poder descifrar lo que pasaba por su mente a través de su tono, pero no revelaba nada.

—Lo sé. *Lady Blackbourne* me contó que complacíais a mujeres a cambio de dinero.

Leif apretó los dientes antes de obligar a su mandíbula a relajarse. Estrangularía a Anna en cuanto la viese.

—Solo aceptaba lo que me ofrecían de manera voluntaria.

—Las usabais —le acusó con frialdad.

—El uso era mutuo —gruñó.

—¿Las amabais?

—El amor es solo una palabra que hombres y mujeres se lanzan cuando intentan obtener algo el uno del otro. —Leif tragó el impulso defensivo de soltar una carcajada ante la ingenuidad de la pregunta. En su lugar, tomó aire profundamente y respondió con la mayor honestidad posible.

—Es una perspectiva muy cínica.

—Basada en experiencia, querida.

Abbigael no respondió, y la tensión en el cuerpo de Leif se tornaba insoportable. Seguía deseándola con una urgencia increíble que empezaba a parecerle más y más condenada a medida que los silenciosos segundos se acumulaban. Nunca se había sentido tan profundamente atrapado por la reacción de una mujer. Había un extraño toque de desesperación flotando en la tenue luz de la habitación. Temía que esa desesperación proviniese de sí mismo, y esa sospecha generaba una sensación en sus huesos que era tan perturbadora como increíblemente excitante. Se preparó para el rechazo.

Estaba bien. Le buscaría otra habitación, y luego se iría a buscar un barril de *whisky* bien

profundo en el que ahogarse. Tendrían que hablar de su situación por la mañana. Seguían casados. Podría haberla perdido a ella, pero aún necesitaba su fortuna. No podía permitirse perder eso.

Capítulo 23

Mientras la observaba, esperando el desprecio, la ira, el rechazo, Leif captó el momento exacto en que las facciones de ella cambiaron. Las delicadas cejas de Abbigael se arquearon suavemente y sus espesas pestañas descendieron contra sus mejillas antes de levantarse de nuevo, revelando el brillante resplandor en sus ojos, relucientes como pequeños puntos de fuego cristalino en la habitación en penumbra. Sus labios permanecían entreabiertos y los suaves montículos de sus pechos se alzaban y descendían con cada respiración. Caminó hacia él. Despacio. Deliberadamente. Su mirada permanecía fija hacia abajo y a un lado, como si intentase evitar encontrar los ojos de su marido directamente.

—¿Lo hicisteis...? —empezó, luego se detuvo, se humedeció los labios, tomó una respiración profunda y volvió a intentarlo—. Cuando llevabais a vuestras mujeres a esa habitación, ¿qué les hacíais?

—Sabéis la respuesta. —Algo parecido al dolor de la asfixia se hinchó en su pecho.

Abbigael se detuvo justo delante de él, colocando sus pechos a escasos centímetros de sus brazos cruzados, su frente a unos pocos centímetros de su boca. Su fragancia lo envolvió: flores silvestres empapadas de lluvia.

—Quiero decir, específicamente. —Siendo así, lo miró directamente a los ojos y un disparo de necesidad atravesó su pecho. Leif apretó las manos en puños para evitar sujetarla y tirar de ella con fuerza contra su cuerpo—. ¿Las besabais?

—Sí, las besaba. —Su garganta se tensó; no comprendía el propósito de sus preguntas, pero le había prometido honestidad.

—¿Así? —Su voz era apenas un susurro, pero Leif escuchó las palabras como un trueno retumbante en sus oídos. Ella levantó las manos para apoyarlas contra sus antebrazos y se alzó de puntillas. Todo ocurrió a cámara lenta en tanto inclinaba el rostro y lo besaba. El contacto fue breve y no lo suficientemente profundo, pero se apartó para observar su expresión y esperó.

—No del todo. —Su voz áspera y grave.

Abbigael se inclinó hacia él de nuevo. Esta vez, cuando su boca cubrió la suya, su lengua acarició como seda sus labios. Descargas inesperadas de placer recorrieron su vientre hasta su entrepierna. Su lengua exploraba y se demoraba en su boca. Tentando y provocando por turnos. Encendiendo un fuego que lo quemaba desde dentro hacia fuera. Entonces, volvió a separarse. Su aliento cálido acarició los labios húmedos de su marido. Sus ojos brillaban con una magia de otro mundo. Jamás un beso lo había preparado tan perfectamente para el sexo. Estaba listo para tumbarla en el suelo y perderse en su cuerpo durante el próximo siglo. En cambio, la observó con suspicacia.

¿Sería ese el final? ¿Pretendía simplemente encenderle para después dejarlo frío? Era un truco femenino común. Uno que nunca había funcionado con él antes. Sin embargo, si esa era la intención de esta mujer, temía que el férreo control que ejercía sobre sí mismo se rompiera y terminara desmoronándose a sus pies.

—¿Y después? —Sus suaves palabras avivaron las llamas que corrían por sus venas. Cuando no respondió, ella dirigió su atención a sus manos, deslizándolas hacia adelante y hacia atrás por sus brazos, luego subiendo por sus tensos bíceps hasta llegar a sus hombros—. ¿Las desvestíais?

Leif estaba más allá de las palabras. Ante su suave insistencia, se apartó de la pared hasta quedar de pie, rígido y dolorosamente excitado, entre tanto las manos pálidas y delicadas de ella se movían hacia el nudo de su corbata. Con ágil destreza, Abbigail desató la tela y comenzó a desabrochar los botones de su camisa. El lord se vio obligado a moverse cuando le instó a relajar los brazos cruzados a los lados para que pudiera terminar de abrir la camisa. Seguidamente, empujó su chaqueta hacia atrás, dejándola caer al suelo detrás de él. A continuación, desabrochó los botones de sus puños y tomó puñados de la tela de su camisa por encima de su cintura para sacarla de sus pantalones y levantarla por encima de su cabeza. De pronto se detuvo, con las manos suspendidas sobre su pecho. Su mirada acariciaba la piel desnuda de Leif.

—¿Las tocabais? —Su voz se había vuelto baja y sensual, cargada de deseo. El acento irlandés enriquecía sus palabras como si estuvieran bañadas en miel. Sin esperar ya una respuesta, apoyó las palmas sobre sus pectorales. Las mantuvo ahí apenas un momento, luego comenzó a explorar cada superficie de su pecho, hombros, brazos, incluso la longitud tensa de su garganta. La punta de sus dedos danzaba y calmaba, en tanto sus palmas calentaban y amasaban suavemente. Lord Neville permaneció inmóvil bajo sus caricias, aterrorizado ante la idea de que pudiera detenerse, sorprendido por la intensidad de su propia reacción ante su exploración tan delicada. Sabía, en teoría, que unas caricias tan inocentes no tenían derecho a ser tan condenadamente eróticas. Pero cuando sus manos finalmente se deslizaron sobre los músculos de su abdomen, no había forma de ocultar el potente latido de su erección contra la parte delantera de sus pantalones. Miró hacia abajo y vio el primer indicio de duda en ella cuando sus manos temblaron ligeramente cerca de la cintura de sus pantalones. Apretó los puños con tanta fuerza que, de haber estado sosteniendo carbón, lo habría convertido en diamantes. En lugar de desabrochar sus pantalones, Abbigail apoyó las manos a ambos lados de sus caderas y se inclinó hacia delante hasta derretirse contra él, quien sintió cada suave centímetro de su esposa, desde los muslos hasta los pechos. Enseguida, el aliento de Abbigail se extendió sobre su clavícula—. ¿Besabais su piel desnuda?

—No más —gruñó, más bruscamente de lo que había planeado. Era todo lo que podía soportar.

Ignorándole por completo, se dejó caer sobre él con todo su peso, presionando su vientre contra su erección, rodeándole la cintura con los brazos. Sus ojos inocentes, ahora llenos de un calor desafiante, se encontraron con los suyos de manera deliberada.

—Quiero hacer el amor con vos. Quiero que sentáis lo que yo he sentido en vuestros brazos. —Su declaración susurrada le golpeó como un cañonazo sensual, robándole el aliento, la fuerza y la capacidad de pensar.

—Entonces nada más del pasado. Solo nosotros. Solo ahora.

Los ojos de Abbigail chispearon mientras fijaba su mirada en sus labios. Mas Leif no estaba listo para besarla todavía. Quería otra cosa primero. Por lo tanto, tomó su mano y aplanó su palma contra la superficie tensa de su abdomen. Observando su rostro con atención, inclinó la parte superior de su cuerpo hacia atrás, apoyándose contra la pared detrás de él, y presionó sus manos contra la superficie dura. En parte para sostenerse, pues sus piernas parecían haberse vuelto extrañamente débiles, y en parte para evitar agarrarla y atraerla hacia sí. Los músculos de sus muslos ardían, y sus hombros se tensaron contra la pared en tanto luchaba por mantenerse firme.

—Liberadme —le exigió en un susurro.

Las pestañas de la joven irlandesa temblaron y su mano vaciló, mas no dudó en deslizar sus dedos bajo el borde de sus pantalones hasta encontrar los cierres. Los desabrochó con rapidez

para luego deslizar sus manos por sus caderas, metiéndose en el interior del tejido para bajarlos con cuidado.

Leif cerró los ojos; el simple hecho de verla tocarle era casi demasiado para soportar. El aire fresco de la noche acarició su piel como un bálsamo entre tanto por fin se liberaba de los ajustados pantalones. Le siguió un toque cálido y tentativo que comenzó en la base y recorrió lentamente su erección hasta la punta, extremadamente sensible. Su carne endurecida se estremeció en respuesta al suave estímulo, rozando su abdomen y palpitando con un delicioso dolor. Su toque le torturaba dulcemente. Le ofrecía sorbos de placer con la punta de sus dedos que danzaban sobre su longitud. El placer crecía con cada segundo, haciéndole más duro y más caliente de lo que jamás había estado. Quería que aquella exquisita tortura durara para siempre, pero tras unos momentos en los que sus delicados dedos pasaban como mariposas, ligeros y etéreos, sobre tensa la punta, supo que no podría aguantar mucho más.

Tomando su mano, envolvió sus dedos completamente alrededor de él. El suave jadeo de sorpresa de Abbigael se transformó en un ronroneo bajo que resonó en su garganta. Guiándola con su propia mano, le enseñó cómo acariciarlo desde la base hasta la punta, y luego de regreso, mostrándole la presión y la velocidad adecuadas. Una vez que estuvo seguro de que lo entendía, dejó caer su mano al costado, permitiéndose sumergirse en las sensaciones prohibidas que ella despertaba. Pero había subestimado el poder de su reacción y lo rápido que se acercaría al punto de no retorno. El deslizamiento de su palma contra su piel ardiente, el sonido de su respiración acelerada escapando entre sus labios entreabiertos, y el aroma de su piel tan cerca, pero no lo suficiente, eran demasiado. Con un gruñido gutural, se apartó de la pared de un empujón y rodeó su delgada figura con los brazos.

—Basta —gimió entre dientes apretados.

—Pero yo... —empezó ella, sin aliento, pero se detuvo cuando él abrió los ojos y miró su rostro.

Leif sabía, por el agudo suspiro que su esposa soltó, que debía de parecer tan fiero como se sentía. Bajó la cabeza hasta que su boca quedó suspendida sobre la de ella.

—Dadme vuestra boca.

El beso del lord fue demasiado rudo. Lo sabía, pero no podía obligarse a suavizar sus labios, no podía detener el desesperado avance de su lengua dentro de su boca. Necesitaba demasiado. Necesitaba su suavidad, su calor, su generosidad. Y lo necesitaba todo en ese instante. Continuó tomando de su boca sin consideración gentil ni destreza estudiada, sin un pensamiento hacia la seducción o la manipulación. El deseo de estar rodeado por ella anulaba cualquier otro pensamiento. Con un gemido amortiguado, se entregó por completo a ello. Acto seguido, agarró sus nalgas, atrayéndola con rudeza contra su erección, moviendo sus caderas contra su suave vientre para sentir la presión deslizante de su cuerpo. Abbigael jadeó ante el contacto y movió sus piernas contra sus muslos, devolviendo sus besos con igual intensidad en tanto deslizaba las manos por su espalda hasta agarrarse a sus hombros. Se estaba impulsando más alto contra él, como si intentara encajar su cuerpo más eficazmente contra su dureza.

Estaba ocurriendo de nuevo. Se estaba dejando llevar. Todo iba demasiado rápido. Esto no era como él quería hacerlo. Leif la sujetó por la parte superior de los brazos, probablemente con más fuerza de la necesaria, y la apartó de un empujón hasta que quedó a la distancia de un brazo. Ella dejó escapar un sonido de protesta, de sorpresa, y le miró, sus ojos abiertos y llenos de un ardiente brillo que se entremezclaba con una naciente confusión.

—Retroceded, irlandesa. —Su expresión se oscureció y trató de resistirse a su agarre, pero él la interrumpió antes de que pudiera formular algún argumento—. Confiad en mí. Dad unos

pasos atrás, hasta que no pueda tocaros.

Quizá hubo algo en su voz que logró alcanzarla, porque dejó de forcejear y sus ojos parecieron tomarlo por completo. Sus facciones se suavizaron. Aunque todavía inocente en muchos sentidos, parecía entender que quedaba algo más por venir. La joven dio un paso hacia atrás. Luego otro. Observándole mientras lo hacía. Las manos del lord cayeron a sus costados y dejó que su peso se asentara completamente contra la pared que tenía detrás. Seguidamente, Abbigael llegó al centro de la habitación, a un punto donde el resplandor de las brasas agonizantes la acariciaba con un místico equilibrio de luces y sombras.

—Así está bien, cariño. Justo ahí.

Se detuvo. Su expresión rebosaba la confianza que él le había pedido.

—Ahora —dijo él, con una voz algo más firme—, desnudaos para mí.

La luz en los ojos de Abbigael titiló, ¿quizá de emoción? Siendo así, llevó las manos a su espalda para soltar los botones que recorrían su vestido. Aquella posición hizo que sus pechos se proyectasen hacia delante y hacia arriba, las suaves curvas presionando contra el borde superior del corpiño. Cuando el vestido estuvo suelto, levantó las manos hasta los hombros y resbaló el delicado tejido por la delgada longitud de su cuerpo hasta dejarlo caer en un charco de tela a sus pies. Leif se concentró en mantener la espalda plana contra la pared. Unos pocos y tortuosos segundos después, sus prendas interiores corrieron la misma suerte. Estaba ante él, hermosamente expuesta y radiante. Era perfecta.

Al verla por fin completamente expuesta, exhibida con una gloriosa falta de vergüenza, Leif quedó asombrado. Cada detalle de su cuerpo se unía en una representación perfecta de feminidad. Pechos altos y delicados, una caja torácica estrecha y frágil, y una cintura aún más estrecha. Caderas suaves y femeninas, muslos blancos y hermosos, pies delicados y manos gráciles. Su sexo color fresa estaba sombreado por rizos pálidos. Quería avanzar hacia ella como un guerrero conquistador y reclamar cada centímetro de su cuerpo. Quería saborear las sombras donde la luz moribunda del fuego no llegaba. Su pecho se comprimió por el esfuerzo de contenerse, de quedarse donde estaba y apreciar todo lo que ella era desde aquella mínima distancia. De pronto, aclaró su garganta bruscamente.

—Vuestro cabello.

Sin vacilar, Abbigael levantó las manos y se quitó las horquillas del cabello, una por una. Junto al deseo, había un destello de poder en su mirada, y Leif sintió que ella estaba disfrutando del sutil juego que estaban compartiendo. Sus rizos exuberantes cayeron por su espalda. Pasó los dedos por el largo varias veces, deshaciendo los enredos hasta que sus mechones brillaron con un fuego dorado pálido.

—Sois increíblemente hermosa.

—Y vos también. —Las palabras, una vez dichas, le sonaron terriblemente insuficientes. Al escucharlas, ella no sonrió ni se sonrojó. Simplemente inclinó la cabeza ligeramente. Su voz llegó a los oídos del lord como oro líquido, y en tanto hablaba, su mirada descendió hasta donde su erección aún se mantenía alta y orgullosa contra su vientre. Sus ojos se detuvieron allí y sus labios se entreabrieron.

—¿Leif? —Su nombre fue un suave ruego en su lengua. Él tenía toda la intención de cumplir su sensual petición. Pero no todavía. No solo quería darle más de lo que había recibido en sus dos primeros encuentros, sino que también quería obtener más de ella.

—Poned vuestras manos sobre vuestro cuerpo.

—¿Qué? —Ante su instrucción, la señora Neville parpadeó y alzó los ojos para encontrarse con los suyos nuevamente.

—Quiero que os toquéis —repitió con una voz que era a la vez firme y seductora, hierro y terciopelo.

Con una gracia vacilante, levantó las manos y las colocó sobre su vientre, luego se detuvo y lo miró en busca de orientación.

«Perfecto». Leif intentó reprimir el placer voraz que sentía, pero no pudo evitar que una lenta sonrisa se curvara en sus labios.

—Movedlas lentamente hacia arriba. Hasta vuestros pechos.

Ella obedeció. Sus dedos delgados se curvaron alrededor de la suave carne blanca. Sus pezones rosados se tensaron y asomaron entre sus dedos.

—¿Se sienten pesados de anhelo? —Riley tragó saliva con fuerza. La imagen de sus manos elevándose, acariciando, provocando sus propios pechos era aterradoramente erótica. Su respuesta fue un sonido imperceptible en el fondo de su garganta.

—Ahora. Bajad una mano. Sobre vuestro vientre.

Sin apartar la mirada de su rostro, deslizó la mano por la superficie plana de su estómago, pasando por encima de su ombligo. Cuando su progreso se ralentizó, él la impulsó a continuar con el flujo seductor de sus palabras.

—No os detengáis, irlandesa. Quiero que lleguéis entre vuestros muslos cremosos. Desliza vuestros dedos por la carne secreta.

Abbigael dudó solo un breve segundo. Pero era valiente, su pequeña y pálida esposa. Sus párpados descendieron sobre su mirada directa, no del todo, pero lo suficiente para que sus largas pestañas velaran sus pensamientos más íntimos. Y su mano delgada avanzó más allá de los rizos pálidos hasta la zona sensible entre sus piernas. En el instante en que sus dedos hicieron contacto, él supo que nunca antes se había tocado allí con intención de buscar placer. Sus labios se entreabrieron y sus piernas se tensaron bajo ella. Su mano se detuvo.

—Decidme como os sentís, cariño. —Se tragó el gemido que ascendía por su pecho entre tanto su erección palpitaba con un preámbulo de clímax.

—Me siento... húmeda y caliente.

Leif se agarró con fuerza en la base y cerró los ojos ante la visión de su mano apretada entre sus muslos. Apretó su agarre con fuerza despiadada para contener la avalancha de sensaciones. Nunca antes había llegado al borde del orgasmo sin siquiera ser tocado. Necesitaba recuperar el control.

Tras unos instantes, consideró seguro abrir los ojos, y lo que vio le envió una descarga de placer tan intensa que fue dolorosa. La mirada de Abbigael estaba fija en su entrepierna, donde su mano rodeaba firmemente su erección. Sus ojos estaban empañados de deseo y su respiración era corta y agitada a través de sus labios llenos y entreabiertos. Una mano sujetaba su pecho, en tanto que la otra seguía entre sus muslos, moviéndose en un ritmo lento y suave.

El latido atronador comenzó en su cabeza y recorrió su interior hasta sus testículos, enviando otra oleada de placer-dolor profundo a través de su miembro, desde la base hasta la punta. Esta vez, dejó escapar un gemido por el esfuerzo de contener el orgasmo. No tenía intención de desperdiciar su placer allí mismo, en el suelo.

—Joder —murmuró entre dientes. Seguía subestimándola en cada instante. Era demasiado erótica, demasiado perfecta en su mezcla de inocencia y osadía. Y él estaba demasiado tenso, atrapado en su deseo por ella.

—Necesito un minuto, cariño. Id a la cama. Estaré allí enseguida —logró decir con los dientes apretados desviando la mirada. No se movió hasta que oyó sus pasos suaves sobre el suelo y, luego, el leve crujido del colchón al subir. Agradeció que esta vez no discutiera. Si su

esposa se hubiera acercado en ese momento, la habría tomado allí mismo, en el suelo, hundiéndose profundamente en ella sin un segundo pensamiento sobre su plan de hacer el amor con calma y lentitud. Inspirando profundamente, se concentró en pensamientos neutros para liberarse del laberinto de sensaciones. Finalmente, cuando la tensión firme se alivió en su mano, se soltó y se inclinó hacia un lado para cerrar la puerta, que había quedado abierta de par en par. Por suerte, sus escasos sirvientes tenían la bendición de estar ausentes por las noches.

Inclinándose hacia adelante, se quitó los zapatos y las medias. Puso especial cuidado con las prendas, dejándolas cuidadosamente a un lado y doblando las medias con esmero. La tarea mundana le ayudó a distraerse y a ralentizar el pulso palpitante en su sangre hasta un ritmo más manejable. Solo entonces se despojó del resto de su ropa, quedándose completamente desnudo. Enseguida, caminó descalzo hasta la chimenea y avivó las brasas moribundas, soplando sobre ellas hasta que el resplandor se intensificó. En cuanto estuvo listo, se giró para mirar hacia la cama. Había esperado encontrarla tumbada bajo las mantas. En cambio, estaba sentada en el centro del pequeño colchón. Sus piernas estaban dobladas bajo su cuerpo y descansaba sobre sus talones. Sus pechos firmes lo tentaban desde detrás del sedoso velo de su cabello. Sus manos reposaban tensas sobre la superficie de sus muslos mientras lo observaba.

Capítulo 24

Abbigael temía prenderse en llamas. Su piel ardía, su respiración era pesada y laboriosa. Y en su interior, aquel lugar que parecía haberse hinchado con su creciente deseo, palpitaba con un calor abrasador. Mientras observaba a Leif moverse por la habitación, su fuerte cuerpo musculoso tentador y misterioso bajo la tenue luz de la chimenea, se sorprendió apretando los muslos. Aunque no podía decir si su intención era calmar su necesidad o intensificarla. Cuando finalmente se giró para mirarla, tuvo que morderse el labio inferior para no perder el control. Todo en él la tenía terriblemente cautivada. Su cuerpo esbelto y esculpido, el brillo lupino en sus ojos que le hacía sentir como si deseara devorarla por completo, incluso la austera habitación que él reservaba para sí mismo. Una estancia donde, sin lugar a dudas, nunca había llevado a ninguna de sus otras mujeres.

En el momento en el que habían entrado en la otra habitación, Abbigail se había sentido conmocionada y perturbada por las evidencias flagrantes del tipo de vida que él llevaba. Al mirar a su alrededor, no había podido evitar preguntarse cuántas mujeres había entretenido allí, cuántas se habrían enamorado de él. ¿A cuántas había amado? Los celos se habían alzado en su pecho, haciéndola sentir insegura, tonta y completamente fuera de su alcance con el hombre con el que se había casado. ¿Cómo la vería él después de un pasado tan amplio y variado? ¿Cómo podría ella ser algo que no fuera decepcionante? Pero tan rápido como habían llegado esas sensaciones de insuficiencia, las había apartado. No se permitiría hundirse en esos pensamientos. De alguna manera, encontraría la forma de mostrarle a Leif que podía ser su igual, tanto dentro como fuera del dormitorio. Y ahora, en tanto Leif cruzaba la estrecha habitación con pasos lentos y calculados, Abbigail contuvo el aliento, sabiendo que, por mucho que aprendiera, Leif siempre sería el maestro en este ámbito. Y ella siempre le seguiría con entusiasmo y sin dudarlo, allá donde él la guiase.

Al llegar a la cama, se arrodilló sobre el colchón y la animó a ponerse de rodillas. Abbigail temblaba de deseo por sentir su piel desnuda contra la suya, pero él no la acercó. En lugar de eso, resbaló las manos bajo su cabello y las curvó alrededor de su cuello, presionando los pulgares bajo su barbilla para inclinar su rostro hacia él. Ella lo miró fijamente, con los labios entreabiertos en una anticipación electrizante. Su expresión, ardiente y llena de deseo, estuvo a punto de deshacerla allí mismo. Sus pechos ansiaban presionarse contra su pecho. Sus muslos temblaban, y su cuerpo vibraba con la energía que fluía a través de ella. Sin embargo, Leif mantuvo sus manos en su rostro, buscando algo en su mirada que ella no lograba entender pero que, al parecer, lo fascinaba. Con un leve torcimiento en los labios, deslizó el pulgar sobre su labio inferior y luego sonrió más ampliamente. Una sonrisa que era a la vez juvenil y profundamente carnal.

—Quiero crear en vos una necesidad tan intensa y apremiante que perdáis todo sentido del tiempo, toda racionalidad. —Su voz era fuego líquido, serpenteando por su consciencia como un sinuoso y sensual reptil—. Quiero prolongar vuestro placer durante horas y horas, para que, cuando finalmente alcances vuestra liberación, sea como entrar en el mismo cielo.

El estómago de Abbigail dio un vuelco y estuvo a punto de gemir, porque estaba completamente segura de que él podía lograr exactamente eso.

—Pero mi control está al límite —admitió el lord, con un destello de humor en sus ojos—, y

me temo que tendré que conformarme con muchos y variados caminos hacia el clímax esta noche. —Su boca, al capturar la de ella, fue devoradora.

Abbigael lo alcanzó, apoyando las manos a ambos lados de sus costillas musculosas entre tanto se presionaba contra él con todo su cuerpo. La sensación de su duro pecho, su abdomen marcado y sus tensos muslos sosteniéndola con firmeza en tanto inclinaba su peso hacia su marido era embriagadora y poderosa. Sabía que podía hacer cualquier cosa y él la sostendría, elevándola aún más alto. Onduló contra el lord, moviendo las caderas con un ritmo instintivo, y sintió su magnífica erección caliente contra su vientre. El recuerdo de cómo se había sentido en sus manos la llenó con otra oleada de necesidad palpitante. Leif resbaló las yemas de sus dedos con propósito indulgente por el hueco de su columna, arrancando escalofríos de su piel mientras pasaba por sus omóplatos y seguía la suave curva hacia dentro de su zona lumbar. En la base misma de su espalda, no dudó en sumergir la punta de su dedo en la sombra de la hendidura entre sus nalgas. Su toque se arrastró cada vez más abajo, acercándose al calor entre sus muslos.

Abbigael se tensó, ansiosa por sentir sus dedos allí donde más ansiaba su magia. Movié las piernas para separarlas, pero no fue suficiente. Al notar su silenciosa súplica, Leif deslizó su mano sobre la curva de sus nalgas, la atrajo completamente contra él y finalmente alcanzó su carne sensible bajo la tela. Abbigael jadeó ante el simple placer de sus fuertes dedos contra los pliegues húmedos de su sexo. Cuando se había tocado a sí misma, la sensación había sido un descubrimiento, un despertar en tanto aprendía la delicada sensibilidad de su propio cuerpo. Aunque eso no era nada comparado con lo que sentía al ser tocada por su amante entre tanto deslizaba sus dedos por su carne, provocándola, tentándola, rodeando el punto en el ápice, pero sin tocarlo aún. Gimió su necesidad contra su boca y mordisqueó sus labios.

Lord Neville rio suavemente, y el sonido vibró contra sus pechos, endureciendo sus pezones en picos afilados. Todo lo que hacía aumentaba su anhelo sensual. Soltó su boca y empujó suavemente su cabeza hacia un lado para exponer la longitud de su cuello. En el instante en que su lengua tocó el punto bajo su oreja, oleadas de delicadas sensaciones se extendieron por su piel. Besó y succionó la piel de su cuello, y sus dientes rozaron la cresta del músculo a lo largo del borde superior de su hombro. Su súplica entrecortada se mezcló con el áspero jadeo de su respiración, y él levantó su pierna para envolverla alrededor de sus caderas. En ese instante, con la gracia de un animal depredador, empujó sus caderas, y la longitud de su erección se resbaló entre sus piernas para rozar a lo largo de su núcleo húmedo. La firme calidez de él la dejó jadeando y temblando. Sujetando sus nalgas, inclinó sus caderas hacia si y luego se retiró solo lo suficiente para empujar de nuevo hacia adelante. Esta vez, la punta lisa de su miembro se inclinó hacia arriba y penetró en el calor húmedo de su cuerpo.

Abbigael estaba atónita ante aquella deliciosa posesión. Su cabeza cayó hacia atrás y sus ojos se cerraron en tanto se deleitaba en ese momento de total rendición, al sentir cómo su cuerpo aceptaba su invasión y se adaptaba a tal grosura y longitud. Sosteniéndola por las nalgas, él se retiró casi por completo de su cuerpo y luego volvió a embestir. Y lo hizo de nuevo. Los músculos de ella se derritieron, y se aferró a sus hombros en busca de apoyo mientras el placer se extendía por su interior en cálidas oleadas con cada arremetida firme. Por tanto, con una fuerza y gracia que parecían naturales en él, la levantó con facilidad y la recostó sobre el colchón, descendiendo junto a ella. Su peso era maravilloso, y sus movimientos, una fuerza constante que la empujaba cada vez más cerca del éxtasis que ansiaba alcanzar. Sus respiraciones y sudores se entremezclaban. Sus suspiros ardientes y gemidos placenteros quedaban atrapados en besos de bocas entreabiertas. Cuando sus extremidades se tensaron a su alrededor y su cuerpo se contrajo con el arrebató del clímax, Abbigael abrió los ojos y vio su rostro encima de ella. Sus rasgos, tan

apuestos, estaban tensos, estirados. Sus ojos caleidoscópicos la miraban fijamente en tanto la observaba cómo ella alcanzaba su placer. Con una primitiva y salvaje curva en sus labios, Leif echó la cabeza hacia atrás y se abandonó a su propia liberación. Mas no fue el final.

Abbigael descubrió durante la noche lo que él había querido decir cuando prometió brindarle experiencias numerosas y variadas. Aprendió lecciones inesperadas sobre sus propios deseos sexuales y hasta dónde podían llegar los límites de su sensualidad, entre tanto él la guiaba hacia juegos de amor que liberaban toda inhibición, desgarraban cualquier sensación de vulnerabilidad y la impulsaban a explorar sensaciones que jamás habría imaginado posibles.

Capítulo 25

La conciencia le llamaba. Leif se movió y sintió de inmediato una pesada sensación de confinamiento. Bandas apretadas cruzaban su abdomen y se envolvían alrededor de su pecho. Algo le mantenía atrapado en la cama. Movié los ojos y entreabrió un párpado para enfrentarse al último resplandor matinal que se colaba por los bordes de las cortinas. Giró la cabeza, alejándose de aquella luz ofensiva, y se encontró doblemente atrapado por la visión de su esposa acurrucada pacíficamente a su lado. Su esbelta espalda descansaba contra sus costillas y su cabeza se apoyaba en la curva de su brazo. La longitud de su cabello se extendía sobre su pecho y estómago como un velo sedoso. Los extremos estaban metidos firmemente bajo su costado opuesto. Debía haberse girado sobre él al dormir.

Reacio a despertarla, permaneció inmóvil durante un rato, escuchando el flujo rítmico de su respiración. Se sentía, a la vez, calmado y abrumado. El momento tenía una paz que nunca había experimentado... jamás. Sus pensamientos recorrieron los detalles de la noche anterior y una extraña incomodidad se instaló en su estómago. Sintió náuseas. La noche pasada había sido excepcional. Y eso le inquietaba. Había dado más de sí mismo a la mujer que yacía a su lado de lo que jamás había dado a nadie antes. Incluso en sus primeros años, cuando era inexperto y ansioso por agradar, nunca se había abierto tanto a la intimidad de lo que podía significar hacer el amor. No se había dado cuenta, hasta ese momento, de que últimamente jugaba el juego usando solo las facultades físicas necesarias, permitiendo que su implicación emocional se retirara más y más. En cambio, la noche pasada había estado presente e involucrado en cada momento. Había querido que Abbigael experimentara toda la belleza y la maravilla que él podía ofrecerle. Nunca antes podría haber anticipado lo que eso le haría sentir a cambio. Y ahora pagaba el precio, sintiéndose fríamente expuesto y temblando internamente con una mezcla de temor y anhelo que no había sentido desde que era demasiado joven para siquiera imaginar las intimidades físicas entre un hombre y una mujer. Necesitaba levantarse. Irse.

Dotado de una paciencia increíble, a pesar del pánico que empezaba a llenar su pecho, Leif se liberó de las ataduras de su cabello y deslizó su brazo de debajo de su cabeza, asegurándose de reemplazarlo por una almohada. Ella no se movió en absoluto de su profundo sueño. Ni cuando él se movió por la habitación, vistiéndose apresuradamente, ni cuando abrió la puerta con cuidado para deslizarse al pasillo sin echar ni un vistazo hacia atrás. De algún modo, sabía que la visión de su diminuta figura acurrucada en el centro de su cama no aliviaría la presión opresiva en su pecho. No fue hasta que salió al exterior y tomó varias profundas bocanadas del aire de Londres que empezó a sentirse él mismo de nuevo. Se encaminó con paso enérgico por la acera, sin un destino claro, solo con la abrumadora necesidad de caminar.

El suave golpeteo estaba empezando a volverse insoportable. Abbigael solo deseaba que parase. Gimió y se colocó la almohada sobre la cabeza, pero no consiguió bloquear aquel sonido insistente. Rodó de espaldas con un bufido, apartándose el cabello de la cara, y frunció el ceño al contemplar un techo desconocido. Su corazón se detuvo al darse cuenta de que estaba en la cama de Leif, en su casa. Su casa. Se incorporó rápidamente en la cama y miró a su alrededor. Estaba sola. Y los toques persistentes en la puerta no cesaban.

—Un momento, por favor —dijo al tiempo que buscaba algo con lo que cubrirse. Al final optó por la sábana de la cama y se la envolvió varias veces alrededor del cuerpo antes de sentirse

lo suficientemente cubierta como para abrir la puerta.

En el pasillo se encontraba un hombre que debía tener, al menos, cien años. Aunque hacía muchos años habría sido un caballero alto y elegante, ahora estaba encorvado y parecía frágil. El anciano sirviente alzó sus pobladas cejas con considerable esfuerzo y preparó su ancha y cuadrada mandíbula para hablar.

—Buenos días, mi señora. Lamento no haber estado presente para recibirla anoche.

Abbigael resistió el impulso de dar un paso adelante para sostener al pobre hombre, que se inclinaba lentamente en una digna reverencia.

—Soy Langley, el mayordomo.

—Encantada de conocerle, Langley. —Sonrió, encontrando una extraña diversión en el hecho de ser presentada al sirviente principal en tanto estaba envuelta en nada más que una sábana.

—No habría interrumpido vuestro sueño, mi señora, salvo porque vuestras cosas han llegado de la mansión Blackbourne y no estoy seguro de dónde queréis que las coloquemos. No creo que se haya preparado aún una habitación para vos —explicó el anciano, señalando con una mano nudosa a su lado—. ¿Hago que las traigan?

Abbigael se inclinó hacia adelante para asomarse por el marco de la puerta y vio a un joven con librea de Blackbourne esforzándose por no parecer fatigado bajo el peso de uno de sus baúles de viaje.

—Sí, por favor —respondió rápidamente la señora Neville, dando un paso atrás para abrir más la puerta y sujetar con más firmeza la sábana que llevaba envuelta alrededor de su cuerpo. Lo único que tenía para vestirse era el vestido de la noche anterior. El calor subió a sus mejillas mientras dirigía la mirada al rincón donde su vestido descansaba cuidadosamente sobre el respaldo de una silla, junto con el resto de su ropa. Recordó que no se había molestado en recogerlo del suelo tras dejarlo caer al llegar. La idea de que Leif se hubiera encargado de su ropa la llenaba de una mezcla de calidez y ligera incomodidad. ¿Habría sido él también quien ordenó que trajeran sus pertenencias? Los sirvientes de Blackbourne debieron de haber estado empaquetando durante toda la noche, lo que significaba que la orden debía haberse dado el día anterior. Por supuesto, era lógico suponer que se mudaría a la casa de su marido. Simplemente, estaba tan acostumbrada a ocuparse de sí misma que le resultaba un desafío aceptar que, probablemente, su esposo tomara ciertas decisiones por ella en el futuro.

Echó una rápida mirada a la cama vacía. Un nuevo calor subió a sus mejillas junto con una leve inquietud al imaginar a Leif deslizándose fuera de la cama y saliendo de puntillas de la habitación en tanto ella dormía. ¿Adónde había ido? El lacayo dejó su pesada carga en la única esquina libre que quedaba en la pequeña estancia y salió apresuradamente. Langley permaneció justo dentro de la puerta, observando la habitación con una mueca reflexiva.

—Tal vez debería hacer que los otros baúles sean llevados a la habitación contigua hasta que se pueda preparar un espacio más adecuado para vos.

—Una idea prudente, Langley. —Al ver cómo un solo baúl bastaba para saturar el limitado espacio, Abbigael asintió con aprobación.

—La señora Hempstead me ha pedido que le informe que, cuando desee desayunar, puede hacer que le lleven la comida aquí o servírsela en el salón de la mañana, según su preferencia —añadió el mayordomo por encima de su hombro tras girar su cuerpo larguirucho con un esfuerzo exasperante y se adentró en el pasillo.

—Gracias, Langley. Creo que bajaré —contestó, mordiéndose el labio entre tanto debatía si debía preguntar por el paradero actual de su marido. Sin embargo, el orgullo se impuso y guardó

su curiosidad.

El noble mayordomo asintió lentamente una vez más, y Abbigael creyó notar un leve temblor en los músculos flácidos alrededor de su boca. ¿Quizás una sonrisa?

—Si me permite la osadía, mi señora, bienvenida a la familia. —Sin esperar respuesta, se giró y comenzó a avanzar por el pasillo, seguido por el lacayo que luchaba por acompañar sus pasos a la cadencia pausada del veterano sirviente.

Tras cerrar la puerta, Abbigael se arrodilló frente al baúl, esperando encontrar lo que necesitaba para completar un atuendo. No le hacía ninguna gracia la idea de ir a la habitación contigua envuelta en una sábana en busca de medias o alguna otra prenda imprescindible.

Unos minutos después, agradeció la eficiencia de las doncellas de Blackbourne al encontrar todo lo necesario para vestirse aquel día. Colocando las prendas en la silla de madera junto a la cama, desenrolló la sábana de su cuerpo. Justo cuando se liberó por completo y quedó completamente desnuda, la puerta del dormitorio se abrió de golpe. Sobresaltada, se giró rápidamente hacia la intrusión, cruzando los brazos sobre su pecho en un intento instintivo de cubrirse. En cuanto vio quién estaba en el umbral, el helado pánico que la había invadido desapareció al instante, sustituido por una aguda consciencia sexual que hizo que cada nervio de su piel cobrara vida con salvaje intensidad. Descruzó los brazos y los dejó caer a los lados. Su marido tenía un sentido del tiempo asombroso. Este permanecía con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo que ni siquiera se había molestado en dejar abajo. Su cabello, revuelto por el viento, le daba un aspecto peligroso, intensificado por la chispa indomable en sus ojos, que pareció atravesar directamente hasta el centro de su alma. De inmediato, una tormenta de emociones y sensaciones demasiado complejas para describir se apoderó de ella.

Sin decir una palabra, el lord cerró la puerta de una patada. A pesar de su silencio, la tensión casi violenta de su actitud resonaba con fuerza en la habitación, alcanzando a Abbigael. La feroz energía que lo rodeaba la atraía con fuerza. Había algo en él que hacía que su corazón doliera, como si un puño apretado lo sujetara con fuerza. Leif sacó una mano de lo profundo de su bolsillo y se la pasó por la mandíbula, los nudillos deslizándose de un lado a otro. Un gesto que Abbigael empezaba a asociar con los momentos en los que luchaba con sus pensamientos internos.

—Irlandesa —comenzó, aclaró la garganta y corrigió—, Abbigael.

La joven esposa esperó en el centro de la habitación, desnuda y vulnerable, pero él no continuó. Con una exhalación brusca, pasó la mano por su cabello en un gesto frustrado. En ese momento, en un estallido de fuerza cruda, cruzó la habitación en dos largas y rápidas zancadas. Rodeó su cintura con un brazo y sujetó la parte trasera de su cabeza. Su beso fue caliente, duro y animal. No hubo seducción, ni delicadas manipulaciones ni sutiles invitaciones. Solo necesidad. Se apartó de ella lo justo para despojarse de su propia ropa, y de inmediato volvió a alcanzarla, doblando su cuerpo contra el suyo, sus ojos brillantes y aterradores. Abbigael se rindió. La recostó sobre la cama. Mientras su cuerpo la cubría, ella se relajó y aceptó su peso, rodeando sus hombros con los brazos y separando las piernas. En cuanto la boca del lord atrapó la suya y la llenó por completo, sin preámbulos ni sutilezas, *lady* Neville clavó las uñas en su piel y se arqueó bajo él. Levantó las rodillas alrededor de sus caderas y lo obligó a ir más profundo. Sus manos se aferraron a sus glúteos, y Abbigael movió sus caderas al encuentro de las del lord, jadeando al sentir la intensa sensación que tanto anhelaba. Riley gruñó contra sus labios y los mordisqueó con sus dientes antes de embestirla con más fuerza y rapidez. Sus movimientos se volvieron frenéticos y salvajes. Sus respiraciones pesadas se mezclaron con gemidos aterciopelados en tanto avanzaban hacia un clímax compartido que lanzó a Abbigael a un mundo

de belleza y oscuridad, de furia y éxtasis. La respiración *lady* Neville volvió lentamente a un ritmo normal entre tanto los músculos de sus muslos temblaban al bajar las piernas hasta el colchón. Seguidamente, Leif apoyó la frente en su hombro. Su aliento cálido se arrastró sobre la curva de su pezón, envolviendo la sensible cima en una caricia de calor. Después de un momento, levantó la cabeza. La peligrosa tormenta había desaparecido de sus rasgos, reemplazada por la expresión despreocupada y seductora del pícaro que solía ser. El estómago de Abbigail dio un vuelco.

—¿Dormisteis bien?

—Sí, gracias. —La respuesta fue automática.

—Perfecto. ¿Os apetece desayunar? —Su pregunta la descolocó por un instante. Parecía decidido a actuar como si su intensa y casi salvaje unión hubiese sido algo completamente normal. Decidió seguirle el juego.

—Langley dijo que la señora Hempstead prepararía algo.

—Excelente. Me aseguraré de que incluya su maravilloso pan dulce. Esa mujer es una virtuosa cuando se trata de repostería.

—¿Preferís comer aquí arriba o bajar al comedor? —preguntó, aunque lo que realmente quería saber seguía atascado en su garganta. ¿Dónde había ido tan temprano esa mañana? ¿Y por qué había regresado con ese humor tan feroz?

—Abajo será mejor —afirmó, echando un vistazo al baúl abierto—. Esta habitación no es precisamente adecuada para comer. —Se levantó de su cuerpo y comenzó a vestirse, recogiendo la ropa que había dejado descuidadamente tirada la noche anterior. Una vez más, ella se sintió relegada a la cama, como si no fuera más que una cortesana a sueldo en tanto él hacía su escapada. Pues bien, esta vez no.

Abbigael se levantó de la cama y pasó junto a él, caminando desnuda hasta la palangana. Eligió ignorar cómo Leif dejó de abotonarse la camisa para seguir con la mirada, con evidente interés, su breve recorrido. Lo ignoró, sí, pero era plenamente consciente de ello.

—¿Tenemos algún plan para esta noche? —preguntó con fingida indiferencia mientras mojaba un paño en la jofaina. Escurrió el exceso de agua antes de pasarlo por su vientre y deslizarlo entre sus piernas.

—¿Qué? Ah... no.

Lady Neville sonrió, satisfecha con su respuesta balbuceante. Dejando el paño a un lado, se giró y se inclinó para recoger su vaporosa prenda interior de la silla. Al enderezarse, alzó los brazos sobre su cabeza para deslizarse la camisola por el cuerpo. Escuchó cómo su marido se movía y carraspeaba.

—No hay planes para esta noche, pero los Blackbourne organizarán un baile en nuestro honor el miércoles.

—¿El miércoles? —se giró de golpe, sorprendida, olvidando su propósito por un momento—. Eso es dentro de solo cinco días... no se puede organizar un baile en tan poco tiempo.

La mirada centelleante de Leif recorrió su cuerpo, y la fina tela de su camisón no hacía nada por ocultar las curvas de su figura. Cada centímetro de su piel pareció arder bajo la intensidad de su atención.

—Anna puede lograr cualquier cosa que se proponga, y ha decidido que necesitamos una presentación adecuada ante la sociedad como marido y mujer. —Alzó los ojos para encontrarse con los de ella y dibujó una pequeña sonrisa—. ¿Estáis preparada para ser exhibida del brazo de un libertino reformado?

—¿Reformado? —Los labios de Abbigail se curvaron en una sonrisa cargada de diversión.

Por su parte, la sonrisa de Leif se ensanchó aún más.

—Al menos, en lo que respecta a cualquiera que no sea mi esposa.

Capítulo 26

En los días que siguieron, Abbigael estuvo ocupada en tanto Anna pasaba varias horas cada día repasando los detalles del baile.

—Cuanto antes pongamos un tinte romántico a los eventos de vuestra dramática fuga, antes podremos dejar atrás las especulaciones más desagradables —explicó la condesa en cuanto Abbigael le preguntó por qué tanta prisa.

—¿Qué especulaciones?

—Creedme, preferiríais no saberlo. —La condesa se inclinó hacia adelante para darle unas palmaditas en la mano con una media sonrisa.

—¿Pero alguien podrá asistir con tan poca antelación?

—Nadie será capaz de resistirse. Vuestro matrimonio se ha convertido en el tema de conversación de la ciudad. La gente estará ansiosa por ver a la nueva pareja. Por eso vos y Leif debéis estar preparados para mostrar a todos que vuestro matrimonio es un verdadero romance. Es un planteamiento perfecto, en realidad: el libertino descaradamente irreverente reformado por el amor de una joven pura e inocente. Os aseguro que élite social se lo tragará por completo.

Abbigael dudaba que el plan de la condesa tuviera tanto éxito, pero sí veía la sabiduría en presentar una imagen sólida ante la curiosidad morbosa de la sociedad. Aunque pasaba gran parte de su tiempo encerrada con la condesa en la sala de estar por las mañanas, a veces se despertaba antes de que Leif tuviera oportunidad de salir corriendo a hacer lo que fuera que hacía durante el día. O, en otras ocasiones, lo sorprendía observándola entre tanto cruzaba una habitación. Y entonces veía una sombra de la energía torturada que lo había consumido la mañana después de su noche en Vauxhall. Justo cuando abría la boca para preguntarle qué le preocupaba, él la interrumpía con un comentario ligero o una broma, y la sombra quedaba de nuevo cuidadosamente oculta. Le molestaba saber que él era tan reacio a compartir sus pensamientos con ella. Por otro lado, lo entendía bastante bien.

No era fácil mostrarse vulnerable ante otra persona, como Abbigael estaba descubriendo. En cambio, en su caso, la vulnerabilidad era más física que emocional, en tanto aprendía que tenía un apetito exigente cuando se trataba de su esposo. Cada momento con él era una revelación. Cada hora, una aventura en reinos de sensualidad que nunca habría imaginado explorar. Había tanto que estaba descubriendo sobre sí misma entre sus brazos. No tenía idea de que pudiera sentirse tan segura al liberar sus inhibiciones y seguir sus instintos más íntimos. No importaba cómo respondiera su cuerpo o qué le pidiera al lord cuando su deseo alcanzaba su punto más álgido, Leif siempre estaba allí, dispuesto a llevarla aún más alto. Sin vacilaciones, sin juicios. Pronto comprendió por qué las parejas recién casadas solían irse de luna de miel tras la boda. Resultaba tremendamente difícil pasar siquiera unas horas sin desear su compañía y anhelar que aún estuvieran en la cama. Y él era tan atento, tan paciente, tan centrado en ella durante aquellas largas horas de oscuridad. Abbigael hacía todo lo posible, y esperaba conseguirlo, para devolver al menos parte del placer que le prodigaba cada noche, pero también le preocupaba aquello. Deseaba con todas sus fuerzas sentir que aportaba algo más valioso a su matrimonio que su herencia.

Por el estado de su casa, Abbigael supuso que Leif había estado atravesando una situación financiera complicada durante mucho tiempo. El lujoso *boudoir* que había visto la primera noche

era la única habitación que presumía de algún tipo de comodidad extra o el más mínimo toque de opulencia. El resto de la casa, aunque limpia y bien cuidada, era casi tan austera como el dormitorio personal de Leif. Su estilo de decoración sencillo era evidente en toda la vivienda, y aunque los muebles estaban desgastados y las cortinas descoloridas y finas tras numerosos lavados, el hogar resultaba cómodo a su manera. Además, un día en el que había estado sola durante unas horas, Abbigail se había aventurado en una habitación que Leif parecía usar como despacho. El viejo escritorio, marcado por cicatrices, estaba cubierto de planos arquitectónicos, tanto antiguos como nuevos, de una gran finca llamada Dunwood Park. A juzgar por la cantidad de dibujos y las numerosas anotaciones garabateadas en los bordes de los papeles, parecía evidente que este proyecto había ocupado mucho tiempo y pensamientos de su esposo.

Abbigael deseaba preguntarle más sobre ello, aunque nunca parecía encontrar momentos suficientemente largos cuando estaban solos, a menos que fuera en el dormitorio. Y allí había muy poca conversación. Estaba convencida de que había mucho más en su esposo de lo que mostraba al mundo. Lord Neville ya conocía su secreto más oscuro, y ella esperaba que, con el tiempo, él confiase lo suficiente en ella como para compartir también su propia esencia. Quizás era demasiado pronto para tales expectativas. Y, en ese caso, dos días antes del baile, surgió un asunto mucho más preocupante. Su padre había llegado a la ciudad.

Leif había comenzado recientemente a ocupar su estudio de manera regular, después de sacar años y años de planos y notas que había hecho sobre la renovación y restauración de la residencia familiar Neville, en Sussex. Estaba revisando unos dibujos a medio terminar del invernadero del siglo XVII, situado más allá de los jardines descuidados, que había esbozado años atrás en un arranque de romanticismo. Su análisis de los viejos planos se vio interrumpido por los golpes impacientes en la puerta principal. Sospechó de inmediato quién había venido a llamar. Cualquiera de los demás que podría aparecer sin avisar habría sido consciente del paso particular de Langley y habría sabido simplemente golpear y esperar. Ese visitante no era tan tolerante. Mientras aguardaba, Leif guardó cuidadosamente los dibujos en la desgastada cartera de cuero y los apiló ordenadamente a un lado. Luego dirigió la mirada hacia la esquina de la habitación y agradeció ver que el mueble bar aún ofrecía algunas opciones. Todavía no estaba seguro de qué podría requerir la ocasión. Se levantó y se apoyó en el frente de su escritorio justo cuando Langley apareció en el umbral para anunciar al visitante.

—Mi señor, *sir* Félix Granger, de Dublín, Irlanda, solicita una audiencia.

—Por supuesto, Langley, acompañado al caballero —respondió Leif con tranquilidad. No pudo evitar sonreír ante la formalidad anticuada del sirviente.

En cuanto el padre de Abbigail pasó junto al mayordomo y entró en la habitación, Leif trató de evaluarlo detenidamente. Estaba claro que Abbigail debía de parecerse a su madre por su tez clara y su figura menuda.

Sir Félix era un hombre de aspecto robusto, de unos cincuenta y tantos años. Sus ojos eran oscuros, y su cabello castaño solo mostraba algunas hebras grises, lo que le confería una apariencia distinguida. La viva imagen de un caballero británico de alta sociedad: su expresión y modales no delataban absolutamente nada. Sus ojos no mostraban brillo alguno ni se desviaban de lo que tenía justo frente a él. Era evidente que el hombre estaba completamente centrado en su propósito y que estaba más que acostumbrado a ocultar sus pensamientos. «Un auténtico político», pensó Leif con ironía ya que aborrecía la política.

—*Sir* Félix, bienvenido. Soy lord Neville. —Separándose del escritorio, Leif dio un paso adelante y extendió la mano, manteniendo un semblante agradable y relajado. El apretón de manos fue de la longitud y la fuerza exactas que dictaban las normas sociales para una

presentación formal. Leif se encontró divertido ante el comportamiento del hombre. Contuvo su risa involuntaria, sabiendo que no sería bien recibida todavía, y señaló el mueble bar.

—¿Puedo ofreceros algo de beber?

—No son ni las dos de la tarde, milord —rebatíó con un toque de incredulidad, levando sus cejas, como si tuviera que dejar claro algo obvio.

—¿Algo distinto, siendo así? —Leif encogió los hombros, quitándole importancia al comentario.

—No, gracias. —El hombre se mantuvo firme en sus modales, aunque Leif podía percibir claramente que empezaba a molestarse—. No he venido a socializar, como estoy seguro de que ya sabéis. Entiendo que mi hija está aquí. Si pudiera acompañarnos, por favor. —Mientras hablaba, *sir Félix* recorrió la estancia con la mirada y eligió una silla de respaldo alto, tapizada en cuero, situada frente a la chimenea apagada y lo más alejada posible del escritorio. Posteriormente, se dirigió a la silla con pasos perfectamente medidos y se sentó con la espalda recta, las manos paralelas sobre los reposabrazos y los pies colocados en paralelo frente a él, dando la impresión de ser un hombre que conocía su objetivo y no toleraría distracciones.

Lanzando una breve mirada a Langley, quien permanecía en el umbral esperando nuevas órdenes o un despido oficial antes de retirarse, Leif asintió.

—Por favor, informad a la vizcondesa de que su padre ha venido a visitarla y desea su presencia. —Sin más dilación, Langley se giró con cuidado pausado para cumplir la solicitud de Leif.

Volviendo su atención a *sir Félix*, Leif intentó aligerar el aire sombrío que había entrado en la estancia con el visitante.

—Confío en que vuestro viaje desde Dublín haya sido tranquilo, *sir Félix*.

—Lord Neville, no he venido aquí para charlar con vos. He hecho mi investigación y ya sé todo lo que necesito saber sobre vos, vuestras actividades desde Eton, vuestra familia y la historia de vuestra estirpe hasta el Conquistador. Estoy aquí para hablar con mi hija. Podéis quedaros en la sala si así lo deseáis o podéis marcharos. No me importa.

Leif sonrió entonces, sin mostrarse especialmente afectado por el desaire. Había enfrentado prejuicios severos anteriormente. Si bien podría haber considerado dejar unos momentos privados para la reunión entre padre e hija, ahora estaba completamente decidido a quedarse. En gran parte para llevar la contraria, pero también porque de repente no podía soportar la idea de que Abbigail se enfrentara a ese hombre sola.

Conociendo el paso de Langley y calculando que tendría al menos otros veinte minutos antes de que Abbigail pudiera ser localizada e informada de la solicitud de su padre, Leif se levantó para servirse un trago de coñac. Con la copa en la mano, regresó a su asiento tras el escritorio y se acomodó para una espera silenciosa y algo incómoda. Inclínó su silla hacia atrás, apoyándola en dos patas, y subió sus botas al borde del escritorio. Una sonrisa curvó sus labios al ver la casi imperceptible mueca de desagrado del otro hombre. Leif reflexionó, por tanto, sobre lo que sabía de *sir Félix Granger*.

Un inglés. Primo hermano de la condesa viuda de Blackbourne. Influyente en el Parlamento irlandés. Un viudo que quizá lloró o quizá no la trágica muerte de su esposa. Y un padre dispuesto a abandonar a su única hija para que enfrentara una pena debilitante en soledad cuando amenazaba con interferir en sus ambiciones.

Sir Félix tenía en sus manos la llave de la herencia de Abbigail y, por ende, de todos los sueños de Leif para el futuro. Además, poseía el poder absoluto para desheredarla sin dejarle un solo penique. Todas las evidencias de las acciones pasadas del hombre mayor indicaban que

tenía muy poco interés en el bienestar de su hija. Sin embargo, Leif se sentía impulsado a buscar algo más allá de esas frías señales del pasado. A pesar de su rigidez y evidente orgullo, el padre de Abbigael dejaba entrever algunos gestos reveladores. El hombre mayor estaba sentado en el desgastado sillón de cuero, observando la habitación con el aire de alguien que ya lo había visto todo y pocas veces encontraba algo que lo sorprendiera. Leif sospechaba que, en esos breves movimientos de su mirada, *sir Félix* lograba captar una cantidad significativa de detalles, aunque su rostro permaneciera perfectamente impassible. Su expresión no delataba pensamiento alguno, pero había gestos que no dejaban lugar a ambigüedades. Como la forma en que su dedo índice golpeaba con un ritmo constante e insistente el suave cuero del reposabrazos. O cómo evitaba deliberadamente dirigir la mirada hacia la puerta, casi como si temiera la aparición de su hija.

Leif giró el brandy en su copa y acercó el borde a sus labios. No era una bebida que le gustara especialmente; prefería el fuego revitalizante del *whisky* o la sequedad de la ginebra, pero sabía que el brandy se consideraba una opción más refinada. Supuso que más le valía hacer algún compromiso, teniendo en cuenta que aún era bastante temprano. *Sir Félix* hacía todo lo posible por mostrar la entereza de un hombre que no se dejaría desviar de su objetivo, sin importar lo larga o incómoda que pudiera resultar la espera. Mientras tanto, Leif no ocultaba en absoluto su descarado escrutinio de su invitado cuando Abbigael apareció en el umbral, ligeramente sonrojada y sin aliento, como si hubiera corrido a lo largo de toda la casa. Leif ya había decidido desempeñar el papel de observador discreto, y aunque habría sido apropiado levantarse al verla llegar, permaneció donde estaba para observar cada detalle de la reacción de *sir Félix*. Su descortesía pasó completamente inadvertida, como había previsto, ya que los otros dos ocupantes de la habitación no le dedicaron ni una sola mirada. A continuación, *sir Félix* se levantó lentamente de su silla. Abbigael dio tres pasos vacilantes hacia el interior de la sala y luego se detuvo, entrelazando las manos a la altura de la cintura.

—Hola, padre.

—Abby. —*Sir Félix* carraspeó—. Tenéis buen aspecto.

Aunque Leif no tenía dudas de que las palabras estaban destinadas a ser una afirmación, escuchó el inconfundible tono ascendente al final, insinuando una pregunta. Como si ella también lo hubiera notado, Abbigael descruzó los dedos y dejó caer las manos a los costados con naturalidad, en tanto levantaba ligeramente la barbilla.

—Gracias, también lo tenéis. ¿Qué tal están las cosas en Dublín?

—Más o menos como siempre. —El político asintió y se balanceó ligeramente sobre los talones.

Leif empezaba a plantearse seriamente la idea de lanzar un libro contra la pared, pensando que quizá eso ayudaría a romper la asfixiante formalidad que parecía haberse adueñado de la habitación. Pero no tenía ningún tomo a mano lo suficientemente sólido como para cumplir con tan desalentadora tarea. No estaba del todo seguro de qué había esperado de la visita de *sir Félix*, tal vez gritos, seguramente unas cuantas acusaciones severas dirigidas hacia él. Sin embargo, nunca habría imaginado esta rigidez tan distante y ceremoniosa.

—Me alegra que estéis aquí, padre.

Leif notó el leve pero tenso aliento de ansiedad en la voz de Abbigael, algo que ella no lograba del todo disimular.

—Parece que nunca debería haberos dejado sola. —Su padre alzó las cejas ante eso y entrelazó las manos a la altura de la cintura. Enseguida, suspiró con pesadez entre tanto rodeaba la silla y se dirigía hacia la chimenea—. Confiaba en que ibais a abordar este asunto con algo de inteligencia y madurez. Creí que me habíais entendido cuando os dije que cualquier compromiso

requeriría mi aprobación —continuó con un tono cargado de decepción

—Padre, yo...

—Y, sin embargo —la interrumpió con fuerza, girándose finalmente para clavar una mirada directa y acusadora en Leif—, recibo una nota de Blackbourne explicando que os habías fugado con un muerto de hambre inútil.

—Ah, para ser justos, *sir Félix* —intervino Leif en ese momento, bajando los pies al suelo y adelantándose en su asiento—. Abbigael no huyó conmigo. Más bien, fui yo quien se la llevó en mitad de la noche. Estaba profundamente dormida, y yo, bastante borracho —aunque ese detalle supongo que es irrelevante—, y no fue consciente de su situación hasta que casi llegábamos a Escocia. Realmente no tuvo elección en el asunto. —Sonrió entonces y alzó su copa de brandy en un saludo burlón—. Y dicen por ahí que sirvo para algunas cosas. —No debería haber añadido esa última parte, pero no pudo resistirse a sacudir al estoico político.

—¿Es eso cierto? ¿Os secuestró? Llamaré al magistrado de inmediato. —Mostrando finalmente alguna emoción real, *sir Félix* giró su atónita mirada hacia su hija. Acto seguido, cruzó la habitación con largas y airadas zancadas.

—No. Padre, por favor. Me casé con él por voluntad propia. Dejadme explicároslo. —Abbigael levantó las manos y se movió rápidamente para interponerse entre su padre y la puerta.

—¿Podéis explicarlo? —*Sir Félix* se detuvo en seco y observó a su hija como si fuera un completo enigma para él.

—Sí, puedo, si me permitís hacerlo. —Abbigael lanzó una rápida mirada a Leif antes de volver a centrarse en su padre.

Sir Félix se recompuso visiblemente. Leif pudo notar que el hombre no solía perder la compostura. Regresó a la silla que había ocupado anteriormente y tomó asiento. El político fijó una mirada severa e inescrutable en Abbigael durante unos largos momentos de silencio antes de responder con una autoridad calmada.

—Soy un hombre razonable. Escucharé vuestra explicación... —hizo una pausa para lanzar una oscura mirada hacia Leif—, y después llamaré al magistrado para que arreste a lord Neville y anule este matrimonio.

Abbigael inhaló profundamente y, cuadrando los hombros, avanzó hacia el centro de la habitación, mas no se sentó.

Durante los siguientes treinta minutos, Abbigael relató, con detalle conciso y mesurado, los eventos de su debut en Londres, desde el día en que *sir Félix* dejó Inglaterra hasta la noche en que lord Atwood hizo su aparición. Unos minutos después de que comenzara su historia, Leif se levantó de su silla y salió de detrás del escritorio para apoyarse en el borde frontal, cruzando los brazos sobre el pecho con una postura que aparentaba ser casual. Le sorprendió la cautela con la que ella minimizó la angustia emocional causada por la traición de Atwood y la reacción de la alta sociedad.

Leif observó a *sir Félix* durante toda la narración. Ante la primera y breve mención de los rumores que surgieron sobre el pasado de Abbigael, un músculo se tensó en la mandíbula del padre. Mientras ella continuaba hablando, su atención comenzó a desviarse lentamente hacia un punto ligeramente alejado del lugar donde su hija se encontraba de pie frente a él. Justo cuando Leif empezó a preguntarse si Abbigael había notado el retraimiento de su padre, esta hizo una pausa y un pequeño suspiro escapó de sus labios. Leif se apartó del escritorio y dio un paso más cerca de ella. En cuanto Abbigael volvió a hablar, aceleró el relato, omitiendo detalles en tanto explicaba cómo había planeado regresar a Irlanda, pero un cambio fortuito de planes la llevó finalmente a Gretna Green. Leif estuvo a punto de reír ante el agradable giro que ella le dio a la

historia.

—En verdad, padre —dijo Abbigael con un tono que era casi un poco demasiado alegre—, estoy bastante satisfecha con mis circunstancias actuales. —Su sonrisa permanecía inalterable y su espalda recta entre tanto extendía las manos en un gesto suplicante—. Lord Neville quizá no sea el esposo que vos o yo habíamos imaginado, pero me acepta. Sé que cuidará de mí.

Un atisbo de conciencia tiró del entrecejo de Leif. No imaginó la nota llana de engaño que se deslizó en la voz de Abbigael en esa última afirmación, y no podía reprochárselo. Volviendo su atención a *sir* Félix, esperó la respuesta del hombre. Aunque Abbigael había pintado un cuadro mucho más bonito de su fuga que lo que realmente había ocurrido, su padre bien podía decidir que el futuro bienestar económico de su hija no valía el riesgo de entregar su dote a un hombre con la reputación de Leif.

—Aunque sé que ya es tarde para pedirla, aun sigo deseando vuestra bendición, padre —habló Abbigael de nuevo tras un momento de silencio continuado, al tiempo que *sir* Félix entrecerraba los ojos para fulminar con una ligera acusación a Leif.

Sir Félix se aclaró la garganta en tanto se ponía de pie. Fue cuidadoso de no mirar a su hija directamente, dejando que su aguda mirada pasara junto a ella, a la altura de sus rodillas. Giró sobre sus talones y se acercó a la chimenea apagada, con las manos firmemente entrelazadas detrás de la espalda. Un momento después, se giró de nuevo para encarar al resto de la sala.

—Abby, parece que necesito hablar con vuestro... con lord Neville a solas. Si tenéis la amabilidad de dejarnos —dijo, señalando la puerta con un gesto.

Leif observó cómo los hombros de Abbigael se echaban hacia atrás y cómo su columna se tensaba ante el brusco desdén de su padre. Alargando la mano hacia ella, Leif colocó su palma sobre el brazo de Abbigael y la giró suavemente para que lo mirara. En sus ojos verde marino brillaban el dolor mezclado con una firme determinación. Un leve pliegue surcaba la lisa superficie de su frente, y su encantadora boca estaba apretada en una severa línea.

—No os preocupéis, irlandesa, dudo mucho que sea capaz de corromper a *sir* Félix durante una sola conversación privada. —Leif se obligó a sonreír a pesar de que su expresión tensa le retorció el estómago. Sin importarle que su padre fingiera no estar observando desde el otro lado de la sala, Leif alzó la mano para posar sus dedos en el costado de su rostro, dejando que su pulgar descansara en la comisura de su boca. Siendo así, se inclinó hasta que sus labios rozaron suavemente la curva de su oreja en tanto hablaba—. Además, toda mi influencia corruptora está dirigida exclusivamente hacia vos, y aún hay mucho trabajo por hacer. —Tras apartarse, se sintió complacido al ver que un ligero rubor teñía sus mejillas. Sus ojos claros habían recobrado suavidad al mirarle—. ¿Os he dicho lo preciosa que estás hoy? —La joven negó con un leve movimiento de cabeza, y una pequeña sonrisa se asomó en su rostro, reemplazando la curva descendente de su boca.

—Mis más sinceras disculpas —balbuceó en un susurro bajo. Entonces, justo allí, bajo la mirada vigilante de su rígido y tan correcto padre, plantó un beso firme -y casto, en comparación con cómo la había besado esa misma mañana al amanecer- en sus labios. Cuando la soltó, vio que el color de sus mejillas había subido hasta tornarse de un rosado intenso. Abbigael se apartó de él en cuanto retiró la mano de su rostro.

—Padre, ¿os quedaréis a almorzar? La comida debería estar lista dentro de una hora. —Volviendo su atención hacia su padre, se aclaró la garganta. Su voz era nítida, educada, y contenía la fuerza que Leif sabía que le era inherente.

—Ah, no, tengo una cita con unos colegas. —Félix sonrió abiertamente, satisfecho de ver regresar el espíritu de Abbigael.

—Por supuesto. Fue un placer volver a veros, padre. ¿Vendréis antes de marcharos de la ciudad?

—Sí, bueno, ya veremos. —*Sir Félix* se aclaró la garganta.

Abbigael asintió y salió de la habitación con un porte digno y sereno. En cuanto los dos hombres quedaron solos, *sir Félix* lanzó a Leif una mirada cargada de fría acusación.

—¿Era realmente necesario, lord Neville? Tratar a mi hija como una vulgar ramera justo delante de mis ojos solo para molestarme. Repugnante.

—Me complace desengañaros. Mi interacción con mi esposa hace un momento no tuvo absolutamente nada que ver con vos. Salvo por el hecho de que sentí el deseo de contrarrestar el daño que parecíais empeñado en infligirle. —El rubor de *sir Félix* se intensificó—. Os concedo que no tengo experiencia previa con debutantes ni con sus protectores padres, pero claro, eso ya lo sabéis, ¿verdad? Lo que sí sé es que la joven que acaba de salir de aquí merece muchísimo más respeto por vuestra parte que lo que he presenciado hasta ahora.

—No voy a quedarme aquí para soportar más de esta vergonzosa insensatez. —*Sir Félix* enderezó los hombros y comenzó a dirigirse hacia la puerta con pasos cargados de ira.

—Decidme, *sir Félix* —comenzó Leif con una capa de acero bajo el barniz despreocupado de su voz—, ¿cuánto tiempo más pensáis seguir teniendo miedo de vuestra propia hija?

Sir Félix se detuvo en seco en el umbral. Sus anchos hombros se alzaron y su cabeza se inclinó hacia abajo. En cuanto se giró, la oscura tristeza en los ojos del hombre mayor golpeó a Leif como un puño pesado.

—Quizá hayáis oído la historia, milord, pero no estabais allí hace todos esos años. Cuando Abby perdió a su madre de manera tan trágica, nadie esperaba la profundidad de su reacción. Fue un horror presenciarlo. —Dejó caer los brazos pesadamente a los costados y miró a Leif como si intentara que entendiera—. No sabía qué hacer por ella. Está mejor ahora, lo sé, pero aún veo la pena en sus ojos y temo que no esté tan lejos de esa oscuridad como quisiera.

—Abbigael es mucho más de lo que veis. —Leif quedó atónito por la confesión del hombre, y aunque demostraba que *sir Félix* sí se preocupaba por su hija, no justificaba sus errados juicios.

Sir Félix lo observó fijamente, sin intentar defenderse de las palabras de Leif. Después de un momento que se extendió a varios más, *sir Félix* negó con la cabeza, aunque Leif no pudo discernir si era en señal de negación o rendición.

—¿Por qué os casasteis con ella, lord Neville?

—Necesito su dote.

—¿Lo admitís abiertamente? ¿No tenéis vergüenza? —*Sir Félix* entrecerró los ojos y una mueca torció su labio superior.

—Muy poca —aseveró Leif con una sonrisa despreocupada—, y admití lo mismo a Abbigael antes de que aceptara casarse conmigo. También está al tanto de mi pasado poco virtuoso, o al menos de lo que necesita saber. —Bajó ligeramente la barbilla—. Sin entrar en detalles, por supuesto.

—¿Por qué demonios aceptaría ella semejante oferta sabiendo todo eso?

—Tendréis que preguntárselo a vuestra hija. Ahora, creo que ya estamos lo suficientemente cerca de las dos como para no esperar más. ¿Os tomaréis ese trago conmigo? —Leif se encogió de hombros.

—Creo que sí. —*Sir Félix* permaneció rígido en su indecisión durante unos treinta segundos, luego negó con la cabeza nuevamente, esta vez en una clara señal de rendición.

—Excelente. —Leif sonrió ampliamente y se acercó al hombre mayor para darle una palmada en la espalda con entusiasmo.

Capítulo 27

El baile fue un éxito. Al menos, eso había declarado Anna hacía aproximadamente una hora. Aunque, ¿cómo se podía medir el éxito en una sala llena de desconocidos vestidos con sus mejores galas para los elevados propósitos de mirar y especular? Leif no estaba dispuesto a intentar entenderlo. Rara vez asistía a eventos relacionados con las altas esferas de la sociedad londinense, a menos que se tratara de reuniones más pequeñas, privadas y, con frecuencia, considerablemente más escandalosas.

Anna había sido extremadamente cuidadosa al invitar a personas cuyas opiniones llevaban gran peso en los círculos sociales de Londres. A juzgar por el panorama, todos y cada uno de sus invitados habían aceptado. Incluso *sir* Félix había asistido. Una clara indicación de que, a todos los efectos, aceptaba la unión. Leif nunca había sentido tal alivio como al ver a *sir* Félix y saber que la dote sería de su amigo. Con esa pregunta vital resuelta, estaba más que listo para dar por terminado el baile y volver a casa a la cama. Por desgracia, tras su primer paseo por el salón juntos como marido y mujer, Anna había arrastrado a Abbigail en una vorágine de presentaciones, y desde ese momento no la había vuelto a tener a su lado. La idea de volver solo a casa no le resultaba en absoluto atractiva, y no es que tal cosa hubiera sido permitida. Anna le cortaría la cabeza si se escabullía antes de que el baile alcanzara su punto álgido, y nunca dejaría a la irlandesa enfrentarse sola al escrutinio de la alta sociedad.

Reacio a desaparecer sin su esposa y sin interés en socializar más allá de lo estrictamente necesario, Leif se encontraba de pie junto a las ventanas, en un pequeño grupo de caballeros que incluía al conde de Blackbourne y al marqués de Rutherford, nada menos. Rutherford había dejado muy claro al llegar que su presencia allí era únicamente en apoyo a Abbigail, y de ninguna manera debía interpretarse como algún tipo de gesto hacia el propio Leif.

Lord Neville había reído ante aquello. El hombre era tan pomposo como se podía ser, pero su presencia añadiría peso a la respetabilidad de su matrimonio con Abbigail, que era, al fin y al cabo, la razón principal de este baile. Aun así, Leif no había podido resistirse a comentar que una de las gemelas Terribury estaba presente y, por el momento, seguía soltera. Con la antinatural determinación de Rutherford de evitar el matrimonio y su particular aversión hacia *lady* Terribury, el comentario de Leif había conseguido que el arrogante caballero desapareciera a esconderse en algún rincón.

Unas horas de respiro, pero ahora Rutherford había regresado y, con Abbigail enfrascada en conversación con un grupo de jóvenes al otro lado del salón, Leif no tenía manera de escapar del pequeño círculo de Blackbourne, completado con la presencia de lord Whitely y lord Grimm, dos de los otros habituales compañeros de Rutherford. Los hombres no eran precisamente la primera opción de Leif en cuanto a compañía, así que se mantenía al margen, sin mostrar demasiado interés ni por la conversación ni por quienes la sostenían.

En cuanto vio a *lady* Carlisle cruzar el salón con ese característico contoneo suyo y dirigiéndose directamente hacia él, deseó haberse involucrado más en la charla de los caballeros a su lado. Quizás así no se habría acercado con tanta audacia. Aunque, pensándolo bien, probablemente eso no habría importado lo más mínimo. Una sensación de malestar recorrió su columna como una araña que trepa lenta y sigilosamente. *Lady* Carlisle había sido una de sus primeras patronas, de aquellos días en los que era joven, indómito y ansioso por complacer. La

relación entre ellos había sido de extremos. La dama siempre había dejado claro que esperaba de él la satisfacción de sus deseos muy específicos y únicos, y debido a su desbordante generosidad, Leif se había mostrado más que dispuesto a cumplir con lo que ella pedía. Sin embargo, el arreglo no había durado mucho, ya que ella se había vuelto cada vez más exigente y Leif había descubierto que, después de todo, tenía ciertos límites en cuanto a lo que estaba dispuesto a hacer.

A lo largo de los años, Carlisle se había acercado a él en varias ocasiones con propuestas para reanudar su relación, y Leif había declinado diplomáticamente. Había sentido un enorme alivio al enterarse, varios años atrás, de que *lady* Carlisle se marchaba a recorrer el continente, en busca, sin duda, de experiencias hedonistas. Solo deseaba haber tenido algún aviso previo de su regreso a Inglaterra. ¿Cómo demonios había conseguido *lady* Carlisle una invitación para el baile de esta noche? Leif obligó a su rostro a adoptar una expresión de agradable placidez cuando la dama llegó hasta él y extendió su mano para que la besara.

—*Lady* Carlisle, qué placer tan inesperado —mintió—. No tenía idea de que habíais regresado a Inglaterra.

La mujer debía de estar rondando los cincuenta, pero con su cabello negro como el azabache y sus ojos azul brillante, rivalizaba en belleza y atractivo con muchas de las jóvenes presentes. No obstante, a los ojos juiciosos de Leif, su atractivo ahora le parecía demasiado evidente, casi forzado. Su vestido se ceñía a sus excepcionales curvas a la perfección, mostrando mucho más escote del que otras se atreverían a lucir, pero el destello de experiencia en su mirada carecía de toda dulzura mientras barría a Leif de la cabeza a los pies con una evaluación descarada.

—Querido, no me habría perdido esto por nada del mundo —dijo la dama con una sonrisa astuta en sus labios pintados. El tono azucarado de su voz era empalagoso hasta resultar repugnante, y su expresión se torció con diversión cuando dirigió una mirada intencionada hacia donde Abbigail estaba rodeada por un círculo de jóvenes. La pureza y frescura de su esposa contrastaban marcadamente con la sensualidad desbordada de la mujer que tenía tan cerca. Leif habría dado cualquier cosa por estar al otro lado del salón en ese momento.

—Me alegra ver que habéis encontrado un arreglo más permanente que lo que practicabais la última vez que nos vimos. La pobre jovencita no debió tener ninguna oportunidad contra vuestros encantos —continuó *lady* Carlisle moviendo su abanico con un gesto estudiado.

—Efectivamente —afirmó Leif con una sonrisa que comenzó a dolerle por el esfuerzo, al mismo tiempo que los músculos de su mandíbula se tensaban. Había algo profundamente desagradable en que su antigua amante hablara de Abbigail de esa manera.

—He oído que su padre tiene los bolsillos bien profundos. —Rio la mujer en tanto le daba un golpecito juguetón en el hombro con su abanico—. Menos mal, porque probablemente la pobre no tenga ni idea de lo exigente que podéis ser... tanto en el dormitorio como en las cuentas bancarias.

Leif apretó los dientes para evitar reaccionar al burdo comentario insinuante. Ante la no respuesta, Carlisle dio un paso hacia él. Sus pechos se presionaron pesadamente contra su brazo, y el aroma de agua de rosas flotó hasta sus fosas nasales.

—Ahora que estás suficientemente asentado, por así decirlo, quizá podamos renegociar algunos términos nuevos. Veros esta noche me ha hecho darme cuenta de cuánto os echo de menos —murmuró con el tono bajo de una amante, deslizándose su mano por su pecho.

Leif lanzó una mirada rápida al otro lado del salón y se tensó al notar la mirada atenta de Abbigail. Había una expresión de tristeza y cautela en sus ojos entre tanto observaba la

interacción entre él y la dama que se apretaba indecentemente contra su costado.

—Creo que no, Melisande. Estoy casado, después de todo. —Su estómago se retorció con una náusea repentina, y tragó con fuerza antes de forzar otra sonrisa falsa en su rostro además de la respuesta.

—Oh, vamos, querido. Puede que hayáis ganado la bolsa con esa heredera, pero eso no cambia quién sois. —Sacudió la cabeza con una mirada lasciva y conocedora—. Os cansareis de esa simplona tarde o temprano, y cuando empecéis a añorar expresar la perversidad de vuestra naturaleza, más os vale que yo siga disponible. Mi oferta no estará sobre la mesa para siempre. Mejor que nadie sabéis que una mujer como yo tiene necesidades que no pueden quedar sin respuesta por mucho tiempo. —Se inclinó con una sonrisa confiada y presionó un beso prolongado contra su mejilla, luego se giró balanceando sus voluptuosas caderas y se alejó caminando con aire provocador.

—¿Qué demonios ha sido eso?

Lord Neville se dio la vuelta para ver a Rutherford mirándole con el ceño fruncido, como si Leif acabara de deshonorar a su hermana. Blackbourne lo observaba con una mirada que era un claro aviso oscuro.

—No es asunto vuestro —masculló Leif con la amarga ira atascada en la garganta antes de darse la vuelta y alejarse.

Cerca de allí, las puertas que daban a la estrecha terraza estaban completamente abiertas para permitir que el aire fresco aliviara la atmósfera cargada del salón de baile. Con unas pocas zancadas largas, salió a la noche y se aferró a la barandilla en tanto tomaba una serie de profundas y sostenidas respiraciones. Apenas lograron enfriar el fuego que ardía con intensidad en su pecho. Ojalá pudiera odiar a *lady Carlisle* por sus insidiosas insinuaciones, pero solo podía sentir asco hacia sí mismo. Porque sabía que tenía razón. Desde el principio, había sido consciente del daño que le estaba causando a Abbigail al convencerla de casarse con él, y aun así siguió adelante. Incluso el estigma de estar «arruinada» era mejor que quedar atrapada en un matrimonio con un hombre con su pasado y sus proclividades. Probablemente ella ni siquiera se daba cuenta de cuánto había sido manipulada para entregarle lo que él quería. Una muchacha con tan poca experiencia no sospecharía de una mentira encubierta tras el acto sexual. Pero para Leif, esas cosas eran tan naturales que ya ni siquiera sabía cuándo estaba haciéndolas.

Abbigael no merecía tal trato. No merecía un marido como él, un derrochador sin rumbo. En cambio, el daño ya estaba hecho. No había vuelta atrás. Caminaba de un lado a otro por el corto tramo de la terraza del piso superior, irritado por el espacio tan limitado. Lo que necesitaba era un largo tramo de camino vacío por delante. ¿Cuánto tardaría en romperle el corazón? ¿Un año? ¿Dos? «No». Posteriormente, se detuvo en seco y se frotó los nudillos contra la piel áspera de su mandíbula mientras un pensamiento se le ocurría. No tenía por qué ser tan cruel. Podía acelerar el proceso, mostrarle a Abbigail desde el principio qué esperar de su futuro para que no se hiciera falsas ilusiones. Era lo único que podía hacer. Por los dos. Sintiendo algo de alivio, tomó unas cuantas respiraciones más que, por el contrario, no lograron aliviar del todo la opresión en su garganta.

Volviendo al salón de baile, se dirigió directamente hacia Abbigail. Esta había estado observando las puertas de la terraza y, en tanto se acercaba, vio el brillo de preocupación en su mirada. Sonrió con todo el encanto desenfadado que pudo reunir entre tanto llegaba hasta ella e inclinaba notablemente la cabeza frente a ella.

—¿Me honraríais con un baile, querida esposa? —Lo mínimo que podía hacer era ofrecer el espectáculo adecuado para las masas antes de retirar el velo dentro de su matrimonio.

—Me encantaría. —Una sombra de cautela permanecía en los ojos de Abbigail, pero ella tomó su mano con una sonrisa.

Leif la condujo a la pista para un vals, disfrutando de la forma en que la curva de su estrecha cintura se sentía bajo su palma y cómo su mano descansaba ligeramente sobre su hombro al girarse para mirarle. Encajaban bien. Quizás demasiado bien. Tal vez por eso había sido tan fácil para él olvidar su verdadera naturaleza.

Después de varios compases de la música, Abbigail finalmente inclinó la cabeza hacia atrás para mirarlo. Leif vio la pregunta en su expresión incluso antes de que hablara.

—¿Quién es la mujer con la que hablabais antes?

—Mi pasado está lleno de mujeres como ella. Tendréis que acostumbraros al hecho de que nos las encontraremos de vez en cuando. —Le habría gustado desviar la pregunta con un comentario ligero, pero recordó su compromiso de ser siempre honesto con ella.

—Lo entiendo —respondió Abbigail—, solo que parecíais molesto en tanto hablabais con ella. Era propio de su irlandesa ser demasiado perceptiva.

—No es motivo de preocupación, irlandesa. Podéis confiar en mí en eso —explicó Leif sonriendo ampliamente para evitar que indagara más en la incomodidad que había introducido la presencia de *lady* Carlisle.

—Confío en vos —afirmó, aunque él podía ver que no había disipado del todo su inquietud.

Durante el resto de la noche, Abbigail pareció observarle con cierto grado de curiosidad. Leif hizo todo lo posible por actuar como si nada extraño hubiera ocurrido, pero no pudo disimular el alivio que sintió cuando ella tocó su brazo y le preguntó si podían regresar a casa. Había tenido más que suficiente escrutinio y juicio por parte de la alta sociedad esa noche como para durar toda una vida. El trayecto en el carruaje de vuelta a la casa pasó rápidamente. Aunque percibió que Abbigail deseaba decirle algo, no habló hasta que estuvieron en el vestíbulo. Por tanto, se giró hacia él con una expresión de suave expectación.

—Parecéis cansada. Deberíais subir a la cama. Tengo asuntos que atender —declaró Leif tratando de no sonar desagradable.

—No me importa esperaros —dijo *lady* Neville rápidamente. Su evidente expectativa hizo que una banda de incomodidad le apretara el pecho.

—No tiene sentido —le aseguró—. Me retrasaré bastante.

Abbigael trató de ocultar su decepción, pero Leif la vio en el modo en que sus pestañas se abatieron para ocultar sus preciosos ojos.

—Buenas noches —saludó mientras giraba para subir sola las escaleras.

—Por cierto, saldré hacia Sussex a primera hora de la mañana —añadió Leif.

—Pero no estaré preparada para hacer el equipaje a tiempo. ¿Será una estancia prolongada? —Abbigael se detuvo y se giró, la sorpresa iluminando su rostro.

—Si preferís quedaros en Londres...

—No he dicho eso —le interrumpió con audacia. Sus ojos destellaron brevemente con molestia.

—Entonces podéis seguirme cuando os plazca, aunque os advierto que las comodidades en Dunwood Park probablemente dejarán mucho que desear. Cuánto tiempo deseéis quedaros allí será decisión vuestra. —Tuvo que resistir el impulso de sonreír ante ese destello de carácter—. Ahora, subid a la cama. Ha sido una noche larga.

Lady Neville vaciló durante un largo momento, y Leif pudo ver que luchaba consigo misma sobre si debía decir algo más. Pero finalmente hizo lo que su esposo dijo y continuó subiendo las escaleras. A continuación, Leif se dirigió a su estudio antes de que ella desapareciera en las

sombras del piso superior, y culpó la sensación de desasosiego en su estómago al vino que había bebido esa noche.

Capítulo 28

El carruaje giró en una curva, y los árboles que habían bordeado estrechamente el camino despejaron la vista, ofreciendo a Abbigail su primera imagen de Dunwood Park. Durante la última hora, el sinuoso camino de tierra había atravesado pequeñas granjas de arrendatarios, muchas de ellas en ruinas y abandonadas, y campos que no habían sido cultivados. Mas al despejarse el bosquecillo, la tierra del camino rural dio paso a grava gris triturada, delgada y salpicada de parches de hierba. Más adelante, un modesto pastizal salpicado de ovejas se extendía antes de una amalgama arquitectónica que parecía desafiar al paisaje pastoral con imponente desdén. Bajo la pesada luz gris de un día empapado por la lluvia, la estructura inusual se alzaba como un rompecabezas construido con estilos arquitectónicos diferentes, añadidos unos sobre otros presumiblemente durante incontables generaciones y varios siglos. La sección más visible del edificio, construida con ladrillos de color miel, era de estilo isabelino. Con su simetría horizontal y sus cuatro pisos de altura, exhibía su influencia regia con un orgullo ostentoso. Ventanas expansivas abarcaban la fachada del edificio, probablemente cubriendo las paredes de suelo a techo en el interior. El cristal emplomado estaba ahumado y oscuro, y Abbigail dudaba que hubieran visto un trapo de limpieza en décadas. Unos anchos y majestuosos escalones fluían desde el camino hasta las puertas principales. Estaban agrietados y desmoronados, con manchas de musgo verde que se había aferrado a las esquinas húmedas. Pilastras de piedra flanqueaban los escalones y probablemente habían sido pedestales para estatuas, pero ahora permanecían frías y vacías.

Extendidas hacia el norte y el sur del núcleo isabelino, las paredes de un antiguo castillo se erigían con sólida convicción y dominaban descaradamente la estructura más nueva. Compuestas de grandes piedras toscamente moldeadas, desgastadas y redondeadas en los bordes, con ventanas estrechas y profundas espaciadas ampliamente, la estructura exterior parecía ser los vestigios de una fortaleza medieval. Un tramo del muro sur mostraba una fila de almenas derruidas en la parte superior, lo que llevó a Abbigail a preguntarse si aún existiría un camino de ronda. Intercalados entre las paredes rugosas de la fortaleza original y la elegante mansión, se encontraban elementos de influencia gótica. Intrincadas celosías de piedra caliza, arcos puntiagudos y rosetones aparecían aquí y allá, como sorprendentes piezas de exhibición. Tres torres redondeadas de anchuras y alturas diferentes, rematadas por puntiagudas agujas ornamentadas, se alzaban hacia el cielo como tres caballeros antiguos, desgastados y cansados, pero decididos a defender su premio. Y por todas partes alrededor del castillo, los árboles y arbustos que en algún momento debieron haber sido esculpidos con esmero, habían crecido de manera salvaje y descontrolada. A Abbigail le parecía que la finca guardaba una especie de magia dormida. Dunwood Park estaba claramente descuidado, pero una atmósfera de anticipación flotaba alrededor del imponente edificio y del paisaje circundante, como si esperase pacientemente a algo o a alguien que lo devolviera a la vida.

El carruaje finalmente se detuvo, y ante la repentina falta de movimiento tras tantas horas de sacudidas y balanceos, la señora Helmstead resopló al despertarse.

—¿Qué...? ¿Cómo...? ¿Dónde...?

Abbigael se giró hacia ella con una sonrisa. La anciana había sido una maravillosa fuente de distracción durante el viaje, aunque no una gran ayuda en las labores propias de una doncella de

compañía. Su cofia blanca de sirvienta se había deslizado sobre su ojo izquierdo en tanto roncaba en la esquina, y ahora se la recolocaba con brusquedad para que reposara con más decoro sobre sus rizos grises. Sus ojos, aún turbios por el sueño, recorrieron con desconcierto el interior del carruaje.

—Hemos llegado a Dunwood Park, señora Helmstead.

—Claro que sí, querida. Reconocería mi hogar de infancia desde kilómetros de distancia, aunque hace casi cuarenta años que no pongo un pie aquí. —La anciana se volvió hacia Abbigael con la sonrisa inocente de una niña.

Abbigael abrió la boca para corregir el evidente error de la mujer, pero si había aprendido algo en los días de viaje con esa encantadora e impredecible despistada, era que tales intervenciones eran inútiles y, en su mayoría, innecesarias, ya que la anciana rara vez mantenía una idea equivocada durante mucho tiempo antes de saltar caprichosamente a la siguiente. En su lugar, optó por sonreír y aprovechó el momento para arreglar su propia apariencia antes de que Jack abriera la puerta y le ofreciera una mano para ayudarla a bajar del vehículo.

—Bienvenida, mi señora. Hace un día precioso en Sussex.

Abbigael miró al ocasional lacayo con escepticismo, ya que el cielo encapotado acababa de decidir soltar la lluvia en una pertinaz llovizna.

La sonrisa de Jack como respuesta fue un poco demasiado amplia y su tono algo más familiar de lo apropiado, pero Abbigael ya se había acostumbrado a su manera inusual y a su humor sarcástico. Había deducido, a partir del constante parloteo de la señora Helmstead, que Jack era un hombre de muchos talentos y funciones, y que no estaba confinado a un servicio fijo como lacayo de Leif. Servía según se le necesitase y podía ocupar el puesto de lacayo, mensajero, incluso ayuda de cámara si era lo que Leif requería de él. Aunque su impertinencia dejaba algo que desear en un sirviente, Abbigael no podía encontrar fallo alguno en la evidente lealtad de Jack hacia su marido.

Una vez en tierra firme, Abbigael dio unos pasos hacia los escalones de piedra que se extendían ante ella, luego se detuvo y alzó el rostro para sentir el refrescante rocío de la lluvia sobre su piel. Las ovejas balaron, molestas por la presencia de los visitantes, y los pájaros se llamaron entre sí desde el bosque que rodeaba el castillo. En contraste, la extensa estructura que se alzaba frente a ella permanecía inquietantemente silenciosa y estoica. Observó de izquierda a derecha la inmensa fachada de lo que, con una repentina y aguda ansiedad, reconoció como su nuevo hogar. Sintió un miedo irracional, casi visceral, de que aquel lugar acabaría devorándola por completo. La señora Helmstead descendió del carruaje detrás de ella y tomó una profunda bocanada de aire que hinchó su pecho. Sus ojos brillantes evaluaron con evidente adoración aquella sorprendente amalgama de arquitectura.

—Siempre he pensado que es un lugar tan grandioso e interesante —afirmó la señora Helmstead—. Tiene tanto potencial.

El lugar seguía inmerso en un silencio absoluto, sin señal alguna de que alguien en su interior estuviera al tanto de su llegada. Seguidamente, juntas subieron los anchos escalones de piedra y, al llegar a las grandes puertas dobles, desgastadas y con urgente necesidad de una capa de pintura fresca, Abbigael titubeó. Mirando por encima de su hombro, vio que Jack y el cochero estaban ocupados ajustando la brida de uno de los caballos. En lugar de llamarlos, Abbigael se volvió hacia la puerta, levantó el pesado pestillo de bronce con una mano y colocó la otra palma contra la superficie. Con una profunda inspiración, empujó con fuerza.

La puerta emitió un horrible crujido y un estremecimiento en tanto cedía a su voluntad. Abbigael ignoró aquel sonido ominoso entre tanto se adentraba en la penumbra de un amplio

vestíbulo.

—¡Vaya! —exclamó la señora Helmstead con sorpresa detrás de ella, resonante su voz en el desolado vestíbulo.

Abbigael no estaba segura de si se trataba de una expresión de deleite o de decepción. El vestíbulo era inmenso y, aunque probablemente había sido bastante majestuoso en algún momento de su historia, ahora era una fría caverna cubierta con el desgastado barniz del tiempo y el abandono. Sus botas de viaje resonaron en el suelo, que Abbigail sospechaba era de mármol, en tanto avanzaban cautelosamente por el espacio. Intencionadamente dejó la puerta abierta, a pesar de la lluvia que se colaba por el umbral, ya que no había ninguna fuente de luz en el interior que iluminara la estancia.

Deteniéndose en el centro del vestíbulo, Abbigail giró lentamente, observando su entorno. Entrecerró los ojos, afinando la mirada hasta que los detalles se desvanecieron y todo lo que vio fueron los contornos generales de la majestuosa escalera curva que ascendía por un lado del vestíbulo y giraba bajo una enorme lámpara de araña que colgaba del techo abovedado para continuar hacia el segundo piso. Al fondo del vestíbulo, justo enfrente de las puertas principales, se alzaba una chimenea lo suficientemente ancha y alta como para que cinco hombres pudieran estar dentro. Grandes puertas de caoba oscura flanqueaban la chimenea. En ese momento estaban cerradas, pero Abbigail imaginó que podrían conducir a una biblioteca o, tal vez, al despacho del señor de la casa. Al continuar con su lento giro, Abbigail distinguió más imponentes puertas alineadas en la pared derecha. ¿Un comedor, tal vez? ¿Un salón o incluso una armería? Las posibilidades eran infinitas en un lugar como aquel, y eso que solo habían llegado al vestíbulo principal.

Recordando el tamaño colosal del edificio desde fuera, Abbigail podía imaginar perfectamente que les llevaría semanas explorar todos los secretos que Dunwood Park guardaba en sus sombrías profundidades. De pronto, un destello de inspiración se encendió en su pecho. Haciendo otro giro en el lugar, esta vez se permitió imaginar el espacio iluminado por mil velas en la lámpara de araña, los suelos encerados y pulidos, los ricos paneles de madera y las puertas brillando, la chimenea encendida con llamas resplandecientes que irradiaban calidez por todo el espacio. Se imaginó tapices antiguos en las paredes y espejos enmarcados en dorado. Visualizó las muchas puertas abiertas, invitando a los huéspedes a explorar las habitaciones más allá. En cuanto terminó su segundo giro, una oleada de emoción creció dentro de ella con una fuerza inesperada, acelerando su pulso, mientras una extraña sensación de pertenencia se asentaba en sus huesos.

Unos pasos rápidos resonaron desde el fondo del vestíbulo y Abbigail se volvió para ver a Leif saliendo de las sombras que se extendían tras la gran escalera. Cruzaba el vestíbulo con un propósito claro, reduciendo la velocidad solo cuando notó la puerta principal completamente abierta y la lluvia constante que caía más allá. Acto seguido, cambió su trayectoria para dirigirse hacia la puerta, y su ceño de molestia se transformó en una expresión de asombro impactado al percatarse finalmente de la presencia de Abbigail y la señora Helmstead, de pie silenciosamente en el centro del vestíbulo. Sus pasos se ralentizaron y su expresión cambió de nuevo, mostrando una placidez que pretendía ser de bienvenida. Iba vestido de forma casual. A pesar del frío que impregnaba la casa, no llevaba chaqueta. Sus calzones de gamuza y las botas cubiertas de barro sugerían que acababa de llegar de fuera, algo confirmado por su cabello húmedo y despeinado, como si se lo hubiera secado apresuradamente con una toalla. Parecía tan alejado del refinado pícaro londinense que Abbigail sintió una repentina oleada de nerviosismo, como si estuviera encontrándose con un desconocido en lugar de con su marido y amante. ¿De verdad habían

pasado solo cuatro días desde que habían bailado juntos en el baile?

—No os esperaba hasta más tarde esta semana —dijo en tanto se acercaba a su esposa. Había tanta formalidad en su tono, una extraña distancia. Abbigael sonrió, intentando disimular la inquietud que le causaba la falta de calidez en su recibimiento.

—Parece que hicimos buen tiempo —respondió—. Tenía muchas ganas de llegar.

—Apuesto a que ahora desearíais haber reducido el ritmo. —Leif arqueó una ceja con un gesto de resignación y señaló con la mano en un movimiento circular, indicando en general el espacio que los rodeaba.

—Para nada —replicó Abbigael rápidamente—. Este lugar es magnífico.

—Bueno, con el tiempo... —Leif se detuvo y la miró con una expresión extraña, como si no terminara de creerla. Su voz se desvaneció entre tanto lanzaba una mirada a su alrededor. Luego, aclarando su garganta, se pasó la mano por el cabello, despeinando aún más los mechones húmedos—. El señor y la señora Davies, los cuidadores de Dunwood Park, están ocupados hoy en una boda en el pueblo. Tenía pensado entrevistar a otros sirvientes mañana, así que estamos solos hasta la mañana. —Señaló en dirección a la escalera—. Hay varias habitaciones que han sido ventiladas y limpiadas, eso espero —murmuró con una exasperación apenas contenida, y luego continuó en un tono más ligero—. La cocina está en funcionamiento y tiene provisiones básicas, así que no moriremos de hambre.

—¡Excelente! —intervino la señora Helmstead con un aplauso—. Iré a mi habitación para refrescarme un poco, y después bajaré a la cocina a preparar algo ligero para todos. —Sin esperar una respuesta, la vieja dama se dirigió con paso firme hacia el pasillo trasero del que Leif había salido momentos antes.

—Ah, hay una escalera de servicio que sube al segundo piso, donde deberíais encontrar una habitación que os convenga. La cocina está en la planta baja, en el ala sur. Cuando bajéis por las escaleras, tendréis que girar por el pasillo a la derecha —llamó Leif apresuradamente, dando unos pasos tras ella.

—¡Dios mío, milord! Parece que esperáis que me pierda. Sé muy bien por dónde ando. —La risa de la señora Helmstead resonó en el vacío del vestíbulo. Respondió por encima del hombro en tanto giraba la esquina y desaparecía de su vista.

—La señora Helmstead cree que ha regresado a la casa de su infancia. —Leif miró a Abbigael con las cejas alzadas en señal de pregunta, y ella sonrió.

—Probablemente debería haberos enviado una nota para advertiros de lo que os encontraríais aquí. El lugar está en peor estado del que esperaba. Los últimos catorce años han causado estragos significativos.

—¿Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que vivisteis aquí?

—Desde que *nadie* ha residido aquí ya hace más de una década desde que mi padre pasó algún tiempo en este lugar —explicó con un tono distraído. Su mirada aguda recorría los detalles del abandono que los rodeaban. Con zancadas largas, se acercó a la chimenea y pasó la palma por una zona de granito tallado que había sido violentamente desgastada por algún golpe antiguo—. Al fin tengo los medios y la libertad para cambiar eso —señaló en un tono tan bajo que Abbigael apenas logró entenderle. Pero lo hizo, y comprendió que se refería a la fortuna que su padre le había entregado el día del baile—. Cuando termine, Dunwood Park dejará de ser un recordatorio maldito de la historia trágica de nuestra familia.

—No está maldito —le contradijo Abbigael suavemente—. Los años no han hecho tanto daño como para ocultar la fuerza y la belleza natural que aún persisten a vuestro alrededor. Permaneció en silencio mientras su marido se giraba para mirarla. Los ojos del lord estaban

protegidos de una manera que ella no había visto antes. Siempre había habido una sombra tras el brillo de picardía y seducción juguetona que brillaba en su mirada. Pero aquí, en este castillo monolítico que había sido su hogar de infancia y el legado que estaba claramente desesperado por restaurar, el brillo casi se había extinguido. Y la sombra había crecido, surgiendo de ese lugar dentro de él que aún no había elegido compartir con ella. La tristeza la inundó al pensar en el niño que había crecido tan descuidado como el frío y oscuro castillo, y un escalofrío de reconocimiento recorrió su cuerpo. Comprendía la oscuridad de su marido. La misma soledad habitaba en su interior. Siempre había creído en el adagio que decía que los ojos eran las ventanas del alma. Y desde que conoció a Leif, aunque él era mucho mejor que la mayoría a la hora de revelar solo lo que deseaba, ella había sentido que, de alguna manera, era capaz de ver más allá de la fachada que mostraba al resto del mundo. En contraste, ahora estaba más reservado que nunca. Sus párpados estaban bajos, ocultando su mirada de la suya. *Lady Neville* sintió la pérdida de esa intimidad como una punzada en lo más profundo de su ser. Una tristeza asfixiante le instaba a retirarse, pero Abbigail no podía negarse a sus propios deseos. Porque lo quería. Porque, tristemente -se dio cuenta justo en ese instante- lo amaba. Seguidamente, bajó la mirada, ansiosa por ocultar una emoción tan inesperada, demasiado tierna y vulnerable como para compartirla.

—Os he mantenido de pie en el vestíbulo durante demasiado tiempo. Debéis de estar helada y cansada del viaje. Os mostraré la habitación que se ha preparado para vos.

Abbigael no tenía ningún deseo de descansar. Cuatro días lejos de Leif habían sido una lección inesperada sobre un nuevo tipo de añoranza. No se había dado cuenta de cuánto se había acostumbrado a su presencia hasta que estuvo ausente.

—Preferiría que me mostraseis la vuestra. —Le había echado de menos y no tenía paciencia para disimular.

Ante la honesta declaración de su esposa, un destello de algo irreconocible apareció en la mirada de Leif para luego desaparecer. Pero no antes de que Abbigail lo viera y se quedara rígida por el escalofrío que sintió en ese fugaz momento. Leif bajó los párpados, ocultando sus ojos, y luego los levantó de nuevo en tanto sonreía. Abbigail lo conocía lo suficiente como para darse cuenta de que era una sonrisa ensayada. Su corazón dio un vuelco, aunque no estaba segura de si era por la anticipación o la aprensión. Había poco calor en la curva sensual de los labios de su marido. Nunca la había mirado de esa manera antes, y su estómago se retorció incómodo incluso cuando su cuerpo reaccionó con disposición instintiva ante la sugerencia en su mirada.

Deteniéndose frente a ella, alzó la mano y rozó con los nudillos la curva de su mejilla. Tras tomar su mano, la llevó a sus labios. Besando su fría y sensible palma, levantó la mirada para encontrarse con la de su joven esposa. Los remolinos de colores en sus ojos eran oscuros, llenos de misterio.

—Si ese es vuestro deseo.

Capítulo 29

Leif empujó la puerta de su dormitorio y le hizo un gesto a Abbigael para que entrase. Al pasar junto a él, captó su fragancia. Esa dulzura fresca en medio de la decadencia y el deterioro que los rodeaban le resultó terriblemente incongruente. *Lady Neville* no pertenecía a aquel lugar oscuro y miserable.

Dunwood Park estaba en un estado mucho peor de lo que había esperado. Su padre había logrado su objetivo de asegurarse de que nada de valor pasara a manos de su único hijo. La colección caótica de murallas, torres y alas ya estaba deteriorada durante la juventud de Leif, pero le sorprendía cuánto más se había arruinado en los años que llevaba ausente. Muy poco en el estado actual de la casa le recordaba cómo era cuando la dejó por última vez para abrirse paso entre los *boudoirs* de Londres. Incluso su antiguo dormitorio había sido despojado de todo al llegar. Se había visto obligado a buscar por toda la casa sus antiguos muebles y otras posesiones personales. Por suerte, los objetos no tenían valor monetario real y simplemente habían sido trasladados a un almacén en lugar de vendidos. Le llevó todo un día, pero finalmente su habitación casi parecía la de su juventud. Una gran cama vestida con tonos azul grisáceo apagados ocupaba una pared. Frente a esta se encontraba una cómoda modesta, una estantería llena de tomos pesados y una vieja silla de cuero acolchada que estaba orientada hacia la chimenea.

Leif observó desde el umbral entre tanto Abbigael caminaba lentamente por la habitación. Verla allí le produjo una punzada de incomodidad en el estómago. Él estaba preparado para enfrentarse a las dificultades de vivir en la fría carcasa de piedra que era Dunwood Park hasta que pudiera hacerse habitable. La mayor parte del trabajo llevaría meses. Ella se sentiría miserable en menos de quince días, luchando por encontrar estabilidad en aquel lugar tan incierto. No se merecía esto, pensó en tanto la veía inspeccionar los detalles de su dormitorio. ¿Encontraba la habitación carente de algo? Por supuesto que sí. Claramente *carente*.

—La *suite* principal está en una parte más antigua de la casa y actualmente es inhabitable —dijo con un tono más duro de lo que pretendía tras ir avanzando por la habitación, intentando no sonar demasiado disculpable—. Tendremos que conformarnos con usar los apartamentos menores por ahora.

Ya había preparado otra habitación para ella. Algo más elegante. Durante su búsqueda de objetos personales, había encontrado algunos muebles de estilo femenino y unas cubiertas para la cama en un tono de verde ligeramente más oscuro que los ojos de Abbigael. Probablemente habían pertenecido a su madre y, por tanto, habían escapado al ojo de su padre cuando necesitó fondos para financiar su vida en Londres. Su padre jamás se habría acercado a algo que hubiera pertenecido a la madre de Leif.

—El trabajo necesario para hacer que este lugar sea apenas habitable me llevará, sin duda, toda una vida —explicó mientras su esposa seguía examinando la habitación en silencio.

—Con mi ayuda, quizá solo sea media vida. —Abbigael se giró hacia él y le sonrió con ánimo.

Leif no respondió. El optimismo y la esperanza en su expresión le hicieron sentirse como un canalla, recordándole las expectativas que ella tenía y que él nunca podría cumplir. Volvieron a resonar en su mente las palabras de *lady Carlisle*, una frase que llevaba días rondándole: «No

cambia quién sois».

Tenía razón. Nada podía cambiar al hombre en el que se había convertido. El hombre que la historia, su padre y unas líneas de sangre malditas habían forjado. Era el vizconde Neville, una posición condenada durante generaciones a arrastrarse en vidas desperdiciadas. Leif siempre había creído que la leyenda familiar sobre una maldición era una excusa inventada por algún antepasado para desviar la atención de sus propias monstruosas carencias. Pero últimamente, había empezado a replanteárselo. Puede que hubiera conseguido la fortuna que necesitaba, pero ya había solidificado su camino de autodestrucción. Siempre sería lo que había sido desde aquella noche, hacía tanto tiempo, cuando salió a rastras de la cama de su primera amante y aceptó el oro que ella le ofreció en agradecimiento.

Abbigael permanecía inmóvil en el centro de la habitación. Mantuvo su mirada con un orgullo titubeante que resistía, a pesar de la incertidumbre que él veía en sus ojos. Parecía incómoda y fuera de lugar, como si empezara a intuir que las cosas no eran tan perfectas como habría deseado. Lord Neville se dijo a sí mismo que eso era bueno. Tenía que empezar a verlo tal y como realmente era. Tenía que aprender a aceptar un futuro diferente al que había soñado para sí misma. Él podía ser su amante, un papel que sabía desempeñar bien. No obstante, pensar que podía ser algo más era un triste delirio. Un delirio suyo y también de ella.

—Venid aquí, irlandesa —ordenó en un tono bajo. Vio cómo los labios de Abbigael se entreabrían y sus ojos se dilataban en anticipación. Sin embargo, dudó. Algo que no había hecho desde que se habían casado.

Una lucha interna estalló en su interior. Su recién descubierta conciencia libraba una batalla contra su deseo. Aunque en ese breve y súbito momento de vacilación, Leif supo que no podía soportar que ella se apartara de él. No todavía. Enseguida, extendió su mano hacia ella y sonrió, una sonrisa fácil y sensual, diseñada para calmar los nervios más alterados y despertar corrientes de deseo. Finalmente, Abbigael resbaló su pequeña mano en la suya y dio un paso hacia él. El lord supo, por la forma en que bajó la mirada, que sentía la necesidad de protegerse de él. El retorcido dolor en su interior empezó a suavizarse, dejando en su lugar un vacío amargo. Ya estaba perdiendo la confianza de su esposa.

—Decidme qué queréis, amor mío.

—Hazme el amor —pidió, mitad súplica, mitad orden. Se humedeció los labios y alzó la barbilla. El impacto de la emoción en su mirada cristalina le golpeó como un trueno.

Leif tragó saliva con fuerza y alzó la mano para deslizar las yemas de los dedos por el costado de su cuello, hasta alcanzar los broches de su chaqueta de viaje. *Lady* Neville permaneció inmóvil y sumisa en tanto él desabrochaba cada cierre, despojándola de la prenda y dejándola caer a un lado. La giró con suavidad para situarse detrás de ella y comenzó a trabajar con los delicados botones que recorrían la espalda de su vestido. Sus dedos se sentían rígidos y torpes entre tanto intentaba completar una tarea que le era tan familiar. Su destreza para desnudar el cuerpo femenino parecía esfumarse con cada centímetro de piel que dejaba al descubierto. Quería saborear el momento, consciente ya de que tal vez nunca volvería a ser así. En cuanto Abbigael quedó vestida solo con su ropa interior y las botas, Leif deslizó los dedos por la longitud de su columna vertebral, observando cómo un rastro de escalofríos erizaba los finos vellos de su piel pálida. Al menos podía hacer esto, ofrecerle placer a su cuerpo, aunque no pudiera darle la felicidad que ella merecía. Su cuerpo se suavizó y relajó bajo su tacto. Leif enganchó la tira de su camisón y la bajó, lentamente, con intención, sobre su hombro. Aunque no podía verlo, imaginó el borde de encaje deslizándose sobre sus pezones, rozando su vientre en tanto la prenda caía al suelo, y su propio cuerpo se tensó dolorosamente con una oleada

embriagadora. Resbaló las manos hasta la curva de sus caderas y la incitó a girarse para enfrentarlo. Su cuerpo, pálido y hermoso, resplandecía bajo la luz tenue de aquella tarde lluviosa. Su garganta se cerró con emociones demasiado incómodas de reconocer, y no dijo nada mientras se agachaba para desatar las botas, quitándoselas una a una. Después, rodó las medias por sus piernas y las retiró con delicadeza de sus pies.

Finalmente, ella quedó desnuda frente a él. Su mirada era suave y ligeramente desenfocada en tanto lo observaba a través de la espesa cortina de sus pestañas bajas. Esperaba por él, su anticipación tan palpable como el deseo atronador que latía en su interior. Durante unos largos momentos, no la tocó. Permaneció arrodillado a sus pies, sintiéndose extrañamente humilde, incluso entre tanto su cuerpo vibraba con la necesidad de reclamarla para el ahora y para siempre. No le resultaba fácil contener los impulsos primitivos que fluían ardientes por su sangre en tanto contemplaba su perfecta figura femenina. Ninguna otra mujer había despertado en él un deseo tan intenso de posesión. Sin embargo, la irlandesa lo lograba sin siquiera intentarlo. Simplemente existía, y él quedaba atrapado en un anhelo poco común.

Apretando sus caderas con las manos, se inclinó hacia adelante para presionar un beso en la suave curva de su vientre, inhalando el fresco y maravilloso aroma de su piel antes de apartarse y ponerse de pie. Estaba a punto de guiarla hacia la cama, pero ella lo detuvo con una suave mano apoyada en su pecho. Sin levantar la mirada para encontrarse con sus ojos, comenzó a desabrochar los botones de su camisa. El lord permaneció inmóvil e intentó mantenerse pasivo, queriendo darle la libertad de actuar como deseara. Cuando le quitó la camisa, se detuvo para posar sus pequeñas manos sobre la superficie desnuda de su pecho. Su cálido aliento se deslizó sobre su piel como una caricia mientras se ponía de puntillas y se inclinaba hacia adelante para presionar sus labios contra su hombro.

Leif se obligó a inhalar una larga y profunda bocanada de aire, con la esperanza de aliviar el hambre que hacía doler sus músculos. Mas el aliento se quedó atrapado en su garganta al sentir cómo sus dedos se deslizaban sobre su abdomen. Y cuando esas exploradoras y delicadas yemas rozaron la punta de su erección, justo dentro del borde de sus pantalones, apretó los dientes contra la fresca oleada de calor que hizo palpar su miembro con dolorosa intensidad. Antes de sospechar su intención, ella se arrodilló ante él para quitarle los zapatos y las medias, tal como Leif había hecho con ella. Incapaz de examinar el torbellino de emociones que llenaban su pecho ante aquel gesto tan propio de una esposa, Leif la instó a ponerse de pie. Tomándole el rostro entre las manos, el lord la besó con una tierna insistencia. El beso fue lento, deliberado y profundamente húmedo. Su lengua giró con la de ella, sus labios acariciaron y succionaron con dulzura. Y *lady* Neville respondió con una pasión desbordante, rodeándole la cintura con los brazos y derritiéndose contra él, aplastando sus pechos contra su pecho, presionando su vientre contra el suyo, aceptando el latir de su erección contra su abdomen. Todo en ella le hacía sentir increíblemente bien entre sus brazos. Pero no era suficiente.

Apoyando su brazo bajo sus nalgas, la levantó y la llevó hasta la cama. Tras descender juntos sobre el colchón, resbaló su pierna entre las de ella y bajó su boca hasta cubrir la dulce cima de su pezón. Abbigael se estiró y arqueó bajo su cuerpo. Sus manos se aferraron a su cabeza, manteniéndolo allí, y el sonido de su placer, un gemido profundo desde el fondo de su garganta, encendió un camino de fuego a través de su sangre. Arrastró su brazo bajo la parte baja de su espalda para mantenerla segura en tanto se posicionaba entre sus muslos. Tuvo que contener un gemido propio cuando ella alzó las caderas. Sosteniéndose firme a pesar de los fuertes latidos de su corazón y la tensión temblorosa en sus músculos, empujó lentamente hacia adelante, entrando en su cálido y preparado cuerpo. Se sentía demasiado bien.

Leif enderezó los brazos para alzar su cuerpo ligeramente. Se mantuvo inmóvil dentro de su cuerpo y cerró los ojos para resistir la magnética visión de sus ojos vidriosos de pasión, sus labios entreabiertos y sonrosados, sus brazos extendidos hacia él, su cuerpo tenso y entregado. Comenzando con un suave vaivén de sus caderas, se deslizó dentro y fuera de ella, apretando los dientes para contener el placer que amenazaba con sobrepasarlo. Abbigael levantó las manos para sujetar sus glúteos y dobló las rodillas, presionando los pies contra el colchón. Movié las caderas contra el lord, animándole, igualando la creciente furia y profundidad de sus embestidas con un movimiento acompasado. El vizconde se sintió tentado de mirarla a los ojos al sentir la proximidad de su clímax, pero sabía que hacerlo le haría perder el control y se perdería en ella. Incluso entre tanto la presión aumentaba en su cuerpo, era consciente de una desesperada necesidad de crear distancia. Notaba la intensa y fija mirada de su esposa, y sabía que quería atravesar el muro que él había construido, pero no se lo permitió. En cambio, se apoyó en un codo y llevó su mano entre sus cuerpos hasta que la yema de su dedo encontró el sensible botón de su placer. Dibujó círculos y pellizcó suavemente, atormentando la piel sensible hasta que ella se retorció y gimió, completamente entregada al deseo.

Abbigael alcanzó el clímax con un grito desgarrado, tensándose bajo él, y Leif no pudo aguantar más. Echando la cabeza hacia atrás, apretó los dientes en tanto daba una última embestida profunda en su cuerpo, liberando su semilla en una descarga pulsante contra su vientre. Leif luchó por mantener su consciencia por encima del tirón del placer que amenazaba con consumirlo. A pesar de la liberación física, su pecho se sentía apretado y le costaba tomar una respiración completa. Con las extremidades temblorosas, se apartó de su cuerpo cubierto de sudor. El frío de la habitación pronto enfrió su piel mientras se levantaba de la cama.

—¿Leif?

Lord Neville ignoró la suave pregunta. Necesitaba alejarse. Necesitaba aire. Fue muy cuidadoso de no mirarla en tanto se vestía apresuradamente. Una pequeña parte de su consciencia imaginó cómo debían parecer sus acciones a los ojos de Abbigael, pero no podía detener el pánico que comenzaba a subir por su pecho. Una vez, hacía mucho tiempo, le había dicho a Anna que no tenía corazón. El comentario había sido hecho a medias en broma, pero ahora sabía que era verdad. Ningún hombre con un ápice de calidez o compasión haría lo que él estaba haciendo a su esposa. Pero no podía detenerse. Tenía que irse antes de que las emociones que le asfixiaban le obligaran a hacer algo tonto y, en última instancia, mucho más cruel.

—¿Os vais? —Su voz estaba cargada de acusación e incertidumbre.

—Tengo mucho trabajo que hacer. —Se colocó los zapatos sin levantar la mirada.

—¿Cómo puedo ayudarlos?

Leif se detuvo en ese instante y la miró. Ella estaba sentada en el centro de su cama. Las mantas cubrían su cuerpo desnudo. Sus ojos estaban brillantes y húmedos, empujándole aún más hacia la convicción de que estaba haciendo lo correcto. Sólo quería ver esa mirada en sus ojos una vez.

—No podéis —lamentó, quizá con demasiada brusquedad, entre tanto se dirigía hacia la puerta—. Deberíais descansar después del viaje. Pasaré por la cocina para ver si la señora Helmstead puede traeros algo de comida. Aunque no esperéis mucho, dado lo limitado de lo que tenemos. —A continuación, salió de la habitación—. Os veré en la cena —añadió por encima del hombro en tanto cerraba la puerta tras de sí.

Una vez en el pasillo, Leif se alejó con grandes zancadas, desesperado por salir al exterior, sentir el aire fresco en el rostro y contemplar la extensión de los campos que solían llamarle cuando era un niño que anhelaba la libertad y el anonimato de los espacios abiertos. Sería el

amante de Abbigael. Le daría hijos. Porque eso era lo que había aceptado hacer. Pero antes de volver a ella, necesitaba desarrollar el desapego necesario para poder sostenerla en sus brazos sin sentir el peso desgarrador que palpitaba en el lugar donde debería estar su corazón.

Capítulo 30

Abbigael despertó de un sueño que había sido una mezcla de placer y dolor. La imagen desenfadada de Leif, el aroma a tabaco mezclado armoniosamente con cedro y el rico timbre de su voz al hablar de cosas íntimas, todavía resonaban en sus pensamientos conscientes. Se giró de lado hasta quedar de espaldas. Sus manos se posaron sobre el vacío opresivo que sentía expandirse desde su pecho. Despertar con el difuso recuerdo de sueños pasados en el círculo acogedor de sus brazos la dejó con una mezcla agri dulce de pérdida y plenitud. La plenitud era falsa, una creación de su subconsciente dormido. Y la pérdida era terriblemente real. Trató de ignorar el peso aplastante que sentía en el centro de su pecho. No había estado en los brazos de su marido ni en su cama desde aquella tarde en que llegó.

En las últimas semanas, la distancia entre ellos había crecido más de lo que jamás habría imaginado posible aun bajo el mismo techo. Sus encuentros eran aleatorios y breves: coincidencias fortuitas aquí y allá mientras cada uno se ocupaba de sus asuntos diarios. Leif estaba absorto en alguna tarea de extrema importancia y no podía detenerse más de unos minutos para conversar con su esposa. Había demostrado ser incansable desde su llegada a la finca. A Abbigail le sorprendía la motivación que mostraba en su empeño por mejorar Dunwood Park y las propiedades vinculadas. Rozaba lo obsesivo, y aunque se preocupaba por él, también entendía su necesidad de restaurar la finca. Los cambios que ya había logrado implementar marcaban una diferencia significativa en el lugar, y tenía una lista extensa de planes para mejorar las granjas arrendadas y el pueblo. Abbigail apenas podía esperar para ver el proyecto terminado. El enfoque principal de Leif en esta etapa de la renovación se centraba en los problemas estructurales y las modernizaciones, especialmente en lo relacionado con la casa.

Abbigael sabía que planeaba instalar un sistema de fontanería de última generación, con retretes modernos y un sistema de uso eficiente del agua como nunca había oído antes. Aunque esta información no estaba confirmada, ya que la había recopilado a través de las conversaciones de los obreros que deambulaban por casi cada rincón de la imponente estructura, desde las ruinas medievales que aún quedaban en pie hasta las adiciones más recientes.

En los primeros días, le había preguntado varias veces si podía ver los planos y dibujos que Leif llevaba casi siempre consigo. Pero él desestimaba su petición cada vez, prometiendo que se los enseñaría cuando estuviera menos ocupado. Cuando le preguntó si podía ayudarlo en algo, su ofrecimiento fue recibido con una reacción de leve impaciencia y lo que Abbigail solo pudo interpretar como una sutil desconfianza. Con el tiempo, dejó de intentar involucrarse en los proyectos de Leif y encontró uno propio. Los desvanes que le habían mostrado durante su recorrido por la casa estaban en un estado desesperado de desorden. Y quién sabe, quizá podría encontrar algún tesoro olvidado entre las telarañas y las sombras húmedas.

Aunque el trabajo de clasificar los tres desvanes individuales no era necesariamente extenuante, Abbigail descubrió que la tarea la agotaba cada vez más. Esperaba que su cuerpo se acostumbrara a la actividad física, pero hasta ahora no había sido el caso, y cada noche caía rendida en la cama, exhausta por el trabajo del día.

Hace unos días, en tanto cruzaba el pasillo del segundo piso para dirigirse a su dormitorio separado, se había encontrado con Leif. A ella le habría gustado quedarse en su habitación con él, pero el vizconde había mandado preparar otra habitación para ella el mismo día de su llegada.

Las *suites* principales, ubicadas en la torre gótica más grande, seguían siendo inhabitables, y tanto ella como Leif continuaban alojándose en dos de las habitaciones de invitados más pequeñas en la parte principal de la casa. Al verla en el pasillo, Leif se detuvo. Tras cerrar la puerta de su dormitorio con cuidado, esperó a que ella se acercara. Iba vestido con lo que se había convertido en su atuendo habitual desde que había llegado al campo. Pantalones sencillos de lana, una camisa de cambray lisa, desgastada en los codos y deshilachada en el cuello, con las mangas arremangadas hasta la mitad del antebrazo. Había prescindido de la chaqueta, probablemente para facilitar el movimiento, ya que Abbigael había aprendido que a menudo trabajaba codo a codo con los obreros, blandiendo un martillo, midiendo, marcando o despejando escombros según lo necesario. Su piel tenía un tono ligeramente bronceado, lo que indicaba que, al menos, parte de su trabajo se realizaba al aire libre. Su cabello había crecido un poco más de lo que solía llevarlo en Londres y parecía que algo de serrín se había asentado en sus desordenados mechones.

Abbigael apretó los puños contra el impulso de pasar los dedos por su cabello para quitarle el polvo. Sabía que él no recibiría bien el gesto. Todo en él, últimamente, proyectaba un mensaje de «no me toquéis», y no saber cómo atravesar esa barrera la dejaba completamente desconcertada. En contraste, no iba a dejar que otra oportunidad pasara sin al menos intentar llegar más allá de la coraza que el lord había levantado. En algún lugar de él seguía estando el encantador granuja que solía bromear con ella, que la había sacado de su caparazón y había liberado la parte sensual y apasionada de su naturaleza con destreza e infinita atención.

—Buenas noches —dijo el vizconde cuando ella se acercó. Había un atisbo de sorpresa en el arqueado de sus cejas—. No habría pensado que seguiríais despierta.

No podía admitir que había adquirido la costumbre de esperarlo despierta. Por lo general, el agotamiento la empujaba a la cama antes de que él hiciera acto de presencia.

—Me he acostumbrado a las horas tardías —explicó—, aunque estaba a punto de retirarme.

—Por supuesto. No permitáis que os entretenga. —Inclinó ligeramente la cabeza y giró como si fuera a pasar de largo junto a ella.

Abbigael posó su mano sobre su antebrazo desnudo para detenerlo. El calor de su piel atravesó la yema de sus dedos y se extendió por su sangre, calentándola al instante.

—Agradecería vuestra compañía si quisieras uniros a mí.

Lord Neville se detuvo, y cuando su mirada se cruzó con la de su esposa, esta última vio las llamas gemelas de deseo y necesidad reflejadas en los profundos y turbios colores de sus ojos por un breve y fugaz instante. Su corazón se aceleró en un ritmo frenético y su estómago danzó con anticipación. «Por fin».

Pero entonces, como si lo arrastrara una tormenta que no cesaba de acercarse, una sombra oscureció la mirada de su marido, las llamas se apagaron y él volvió a desvanecerse. Abbigael sintió el escalofrío hasta lo más profundo de sus huesos.

—Me temo que no tengo tiempo para distracciones esta noche, irlandesa. Hay mucho que requiere mi atención si quiero mantener el calendario y tener este lugar listo para el invierno. Espero que lo entendáis.

Su mano cayó a su costado. No se molestó en forzar una sonrisa, no podía encontrar la fuerza para fingir una expresión agradable cuando se sentía tan vacía por dentro. Su garganta se cerró con una oleada de emociones que le dificultaban articular palabra alguna. Asintiendo en señal de comprensión, se dio la vuelta. De repente, no deseaba nada más que estar sola en el tranquilo refugio de su dormitorio. Seguidamente, escuchó sus pasos alejándose por el pasillo antes de que ella lograra llegar a su puerta. Una parte de ella quería girarse, aunque fuera solo

para verlo marcharse, pero una parte más fuerte sabía que solo le causaría más dolor, y ya había tenido suficiente de eso.

Desde aquella noche, sus interacciones se tornaron perfectamente educadas, en el mejor de los casos, e indiferentes y formales cuando él estaba más absorto en su trabajo. Y los sueños de Abbigael comenzaron a llenarse del deseo y la pasión que no podía obtener de su esposo durante las horas de vigilia. Al mirar el reloj ahora, vio que eran casi las dos de la madrugada. Cansada de buscar excusas para él y harta de intentar sobrevivir con las vagas experiencias de sus sueños, Abbigael tomó una decisión rápida.

Puso los pies en el suelo, se levantó de la cama y salió de la habitación con pasos decididos. Se había bañado justo antes de acostarse y se había dormido llevando solo su bata. Al tiempo que avanzaba por el pasillo, se ajustó el cinturón con un firme nudo, como si fueran las correas de una armadura y estuviera marchando hacia la batalla. Su cabello caía en rizos desordenados sobre sus hombros y espalda, y apartó unos mechones rebeldes de su rostro con un movimiento impaciente de la mano.

Al llegar a la puerta del dormitorio de Leif, se detuvo un momento para alargar su postura y levantar el mentón. Alzó el puño para llamar, pero cambió de opinión y alcanzó el picaporte en su lugar. La puerta estaba sin cerrar y se abrió con facilidad. Solo necesitó un instante para darse cuenta de que Leif no estaba allí y que su cama aún no había sido usada. Cerrando de nuevo la puerta, Abbigael giró sobre sus talones y descendió las escaleras.

Su determinación permanecía intacta cuando vio el tenue resplandor de luz extendiéndose desde el estudio hacia el pasillo. Lord Neville no se había molestado en cerrar la puerta. Con pasos largos, cruzó el vestíbulo. La bata se agitaba elegantemente contra sus piernas, y sus pies descalzos no emitían ningún sonido al atravesar el umbral hacia la habitación. Y en ese momento se detuvo.

Leif estaba sentado en el gran escritorio, inclinado con intensidad sobre su tarea, ajeno al hecho de que ella había entrado y ahora se encontraba de pie en el centro de la habitación, a apenas siete pasos de distancia. La luz de una única lámpara iluminaba varios dibujos que estaban desenrollados y esparcidos de manera descuidada por la superficie del escritorio. Con un dedo, seguía las líneas de un dibujo que descansaba encima de la pila, en tanto que su otra mano sostenía un lápiz que aplicaba con un ritmo constante sobre las páginas de un cuaderno.

Abbigael podía ver los callos que habían aparecido en sus grandes manos durante las últimas semanas y se preguntó cómo se sentirían esas manos ásperas al sujetar sus caderas y muslos. Observaba, fascinada, cómo sus labios se movían en silencio al ritmo de las palabras que escribía. Un calor pecaminoso se acumuló entre sus piernas al recordar cómo esos labios habían deslizado, húmedos y cálidos, sobre su piel, besando su pecho y otros lugares con hambre. No creía haber hecho ningún ruido, pero estaba tan absorta en el mero espectáculo de su presencia que quizá no se habría dado cuenta si algo hubiera llamado su atención. En cuanto Leif alzó la vista, su mirada se posó en ella y su mano se detuvo sobre el cuaderno. Se miraron el uno al otro, sin hablar ni moverse. Lentamente, como si le costara hacerlo, Leif permitió que su mirada descendiera con suavidad por el contorno de su cuerpo. *Lady Neville* esperaba no estar engañándose a sí misma cuando vio el calor del deseo instantáneo arder en sus ojos. Era infinitamente consciente de que bajo su bata no llevaba nada, salvo el limpio aroma del jabón y el sutil perfume de su deseo. Los picos de sus pechos se endurecieron contra la fina tela que los cubría, y sus rodillas comenzaron a debilitarse, pero se mantuvo firme bajo su escrutinio. Quería que la viera así: casi desnuda, expuesta y deseándolo.

Después de un minucioso y deliberado repaso a su apariencia, desde los mechones

desordenados de su cabello hasta sus pies descalzos hundidos en la gruesa alfombra nueva que cubría el suelo, Leif colocó el lápiz con cuidado en el lomo del cuaderno. Apiló meticulosamente los papeles frente a él, los apartó a un lado y se recostó en la silla, apoyando sus grandes manos, con las palmas hacia abajo, sobre sus muslos musculosos. Por tanto, solo volvió a levantar los ojos.

—Es tarde. Deberíais estar en la cama. —Su voz era fría y controlada, pero el deseo que Abbigael había sentido en él al notar su presencia evitó que esas palabras enfriaran la sangre que hervía en sus venas. El vizconde la deseaba. Lo sabía, por más que él intentara ocultarlo. Aun así, tuvo que resistir la tentación de entrelazar las manos en un gesto nervioso.

—Os he echado de menos.

Leif no respondió a su confesión, y su expresión permaneció imperturbable. Abbigael esperó. Si el lord pensaba que, ignorándola, ella se marcharía, no tenía ni idea de lo terca que podía llegar a ser. Había acudido a él con un propósito y lo llevaría a cabo, para bien o para mal. Quería un marido de verdad y un matrimonio de verdad, y no se marcharía esa noche hasta saber si eso aún era posible. Se mantuvo tan rígida que, para cuando él volvió a hablar, los músculos a lo largo de su espalda y en sus muslos habían comenzado a temblar.

—Venid aquí. —Dos palabras de mando, pronunciadas con suavidad. No obstante, lograron deshacer la tensión que la mantenía en su lugar. Se acercó a él con una confianza fingida, esperando que no notase lo nerviosa que estaba y cuánto deseaba que la aceptara. Que le sonriera. Que la reclamara por completo como su esposa, como no lo había hecho en demasiado tiempo.

Leif la observó con un rostro inmutable y una actitud serena mientras ella rodeaba el escritorio y se colocaba junto a él. Entonces, lord Neville echó la silla hacia atrás, levantó una mano hacia su cadera y la atrajo entre sus rodillas. Corrientes de chispas eléctricas recorrieron su interior al sentir el calor de su gran mano traspasar la tela de la bata y extenderse sobre la curva de su cadera. Abbigael lo miró desde arriba, contenida entre el miedo y la anticipación de lo que podría hacer a continuación, aún sin estar completamente segura de que no la fuera a rechazar. Su atención quedó atrapada en las ondas despreocupadas de su cabello dorado. Obedeciendo un impulso, alzó la mano y dejó que sus dedos se deslizaran entre los fríos mechones, disfrutando de cómo las puntas se rizaban suavemente entre ellos. Como si no hubiera notado su caricia tierna, Leif alzó la mano hacia los bordes de la bata, allí donde cruzaban sobre su pecho. Pinchó la tela con los dedos y, con movimientos lentos y deliberados, fue separando los bordes hasta que la bata resbaló más allá de la suave pendiente de sus hombros. Sus pechos y los rosados pezones quedaron expuestos a su mirada. Se sentían pesados y llenos, deseando atención. El cálido aliento de Leif acarició las sensibles cúspides y Abbigael cerró los ojos en anticipación. Pero él dejó sus pechos intactos ya sea por labios o dedos. Acto seguido, sus manos cayeron sobre sus caderas y, en un rápido e inesperado movimiento, la alzó sobre el borde de su escritorio. Abbigael abrió los ojos de golpe y extendió las manos para apoyarse en sus hombros en tanto sus pies se despegaban del suelo. Sus pechos quedaron a escasos centímetros de su boca. El único indicio de que él no era inmune a la proximidad sensual de sus cuerpos fue el leve endurecimiento de su agarre en sus caderas. La empujó un poco más hacia el interior del escritorio y la soltó para abrir un cajón a cada lado. Sin llegar a encontrar su mirada, cargada de deseo y preguntas, sujetó primero uno de sus pies desnudos y lo colocó sobre uno de los cajones abiertos; luego hizo lo mismo con el otro, separando sus piernas. Pero no fue suficiente.

Cuidando de no rozar su piel, extendió los bordes inferiores de la bata, dejando que el tejido cayera hacia los lados de sus muslos. Ahora, la prenda apenas se mantenía en su sitio gracias al

cinturón atado alrededor de su estrecha cintura, entre tanto que su cuerpo quedaba completamente expuesto ante él. La posición era incómoda, abierta y extremadamente vulnerable. Abbigael se sintió desvergonzada y maravillosamente depravada. Nunca antes había estado tan sumida en una tensión sexual tan abrumadora. Sentía cada roce de su mirada como si fueran las caricias de sus manos. El calor inundaba sus extremidades, haciendo que sus músculos se volvieran pesados y perezosos. Su sexo palpitaba, hinchado y ardiente. Todo su cuerpo vibraba con la anticipación de lo que vendría a continuación.

—Ahora, acostaos.

Le pareció que su voz sonaba más grave y áspera, pero quizás fuera una ilusión causada por el pesado golpeteo de su pulso en los oídos. Hizo lo que le pedía, apoyando las manos detrás de ella sobre la superficie del escritorio y alargando la columna.

—Más atrás —ordenó. Esta vez, el tono crudo y denso de su voz era inconfundible.

Lady Neville obedeció y se inclinó hacia atrás hasta que sus manos encontraron el borde opuesto del escritorio, aferrándose con los dedos. Su cuerpo se sentía casi al límite de su capacidad física, y ya no podía verle donde estaba, sentado entre sus rodillas abiertas, a menos que arquease el cuello de forma incómoda. Pero no le importó en absoluto en cuanto sintió el roce áspero de sus manos deslizándose sobre la piel lisa de sus muslos. Recorrió su piel sensible con las palmas callosas en un gesto insistente y posesivo. No había ternura en esa caricia; cada movimiento de sus manos empujaba sus rodillas aún más hacia los lados. Su toque era pura magia, enviándole escalofríos de delicada sensación por todo el cuerpo. Por un segundo, se preguntó si su marido habría empleado este truco con otras mujeres. La idea le revolvió el estómago, y apartó el pensamiento de inmediato, odiando la ola de celos que se alzó en su interior. Su respiración se cortó en la garganta y cerró los ojos, bloqueando todo lo demás salvo las sensaciones que él creaba.

El suave roce de su cabello susurró contra su rodilla un momento antes de que él presionara sus labios en la cara interna de su muslo. Resbaló sus brazos por debajo de sus piernas para asir firmemente sus caderas con las manos, sujetándola en tanto trazaba un camino de besos ligeros y juguetones desde su rodilla hasta el ardiente calor en su centro. Se le erizó la piel. Su estómago revoloteó con un abandono salvaje, y sus dedos se cerraron aún más alrededor del borde del escritorio, con tanta fuerza que sus nudillos empezaron a doler. No prolongó la anticipación y, al instante siguiente, su boca la cubrió. Incluso esperándolo, no pudo contener el jadeo de placer que se escapó de sus labios. El susurro entrecortado flotó en el aire a su alrededor, rápidamente acompañado por otros iguales entre tanto el lord empleaba toda su experiencia para ofrecerle placer. Con una atención implacable, atormentó su carne sensible con la lengua: ligeros roces, profundos trazos envolventes. Un ritmo inescapable que extendió la necesidad vibrante a cada rincón de su cuerpo. La espalda de la vizcondesa se arqueó como un arco. Los músculos de sus brazos y hombros se tensaron y temblaron por el esfuerzo de sostener su cuerpo en medio de la tormenta de su inminente clímax. Se tensó, indefensa, persiguiendo el alivio, con sus músculos disolviéndose en una masa temblorosa de sensación. Estaba a merced de Leif, solo podía seguir donde él la condujera, confiando en su voluntad para llevarla más y más alto.

El clímax, al momento de alcanzarlo, fue intenso y rápido. La envolvió como una ola que rompía con fuerza, dejándola débil y sin aliento en su estela. Sus codos temblaban bajo el peso de su cuerpo, y sus muslos se sacudían. Pasaron varios minutos antes de que sus pensamientos lograran reorganizarse en un orden coherente. Cuando abrió los ojos, se quedó horrorizada al contemplar la imagen licenciosa que ofrecía, con su bata abierta, dejando su cuerpo desnudo extendido sobre el escritorio de Leif. Al levantar la mirada, vio a Leif reclinado nuevamente en

su silla, con la mirada desenfocada, como si estuviera decidido a mirar a cualquier lugar menos a su rostro. Un escalofrío helado recorrió su piel, y se incorporó, sintiendo en lo más profundo de su corazón que algo muy grave acababa de suceder.

Bajó la mirada, odiando la expresión impasible en el rostro apuesto de Leif, y volvió a colocar los bordes de su bata sobre sus hombros. Cruzó el fino tejido sobre sus pechos y bajó los pies al suelo, rogando a sus piernas debilitadas que soportasen su peso sin fallar. La tela de la prenda cayó suavemente alrededor de sus piernas y se tomó un momento para volver a atar el cinturón, sintiendo la necesidad de establecer una barrera ligera pero efectiva entre la vulnerabilidad destrozada de su cuerpo y la presencia distraída de Leif. Se abrazó a sí misma, cruzando los brazos alrededor de su cintura. El pulso del placer aún se desvanecía en su sexo, y la evidencia de lo que Leif le había dado la hizo sentir de repente avergonzada y sola. Aunque Leif le había dado exactamente lo que creía que ella deseaba, lo había hecho sin ofrecer nada de sí mismo. Comprendió, en ese momento, la diferencia abismal entre hacer el amor y lo que él había hecho con todas aquellas mujeres que lo habían precedido. Las ocasiones en las que él la había abrazado y compartido con ella la magia de la pasión desatada eran cosa del pasado. Había obtenido su fortuna gracias a ella y, de forma eficiente, la había empujado a un lado como si fuese una molestia que debía soportar para lograr sus verdaderos objetivos. Leif la había relegado al papel de ser una más entre tantas que tomaron el placer que él ofrecía a cambio de una compensación financiera. La ira comenzó a abrirse paso a través del frío y triste descubrimiento que acababa de hacer. No era una de esas mujeres. Era su esposa. Su compañera y apoyo. Por lo tanto, miró la parte superior de su cabeza y notó la impaciencia que llenaba su postura engañosamente relajada. Sus grandes manos estaban tensas y rígidas sobre sus muslos. Su respiración era entrecortada y breve, y seguía esforzándose visiblemente por evitar mirarla directamente.

—No voy a permitir que me trates de esta manera, Leif. —A *lady* Neville le ardía la garganta, abrasada por las palabras que sentía obligada a pronunciar.

—Vinisteis aquí buscando sexo. Podía olerlo en vos desde el otro lado de la habitación —respondió con una voz áspera y despiadada—. Os di exactamente lo que queráis.

—Os equivocáis. —Abbigael vio de inmediato cuánto se esforzaba por proteger sus pensamientos. Era un maestro en esa práctica, pero Abbigael había aprendido a ver más allá. Y lo que percibió en sus ojos tocó delicadamente su corazón y la detuvo un instante. No era tan seguro de sí mismo ni tan distante como pretendía hacerla creer.

—Iros a la cama, Abbigael —ordenó con tono cortante en tanto cruzaba los brazos sobre su pecho—. Tengo trabajo que hacer.

Lady Neville permaneció de pie entre su esposo y el escritorio, tambaleándose entre el dolor de su frío desdén y su deseo de contraatacar. De obligarle a reconocer la emoción que intuía bajo su fachada de indiferencia. Había demasiado en juego, toda su felicidad futura, como para acobardarse ahora, en un momento tan crucial. Alzó la barbilla y bajó las manos a los costados, encontrando su mirada con una mezcla de franqueza desafiante y vulnerabilidad transparente.

—Te amo.

—¿Qué es lo que queréis? —preguntó Leif con sequedad. Sus ojos se endurecieron, y la mandíbula se le tensó al oír su valiente confesión. Enseguida, apartó la vista.

—Nada. Todo. —Empezando a sentir el pánico asomarse ante la dureza inquebrantable de sus respuestas, Abbigael levantó las manos en un gesto de súplica.

—Lo primero puedo dároslo. Lo otro, no lo tengo. Y fui honesto con vos sobre eso desde el principio. —Una sonrisa irónica torció los labios del lord mientras la miraba de nuevo.

Abbigael le miró, rígida por la conmoción. Su marido tenía razón. La había advertido muchas veces sobre lo que podía esperar de él. No había nada más que decir. El dolor asfixiante de la pérdida llenó su pecho. Era una sensación que le recordaba al duelo que había sentido al morir su madre. No era ni de lejos, empero, tan terrible. O tal vez se había hecho más fuerte de lo que había creído. Le amaba, desesperada y completamente. Pero podía sobrevivir a esto.

Rompiendo el efecto paralizante de su desengaño, cruzó la habitación hacia la puerta, que había permanecido abierta todo el tiempo. Una vez más, había estado tan perdida en el torbellino de deseo y necesidad por él que todo sentido de privacidad y decoro había desaparecido por completo. Siempre tenía el poder de hacerla salir de sí misma. La liberaba y la encadenaba al mismo tiempo, aunque no sentía ninguna preocupación por cuidar de su corazón. No pudo resistir la necesidad de mirar por encima del hombro antes de salir de la habitación. Leif estaba inclinado sobre su escritorio en la misma postura que tenía cuando ella le había interrumpido. Su lápiz rasgaba el papel en el cuaderno. Era como si los momentos en los que había estado desnuda y jadeante frente a él nunca hubieran existido.

Lady Neville volvió a su dormitorio, pero no durmió ni un instante esa noche. Pasó horas tendida en su cama, intentando comprender. Había tristeza en Leif. Algo oscuro y profundo en su interior le arrastraba hacia abajo, y lo protegía demasiado bien. Lo sabía con una certeza que la llenaba de pies a cabeza. En contraste, él no compartiría sus problemas con ella. Había tomado una decisión deliberada de apartarse, y rechazaba su amor con la fría indiferencia de un hombre sin corazón. Abbigael se revolvió bajo las opresivas mantas de su cama hasta que finalmente las apartó. Se estiró de lado, con la mirada fija en la ventana en tanto la luz gris y nebulosa empezaba a filtrarse a través de la noche. Leif podía destacar mostrando al mundo solo lo que quería que viesen, pero no era tan hábil como para engañar a Abbigael. Ella estaba convencida de que, bajo la dura fachada que había construido en las últimas semanas, seguía existiendo aquel encantador sinvergüenza que le calentaba el corazón con su sonrisa burlona y la había liberado de las ataduras de su pasado.

Para cuando el sol de la mañana proyectó un brillo dorado a través de la bruma matinal, y contempló las tierras ancestrales de Leif, ya había tomado una decisión: necesitaba marcharse por un tiempo. Su presencia actual en Dunwood Park no tenía propósito alguno. Leif no tenía intención de involucrarla en su vida y permanecer al margen era demasiado doloroso. Necesitaba reforzar su determinación y encontrar una manera de llegar hasta él. No estaba dispuesta a renunciar al futuro que siempre había soñado para sí misma. No estaba preparada para quedarse callada en el borde de la vida de su marido, esperando pacientemente la más mínima migaja de atención. Y, desde luego, no estaba dispuesta a aceptar el tipo de trato que había recibido de él aquella noche. Necesitaba convencerle de que su matrimonio era mucho más que un simple acuerdo de conveniencia, y no podía hacerlo bajo las circunstancias actuales. Las emociones que inundaban su conciencia cuando su marido estaba cerca eran demasiado intensas y, en este momento, solo le traían dolor. Reconocía que su plan tenía un matiz de cobardía, pero se decía a sí misma que no estaba huyendo. Se estaba reagrupando, recobrando fuerzas y desarrollando una estrategia. Leif tendría que enfrentarse a ella muy pronto y aceptar las emociones que tanto se esforzaba por negar.

Capítulo 31

Leif probó la última de las manivelas instaladas en el panel principal, cerca de la puerta trasera del invernadero. Inclinando la cabeza hacia atrás, observó con una amplia sonrisa de satisfacción cómo la gran sección de vidrio con marco de plomo en el techo giraba sobre su eje, permitiendo que el fresco aire otoñal fluyese al interior del edificio de paredes acristaladas. Una vez que el panel se abrió por completo, giró la manivela en sentido inverso para cerrar la ventana de nuevo. Todos los paneles funcionaban a la perfección. El gran invernadero octogonal estaba situado detrás de la casa, en un pequeño bosquecillo aislado entre los establos y el arroyo de truchas. Había dejado esta estructura para el final, ya que, de alguna manera, se había convertido en la pieza más importante de todo lo que había logrado en Dunwood Park durante los últimos meses. El pequeño edificio hecho de piedra, plomo y vidrio había pasado a representar la culminación de su visión. Y tenía que ser perfecto. Antes de marcharse, echó un vistazo al espacio vacío y visualizó la imagen terminada.

Las ocho paredes anguladas estarían revestidas con los bancos bajos que ya estaban contruidos y listos para instalar. Cojines estampados en azul, verde y amarillo suavizarían los asientos. Tres naranjos crearían un fresco y sombreado refugio en el centro del invernadero. Aquí y allá, habría macetas con flores silvestres mezcladas: cardos, acianos, orquídeas, gencianas, nomeolvides y más. El aroma fresco de los cítricos se mezclaría para siempre con el sutil perfume de los prados irlandeses. Posteriormente, volvió a la casa a paso lento, sin prisa por regresar al mausoleo vacío. Desde que terminaron los trabajos estructurales en la casa, el lugar había estado demasiado silencioso. Habían desaparecido los constantes golpes de los martillos metálicos y el sonido de las botas resonando por los pasillos. La única música de la última semana había sido el murmullo de su nuevo personal entre tanto colocaban los muebles y decoraban cada habitación según sus especificaciones. Desafortunadamente, sin la distracción del ruido y la actividad, su mente era propensa a vagar hacia territorios donde preferiría no ir.

En cuanto puso un pie en el vestíbulo, la señora Helmstead apareció desde la parte trasera de la casa, como si hubiese estado escuchando sus movimientos. Aunque Leif había contratado a varias muchachas de las aldeas cercanas para ocupar los puestos necesarios de doncellas de planta alta, de planta baja y personal de cocina, todavía no se había tomado la molestia de contratar personal de rango superior. Jack seguía actuando como valet ocasional, ayuda de cámara y sirviente general, en tanto que la señora Helmstead asumía los roles de ama de llaves, cocinera y mayordomo cuando hacía falta. Al ver el cuadrado de papel blanco en su mano mientras se acercaba, Leif hizo una mueca internamente y deseó haber entrado por una escalera trasera.

—Otra carta de *sir* Félix, milord. —Agitando la carta ante él como si fuera una bandera, la anciana llegó hasta él antes de que tuviese tiempo de considerar una retirada.

Leif no tuvo más remedio que coger la misiva que ella le colocó justo bajo la nariz. Sus dedos se tensaron con el impulso de cerrarse en un puño aplastante alrededor del papel.

Aprovechando uno de sus episodios más lúcidos, la señora Helmstead plantó las manos en sus robustas caderas y lo miró como si fuese un niño obstinado.

—¿No cree que ya es hora de que lea todas esas cartas y finalmente escriba una respuesta? No puede ignorar a su suegro para siempre, ni a su esposa —añadió luego de fruncir los labios.

—Se marchó —respondió Leif con brusquedad—. Si quisiera comunicarse conmigo, me escribiría ella misma. O, mejor aún, volvería a casa.

Dando la espalda a la entrometida sirvienta, lord Neville cruzó el vestíbulo y atravesó las grandes puertas dobles que conducían a la torre principal. Un pasillo oscuro y estrecho se extendía unos cuantos pasos en penumbra antes de llegar a otro par de pesadas puertas. Al empujarlas, entró en un salón circular que ocupaba la planta baja de la torre. Había logrado rastrear las ventas de la mayoría de los tapices y obras de arte de los Neville, que su abuelo había malvendido, y había conseguido recomprar gran parte de ellos. Algunos de los tapices colgaban en el vestíbulo principal, en tanto que el resto adornaba esta sala de la torre y los pisos superiores, que albergaban los apartamentos personales del lord y la *lady*.

Leif pasó junto al pequeño escritorio de escritura antiguo situado bajo una de las grandes ocho ventanas y arrojó la carta sobre la creciente pila de sobres similares sin abrir. Dejándose caer en el sofá frente a la chimenea encendida, dejó que su cabeza se apoyara contra el respaldo. Cerró los ojos y se obligó a ignorar el retorcido nudo que sentía en el estómago. Había sido muy tarde, al día siguiente de la trascendental visita de su esposa a su estudio, cuando se enteró de su partida. Ella había dejado una breve nota en el centro de su escritorio en la que solo decía que había decidido hacer un pequeño viaje y que le escribiría pronto.

De forma inexplicable, su abandono lo había enfurecido. Aunque era exactamente lo que había esperado, lo que había deseado. Obligó a apartar esa ira, sabiendo que, en el fondo, aquello era lo mejor. Tanto para ella como para él. Necesitaba liberarse de la visión, el aroma y el sonido de su presencia si quería superar la monumental tarea que se había propuesto. Todo lo que siempre había soñado estaba al alcance de su mano. Cada día veía cómo sus planes para Dunwood Park y las tierras circundantes cobraban vida, cómo su visión tomaba forma, y, en contraste, su atención seguía desviándose hacia pensamientos de su esposa. Sus suspiros de placer invadían el silencio de su estudio, evocando recuerdos de aquellas noches y días inolvidables que habían compartido disfrutándose mutuamente en la estrecha cama de su pequeño dormitorio en Londres. Sabía, incluso entonces, que ese placer puro y sin adulterar no podía durar.

Si bien *lady* Carlisle no le hubiera recordado su verdadera naturaleza, él lo habría comprendido tarde o temprano: era solo cuestión de tiempo antes de que su esposa se sintiera insatisfecha y desilusionada. Le había prometido hijos. Pero jamás podría ser el marido que ella había deseado. Supuso, cuando se marchó, que simplemente había regresado a Londres. En cambio, cuando los Blackbourne fueron de visita casi cinco semanas después de su partida, descubrió que no la habían visto ni recibido noticias de ella. Al interrogar al cochero, se enteró de que había ido a Londres, pero directamente a los muelles, donde reservó un pasaje en el primer barco con destino a Dublín. La noticia de que había regresado a Irlanda calmó el pánico que lo había invadido al descubrir que no había estado en contacto con los Blackbourne. Pero trajo consigo la comprensión de que, aparentemente, Londres no había sido lo suficientemente lejos.

Arrojándose al proyecto de restauración de Dunwood Park con la dedicación de un obsesionado, lord Neville intentó distraerse de los pensamientos que le provocaba su esposa. Pasaba horas en su estudio revisando planos y aún más tiempo trabajando junto a los obreros, de modo que, cuando finalmente se encontraba con su cama, lo hacía para caer en un sueño sin sueños. Aun así, no podía deshacerse del fantasma de su presencia. Cada día, su primer pensamiento al despertar y el último antes de dormir seguían siendo para ella. Abbigail llevaba más de dos meses fuera cuando llegó la primera carta de *sir* Félix Granger.

Leif no estaba de humor para escuchar censuras no solicitadas de su suegro. Tampoco le interesaba particularmente lo que el hombre tuviera que decir cuando, un mes después, llegó la siguiente carta. Ni la siguiente, ni la otra. Cada carta llegaba con menor intervalo que la anterior, siendo la última recibida apenas dos semanas después de la anterior. Levantando la cabeza del respaldo del sofá, Leif miró de reojo el escritorio y frunció el ceño al ver la pila de sobres sin abrir. Debería haberlos tirado tan pronto como llegaron. Ahora, sin más trabajo para ocupar su tiempo, las cartas le llamaban con una insistencia estridente. Un gruñido áspero de irritación surgió de su garganta entre tanto se inclinaba hacia adelante, apoyando los codos en sus rodillas abiertas. Miró las cartas con tanto rencor que era un milagro que el papel no se incendiara. Pasándose las manos por el cabello hacia atrás, se levantó y se dirigió al escritorio. Con un movimiento airado, recogió la pila de un solo barrido y regresó al sofá. Le tomó un momento poner las cartas en orden de llegada y luego se recostó, abrió la primera y comenzó a leer.

Estimado lord Neville,

Confío en que todo vaya bien en Sussex. Tengo entendido que habéis estado haciendo grandes progresos en Dunwood Park. Como seguramente ya sabéis, lady Neville llegó aquí a Dublín hace varias semanas para una visita prolongada. Imagino que planeáis unirlos a ella en algún momento.

Por favor, indicadme cuándo esperáis llegar, ya que supongo que querríais participar en algunos compromisos sociales durante vuestra estancia.

Atentamente,

El Muy Honorable sir Félix Granger.

Leif bufó mentalmente en tanto tiraba la carta a un lado. Se preguntaba cuánto tiempo habría tardado Abbigail en explicarle a su padre que lo había dejado.

Estimado lord Neville,

Dado que no he recibido respuesta, debo asumir que mi carta anterior no llegó a vuestras manos. A veces el servicio postal puede ser impredecible.

Abbigael lleva residiendo aquí en Dublín unos meses y aún no ha participado en la escena social. Sólo puedo suponer que está esperando vuestra llegada para debutar como la vizcondesa Neville.

Por favor, informadme cuándo planeáis viajar y haré que un carruaje os espere.

Atentamente,

El Muy Honorable sir Félix Granger.

La segunda carta se unió a la primera cuando Leif la arrojó a un lado y alcanzó la siguiente, rompiendo el sello con cierta impaciencia. Una extraña sensación de inquietud comenzó a instalarse en su interior. Abbigail no estaba saliendo. Sir Félix habría mencionado si estuviera enferma, ¿no?

Lord Neville,

Abbigael se ha trasladado a mi finca en el campo, en Wexford. Desafortunadamente, debo permanecer en Dublín unas semanas más.

Pensaba que vos y Abbigail al menos manteníais comunicación, pero ahora entiendo que no ha sido así. Vuestra ausencia estos últimos meses y la falta de respuesta a mis cartas resultan profundamente inquietantes. No es el comportamiento que esperaría de un marido reciente y mucho menos de alguien que se esforzó tanto por obtener la mano de mi hija. Entiendo que algo

debe haber ocurrido para forzar esta distancia, pero Abbigael se niega a hablar del tema. De hecho, apenas habla en absoluto últimamente.

Espero que el aire del campo la devuelva a un estado de ánimo más agradable, aunque en mi opinión estaría mejor si regresara con su marido.

Sir Félix.

Leif ignoró el tono crítico de la carta para centrarse en las partes que mencionaban a Abbigael. No era feliz. Leif lo sabía con certeza. Estaba volviendo a replegarse en esa pequeña existencia aislada que había llevado antes de conocerse. Se levantó del sofá y comenzó a pasear hacia la ventana. Contempló el césped que descendía desde la parte trasera de la casa hasta desaparecer en la línea oscura de árboles. Había espacio suficiente para un pequeño jardín, algo que en otro momento había pensado que a Abbigael le gustaría cuidar. Levantó la carta y la leyó de nuevo.

Sir Félix prácticamente le estaba ordenando, de esa manera indirecta suya, que fuese a Wexford a hacerse cargo de Abbigael. Leif frunció el ceño. Aquel hombre, claramente, no tenía idea de cómo tratar a su hija. Volviendo al sofá, Leif tomó la siguiente carta.

Lord Neville,

Este punto muerto es ridículo y, dado que mi hija se niega a ponerse en contacto con vos, me veo obligado a hacerlo una vez más en su nombre.

Su ánimo sigue decayendo, y no debería tener que enfatizar lo mucho que esto me preocupa, especialmente considerando su delicado estado. Es vital que vengáis a Irlanda, solucionéis cualquier diferencia que haya surgido en vuestro matrimonio y os llevéis a tu esposa a casa antes de que viajar ya no sea una opción segura.

Sir Félix.

Sir Félix estaba siendo desesperantemente críptico. ¿Por qué no podía el hombre ser directo y exponer claramente sus preocupaciones? Leif sintió que había algo implícito en el lenguaje de la carta que no estaba captando del todo. La leyó dos veces más. Se tensó al leer la referencia al delicado estado de Abbigael. Seguramente, a estas alturas, sir Félix ya debería ser capaz de reconocer que su hija no era la frágil niña que había sido en el pasado. ¿Y por qué demonios viajar sería inseguro? El trayecto de Irlanda a Inglaterra era corto, y el clima aún no era tan frío como para representar un obstáculo. Alargó la mano hacia la última carta, la que había llegado esa misma mañana.

Neville,

Debo insistir en que vengáis a buscar a vuestra esposa.

Se ha convertido en una auténtica fiera en la última semana (muy parecida a su madre durante su confinamiento). Mi personal empieza a mostrarse reacio a atenderla... y no me avergüenza admitir que estoy completamente perdido en cuanto a cómo manejar sus rápidos cambios de humor y estallidos emocionales.

Como su marido, es vuestra responsabilidad y deber estar a su lado para el evento que se avecina. Aparte de obligarla físicamente a subir a un barco de regreso a Inglaterra, no sé qué más hacer.

Sir Félix.

P.D.: No tengo reparos en suplicaros que atendáis esta última petición.

Leif dejó caer la carta al suelo, sus dedos perdiendo fuerza. «Confinamiento. Evento próximo». La sensación de entumecimiento subió por sus brazos y se extendió hasta sus piernas. Se giró y se dejó caer sobre el sofá. ¿Cuánto tiempo hacía que Abbigael se había marchado? Contó mentalmente los meses y semanas. «¡Santo cielo!» La irlandesa estaba embarazada. Y probablemente daría a luz en el próximo mes o algo así. Un hijo. Su hijo. Las piernas de Leif cedieron y se deslizó del sofá hasta el suelo, con las piernas extendidas frente a él, mientras apoyaba pesadamente la cabeza entre sus manos. Se sentía mareado. No tenía ni idea de cómo ser padre. El suyo había sido un ejemplo espantoso. ¿Cómo demonios iba a manejar algo así? Sus únicas experiencias con niños habían sido los breves encuentros con el hijo de Anna.

Levantó la cabeza, recordando cómo había estado Anna al final de su embarazo. La había visto solo una vez en el último mes de su confinamiento y recordaba lo incómoda que parecía. Anna nunca había sido de quejarse por molestias menores, pero en aquella ocasión se había lanzado a un monólogo sincero describiendo cada dolor y molestia que experimentaba en esas semanas finales. Recordaba haber mirado al conde y haber visto cómo este ponía los ojos en blanco con suavidad, aunque sonriendo con indulgencia hacia su esposa. Leif había quedado asombrado por la actitud relajada del conde. Solo con ver el vientre hinchado de Anna y sus movimientos dificultosos, había sabido que no estaba exagerando en absoluto. No había podido salir de su compañía con suficiente rapidez. La idea de que su mejor amiga soportara semejantes dificultades le había hecho sentir un peso incómodo en el pecho.

Ahora se imaginaba a su delicada y pálida esposa, pesada por el embarazo, esencialmente sola en las tierras salvajes del campo irlandés. Se puso en pie de un salto y se tambaleó hacia la cuerda del timbre para llamar a Jack. Después comenzó a caminar de un lado a otro, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones, la mirada clavada en el suelo, y el corazón latiéndole rápido y fuerte, como las alas de un halcón peregrino. Y bajo el pánico, burbujeando poco a poco, emergía un sentimiento que tardó un buen rato en reconocer. No fue hasta que se vio reflejado en un espejo en tanto pasaba y se dio cuenta de la estúpida sonrisa en su rostro, que comprendió que aquella extraña emoción que lo consumía era pura y efervescente alegría.

Capítulo 32

Las nubes bajas y ondulantes de la tormenta recién pasada seguían visibles, flotando sobre las colinas lejanas salpicadas de ovejas. El suelo estaba húmedo y blando bajo las pezuñas del caballo alquilado de Leif, y la humedad brillaba sobre los pastos y los árboles, transformando el verde en un resplandeciente plateado. Mantuvo a su montura a un ritmo lento y relajado entre tanto inclinaba el rostro hacia la brisa que se colaba desde el prado, alto y espeso, que se extendía junto al camino rural profundamente surcado. El aroma del aire fresco despertó en él una sensación familiar. Esperaba llegar a la finca de *sir* Félix en el condado de Wexford hacia el mediodía. «Y qué día tan glorioso», pensó.

Sin querer, una sonrisa iluminó su expresión y comenzó a tararear una animada melodía irlandesa que llevaba dando vueltas en su cabeza desde que había llegado a Dublín el día anterior. Observó las suaves colinas y los valles y no pudo evitar admirar el pintoresco encanto del paisaje. El antiguo entorno le evocaba a los seres mágicos de los que le hablaba su vieja niñera cuando era un niño que aún creía en tales cosas. «Al menos mi padre había hecho una cosa bien», pensó. Una torcedura amarga marcó la alegría previa de su sonrisa. Leif había aprendido, sin lugar a dudas, cómo *no* ser un padre.

La idea de ser responsable del cuidado y bienestar de una pequeña criatura completamente dependiente de él le llenaba de una mezcla inesperada de asombro y humildad. Nunca había considerado el impacto completo de lo que significaba tener hijos. Había aceptado sin reparos cuando Abbigail lo incluyó como condición de su matrimonio. Los hijos eran, en general, el resultado de la unión entre un hombre y una mujer, y la idea de que eventualmente los tendrían no era en absoluto sorprendente. Pero, en aquel entonces, el concepto le había parecido algo distante.

Ahora todo era demasiado real, y a Leif le asombraba cómo la idea de tener un hijo le llenaba con un profundo sentido de propósito, mayor incluso que su deseo de ver restaurado Dunwood Park. Más que ladrillos y piedra, o tapices y obras de arte, la descendencia era lo que realmente construía un legado duradero.

El estrecho camino se curvaba suavemente hacia la izquierda alrededor de un grupo de grandes robles, y más adelante vio a una mujer caminando con una gran cesta colgada de un brazo. No podía adivinar su edad, pero iba vestida de manera sencilla, con un vestido azul, un chal de lana sobre los hombros y un sombrero de paja de ala ancha sobre la cabeza. La imagen que ofrecía encajaba a la perfección con la escena bucólica, tanto que Leif deseó por un segundo tener algo de talento como artista. Luego sacudió la cabeza, desechando ese pensamiento tan fantasioso. Últimamente tenía muchas ideas como esa. Se sorprendía soñando despierto con niños corriendo como diablillos por los bosques de Dunwood Park y con pícnic familiares en el invernadero. Abbigail a su lado, con su mano entrelazada con la suya. Cuando su caballo se acercó, la mujer se apartó más hacia el borde del camino para dejarle espacio para pasar. Leif estaba a punto de ponerse a su altura cuando ella se detuvo y se giró hacia él. Levantando la cabeza, ella le dedicó una sonrisa de saludo desde la sombra de su sombrero. Sin pensarlo, las manos de Leif tiraron con fuerza de las riendas, deteniendo al caballo bruscamente.

—Irlandesa. —Pronunció su nombre con una mezcla de pregunta y sorpresa. Aunque estaba de camino para verla y ya estaban bastante cerca de la finca de Granger, no esperaba

encontrársela en mitad del camino. En el instante en que ella miró su rostro, la cálida sonrisa desapareció de sus labios y su expresión amable fue reemplazada por una de furia oscura. Giró la cabeza de nuevo y empezó a alejarse por el camino a un paso que rozaba casi la carrera. La cesta oscilaba salvajemente desde el hueco de su codo, amenazando con derramar su contenido, pero parecía no darse cuenta. Su única preocupación parecía ser alejarse de él, y rápido.

Leif no la siguió al principio. Estaba aturdido por las impactantes repercusiones de volver a verla. No había anticipado la rápida aceleración de su ritmo cardíaco ni la forma en que su pecho se comprimió alrededor de sus pulmones al mirar de nuevo en sus suaves ojos verdes. Y, sobre todo, no esperaba la feroz oleada de deseo posesivo que recorrió su cuerpo. Se quedó mirando la línea furiosa de su espalda y el altivo orgullo con el que levantaba la barbilla en tanto se alejaba tan rápido como su estado avanzado le permitía. No había pasado por alto el prominente abultamiento de su vientre bajo la cintura elevada de su vestido, ni tampoco dejó de notar la intensa emoción que le embargó al ver a su mujer encinta. En el momento en que tropezó ligeramente con una piedra suelta, distraída en su intento de huir de él, frunció el ceño. ¿Qué demonios hacía caminando sola por el camino? Debían de estar al menos a varios kilómetros de su hogar. Seguramente, con más de siete meses de embarazo, no debería estar esforzándose de esa manera.

Leif espoleó a su montura, haciéndola trotar rápido para alcanzarla. Cuando Abbigael miró por encima del hombro y lo vio acercándose, el lord notó el destello de pánico en sus ojos. Dejando caer su cesta en el camino, hizo un giro repentino y saltó, torpemente, sobre la zanja que separaba el camino del campo cercano. Sosteniéndose el sombrero con una mano y levantándose las faldas con la otra, se adentró en la hierba alta con un paso breve pero decidido. Un rayo de miedo e irritación le atravesó las entrañas. Leif giró su caballo hacia la zanja, dispuesto a seguirla, pero la dócil yegua se negó a saltar el pequeño charco que yacía en el fondo del foso. Saltando al suelo, recogió la cesta que Abbigael había dejado atrás y abandonó el caballo al borde del camino. De un salto cruzó la zanja y se lanzó tras su esposa con largas zancadas que devoraban el terreno. A pesar de la prisa de esta, sus pasos más cortos obstaculizaban su huida, y Leif logró alcanzarla en cuestión de segundos.

—¿Qué demonios estáis haciendo? —exigió en cuanto se situó a su lado.

—Alejarme de vos —contestó Abbigael con un tono cortante sin girarse para mirarlo. El deje de su acento habría delatado su angustia si Leif no lo hubiera percibido ya en su feroz expresión y sus airadas palabras.

—No parece que os esté yendo muy bien.

Lady Neville se detuvo de manera tan abrupta que Leif dio varios pasos más antes de poder frenar su impulso y volverse hacia ella. Sus ojos claros lo clavaron en el sitio. La tensión era visible en cada línea de su cuerpo, pero incluso en medio de su propia irritación, Leif tuvo que admitir que ella era fácilmente la criatura más hermosa que había visto nunca.

—¿Qué hacéis aquí?

—Vuestro padre me invitó. —Una sonrisa involuntaria asomó en la comisura de su boca.

—Pues yo no. —Los ojos de Abbigael se entrecerraron. Enseguida, volvió a ponerse en marcha, pasándole de largo con una determinación evidente mientras retomaba su decidido avance a través del campo.

—¿Deberíais andar a ese ritmo tan frenético en vuestro estado? No puedo imaginar que sea prudente recorrer el campo así.

—¿Y por qué no? —replicó sin mirarlo, manteniendo la vista fija al frente y la barbilla bien alta—. No soy ninguna inválida. Soy perfectamente capaz de decidir por mí misma lo que puedo

o no puedo hacer.

—Debéis pensar en el niño.

Abbigael se giró hacia él de repente. La alerta se encendió en Leif al instante, ya que, por una vez, su expresión era indescifrable. Había enojo, sí, pero también algo más.

—No he pensado en prácticamente nada más que en el bebé desde que supe de su existencia —afirmó con un tono tan sereno que contrastaba con la emoción arremolinándose en la profundidad de sus ojos—. ¿Pretendéis aparecer bailando en mi vida, después de meses sin una sola palabra, creyendo que podéis dictarme cómo vivirla?

—Soy vuestro marido —señaló el vizconde con la mandíbula firmemente apretada. Usar ese argumento le resultó incómodo. Como su marido, tenía todo el derecho de dictar cada aspecto de su vida, pero no era así como quería que fueran las cosas. Nunca había tenido intención de ejercer ese tipo de dominio. Sin embargo, la actitud confrontativa de Abbigael le ponía al límite. Ella era quien se había marchado, y ahora parecía querer cargarle toda la culpa. Claramente, *lady* Neville tampoco consideraba que fuese un argumento muy válido, porque estrechó los ojos y le arrebató la cesta de las manos. Colgándosela en el pliegue del codo, se dio la vuelta.

—No podéis reclamar ese papel solo cuando os conviene, Leif. O sois un marido todo el tiempo o no lo sois nunca. Dejasteis clara vuestra elección. Volved a Dunwood Park y dejadme en paz. —La contundencia de sus palabras golpeó el estómago del lord, dejándole sin aire. Lo estaba rechazando. La fuerza de esa idea le dolió más de lo que esperaba. Dolorosa e indignante. No le daría una oportunidad. ¿Acaso no estaba allí ahora? ¿No contaba eso para algo? Cuando consiguió recuperar el aliento, Abbigael ya le llevaba bastante ventaja, casi alcanzando la línea de árboles que marcaba el inicio de un bosque denso. Parecía decidida a internarse en la penumbra del bosque.

Leif corrió para alcanzarla de nuevo y se puso a su lado, manteniendo el paso con ella. Mas Abbigael hizo todo lo posible por ignorarlo.

—Deberíais habérmelo dicho, irlandesa. Deberíais haberme enviado noticias tan pronto como supisteis que estabais esperando a mi hijo —dijo con voz baja, aunque endurecida por un miedo que se iba deslizándose lentamente en su interior, sin apartar la mirada del camino—. ¿O lo sabíais ya antes de marcharos? ¿Era vuestra intención ocultarme al niño?

—Por supuesto que no —negó Abbigael con vehemencia, rompiendo su momentáneo silencio. No se giró para mirarlo, pero incluso sin ver su rostro, Leif le creyó.

Por tanto, ¿por qué había guardado silencio durante tantos meses? ¿Por qué había sido necesaria la insistencia de su padre para que él estuviese allí? Sentía como si hubiese algo importante que no estaba comprendiendo del todo.

Ambos cayeron en un silencio tenso entre tanto se internaban en el bosque, siguiendo un estrecho sendero que serpenteaba entre la densa maleza y el follaje exuberante. El camino era demasiado angosto para caminar lado a lado, y Leif tomó la cesta de sus manos, ignorando el leve sonido de protesta que su esposa intentó ahogar, antes de colocarse detrás de ella.

Abbigael era tan, tan resistente. Debería haberlo anticipado, pero sus pensamientos habían estado tan consumidos por la idea de tener un hijo que no había considerado mucho cómo podría ser recibido por ella. No debería haber huido. No debería haberse quedado lejos tanto tiempo. Y él no debería haberlo permitido. Un marido en condiciones habría ido tras ella hace tiempo, habría exigido que regresase a su lugar legítimo, a su lado.

Maldita sea, un marido en condiciones no la habría apartado de sí mismo en primer lugar. Era un imbécil. Lo había sido desde el momento en que ella llegó a Sussex. Y probablemente

desde antes de eso. Había intentado deliberadamente aplastar lo único que había traído algo de alegría y paz a su vida desde que era un niño pequeño, ajeno a las duras realidades del mundo. Antes de aprender que el placer superficial y momentáneo podía darle lo que necesitaba, pero nunca lo que realmente deseaba. Y ahora tenía que arreglarlo.

El bosque, a pesar de lo denso y oscuro que era, no resultó ser tan grande como Leif pensaba, y después de unos veinte minutos salieron de entre los árboles hacia un pequeño prado salpicado de ovejas. Justo frente a ellos se alzaba la estructura de una gran casa señorial. Habían recortado un par de kilómetros del camino que habría tomado por la carretera, y habían llegado a la casa desde la parte trasera. Abbigail continuó avanzando con paso seguro entre los balidos de las ovejas, cruzando un antiguo puente de piedra que salvaba el estrecho, pero profundo arroyo que separaba el prado de los jardines de la finca. Siguiendo con su actitud de ignorar completamente su presencia, atravesó un amplio huerto de hortalizas y hierbas aromáticas y entró a la casa a través de la cocina. Leif no tuvo más remedio que seguirla, sintiéndose un poco como un cachorrito desesperado que anhela una migaja de atención. Tragándose su incomodidad, decidió que un poco de humildad probablemente le vendría bien en ese momento.

Tres mujeres alzaron la vista hacia Abbigail cuando esta entró en la cocina. Ninguna pareció sorprendida de que la hija de la casa usase la entrada de los sirvientes. Habrían continuado con sus tareas si no hubiesen notado a Leif entrando justo detrás de ella. Su presencia despertó su curiosidad, y las tres se giraron de sus quehaceres para mirarlo con ojos abiertos de par en par. El ceño de Abbigail se frunció aún más ante la reacción de las criadas, pero no hizo ningún comentario. Depositó la cesta sobre la gran mesa de trabajo en el centro de la habitación, apenas reduciendo la velocidad de su marcha.

—El señor Byrne dijo que el cordero estará listo esta tarde. Timothy lo traerá con tiempo suficiente para la cena de esta noche. Los otros artículos que necesitábamos están en la cesta. Margaret, ¿podrías llevar un poco de té a mi habitación? De manzanilla, creo. —Abbigael dio sus instrucciones mientras atravesaba la estancia sin detenerse. Una joven con una cara salpicada de pecas, presumiblemente Margaret, asintió y realizó una rápida reverencia en señal de reconocimiento—. Gracias —añadió Abbigail por encima del hombro en tanto salía de la cocina y comenzaba a recorrer un pasillo encalado.

Leif lanzó una sonrisa jovial a las criadas antes de trotar tras su esposa. No tenía intención de perderla en el laberinto de pasillos de los sirvientes y planeaba seguirla de cerca hasta que ella decidiera enfrentarlo de nuevo. Prefería con mucho su mordaz temperamento irlandés a este inesperado y poco característico tratamiento silencioso. Quizá necesitaba hacerla enfadar de verdad. La idea tenía cierto mérito, pensó, considerando lo fácil que siempre le había resultado redirigir su pasión. Pero ese tipo de manipulación era algo que deseaba evitar. No quería utilizar trucos con ella. Quería una respuesta genuina, preferiblemente una que no lo obligase a perseguirla por toda la finca.

Cruzando el vestíbulo principal de la casa señorial, Abbigail avanzaba con sorprendente rapidez a pesar del volumen añadido que le obligaba a dar pasos más pequeños de lo habitual en su elegante andar. Un hombre estoico, obviamente el mayordomo, dio un paso adelante desde alguna sombra oculta junto a la puerta principal con un impecable sentido del momento.

—Harrison, ¿sabéis dónde puedo encontrar a mi padre?

—En la biblioteca, mi señora.

—Gracias, Harrison. —Abbigael giró abruptamente y subió las escaleras hasta la planta superior, pasando directamente por un par de puertas dobles abiertas. Se detuvo unos pasos dentro de la habitación y Leif se colocó a su lado—. Padre, vuestro invitado ha llegado. —

Entonces se dio la vuelta y, antes de que lord Neville pudiera prever sus acciones, cerró las puertas tras ella, dejándolo encerrado en la biblioteca con *sir Félix*.

Dándose cuenta de que no podía seguirla ahora sin parecer más ridículo de lo que había planeado, Leif se volvió para ver a *sir Félix* levantándose del gran sofá de cuero situado frente a la chimenea.

—¡Padre! —exclamó Leif con exagerada exuberancia entre tanto avanzaba con los brazos extendidos—. Qué maravilloso es volver a veros.

—¿Qué demonios os ha llevado tanto tiempo? —*Sir Félix* frunció el ceño con una expresión que era una réplica exacta de la que Abbigail había mostrado antes de escapar.

—¿Por qué tanta prisa por deshaceros de ella? —Leif bajó los brazos y su expresión se enfrió hasta convertirse en una sonrisa cínica.

—No os atreváis a juzgarme —gruñó *sir Félix*—. No tenéis ni idea de cómo ella ha estado durante los últimos meses.

—Acabo de estar con ella. Estaba algo irritable, pero no era para tanto. —Leif hizo un gesto despectivo en tanto se dirigía al mueble bar cercano al sofá.

—Esperad y veréis. Seguramente está reservándose las pullas más afiladas para cuando puedan causar más daño. Hablo desde la experiencia. Aún tengo cicatrices de las reprimendas que su madre me lanzó durante su confinamiento. —*Sir Félix* negó con la cabeza con aire pesaroso. Acto seguido, se situó al lado de Leif y esperó a que este se sirviera su bebida, para luego tomar la licorera de brandy de las manos de su yerno y servirse él mismo. Leif sostuvo su mirada mientras *sir Félix* hablaba con una seriedad calculada.

—No me malinterpretéis. Me encantaría recibir la visita de mi hija en otras circunstancias. No obstante, este momento tan delicado debería pasarlo con su marido. —Entrecerró los ojos con una mirada crítica—. No sé qué ocurrió entre vosotros, pero sois responsable de ella y del hijo que lleva. Confío en que habéis venido a llevárosla a casa.

A Leif no le gustó el tono censor de *sir Félix*, ni se le escapó lo decidido que estaba el hombre en deshacerse de su hija, enviándola de vuelta con un marido con el que claramente no quería estar.

—Esa es mi intención —replicó con rigidez, deseando nada más que acabar con la conversación e ir en busca de su esposa.

—Bien. —*Sir Félix* apuró su copa de brandy y se giró—. Espero que le vaya mucho mejor con vos que con la compañía de su inepto padre.

Leif reflexionó sobre el último comentario murmurado por *sir Félix* al tiempo que terminaba su propia bebida a un ritmo solo ligeramente más pausado. Luego, al ver que su suegro volvía a concentrarse por completo en los papeles que tenía delante, abandonó la biblioteca sin añadir nada más.

Ya en el vestíbulo, miró a su alrededor, sin estar seguro de qué dirección le llevaría a la habitación de Abbigail. El suave tintineo de la porcelana llamó su atención hacia las escaleras, donde vio a Margaret, la joven con pecas, llevando el té de Abbigail en una amplia bandeja de servicio. Con una sonrisa encantadora, Leif descendió unos cuantos peldaños para encontrarse con la criada y se inclinó hacia la bandeja. Al darse cuenta de que tenía intención de tomarla de sus manos, la muchacha apretó los dedos en los mangos y lo miró como si hubiese perdido la cabeza.

—Perdonadme. Os pido un favor, señorita, si sois tan amable. ¿Me permitiríais llevarle esto a *lady Neville* yo mismo? —Bajó la mirada con una expresión de modesta timidez—. Veréis, estoy algo distanciado de ella en este momento, y necesito alguna manera de congraciarme. Tal

vez vea el té como una ofrenda de paz.

Margaret vaciló en tanto consideraba su petición. Era inaudito que un lord se ofreciera a realizar una tarea tan mundana.

—Os estaría en deuda. —Leif adoptó su expresión más inocente. No era una que usara con frecuencia, y esperaba que surtiera el efecto deseado.

—¿Una ofrenda de paz, decís, milord? —Los ojos de la criada se alzaron hacia el descansillo.

—Exactamente. —Su sonrisa se ensanchó.

—Si me permitís decirlo, es bueno que hayáis venido. Oh, ella ha estado bien en lo físico, pero mi madre dice que la tristeza en el corazón de una madre puede pasar al bebé en el vientre —continuó la muchacha ante la mirada interrogante de Leif y le cedió la bandeja.

—Entiendo. —Leif frunció el ceño.

—Disculpadme, milord. Me he tomado demasiadas confianzas. Por favor, hacedme saber si la señora necesita algo más. Gracias, milord. —Margaret se sonrojó hasta las orejas e hizo una rápida reverencia. Enseguida, hizo otra reverencia apresurada, luego se giró y bajó las escaleras con rapidez.

—Ah, Margaret —llamó Leif, y la muchacha se detuvo, volviéndose de nuevo con alarma evidente en el rostro—. ¿Seríais tan amable de indicarme dónde está la habitación de mi esposa?

—Por supuesto, milord. Tomad el pasillo a la izquierda y seguid hasta la segunda puerta a la derecha. —El alivio fue palpable en su rostro, probablemente al pensar que estaba a punto de ser reprendida por su atrevimiento.

Leif asintió en señal de agradecimiento y subió el resto de las escaleras de dos en dos.

Capítulo 33

—Adelante —llamó Abbigael en respuesta a los golpes en la puerta. Estaba sentada frente a su tocador, mirando distraída al espejo entre tanto deshacía la trenza enrollada en lo alto de su cabeza. La caminata al pueblo y de vuelta había sido larga, y aunque no sufría molestias indebidas debido a su embarazo, incluso ahora en los últimos meses, procuraba equilibrar la actividad con el descanso. Ya se había cambiado el vestido de paseo por uno ligero y sencillo de día. Normalmente intentaba echarse una siesta a mediodía, pero hoy dudaba que pudiera relajarse lo suficiente como para dormir. Leif estaba aquí.

Durante todos esos meses en los que había pensado en él despierta y soñado con él por las noches, la realidad de verle montado a caballo al encontrarse con ella en el camino había sido completamente inesperada. No le gustaba en absoluto la sensación de su corazón desbocado ni cómo su estómago daba vuelcos de vértigo y emoción al verle. Necesitaba tiempo para discernir cómo se sentía realmente ante su aparición repentina, sin que su mirada penetrante dismantelara sus escasas defensas. Esperaba que la manzanilla ayudara a calmar sus nervios destrozados antes de verse obligada a enfrentarse a él de nuevo. Mas cuando giró la cabeza y apartó la mirada del espejo, sus manos se quedaron inmóviles en pleno proceso de deshacer la trenza.

Leif estaba de pie junto a la pequeña mesa del té, con una calma que parecía calculada. Su expresión era reservada, pero no cabía duda del brillo de interés que giraba en sus profundos ojos. No cuando su cuerpo reaccionó de forma tan inmediata al matiz sensual que percibió en ellos. Inmediatamente, *lady* Neville dejó caer las manos sobre su regazo y las entrelazó en un esfuerzo por apaciguar la oleada de energía nerviosa que le recorría las extremidades.

—¿Qué queréis? —La pregunta salió de sus labios antes de que tuviera tiempo de considerar si realmente quería saber la respuesta.

—Solo quiero hablar —aseguró el vizconde con una seguridad tranquila que le recordó otro momento en que también había dicho que solo quería hablar—. Por ahora.

Era el *por ahora* lo que hacía que la mente de Abbigael volviera a aquel otro momento, cómo había terminado con un beso abrasador. Podría contar ese instante en el pasillo oscuro como el punto de inflexión en el curso de su vida. Después de aquel beso, nada había vuelto a ser lo mismo para ella.

Aterrada por la intensidad emocional de aquel recuerdo, Abbigael se giró para mirar de nuevo al espejo, aunque ya no veía realmente lo que tenía delante. Levantó las manos para tirar torpemente de lo que quedaba de su trenza, pero terminó enredando los finos mechones. Y entonces él estaba ahí, detrás de ella, su imagen sólida y tan apuesto como siempre en el reflejo del cristal. Sentía su cercanía como la energía de una tormenta eléctrica en medio de un día de verano tranquilo.

—Aquí —dijo con un tono suave en tanto se inclinaba para dejar una taza de té en la mesa frente a ella—, dejadme. —Sus movimientos eran gentiles y eficientes cuando resbaló las manos bajo el peso de su cabello y lo apartó por completo sobre su hombro, dejándolo caer por su espalda. Sus dedos rozaron su cuello con una caricia que le provocó un estremecimiento, y las manos de Abbigael cayeron sobre su regazo.

Tras una mirada inicial a su reflejo al verle colocarse detrás de ella, bajó la vista para evitar encontrarse con sus ojos. No podía arriesgarse a que sus pensamientos se nublaran por lo que

pudiera ver en ellos. Era vital que mantuviera la lucidez, o el talento de Leif para la manipulación superaría su sentido común. La vizcondesa movió las manos sobre la curva de su vientre al notar los movimientos de su bebé. Descubrir que estaba embarazada le había dado un propósito renovado. Más que nada, deseaba una familia con Leif. En cambio, él tenía que vencer a los demonios dentro de sí mismo antes de estar preparado para aceptar lo que ella anhelaba ofrecerle. Abbigail esperaba que su presencia aquí, aunque motivada por las intromisiones de su padre, fuese una señal de que el lord había hecho las paces con la oscuridad en su interior y estaba dispuesto a imaginar un futuro con ella a su lado.

Sus hábiles dedos recorrieron su cabello hasta llegar al nudo que había causado en su descuido. Con muy poco esfuerzo, logró liberar los mechones hasta que cayeron libremente sobre sus caderas. Siendo así, levantó las manos y comenzó a masajearle el cuero cabelludo con movimientos tan relajantes que Abbigail los sintió vibrar en cada nervio de su cuerpo. La rigidez de su columna se fue suavizando desde la base del cráneo hasta la curva de las nalgas. Parte de ella quería detenerle, temerosa de lo fácil que sería para él doblegarla a su voluntad si le permitía siquiera la más mínima libertad física. Pero otra parte disfrutaba enormemente al volver a ser objeto de su consideración meticulosa. Durante unos pocos momentos, quería sentirse querida, aunque existiese el riesgo de que sus acciones no fueran más que un medio para un fin. Sus ojos se cerraron entre tanto Leif extendía las caricias de sus dedos por la longitud de su cabello, soltando con suavidad los nudos que quedaban. Un leve cosquilleo se extendió por su piel y los músculos de sus hombros se relajaron.

—¿Por qué os marchasteis? —La pregunta, susurrada, apenas logró atravesar la bruma que había invadido la consciencia de Abbigail.

—¿Mmm?

—¿Por qué os fuisteis, irlandesa? —repitió con más firmeza. Leif soltó su cabello y dejó descansar sus grandes manos sobre los hombros de su esposa.

Abbigael abrió los ojos y su reflejo en el espejo la asaltó. El cuerpo fuerte de lord Neville la resguardaba por detrás, sus manos firmemente posadas en sus delgados hombros como si quisiera asegurarse de que no pudiera escapar. Y sus ojos, sinceros e intensos, la observaban fijamente a través del cristal.

—Me fui porque no vi ninguna razón para quedarme. —Levantó la barbilla.

—Deberíais haberos quedado porque sois mi esposa. —Las líneas oscuras que surcaban el entrecejo de Leif se acentuaron, y la tensión endureció las sensuales curvas de su boca.

—¿Lo soy? —replicó Abbigail con calma—. ¿De qué manera, Leif? Estamos casados, obtuvisteis acceso a mi dote, pero aparte de eso, ¿en qué momento fui realmente vuestra esposa?

La confusión se reflejó en la mirada de Leif, y Abbigail se apartó de sus manos para levantarse y alejarse. Sus pensamientos se arremolinaban por el impacto de verlo, y no quería perder las emociones que habían alimentado su determinación desde que dejó Dunwood Park. Se dirigió hacia la ventana, sintiéndose más fuerte con cada paso que los separaba. Mientras observaba a través del cristal el impecable jardín inglés de su padre, sintió una oleada de la soledad que se había arraigado en su interior desde que llegó a Irlanda. Al ver a Leif de nuevo, supo que había tomado la decisión correcta al marcharse. Posteriormente, se giró para enfrentarlo directamente, pero tuvo que forzar las palabras a través del nudo que le apretaba la garganta.

—Casi nunca os veía, Leif. Y cuando lo hacía, apenas me hablabais.

—Sabéis cuánto trabajo había que hacer.

—Podría haberos ayudado.

—No había nada para que hicieseis. —Apartó la mirada y se encogió de hombros.

—¡No lo sabéis! —rebatíó Abbigail con creciente indignación—. Ni siquiera me disteis la oportunidad. Desestimasteis mis preguntas como si fueran las de una niña molesta. Me tratasteis como un estorbo durante el día y me desterraste a una cama solitaria por la noche.

—Eso es, ¿verdad? —espetó lord Neville en un tono bajo y amenazante. Sus ojos destellaron con una luz peligrosa al escuchar sus últimas palabras—. Todo siempre vuelve al dormitorio.

La fealdad en su voz y la manera en que su rostro se torció con un desprecio apenas contenido hicieron que Abbigail se detuviera.

«Dios mío, ¿eso era lo que él creía?»

En un destello de comprensión, lo vio todo desde su perspectiva. Su infancia en la deteriorada finca de campo, un niño solo entre sirvientes, su madre ausente, su padre un depravado. Luego, los años saltando de la cama de una mujer rica a otra, siempre centrado en regresar a Dunwood Park, ya no como el niño perdido, sino como el amo y señor. El corazón de Abbigail se encogió con compasión por el niño y por el joven desesperado. Su marido no tenía ni idea del valor que él mismo tenía. Comenzó a acercarse y vio cómo Leif se apartaba, apenas un poco, pero fue suficiente para que ella se detuviera.

—No, Leif. Había tantas cosas que quería compartir con vos.

—Eso es —indicó con dureza—. Y parece que he cumplido esa parte de nuestro acuerdo. —Leif lanzó una rápida mirada a su vientre.

Los ojos de Abbigail se abrieron de par en par. Podía ver en el destello frío de los del lord que realmente creía que ella lo usaría de una forma tan calculadora. La ira brotó como una llama brillante ante su acusación, luchando con la compasión que aún sentía en su corazón. Cerró los puños con fuerza a los lados.

—Eso no es de lo que hablo y lo sabéis. Yo os...

—No lo digáis —la interrumpió bruscamente, con la mandíbula tensa y la mirada reservada—. Vos me dejasteis.

Abbigael sintió cómo la ira se le escapaba, dejando un vacío agotador en su lugar. Colocando una mano protectora sobre su vientre, lo observó en tanto él se giraba, dándole la espalda. Su estómago se revolvió con náuseas y un incómodo escozor tras sus párpados hizo que las lágrimas amenazaran con brotar. Las parpadeó rápidamente, negándose a permitir que Leif viera cuánto dolía su negativa a aceptar su amor. Enseguida, el vizconde avanzó hacia la puerta.

—Salimos hacia Inglaterra a primera hora de la mañana. No importa en qué esté basado este matrimonio, sois mi esposa. El niño pertenece a Dunwood Park. —Y entonces se marchó. El sonido de la puerta cerrándose tras él resonó en sus oídos durante varios minutos, acompañado por el eco de sus últimas palabras. Había dicho que el niño pertenecía a Dunwood Park. ¿Pero... y ella?

Capítulo 34

Abbigael alzó el mentón para recibir los rayos oblicuos del sol otoñal en el rostro entre tanto paseaba por el sendero que conducía desde el invernadero hasta la casa. El día era inusualmente cálido para estar tan cerca del invierno. El aire estaba fresco y vivaz, y las recién colocadas piedras de grava crujían bajo sus botas. El invernadero se había convertido en su refugio privado. Podía pasar horas descansando en los bancos acolchados, leyendo o adormeciéndose en el aire perfumado con cítricos. En cambio, hoy se sentía algo incómoda y, por mucho que intentara acomodar su redondeada figura, no lograba encontrar una posición en la que se sintiera bien. Decidió regresar a la casa para intentar descansar un poco. Miró a su alrededor, buscando algún atisbo de Leif. Hasta donde sabía, él nunca se acercaba al invernadero, pero de todas formas inspeccionó los alrededores, no queriendo encontrarse con él sin estar preparada.

El parque estaba lleno de gente ahora: personal de cocina, doncellas de planta alta, doncellas de planta baja, lacayos y jardineros. Leif incluso había comprado caballos para los establos y contratado personal para cuidarlos, así como un cochero para el nuevo carruaje. Jack se había quedado en el campo y últimamente parecía haberse convertido en su sombra.

Desde que habían dejado Irlanda, apenas había hablado con su marido. La travesía por mar había sido dura y había mantenido a Leif en su camarote todo el tiempo, sufriendo de mareo. Abbigail había estado tentada de ir a él y atenderle, pero pensó que era mejor no hacerlo. No creía que fuera a apreciar su mano gentil. Había cruzado el mar para buscar a su hijo, no para arreglar el abismo que separaba su matrimonio. Así que lo había dejado sufrir solo en tanto ella permanecía en la cubierta, respirando el aire fresco y salado en un intento de limpiar de su mente los pensamientos sombríos.

Por desgracia, sus posiciones se habían invertido durante el trayecto por tierra hacia Sussex. El traqueteo del carruaje la obligaba a sujetarse varias veces al día, temiendo que el viaje accidentado pudiera dañar al bebé. Leif pasaba el trayecto durmiendo, o fingiendo dormir para evitar los efectos del mareo, sin enterarse de las innumerables miradas fulminantes y maldiciones murmuradas de Abbigail.

Llegaron a Dunwood Park sin contratiempos, y al llegar, Abbigail casi olvidó que le estaba aplicando el silencio a su marido. Su primera visión del castillo renovado la llenó de asombro y le arrancó un audible suspiro de admiración. Al entrar en la casa, no podía creer la transformación que había tenido lugar en su ausencia. La sombría cáscara de sombras mohosas y estructuras podridas se había convertido en un hogar glorioso, decorado con una estética única que combinaba elementos medievales con el estilo más minimalista que Leif también parecía preferir. Era una combinación inesperada de lo antiguo y lo contemporáneo que Abbigail adoró al instante. Enseguida, se giró hacia Leif cuando este entró detrás de ella y abrió la boca para elogiar el trabajo que había realizado. Pero con solo mirar la frialdad de su expresión, las palabras de admiración se le quedaron atascadas en la garganta. Cerró la boca de golpe, reconociendo la vulnerabilidad que se mezclaba con el desafío en los ojos de su marido. Parecía como si estuviera esperando que se atreviera a criticar algo. Una oleada de tristeza inundó a *lady* Neville, y se dio la vuelta, deseando que su marido hubiera sido capaz de confiar en ella. Una vez, habría jurado que él la conocía mejor que eso. Ahora tenía que preguntarse si el vínculo que había sentido con el lord, esa sensación de que Leif la entendía como nadie lo había hecho desde

su madre, no era más que una ilusión que él había creado para obtener lo que quería. Odiaba pensar que esa fuera la verdad. Que había sido tan ingenua y estaba tan necesitada emocionalmente que había caído sin remedio en una trampa diseñada por un hombre guiado por despiadados motivos personales. Aunque todas las pruebas actuales apuntaban a esa posibilidad, Abbigail luchaba por no creer que todo había sido falso. Recordaba con claridad las largas horas que había pasado en los brazos de Leif, completamente vulnerable, con su alma, su corazón y su cuerpo desnudos para él. Le costaba aceptar la idea de que aquellos momentos de amor fueran un engaño unilateral. Recordaba cómo la miraba mientras le daba placer y, más aún, cuando ella lo llevaba al clímax con la atención devota de una mujer enamorada. No podía haber fingido el miedo, la adoración y la verdad que había visto en sus ojos entonces.

Al llegar a los amplios escalones que ascendían desde el camino de entrada hasta la puerta principal de la casa, Abbigail sintió una presencia a su lado.

—Si me permitís, mi señora. —Jack, que había estado dando vueltas de manera muy casual por el césped entre el invernadero y la casa, coincidió, por pura *casualidad*, en alcanzarla justo a tiempo para ofrecerle ayuda en tanto subía los escalones.

Acostumbrada ya a su constante y llamativa presencia, Abbigail aceptó su ofrecimiento sin palabras, aunque se sentía perfectamente capaz de subir los escalones por sí misma. Aún faltaban unas semanas para el final de su embarazo, y se encontraba sorprendentemente bien, sufriendo muy pocas de las molestias y dolores de los que muchas futuras madres se quejaban. Agradecía enormemente que, al menos, su embarazo no le hubiera causado mayores preocupaciones en los últimos meses. Leif, empero, parecía convencido de que necesitaba vigilancia constante para asegurarse de que no se excediera en ningún esfuerzo. Había intentado discutir con Jack las primeras veces que lo encontró siguiéndola a cada paso, pero él se había mostrado inflexible, asegurando que no desobedecería las órdenes del vizconde. Como mucho, accedió a mantenerse a una distancia menos intrusiva. Abbigail se preguntaba si Leif realmente pensaba que ella podría intentar marcharse de nuevo. Obviamente, no tenía idea de que ella ya había aceptado que no tenía otro lugar al que ir. Para bien o para mal, Dunwood Park se había convertido en su hogar.

Al entrar en la casa, se dirigió hacia las escaleras para subir al dormitorio que había ocupado cuando llegó por primera vez a Sussex. La *suite* principal había sido completamente renovada y amueblada, pero Leif no le había pedido que compartiera esas habitaciones con él. Y aunque podría haber reclamado su derecho a los aposentos de la señora de la casa, se negaba a fingir una relación que no existía.

Ya en su habitación, se desvistió hasta quedarse con su ropa interior y se metió en la cama. Por lo general, necesitaba algo de comer antes de tomar su descanso del mediodía, pero su estómago había estado revuelto todo el día, y se sentía más cansada de lo que recordaba haber estado en mucho tiempo. Se acurrucó de lado y se quedó dormida en cuanto se cubrió con las mantas hasta la barbilla.

No mucho después, un dolor agudo que se extendió por su vientre la despertó de golpe. La sensación fue tan intensa y sorprendente que solo pudo rodearse el abdomen con los brazos entre tanto intentaba recordar cómo respirar. Justo cuando empezaba a temer que el dolor punzante no se retiraría, este se desvaneció, dejándola como si nada hubiera pasado. A continuación, se giró de espaldas y fijó sus ojos, abiertos de par en par, en el techo. El sol de la tarde se colaba en ángulo por las ventanas y, por un momento, se preguntó si había imaginado o soñado aquel episodio. Mas cuando el dolor regresó apenas unos minutos después, apretó los dientes y arqueó el cuello en un intento de evitar que un gemido de miedo y agonía escapara de su garganta.

El pánico comenzó a apoderarse de ella al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. No había forma de negarlo: el bebé estaba viniendo. Ahora. Las lágrimas le pinchaban detrás de los párpados, que mantenía apretados, en tanto su cuerpo se tensaba en espera de otra oleada de dolor. No estaba preparada para esto. El bebé no debía llegar hasta dentro de unas semanas. Cuando la cuarta contracción la reclamó, entendió que las cosas estaban avanzando mucho más rápido de lo que esperaba. Y seguía sola, sin que nadie supiera lo que estaba ocurriendo. ¿Qué tan lejos estaba el médico? ¿Llegaría a tiempo? Oh Dios, ¿sería siquiera capaz de avisar a alguien de que el doctor era necesario?

Abbigael se dio cuenta, con una descarga de cruda conciencia que llegó tras una de las olas de dolor, de que, si no hacía algo pronto, acabaría dando a luz sola. El miedo la galvanizó, y reunió todas sus fuerzas en el breve intervalo entre contracciones para levantarse de la cama y dirigirse a la cuerda de la campanilla. La tiró con furia mientras otra contracción comenzaba a crecer dentro de ella. Ya había aprendido a reconocer la tensión ascendente que le anunciaba lo que estaba por venir y logró dejarse caer al suelo justo cuando el dolor debilitaba sus piernas y le robaba la fuerza.

Cada oleada era más aguda, más poderosa y duraba más que la anterior. En ese instante, su bolsa de aguas se rompió, y aunque no habría creído que la experiencia pudiera volverse aún más intensa, lo hizo. Los dolores parecían duplicarse unos sobre otros, dándole apenas un instante para recuperar el aliento entre medias. Abbigael se acurrucó de lado allí mismo, en el suelo, y rezó porque alguien llegase pronto. En el momento en que un suave golpe sonó en la puerta, solo logró emitir un grito desesperado de angustia. Apenas registró la presencia de la joven doncella que asomó la cabeza y soltó un chillido de sorpresa al verla en el suelo, aferrándose al vientre. Podrían haber pasado segundos u horas cuando Abbigael escuchó la voz de Leif susurrando suavemente junto a su oído en tanto sus fuertes brazos la alzaban y la llevaban con rapidez de vuelta a la cama. La acomodó con cuidado contra las almohadas justo cuando otra oleada de dolor la reclamaba. Su voz era baja, y hablaba en un murmullo de palabras sin sentido, pero de tono tranquilizador.

El alivio se abrió paso entre el miedo entre tanto Abbigael intentaba centrarse en los detalles de la presencia de su marido. Permitió que el sonido de su voz la envolviera durante los breves instantes de descanso. Y cuando comenzó a tensarse en preparación para la siguiente contracción, Leif deslizó su mano por su espalda y por sus brazos al mismo tiempo que murmuraba palabras calmantes que lograron relajarla, aunque su significado no lograra atravesar la densa y nebulosa niebla que nublaba su conciencia.

Capítulo 35

Leif jamás había estado tan aterrorizado en su vida. Rara vez se aventuraba a entrar en el ala que contenía el dormitorio de Abbigael. Intentaba respetar el hecho de que ella no quería nada que ver con él y darle el espacio que deseaba, aunque casi le matase hacerlo. Algunos días, la tentación de beberse hasta caer en un estado de embriaguez para olvidar que ella estaba tan cerca y a la vez completamente fuera de su alcance le resultaba casi insoportable. No sabía exactamente qué le detenía, salvo quizá la idea de que podría perderse una oportunidad inesperada en tanto estuviera incapacitado. Necesitaba mantener sus facultades plenas si alguna vez quería resolver los problemas entre él y Abbigael. Si tan solo pudiera averiguar cuáles eran exactamente esos problemas.

Más temprano ese día, la señora Helmstead había comentado haber oído un ruido extraño proveniente de las paredes en la escalera de servicio, y el vizconde insistió en investigar el asunto personalmente. Solo esperaba que no estuvieran lidiando con una infestación de ratones cuando la nueva doncella pasó corriendo junto a él con una mirada de pánico absoluto en los ojos. Apenas logró detenerla, tan empeñada estaba en correr por el pasillo, pero en cuanto ella lo reconoció, soltó un suspiro entrecortado.

—¡Mi señor, gracias al cielo! Es la señora, le han comenzado los dolores.

Leif la miró con confusión. Luego, el significado de sus palabras se hundió en su espeso cerebro como una piedra pesada cayendo en un estanque lleno de maleza. «Los dolores. El bebé». El corazón se le detuvo y el estómago le dio un giro terrible. Sin darse cuenta, extendió la mano y aferró la muñeca de la doncella, como si temiera que fuera a echar a correr antes de poder explicárselo todo.

—Esperad. ¿Estáis segura? Aún faltan unas semanas para que dé a luz.

—Conozco bien el aspecto, mi señor. He visto a mi madre pasar por esto once veces. No hay duda, el bebé viene, y rápido. —La doncella asintió con la cabeza con fervor.

Leif no supo cuánto tiempo se quedó congelado por la conmoción, pero, de repente, su cerebro volvió a ponerse en marcha y sintió una oleada de energía.

—Id rápidamente y avisad a la primera persona que encontréis para que llame al médico. Luego buscad a la señora Helmstead y contadle lo que está pasando.

—Sí, mi señor. —La joven hizo una rápida reverencia mientras él finalmente soltaba su muñeca.

—¡Id, ahora!

La joven giró sobre sus talones y salió corriendo por el pasillo, pero Leif no esperó para verla marcharse. Cuando abrió la puerta del dormitorio de su esposa por primera vez desde su regreso, miró primero hacia la cama. Al verla vacía, sus pasos vacilaron en tanto se preguntaba si quizá había malentendido lo que la doncella le había dicho. Aunque, pensándolo bien, ella nunca mencionó que Abbigael estuviera en su dormitorio; simplemente lo había asumido. Casi se dio la vuelta para marcharse cuando escuchó la respiración entrecortada de alguien que sufría un evidente malestar físico.

Adentrándose en la habitación a zancadas, siguió el sonido alrededor de la cama y vio a su esposa acurrucada en el suelo. Su cabello pálido era un desorden enredado que caía sobre sus hombros y le cubría parcialmente el rostro. Vestía solo su ropa interior, empapada por el sudor y

el líquido amniótico. Al verla, Leif se sintió inundado por tantas emociones a la vez que casi se le doblaron las rodillas bajo el peso de sus propios sentimientos. Pero se negó a permitirse flaquear. Abbigael lo necesitaba. Se centró en ese pensamiento y corrió hacia ella. Le tocó la frente justo cuando su cuerpo se tensaba por completo con el dolor. Su piel estaba sonrojada por el calor del esfuerzo. Le costó toda su fuerza de voluntad no tomarla en sus brazos entre tanto ella apretaba los dientes contra la contracción, pero un instinto le dijo que esperase. Una vez que vio cómo los músculos de su esposa comenzaban a relajarse, resbaló sus brazos bajo su cuerpo, que, a pesar del abultado vientre, le pareció ligero y demasiado frágil para soportar los rigores del parto. Sintió un extraño golpe de miedo en el estómago, pero lo apartó de inmediato. A duras penas logró acomodarla en la cama antes de que otro dolor la asaltara. Le habló, pidiéndole que se relajase cuando sus extremidades se ponían rígidas, animándola a respirar cuando sus dientes se cerraban con fuerza. Sabía que el dolor era más llevadero cuando no se luchaba contra él, y la instaba a dejarlo fluir, a permitir que el dolor llegara. No sabía si estaba siendo claro o si estaba ayudándola, pero creía que parecía algo más tranquila a medida que las contracciones iban y venían. Por desgracia, en tanto ella se relajaba, su preocupación aumentaba.

Los dolores llegaban muy deprisa, uno tras otro, y supo sin la menor duda que el médico no llegaría a tiempo. Parte de él quería correr a las caballerizas, montar un caballo y salir en busca del doctor él mismo, pero no podía apartarse del lado de Abbigael ni siquiera el tiempo necesario para tirar de la campanilla en la esquina de la habitación. Tenía que confiar en que el personal haría lo necesario y permaneció en su puesto junto a la cama, sintiéndose terriblemente inútil mientras intentaba aliviar el sufrimiento de su esposa con palabras de ánimo y una mano suave. Su alivio fue enorme cuando, apenas un par de minutos después, la señora Helmstead irrumpió en la habitación. La seguían dos doncellas cuyos brazos iban cargados de paños, cuencos y una serie de cosas que Leif prefirió no identificar. La ama de llaves indicó a las criadas con un gesto de la mano que dejaran sus cargas en una mesa cercana al tiempo que ella se dirigía directamente a la cama.

—Milord, es momento de que os retiréis. Este trabajo es cosa de mujeres —declaró la anciana sirvienta con una sorprendente firmeza y un grado de lucidez que Leif no le había visto desde que la contrató para su hogar.

—No pienso irme —respondió con brusquedad—, así que no malgastéis tiempo intentando echarme.

Aunque la vieja mujer entrecerró los ojos, no discutió. Acercándose a Abbigael por el otro lado de la cama, la señora Helmstead trató de hacerle algunas preguntas sobre la frecuencia y la duración de los dolores. Pero enseguida quedó claro que Abbigael no podía responder a nada. La anciana se movió con una rapidez y agilidad sorprendentes para su edad y su figura matronal, subiéndose a la cama y colocándose para examinar el progreso del parto de manera más directa. La seguridad con la que tranquilizaba a Abbigael con palabras susurradas pero firmes, y su evidente familiaridad con el proceso del alumbramiento, ayudaron a aliviar la creciente preocupación de Leif. Desvió la atención de la sirvienta y se centró en el rostro de su esposa, quien estaba sonrojada y su piel brillaba de humedad por el esfuerzo. Tenía los ojos cerrados y respiraba con pequeños jadeos entre los labios entreabiertos. Leif deslizó su mano desde su frente, apartando los mechones de cabello retorcidos y enredados de su rostro. Durante un breve descanso entre contracciones, Abbigael se giró hacia su toque y abrió los ojos. Estaban vidriosos y parecía mirarle desde una profundidad distante dentro de sí misma. El dolor que vio en ellos le alarmó, pero no tanto como el miedo silencioso que remolinaba en las brillantes pupilas de su mirada. Estaba asustada.

Saber que ella estaba asustada casi lo destrozó. Su garganta se llenó de emoción y amenazó con cerrarse por completo. Deseó con una fuerza abrumadora poder quitarle el dolor y el miedo, pero no había nada que pudiera hacer. Sintiendo una impotencia aplastante, continuó murmurando palabras de aliento y confianza en tanto los ojos de Abbigael se cerraban de nuevo al ser tomada por otra contracción. Observó cómo su cuerpo se tensaba y se esforzaba al máximo en medio del tormento. No podía evitar preguntarse si semejante nivel de sufrimiento era normal. No podía imaginar por qué ninguna mujer querría tener más de un hijo. Seguidamente, Leif dirigió la mirada hacia la señora Helmstead, buscando alguna señal de tranquilidad. La anciana estaba dando órdenes rápidas y concisas a las dos doncellas, que corrían de un lado a otro de la habitación. Una colocaba una pila de toallas limpias junto a la ama de llaves; la otra humedecía un paño y limpiaba el rostro de Abbigael para refrescarla.

Las contracciones continuaban intensificándose hasta que una de ellas arrancó un grito ahogado de Abbigael, quien curvó todo su cuerpo hacia adelante. Hundió la barbilla en el pecho y recogió las rodillas contra su cuerpo. Su respiración pareció quedar atrapada en sus pulmones.

—Poneos detrás de ella. —La señora Helmstead alzó la vista de golpe y se encontró con la mirada preocupada de Leif.

—¿Qué?

—Poneos detrás de ella y sostenedla contra vuestro pecho. Sus fuerzas están menguando y va a necesitar vuestro apoyo.

Leif dudó. ¿Qué ayuda podría ser él en ese momento?

—¡Hacedlo ya!

Apartando cualquier pensamiento en favor de la acción, resbaló el brazo por detrás de los hombros de Abbigael y la empujó suavemente hacia adelante entre tanto se colocaba detrás de ella. Hizo lo que la señora Helmstead le indicó: apoyó los pies, aún con las botas puestas, sobre la cama, dobló las rodillas alrededor del frágil y agotado cuerpo de su esposa, y luego la llevó hacia atrás hasta que descansó contra su pecho, con la cabeza apoyada en su hombro y su frente caliente rozando su mandíbula. Logró colocarse justo a tiempo para la siguiente contracción. Sintió cómo cada músculo de la columna de Abbigael se tensaba y, rodeándola con sus brazos, entrelazó sus dedos con los de ella.

—Ahora, querida Abby, es momento de usar la fuerza de este dolor para traer a vuestro hijo al mundo. —Las palabras de la señora Helmstead resonaron por la habitación con poder y determinación. Su tono, lleno de confianza, no daba lugar a réplica, incluso aunque *lady* Neville hubiera tenido la intención de negarse.

Los momentos que siguieron permanecerían para siempre borrosos en la mente de Leif. Al principio, su atención se dividía entre su esposa y la ama de llaves, esperando captar alguna señal de que todo iba como debía. Pero a medida que pasaba el tiempo y Abbigael parecía perder fuerzas con cada aliento, centró toda su atención en ella, susurrándole palabras de aliento y apoyándola firmemente, proporcionando la base estable que su esposa necesitaba para el esfuerzo físico que consumía cada fibra de su ser. Finalmente, tras lo que le pareció una eternidad y un instante al mismo tiempo, escuchó el llanto fuerte y furioso de un recién nacido. Al instante, lord Neville levantó la vista y vio un pequeño bulto rosado y enfadado que la señora Helmstead alzaba del vientre de su esposa. Alcanzó a distinguir unos diminutos brazos y piernas agitándose con energía antes de que la criatura fuera entregada a la criada, quien ya tenía preparadas unas toallas calentadas. La doncella envolvió al bebé con rapidez y lo llevó hasta Abbigael, colocando el bultito con cuidado en sus brazos abiertos y expectantes. Su hijo, Leif parpadeó para despejar la humedad que comenzaba a empañar su vista y bajó la mirada hacia

Abbigael. La fuerza y la lucidez parecían haber regresado a ella en el instante en que el bebé lanzó su primer grito. Se inclinaba sobre el pequeño, murmurándole dulces palabras de bienvenida entre suaves gorjeos. Después levantó la cabeza para mirarlo, y Leif vio en sus ojos una riqueza pura de amor y devoción que le hizo doler el corazón.

—Santo Dios... —La exclamación en un susurro de la señora Helmstead atrajo de inmediato la mirada de Leif, que vio a la anciana alcanzar frenéticamente las toallas a su lado.

—¿Qué está pasando? ¿Qué ocurre? —Sus preguntas quedaron sin respuesta en tanto la mujer mayor trabajaba con desesperación para detener el torrente de sangre que ahora Leif podía ver escapando del cuerpo de su esposa. Toallas empapadas de rojo eran retiradas rápidamente mientras otras eran llevadas de inmediato para reemplazarlas.

—¿Leif? —La débil pregunta de Abbigael llevó su mirada de vuelta a ella justo a tiempo para ver cómo sus ojos se giraban lentamente hacia atrás y su cabeza caía pesadamente contra su hombro.

—Abbigael —dijo con firmeza, apretando sus hombros en un intento de despertarla—. ¡Abbigael! —El pánico lo invadió al ver que ella no respondía.

«¡Oh, Dios, no!» No podía dejarle otra vez. No se lo permitiría.

Apenas se dio cuenta de cómo una de las criadas más jóvenes se llevaba al bebé y la señora Helmstead se colocaba junto a Abbigael para presionar con fuerza su abdomen. Se negó a mirar más abajo del rostro de su esposa, incapaz de enfrentarse a la cantidad de sangre que seguía perdiendo en tanto las tres mujeres se movían con eficiencia, aunque con evidente preocupación, alrededor de su cuerpo. Centró toda su atención en los delicados rasgos de su rostro. Su mano acariciaba cuidadosamente su frente y su mejilla, que empezaba a enfriarse y a volverse pegajosa bajo su tacto. Con la otra mano, sostenía el costado de su cuello, manteniendo los dedos en el fino hilo de su pulso. Y comenzó a murmurar las palabras que llevaban acumulándose en su pecho desde el momento en que la conoció. Palabras de amor y devoción que nunca pensó que llegaría a decir. Palabras que le obligaban a despojarse de todas las capas de protección hasta dejar su corazón, enterrado durante tanto tiempo, expuesto y vulnerable.

El miedo corría como hielo por su sangre entre tanto se daba cuenta de que debería haberle dicho esas cosas meses atrás. Sólo podía esperar que ella le escuchara, rezar para que su amor fuese suficiente para mantenerla a su lado. Tenía que creer que era posible, aunque nada en su vida le había dado razones para confiar en algo así. Pero Abbigael era diferente. Tan increíblemente diferente, y él la había dado por sentada, había desconfiado de ella y la había apartado. Su voz se tornó ronca por el esfuerzo de forzar las crudas palabras de sus emociones a pasar por el nudo que crecía más y más en su garganta con cada minuto que ella seguía inconsciente en sus brazos. Y cuando el pulso en su cuello se hizo más débil, las lágrimas calientes comenzaron a correr por su rostro en tanto le rogaba, entre desgarradores sollozos, que no le abandonara.

Finalmente, sintió un toque intrusivo sobre su hombro. Sus brazos estaban tensos y doloridos por el esfuerzo de mantener el cuerpo de su esposa protegido. A regañadientes, giró la cabeza y encontró la mirada cansada de su ama de llaves.

—Decidme que estará bien —pidió, sin reconocer el sonido de su propia voz mientras lograba forzarla a atravesar el nudo de su garganta.

—Su útero ha comenzado el proceso de sanación y la hemorragia ha disminuido hasta un nivel esperable. Pero ha perdido mucha sangre. Está muy débil.

—Debe de haber algo que podamos hacer.

—He preparado una infusión con algunas hierbas que la ayudarán, si logramos que beba un

poco.

—Yo lo haré.

La mujer le tendió una taza llena de un té dorado que olía vagamente a tierra del bosque.

—¿Vivirá? —preguntó, necesitando saber la verdad a pesar del miedo que le desgarraba por dentro.

—Siempre y cuando la hemorragia continúe disminuyendo. Debemos mantenernos vigilantes. Necesita descansar, al igual que vos, mi señor.

—No pienso dejarla sola.

—Entonces, una vez que haya terminado el té, podréis ayudarme a quitarle la ropa húmeda y cambiar las sábanas. Cuanto antes esté acomodada en una cama limpia, mejor podrá descansar.

—La sirvienta asintió.

Leif procedió pacientemente con la tarea de verter la infusión entre los labios de Abbigail, gota a gota. Luego siguió las instrucciones de su ama de llaves, quitándole las prendas ensuciadas y lavando su piel con un paño tibio. Durante todo el proceso, Abbigail permaneció en un sueño antinatural. Su pulso era débil y rápido bajo una piel alarmantemente pálida. Sostuvo su cuerpo inerte en brazos en tanto la anciana cambiaba las sábanas y la acomodaba de nuevo contra las almohadas. Al tomarle el pulso, se sintió animado al notar que este era más fuerte y menos errático. Solo así recordó al bebé con un sobresalto que le sacudió entero. Había estado tan concentrado en Abbigail que había olvidado por completo a su hijo.

—¿El bebé? —Se volvió hacia la señora Helmstead.

—El bebé está muy bien, un hijo fuerte y saludable. Se ha llamado a una nodriza.

—Traédmelo aquí. —El alivio lo inundó. Un hijo. Y estaba fuerte y sano.

—Pero, mi señor...

—Quiero que el niño esté aquí cuando Abbigail despierte. Querrá saber que está a salvo.

—¿Y la nodriza?

—Podéis pedirle que se quede, si es necesario. Ahora, por favor, traed al bebé de inmediato.

La señora Helmstead salió de la habitación, y Leif se lavó rápidamente en la palangana con agua limpia que la criada había repuesto, antes de vestirse con unos calzones limpios y una camisa. La mujer regresó con un pequeño bulto envuelto entre sus brazos. Leif se acercó y extendió las manos para recibir al bebé.

—Avisad si necesitáis algo más.

—No hace falta que os quedéis, mi señor. Puedo pedirle a una doncella que permanezca con la señora y el niño hasta la mañana.

—No será necesario. Gracias.

La mujer se dio la vuelta rodando los ojos y comenzó a murmurar en voz baja sobre los caprichos de la nobleza. Por su parte, Leif ya la había apartado de sus pensamientos; toda su atención estaba ahora puesta en la diminuta criatura que sostenía en sus brazos. El bebé, sorprendentemente alerta, se removía en las capas de su manta como si estuviera ansioso por liberarse. Entonces, frunció el rostro, que se tornó de un vivo color rosado, abrió la boca y lanzó un pequeño pero demandante grito de descontento. Con una sonrisa tan amplia que le dolieron las mejillas, Leif se acomodó en la cama junto a su esposa. Sosteniendo al bebé en el hueco de su codo, bajó con cuidado el escote del camisón de Abbigail. Delicadamente, colocó a su hijo contra el costado de ella y posicionó su pequeña boca buscando el pecho. El niño gimió suavemente justo antes de comenzar a mamar. Sintiendo un torrente de calidez y amor tan abrumador que le asustó, Leif rodeó con sus brazos a su esposa y a su hijo, prometiéndose a sí mismo que nunca más volvería a pasar una noche lejos de ellos.

Capítulo 36

La consciencia luchaba contra un agotamiento abrumador, y Abbigail tuvo que hacer un gran esfuerzo para despertar por completo. Se movió ligeramente y soltó un jadeo cuando sus músculos se rebelaron con espasmos dolorosos. Probó a moverse un poco más, alargando cuidadosamente los brazos y las piernas, y sintió una gran sensibilidad en lo más profundo de su ser, además de una debilidad penetrante en sus extremidades como nunca antes había experimentado. Todo su cuerpo se sentía agotado y desgastado de pies a cabeza.

—No intentéis moveros demasiado —susurró Leif, tan cerca que su aliento le agitó el cabello en la sien. Abbigail giró la cabeza hacia un lado y se encontró con su mirada caleidoscópica a solo unos centímetros de la suya.

—¿El bebé? —Como si encontrase claridad en los profundos colores de sus ojos, recordó de repente todo. Su voz se quebró y notó la garganta reseca y áspera.

—Está justo aquí —respondió el vizconde, inclinando la cabeza hacia el reducido espacio que había entre ellos. Su rostro se transformó por completo con una sonrisa que iluminó cada facción.

Abbigael bajó la barbilla y vio al bebé acurrucado en el hueco de su brazo, sostenido por ella y por Leif. Solo se veía su carita rosada, pero para Abbigail fue suficiente para decidir que nunca había existido un bebé más perfecto.

—Un niño —masculló con reverencia, entre tanto luchaba contra la debilidad para levantar la mano y rozar con las yemas de los dedos su diminuta nariz y su suave mejilla redonda.

—Fuerte y sano —añadió Leif.

Abbigael trató de recordar los detalles específicos del parto, pero gran parte de lo sucedido estaba nublado por el dolor y el miedo.

—No recuerdo... Algo pasó.

—Perdisteis mucha sangre —contestó, tragando con dificultad—. La pérdida se ha reducido durante la noche, pero necesitareis tiempo para recuperaros.

Abbigael percibió algo oculto bajo las palabras de Leif. Trató de alcanzar esa sensación con su consciencia y de inmediato la embargó una oleada inexplicable de miedo, angustia y amor al mismo tiempo. Las emociones la asaltaron con tal rapidez que apenas pudo contener las lágrimas que de repente amenazaban con caer.

—Lo siento, no sé por qué estoy llorando —murmuró en tanto apoyaba la mano sobre el pequeño pecho de su hijo, encontrando consuelo en el suave subir y bajar de su respiración.

—Estáis cansada.

—Sí, debe ser eso. —Abbigael sintió una fuerte tentación de levantar la vista y encontrar la de Leif, pero temía lo que pudiera ver en sus ojos. En lugar de hacerlo, inclinó la barbilla y rozó su mejilla contra el suave cabello claro de su hijo.

—Abbigael —dijo Leif en un tono bajo mientras la abrazaba—. Sé que probablemente este no sea el momento para discusiones serias, pero no creo que pueda esperar a una ocasión más propicia.

Abbigael contuvo el aliento al ser invadida por una abrumadora sensación de pesar y tristeza. De nuevo, las lágrimas comenzaron a picarle en los ojos. No entendía de dónde venían esas emociones, pero temía que nada bueno pudiera surgir de un dolor tan hueco.

—No, tenéis razón. —En su estado de debilidad, sus palabras no sonaron tan seguras como habría querido—. Tenemos mucho de qué hablar.

—¿De verdad? —El tono de Leif era una interesante mezcla de asentimiento y confusión.

—Por supuesto —aseveró Abbigail rápidamente, temiendo que él dijera lo que sospechaba antes de que pudiera proponer su propia solución—. Ahora que nuestro hijo ha nacido, debemos hacer ciertos arreglos para el futuro.

—¿Qué tipo de arreglos?

Abbigael sintió cómo Leif se tensaba a su lado al mencionar el futuro, y no le sorprendió el tono de suspicacia en su voz. Sabía que no le gustaría lo que estaba a punto de decir. Su corazón dolía con el anhelo de que las cosas fueran diferentes, pero no veía otra alternativa. Miró el rostro del niño inocente que descansaba en el pequeño espacio entre ellos y pronunció las palabras que sabía que le romperían el corazón una vez más.

—No puedo seguir viviendo aquí sintiéndome como me siento. No tenía idea de que mis... sentimientos por vos se harían tan profundos. —Tragó con dificultad, intentando superar el pesado nudo en su garganta—. Es demasiado difícil teneros cerca y desear... mucho más.

—Basta. Deteneos ahí mismo. —La ira oscureció la voz de Leif—. No podéis iros.

—Buscaré una casa cerca, y podrás visitar a vuestro hijo cuando queráis.

—No.

El frío miedo recorrió su columna como un rayo. ¿No iba a permitirle llevarse al bebé?

—Leif, un niño necesita a su madre. No me iré sin él.

—Entonces quedaos.

Las lágrimas volvieron a llenar sus ojos. Parpadeó con fuerza intentando ahuyentarlas, pero solo se hicieron más insistentes.

—No lo entendéis —susurró dolorosamente—. Duele demasiado. No puedo fingir que las circunstancias bajo las que nos casamos siguen siendo suficientes para mí.

—No quiero que finjáis.

—Leif... —Se detuvo, sintiéndose desesperada, como si él estuviera siendo intencionadamente obtuso. No sabía qué más podía decir.

El vizconde levantó la mano y la llevó al lado de su rostro. Su pulgar acarició suavemente el arco de su ceja y después se deslizó por su mejilla salpicada de pecas. Inclínó su rostro hacia arriba hasta que no tuvo más remedio que encontrar su mirada. Durante un momento se perdió en el verde y el dorado que brillaban bajo la superficie del azul, como joyas ocultas bajo el mar. Siendo así, el lord sonrió, y ella reconoció al encantador sinvergüenza que había reclamado un beso y, después, su corazón.

—Irlandesa, he hecho un desastre terrible de todo —balbuceó con una mueca de pesar en sus labios en tanto apoyaba la mano sobre la curva de su cadera en un gesto que parecía a la vez tranquilizador y posesivo—. Supongo que eso no debería sorprender a nadie.

—Dijisteis que seríais un marido terrible —ofreció Abbigail, animada por el nuevo tono ligero de su manera de hablar.

—Parece que debemos renegociar los términos de este matrimonio. —Aclaró su garganta.

—¿Renegociar? Pero... —Abbigael sintió de inmediato una punzada de aprensión. ¿Más términos y limitaciones? ¿Qué podría querer de ella ahora?

—Ni siquiera habéis escuchado los términos aún. ¿No me daréis la oportunidad de redimirme? —Leif presionó el pulgar contra sus labios, silenciando el inicio de su protesta.

Abbigael entrecerró los ojos, desconfiada, pero decidió permanecer callada, al menos por el momento. Sin embargo, el vizconde no continuó de inmediato. En su lugar, dejó escapar una risa

insegura entre tanto apartaba la mirada de ella. Sus ojos se enfocaron en algún punto más allá de su hombro, y respiró hondo antes de dejar escapar un gemido de frustración.

—Esto es más difícil de lo que esperaba.

Abbigael notó la incertidumbre sincera en su voz. Que él se permitiera mostrar una vulnerabilidad tan evidente la conmovió profundamente.

—Irlandesa —comenzó, volviendo a mirarla con una intensidad que hizo que el estómago de Abbigail diera un vuelco peligroso—, juradme que nunca volveréis a dejarme.

—Leif, yo... —tartamudeó Abbigail, sobrecogida por el tono profundo de su voz.

—Prometedme que me amareis para siempre.

Abbigael cerró los ojos para evitar el peso de su mirada penetrante. Todo su cuerpo se tensó en defensa. ¿Qué estaba tramando ahora? ¿Cómo podía exigirle algo así en tanto él no le daba nada a cambio? Lágrimas se deslizaron por debajo de sus pestañas y maldijo la debilidad de su cuerpo y espíritu que la hacía soñar con poder darle exactamente lo que pedía.

—¿Cómo podéis pedirme esto ahora?

—Porque no puedo vivir sin vos. —Leif estrechó sus brazos a su alrededor y apoyó su frente contra la de ella. Sus palabras fluyeron suaves y cálidas sobre su rostro, secando el rastro de sus lágrimas—. He sido un cobarde y un idiota al pensar que debía protegeros de mí mismo. Cuanto más fuertes eran mis sentimientos, más distancia ponía entre nosotros, pensando que estaríais mejor así. Y quizá sea cierto, pero soy egoísta. Después de anoche...

El significado de sus palabras inundó a Abbigail con un alivio tan inmenso que no sabía qué decir. Habían desaparecido los tonos melosos de seducción y las palabras juguetonas del encantador. En su lugar, encontró sentimientos que salían directamente del corazón. Abbigail lo sabía porque resonaban en el suyo.

—Todo lo que tengo —continuó—, esta casa, mis sueños sobre el legado de los Neville, no significan nada sin vos para compartíroslos. Todo lo que hice fue con un pensamiento hacia vos en el fondo de mi mente. Cada decisión contenía una consideración sobre lo que preferiríais. Llevo meses caminando por esta casa viéndoos en cada uno de los miles de pequeños detalles. Pero no es suficiente. El vizconde empujó suavemente su barbilla hacia arriba, obligándola a mirarle de nuevo. —No merecíais que mi egoísmo manchara lo que sois con mis maquinaciones para conseguir vuestra fortuna. No debería haberos tratado como traté a tantas otras.

—Leif, por favor, basta.

—No, nunca me perdonaré haber usado vuestra naturaleza apasionada en mi beneficio.

Abbigael negó con la cabeza y levantó la mano para presionar su palma contra la áspera barba que cubría su mandíbula, forzándolo a mirarla a los ojos. Su arrepentimiento era evidente y doloroso. Tal vez había dudado de sus intenciones en el pasado, pero ahora veía cuán obvio había sido todo desde siempre. Solo su propia inseguridad le había impedido verlo antes.

—Decidme algo —le instó suavemente—. Todas esas veces en las que me abrazasteis, me besasteis, me tocasteis... —hizo una pausa al ver el deseo parpadear en lo profundo de las sombras de sus ojos—, ¿estabais pensando en mi fortuna, en Dunwood Park, o en algo más allá del placer que compartíamos? —Las cejas de Leif se alzaron ligeramente, pero ella continuó antes de que él pudiera responder—. Incluso aquella última noche en vuestro despacho —recordó, ignorando el rubor que calentaba sus mejillas al recordarlo—, cuando intentabais con tanto ahínco manteneros distante. ¿Estabais tratando de manipularme entonces?

—Quemé todo mi autocontrol para no llevaros al suelo y reclamaros completamente —respondió Leif con voz grave, tosiendo de forma áspera.

—¿Y fue igual con las mujeres de vuestro pasado? —preguntó Abbigail con intención.

Un destello de comprensión cruzó el rostro de Leif.

—No —susurró—. Nunca ha sido así antes. —Por tanto, rio y presionó un beso contra su sien—. Maldita sea, irlandesa, ¿por qué no me lo dijisteis antes? Me habría ahorrado mucho tormento estos últimos meses.

Abbigael se sintió ligera como una pluma de pura alegría ante la cariñosa recriminación de Leif.

—Pero entonces no habría tenido el placer de este momento —respondió con atrevimiento.

—Decidme qué debo hacer para ser un esposo digno de vos de ahora en adelante. —
La abrazó con fuerza y se rio ante su respuesta.

—Prometedme que me amareis para siempre —dijo ella con una amplia sonrisa, repitiendo la demanda previa del lord.

—Lo juro —declaró con un tono de triunfo feroz antes de reclamar su boca en un apasionado beso para sellar el pacto.

Un llanto quejumbroso se escapó entre ellos, y ambos miraron hacia abajo, donde su hijo comenzaba a despertar en su abrazo compartido. Los ojos del bebé se abrieron y miró a su alrededor con una mirada borrosa mientras agitaba los brazos envueltos en las mantas.

—Creo que tiene hambre otra vez —comentó Leif con una sonrisa. Cambió su posición en la cama, apoyándose en un codo, y luego miró a Abbigael con una ceja alzada—. ¿Puedo?

Lady Neville asintió, dándose cuenta de que probablemente él había ayudado durante la noche con las tomas del bebé. Una vez que Leif acomodó al niño contra su pecho, se relajó de nuevo a su lado y le acarició suavemente la espalda con la mano.

—Sabéis, necesitará un nombre —opinó, pensativo.

Abbigael pasó un dedo por la dulce curva de la mejilla de su hijo. Ya parecía que sería de piel clara y tal vez llevaría algunas pecas que anunciarían su ascendencia irlandesa.

—¿Qué os parece Curran? Era el apellido de mi madre antes de casarse.

—Curran —repitió Leif en voz baja—. Me encanta. Los amo.